





EL
MENDIGO



PQ7297

.Z3

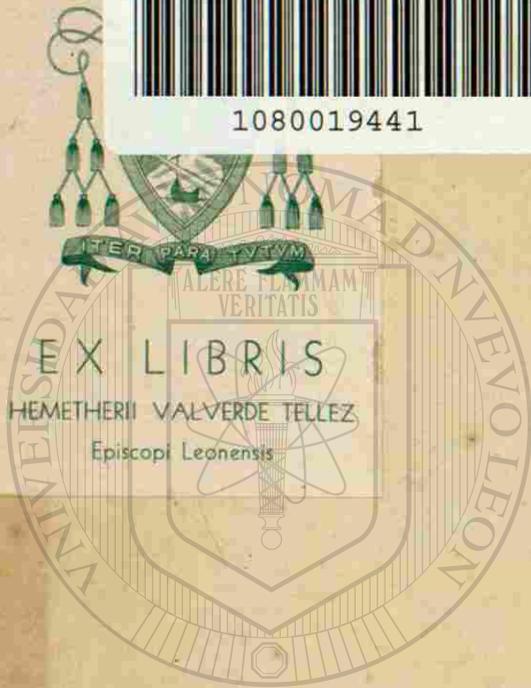
M4

v.3

002848



1080019441

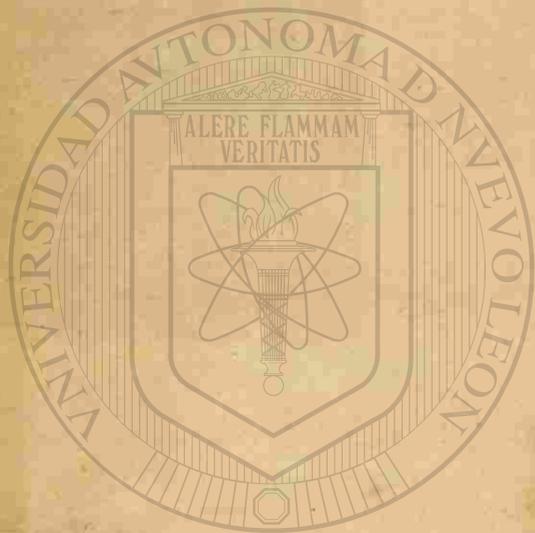


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL

MENDIGO.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. Niceto de Zamacois.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

TOMO III

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina

MEXICO,

Biblioteca Universitaria

IMP. LITERARIA, 2.ª DE STO. DOMINGO N. 10.

40204 FONDO ENFERMEDAD
VALVERDE Y TELLEZ

PQ7297

Z3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO I.

La maestra de escuela.

Mirando á la calle, y encima de la puerta de una casa descascarada y de miserable aspecto, se veía una tabla de tres cuartas de ancho, sobre cuyo fondo negro se leía en letras blancas, estas palabras:

“Instituto primario para niñas.”

El que mirase desde afuera, no veía otra cosa que un humilde cuarto de adobe que estaba á la entrada, con este letrero: “Ca sera,” y en el fondo, en línea recta, un inculto campo, con algunos árboles y verde enramada.

Nada, pues, podía dar á conocer que allí existiese una habitacion destinada á la ins-

002848

trucción de la niñez; y digo que nada, porque aunque habia una ventana baja con enrejado de madera que daba á la calle que podia creerse pertenecia al instituto, al acercarse á ella se veia que daba á un miserable cuarto mal envigado, húmedo, oscuro, y sin mas adorno que una cama con un petate por colchon, varias estampas de santos, pegadas en la pared que servia de cabecera, un candelero de barro con una flaca vela, colocado en una tablita embutida en uno de los ángulos de la pieza, una desmoronada hornilla en que se cocia un mezquino puchero, y, en un rincón, otro petate que permanecia enrollado.

Sin embargo, si penetraba y pasaba el arruinado portal que servia de entrada, encontraba á la derecha una hilera prolongada de cuartos bajos, sombreados por algunos fresnos y álamos blancos.

Enfrente de esta hilera de cuartos, se descubria el costado de una casa alta, con una ventana con rejas de fierro, que caia al campo que mediaba entre ella y los primeros.

Por en medio de esta especie de pequeña pradera, cruzaba un ligero arroyo, á cuyos lados se veian losas colocadas expresamente para lavar la ropa.

Ocupando el sitio mas despejado entre las viviendas y el arroyo, estaban colocadas á trechos, largas estacas sosteniendo, de una á otra, gruesos cordeles, sobre los cuales oscilaban, mecidas por el ligero viento, varias piezas de ropa que se secaban al sol.

Al entrar á este sitio, el ruido denunciaba la escuela.

Y con efecto, encima de la puerta de una de las viviendas, cuya entrada estaba adornada de macetas y de una vistosa enredadera que serpenteaba por el enverjado que en forma de pórtico se ostentaba, se veia un rótulo igual al que estaba puesto hácia la calle.

Pasando este campestre pórtico, se encontraba la pieza destinada á la escuela donde leian en alta voz, cosa de veinte niñas de pobre trage, que estaban sentadas en cuatro bancas, colocadas una detras de otra.

En esta pieza todo respiraba aseo. El en-
vigado que formaba el pavimento, brillaba
como un espejo, y las paredes estaban per-
fectamente blanqueadas, ostentando una de
ellas un mapa universal, y las otras, varias
cartas geográficas de diversas provincias.

En uno de los extremos de este cuarto,
y tomando lección de lectura á una niña an-
glical, cuya belleza contrastaba notable-
mente con el humilde traje que envolvía
sus celestiales formas, se veía una mujer
de fisonomía dulce y apacible, respirando
benevolencia y caridad, sentada junto á una
mesa, sobre la cual se veían algunos libros,
un compás, un lápiz, un tintero, y una pe-
queña esfera terrestre.

Sus facciones eran de una perfección ex-
trema y de una gracia y suavidad indeci-
bles: sus negras y hermosas cejas se ar-
queaban dulcemente, haciendo resaltar el
blanco mate de una frente purísima y es-
piritual que revelaba el talento y la modes-
tia: su nariz era de una pureza griega, y
su preciosa boca de una expresión y atrac-
tivo indefinibles: sus grandes y apacibles

ojos azules de un mirar dulce y expresivo,
se abrían brillantísimos bajo sus prolonga-
das, finas y negras pestañas, que sombrea-
ban con un leve tinte seductor sus delica-
dos párpados: su poética cabeza velada por
lindos cabellos castaños, de dorados refle-
jos, recogidos en gracioso peinado, descan-
saba airosa sobre una torneada garganta
alabastrina, que se elevaba sobre unos hom-
bros redondos y blancos como la nieve: la
manga de su vestido, que estaba caída há-
cía abajo por tener apoyada la cabeza en
una de sus manos y el codo graciosamente
descansando en la mesa, dejaba ver un bra-
zo blanco, redondo y de una morbidez ex-
trema: sus manos eran pequeñas y de un
cutis suavísimo, y sus piés perfectos y di-
minutos: su talle era de una elegancia in-
comparable, y todo su conjunto la realiza-
ción de una de esas bellezas ideales que la
fecunda imaginación de los poetas nos des-
cribe en rima celestial.

Para hermosura tan suprema, preciso hu-
biera sido un traje riquísimo y vaporoso;
pero el que vestía estaba muy distante de

aspirar á los honores de ser admirado por su tela.

Era un vestido negro de muselina corriente y de poco precio el que envolvía sus gallardas formas y velaba su flexible talle.

Sin embargo, lejos de perjudicar y eclipsar la humildad del ropaje su angelical belleza, parecía prestarle mas realce y atractivos.

La blancura de sus redondos brazos y de su nevada garganta, suave y tersa como la pluma del cisne, se destacaba de su traje negro, como la plateada luna aparece encima de la oscura nube que velara su disco.

No se podía ver á esta mujer sin sentirse arrastrado hácia ella por una simpatía tierna y agradable que conmovía dulcemente el corazón.

Habia en su semblante y su mirada un no sé qué de melancólico y espiritual, una mezcla de dolor y de resignacion, de sentimiento y de tranquilidad, que interesaba profundamente.

Nunca preceptora mas hermosa ni que

mas confianza inspirase á sus tiernas educandas, se habia presentado á dirigir las nacientes plantas de la sociedad, esas inocentes criaturas que, como las tiernas flores crecen y se desarrollan con el suave rocío de las máximas morales inculcadas con cariño y amabilidad, ó se marchitan y endurecen con el rigor excesivo ó la terrible severidad.

Dotada de un talento privilegiado y de un corazón compasivo, sabia que los consejos y las doctrinas deben darse con afabilidad, porque ésta engendra confianza y amor, al paso que la dureza enajena la simpatía, hace odioso al que nos enseña, y sus máximas, por sanas que sean, se reciben con disgusto.

Era una mujer con todas las cualidades que deben concurrir en una persona que abraza la delicada y honorífica misión de formar el corazón de la niñez: una mujer que sabia que á los niños se les debe tratar con el cuidado que requiere una alma tierna y débil que va á recibir las primeras impresiones. Si el preceptor es humano y le ex-

plica con cariño los saludables efectos que trae consigo la práctica de la virtud, el niño va bebiendo poco á poco y con gusto sus máximas, crece practicándolas, y acaba por fundar en ellas toda su felicidad. Pero si por desgracia el que tiene á cargo su educacion es de genio adusto y le reprende con aspereza la mas ligera falta, sus palabras darán un resultado contrario al que se ha propuesto, y empezando el niño por temer á maestro tan severo, sigue por despreciar sus doctrinas, y acaba por morir para la virtud y por odiarle.

Sucedo con la niñez lo que con un enfermo en extremo débil.

Si le asiste un médico entendido que atendiendo á su resistencia física, le receta medicinas suaves, el paciente irá recobrando progresivamente su salud, hasta llegar á verse enteramente restablecido; pero si por desgracia tropieza con un empírico que le recete cosas en extremo fuertes y propias para una naturaleza mas robusta, las medicinas destruirán mas y mas la salud, y al fin acabarán con su vida.

Indispensable es, por lo mismo, que la persona que se constituye en mentor de la niñez, esté adornada de las bellas dotes que concurrían en la cariñosa mujer que nos ocupa. Dignidad, dulzura, benevolencia en el carácter, claridad, concision, propiedad en el estilo y cierto candor é ingenuidad naturales, son requisitos indispensables para grabar en los ánimos tiernos y sencillos de los niños las máximas de religion y de justicia. Es necesario anticiparse, por decirlo así, á sus pensamientos, y sorprender felizmente las impresiones que producen en ellos los objetos que les rodea. Entonces el arte y la doctrina caminan unidos á la naturaleza, y entonces la enseñanza produce sus mas copiosos resultados.

Hase creído que basta para constituirse en preceptor saber leer, escribir y contar, y tener algunos conocimientos de gramática. ¡Cuánto se engañan. . . ! El profesorado es una mision sublime, que desempeñó el mismo Jesucristo.

Una moral intachable, una conducta irreprochable, un corazon cariñoso y compa-

sivo, son los requisitos indispensables que han de concurrir en todo el que tiene á su cargo la enseñanza de la niñez, para que el niño, viendo la doctrina en perfecta consonancia y armonía con el ejemplo, beba con gusto las saludables máximas que personas tan benévolas les dictan.

El maestro ha de ser un verdadero amigo de sus tiernos discípulos.

Ha de asociar la correccion con la afabilidad, la justicia con la benevolencia, y el castigo con la templanza y la caridad.

Por esto, sin duda, se dá en muchas partes el nombre de *amiga* á la escuela de niñas, indicando de esta suerte, que la maestra no debe ser otra cosa que una carifiosa amiga de sus tiernas educandas.

Tan recomendables virtudes formaban el carácter esencialmente bondadoso de nuestra nueva preceptora.

Tenia sumo placer en satisfacer á las preguntas de las niñas y en deshacer sus dudas, ilustrando su entendimiento.

La niña que, como hemos dicho, estaba á su lado dando la leccion de lectura, y que

era una de las hermosas hijas de la desgraciada Elisa, se detuvo, al llegar á un pasaje del libro que leía, y preguntó con la candidez natural de su edad.

—Aquí dice que todos somos hermanos. ¿No tendra vd. la bondad de decirme cómo puede ser ésto, cuando unos hombres son negros, otros blancos, otros amarillos, otros mulatos y otros bronceados?

—Con mucho gusto voy, Julita, á satisfacer esa pregunta.

—Gracias, señora, por su bondad.

Y la niña esperó atentamente á que hablase.

—Dícese que todos somos hermanos—dijo la maestra en alta voz para que las demás educandas escucharan—porque la raza humana, toda entera, reconoce por origen un solo hombre y una sola mujer, y los 900 millones de habitantes que componen las tres razas principales, blanca, negra, y amarilla, que pueblan el haz de la tierra, á pesar de sus distintos hábitos, idiomas, religiones, costumbres y fisonomías, forman una misma especie, un todo completo, úni-

co, homogéneo en procedencia y en naturaleza. El color del rostro, la configuración del cuerpo y otras mil diferencias que se notan entre los habitantes de distintas regiones, provienen de la influencia que ejerce el clima sobre la parte física de la criatura humana. Y es tan cierto lo que acabo de decir, que aun los mismos animales degeneran ó ganan en calidad ó corpulencia, según la región á que han sido trasportados.

En las frutas, en las plantas y en las flores se operan cambios altamente sorprendentes en sus propiedades, en su forma y hasta en su color.

Plantas hay en Europa venenosas, que dejan de serlo al trasplantarlas en la América, y animales inofensivos en los países templados, que son altamente ponzoñosos al pasar á las latitudes abrasadoras.

—Estoy sumamente satisfecha y agradecida por la explicación que se ha dignado vd. darme.

—Mi deber y mi mayor satisfacción es comunicar lo poco que sé á mis queridas educandas. Si á alguna le ocurre otra duda,

sentiré que no tenga la suficiente confianza para consultarme sobre ella.

—A mí me asalta una.

Dijo una de las niñas mas pobremente vestidas.

—¿Cuál, querida mia?

Contestó la maestra con una afabilidad encantadora.

—Vd. nos dijo el otro día que el sol está fijo en un punto, y que la tierra es la que anda al rededor de él.

—Es cierto.

—Pues entonces, ¿cómo dice la lección que estoy leyendo, que Josué detuvo al sol?

—Porque en aquel tiempo se seguía el sistema de Tolomeo, el cual enseñaba que el sol giraba al rededor de la tierra, y Josué que, aunque fuese un buen servidor de Dios, no por eso estaba obligado á saber, con respecto á la rotación de los astros y de los planetas mas de lo que entonces se estudiaba, mandó al astro principal que se detuviese, creyendo que en efecto se movía. Y como el Señor lee la intención y la fe de las criaturas, y comprendió que el deseo

ardiente de aquel hombre era que se prolongase el día para exterminar á sus enemigos, satisfizo su deseo haciendo que la tierra que corre 480 leguas por minuto, suspendiese por unos momentos su curso.

—Ahora lo comprendo fácilmente.

Dijo la niña.

—Y no podía ser de otra manera;—continuó la maestra:—el sol es un millon, trescientas noventa y cinco mil, trescientas treinta y cuatro veces mayor que la tierra; y es mas natural y lógico que los cuerpos pequeños giren al rededor de los inmensamente mayores, que éstos al rededor de aquellos.

—¿Y está á gran distancia de nosotros?

—A tanta, que si se pudiera tirar un cañonazo desde aquel astro, tardaría en llegar la bala hasta la tierra seis años, pues todo ese tiempo es necesario para correr 27 y medio millones de leguas que nos separan del sol.

—¿Y lo mismo sucede con la luna?

—No: la luna, lejos de ser mayor que la tierra, es 49 veces menor, y solo hay hasta ella setenta mil leguas de distancia.

—Entonces las estrellas que son mas pequeñas deben estar mas cerca de nosotros.

—Todo lo contrario: cada una de esas estrellas es mayor que el sol, y si se presentan tan pequeñas á la simple vista, es por la inmensa distancia á que se encuentran: para calcular ésta, bastará decir que la luz, que tarda en andar 27 millones y medio de leguas que hay del sol á la tierra, solo ocho minutos trece segundos, necesita para bajar de la estrella mas próxima hasta nosotros, mas de tres años, habiendo estrellas que solo se ven con el microscopio, cuya luz tarda en llegar mil años, existiendo, otras aun mas lejanas, que pasarán millones de años para que su luz llegue á la tierra.

—¡Dios mio!—dijo asombrada Julita:—¿qué grande debe ser entonces la bóveda del cielo para contener tantas como vemos brillar de noche.

—Esa bóveda es inmensa, hijas mias, pues se calcula que la tachonan 75 millones de estrellas, que equivalen en magnitud á otros tantos mundos, de los cuales el

mas pequeño es un millon 395.334 veces mas grande que el que habitamos.

El toque de las doce vino á interrumpir aquel diálogo, y á poner á las niñas en movimiento.

Era la hora en que terminaba la clase.

Algunas educandas, despues de recoger sus libros y sus labores, empezaron á salir.

En aquel momento una mujer que habia permanecido por largo tiempo detras de la alta ventana enrejada de la casa, cuyo costado hemos dicho que daba hácia el campo, asomó el rostro entre las rejas como tratando de sacar la cabeza por ellas.

Parecia que tenia un notable afan porque se fijasen en ella las miradas de aquellas inocentes criaturas.

Pero habia una distancia considerable; la ventana era chica y se encontraba muy alta, y ademas las niñas estaban muy entretenidas para ocuparse de dirigir la vista hácia aquel punto.

En vano la mujer se afanaba por ser vista.

La afliccion al notar que nadie fijaba su atencion en ella, era indecible.

Varias veces se propuso llamarlas; pero otras tantas volvió la cabeza al interior de cuarto sin despegar los labios, temiendo que alguno de la casa la oyese.

Quería y no se atrevía á llamar.

Procuraba llamar la atencion permaneciendo en la ventana, y nadie alzaba los ojos á verla.

Esto parecia afligirla sobremanera.

Las niñas se fueron alejando una despues de otra, sin que alzarán siquiera los ojos hácia la ventana.

Solo quedaban por salir las lindas hijas de la desventurada Elisa y otras dos educandas.

La mujer permaneció detras de la reja, inquieta y afligida.

Cada una de las últimas niñas que salían era el objeto cuya atencion procuraba llamar con sus movimientos.

Pero todo era en vano. Las últimas, lo mismo que las primeras, no dirijian la vista á la ventana, y cada vez que la afligida mujer veía desaparecer una de aquellas alegres criaturas, que se alejaban saltando y

riendo, elevaba los ojos arrasados en lágrimas al cielo con la resignación de una santa.

Todas se habían marchado ya.

Julita y su querida hermana acababan de entrar en la habitación contigua en que vivían, sin que notasen la más mínima cosa.

La infeliz mujer, al ver que nadie quedaba ya en la escuela, perdió la esperanza de ser vista, exhaló un profundo suspiro, y se preparaba á abandonar la ventana con el alma desgarrada por el dolor y henchida de amargura, cuando se fijaron sus ojos en un jóven de elegante porte que llamaba á la puerta del instituto.

Era Nuñez.

La alegría y la ansiedad se pintaron de repente en el semblante de la que inútilmente había esperado hasta entonces que reparasen en ella.

El corazón le saltaba y parecía que se le iba á salir del pecho.

Quiso llamarle; pero se detuvo mirando otra vez hácia el interior del cuarto.

Nuñez volvió la cabeza mientras se presentaban á saber quién llamaba, y dirigió la

vista hácia los objetos que se encontraban esparcidos en aquella pequeña pradera.

La mujer de la ventana, creyendo próxima la realización de su deseo, sacó un brazo blanco, redondo y bien formado por entre las rejas, haciendo señas de que se acercara.

El jóven, que nada había visto, pero que seguía recorriendo con la vista cuanto le cercaba, iba á dirigir los ojos hácia aquel sitio, cuando vino á impedirselo la hermosa preceptora, que se presentó en la puerta.

—¿Por qué no pasa vd. adelante? Nadie necesita llamar á la puerta para pasar á su casa.

—Mil gracias.

Dijo Nuñez quitándose el sombrero respetuosamente y entrando á la pieza.

Al verle entrar, la que permanecía detras de la reja, dejó escapar un gemido que casi espiró en sus labios.

—¡Dios mio! ¡Dios mio....!—exclamó con el acento más profundo de dolor:—¡ten compasión de esta desventurada mujer....! ¡Tú

que has traído tan cerca de mí al hombre que puede salvarme, haz que sus ojos se fijen en esta desdichada que implora tu piedad....! No me abandones, Padre mio, en estos instantes supremos de la vida....! ¡Librame del poder del infeno que me ha robado la dicha y la tranquilidad purísima del alma....! ¡del que ha destruido en un solo momento los miríficos ensueños que halagaron constantemente mi existencia... ¡el bello ideal de un porvenir lleno de encantos y de poesía, que me brindaba con su amor el mundo....!

Y un raudal de lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

—¡Oh....! ¡si yo pudiese romper los fierros de esta ventana, en cuyo cuarto gimo presa y sin ventura....!—continuó la desdichada.—Pero sus rejas son duras como el corazón de mi atroz verdugo, y se encuentran tan fuertes, como débiles mis brazos....!

Y la infeliz hacia esfuerzos inauditos por arrancar aquel funesto enrejado por donde entraba la única luz que bañaba su prision.

Pero todo era en vano.

La empresa era muy superior á las abastidas fuerzas de una desgraciada mujer.

Pronto conoció su impotencia, y convencida de que nada alcanzaria de aquella manera sino agotar su vigor, remitió á Dios la defensa de su libertad.

Conforme con esta resolucion, abandonó su desesperada empresa, y esperó resignada y orando, detras de la ventana, á que saliera Nuñez.

Pero en tanto que ella aguarda, escuchemos el diálogo á que están entregados Nuñez y la hermosa preceptora.

—Siempre he creido—decia ésta—que en medio de la desmoralizacion que emponzoña á la sociedad, arrancando del corazón de los individuos la fe y las creencias que han enjendrado en todos los siglos rasgos de beneficencia inapreciables, existian hombres altamente generosos que han tenido la dicha de salvarse de la corrupcion general, lumbreras honrosas de la humanidad, en quienes se mantiene viva y esplendente la llama de la caridad; pero nunca imaginé

que llegaria su filantropía al grado supremo que en vd. deseuela.

—No hago mas que cumplir con un deber social y satisfacer las exigencias de mi corazon.

—¡Ah! cuántas veces he bendecido la hora en que Dios me condujo á pedir hospitalidad á las puertas de la compasiva casa de Doña Anita, en la triste noche en que mas abandonada me creia de la suerte!

—No menos he bendecido yo, virtuosa Amalia, el instante en que concebí la feliz idea de hacer una visita á esa misma señora, en cuya casa tuve la dicha de conocer á usted.

—Y de compadecerse de mi triste situacion: de mi situacion, que por vd. ha cambiado; por vd., á quien le debo todo.

—¡Oh! Amalia, el noble corazon de vd. le hace exagerar un hecho bien sencillo sin duda, que lo hubiera practicado cualquiera otra persona que hubiese tenido la dicha de verla á vd. antes que yo.

—No, no lo crea vd.; y si la Providencia

no le hubiera presentado á vd. á mi paso para tenderme una mano amiga....

—Le hubiera concedido á otro la dicha que me ha concedido á mí:—contestó Nuñez sin dejarle acabar.—Cada criatura tiene su Providencia: yo he tenido la mia: otro la tendrá en vd. La mision de cada hombre es ser la *providencia* de otro mas desgraciado. Pero todas estas *providencias* no tienen ningun mérito propio: no tienen mas que la honra y la felicidad de que Dios, que es la única Providencia, la Providencia eterna, les haya juzgado dignos de la satisfactoria mision de dispensar sus dones.

—Sí, es cierto;—contestó la hermosa con acento dulce y triste—pero ¡son tan pocos los que en el mundo se hacen dignos de esa mision, que rara vez las lágrimas del desgraciado encuentran quien las enjague sobre la tierra!

Nuñez se conmovió con aquellas palabras. Ninguno como él, que habia sido desgraciado, conocia toda la fuerza de aquella verdad.

Se acordó de que, cuando quiso volver á

la senda de sus deberes de que se habia separado para olvidar su amor, no halló en los hombres mas que egoismo y orgullo, y que solo uno, Leopoldo, se compadeció de sus desgracias y le tendió una mano amiga.

El recuerdo de esta verdad le afectó profundamente, porque le hizo ver la crueldad del mundo para con los desgraciados; pero interesado en que á la noble accion que habia practicado con Amalia no se le diese la mas ligera importancia, sino que se la reputase como un rasgo comun de los que se practican diariamente en la sociedad, replicó afablemente.

—Si existen tal vez algunas personas que puedan ver con criminal indiferencia el llanto y la miseria del triste abandonado por la suerte, son por fortuna excepciones que desaparecen entre el considerable número de buenas y compasivas.

—Será así; pero esto, lejos de relevarme del deber y de la satisfaccion de agradecerle á vd. sus favores, me pone en la grata obligacion de apreciarlos, como recibidos de una persona de quien esa eterna Provi-

dencia, como antes deciamos, se sirve para socorrer al desgraciado.

—¿Y va en aumento el número de discípulas?

Dijo Nuñez tratando de dar á la conversacion otro giro que no mortificase su excesiva modestia.

—Todos los dias tengo el gusto de que me encomienden la educacion de alguna nueva niña.

—Me alegro infinito, porque eso habla muy alto en favor de los adelantos que hallan los padres en sus tiernas hijas.

—Al menos conocerán que hago cuanto está de mi parte para proporcionarles todos los conocimientos de que son susceptibles en esa tierna edad.

—¿Y está vd. contenta con su nueva profesion?

—En extremo. Nada hay para mí mas grato que la enseñanza de la niñez; ¡quiero tanto á los niños....! ¡tienen una alma tan cándida y tan pura....! ellos me reconcilian con el mundo.... Sí, ellos; porque estoy persuadida de que si esas tiernas plan-

tas estuviesen encomendadas á sabios, afa-
bles y religiosos cuidadores, crecerian rec-
tamente sin inclinarse hácia el lado del
vicio, y la sociedad se regeneraria como
por encanto. Las familias mas morigeradas,
son aquellas que han recibido una esmera-
da educacion religiosa y moral. Las socie-
dades mas benéficas son aquellas cuyos
miembros crecieron practicando los deberes
que prescribe la religion: ¿por qué, pues,
con los mismos medios y las mismas doc-
trinas no han de producirse idénticos resul-
tados en la nacion, que no es otra cosa que
una gran familia? El día en que los gobier-
nos vigilen sobre la educacion primaria, y
el profesorado esté encomendado únicamen-
te á personas de una moral intachable, de
un corazon tierno y compasivo, y de sólido
saber, á personas dignas, cuyo trabajo esté
justamente remunerado, los delitos serán
menos, la industria mayor, las naciones po-
drán disminuir su fuerza de policia, y las
leyes encontrarán en los ciudadanos sus
mas fieles observantes. La religion y la mo-
ral son los elementos organizadores de toda

sociedad: incúlquese estos dos principios
en el corazon de los niños; levántese sobre
bases tan sólidas las ciencias, y el edificio
social, sostenido por tantas fortísimas co-
lumnas, cuantos son los ciudadanos, será
la imperecedera roca á donde vayan á es-
trellarse impotentes las olas de las bastar-
das revoluciones.

—¡Qué excelente madre de familia haria
vd., hermosa Amalia....!

Dijo Nuñez admirado del recto juicio de
su linda interlocutora.

—¡Excelente madre....!

Contestó Amalia estremeciéndose y pali-
deciendo notablemente.

—Quien con tanto acierto sabe dirigir á
la niñez, y tiene para todos un corazon no-
ble, tierno y amoroso, no podria menos que
ser el modelo de las madres cariñosas.

—Para ser maestra bastan la riqueza inte-
lectual y un corazon bueno y generoso. Pa-
ra cumplir religiosamente con los deberes
de madre, es indispensable contar con los
recursos conque pueda proporcionarse el

alimento de sus hijos. ¿Qué hace una desgraciada mujer que no tiene que dar pan á sus hambrientas criaturas, que desfallecidas de necesidad, dirijen sus ojos llorosos pidiendo á la que les dió el sér, el preciso alimento...? ¿Qué hace esa pobre mujer—continuó conmovida—que las ve morir de hambre, que no puede socorrerles por sí misma, y que cada súplica de los hijos de sus entrañas es un dardo agudo que desgarrá su sensible corazón...? ¿Les verá espirar resignada? ¡Ah...! eso es imposible...! ¡Una madre no puede presenciar con santa conformidad la muerte de los objetos mas caros para ella!.... ¡Antes hará el sacrificio inmenso de exponerlos á la puerta de la casa de alguna familia religiosa y caritativa, que compasiva los recoja!....

Y Amalia volvió á estremecerse al pronunciar estas palabras; sus ojos se llenaron de lágrimas, y su pecho se oprimió como si lo hubieran ceñido con una plancha de hierro.

Núñez leyó en aquellas lágrimas la excesiva sensibilidad que atesoraba el alma

de su interlocutora, y le dijo con el mayor interes.

—Pero ese estado de pobreza que ha trazado vd. con enérgicos rasgos, toca en un extremo horrible.

—¡Olvida vd.—contestó Amalia con tristeza—¿cuál era la situación que yo guardaba hace todavía poco tiempo?... ¿No era esa misma que acabo de pintar?... Hambrienta y miserable; ¡no mendigué un rincón en el húmedo cuarto de una infeliz portera?... Si hubiera sido madre, ¿hubiera sido criminal si antes de ver perecer á mis queridos hijos les exponía á las puertas de una familia rica y virtuosa, que les salvase de una muerte horrorosa?

Y las facciones de Amalia se pusieron lívidas y desencajadas, como si realmente le hubiese acontecido la desgracia de abandonar á sus hijos.

Núñez admiró la sensibilidad de aquella simpática mujer á quien afectaba tan profundamente la simple consideracion de un acontecimiento lamentable.

—Veo—dijo conmovido el jóven y con

acento dulce—que se posee vd. vivamente, y que toma vd. una parte activa en los padecimientos de la humanidad.

—¡He sido tan desgraciada!....—exclamó la hermosa Amalia enjugándose el llanto;—¡he sufrido tanto, que la consideracion de los padecimientos ajenos despiertan los mios, me presenta el pasado, y me estremezo á mi pesar!.... ¡Si vd. conociera la amarga historia de mi triste vida, comprenderia los poderosos motivos que existen para ello, y me disculparia!

—Me basta para comprenderlo, comparar la esmerada educacion que en vd. resalta, con la humilde posicion que ocupa.

—Yo le agradezco á vd. infinito la delicadeza con que siempre se ha excusado de escuchar la relacion de mis desgracias: antes de que me tendiera vd. una mano protectora y amiga, tuve empeño en que supiese vd. á quién dispensaba sus favores; pero vd. quiso ahorrarme la pena de referirlas, y todo ignora vd.

—Menos que es vd. la mas digna de las consideraciones de toda la sociedad.

Dijo Nuñez levantándose y tomando el sombrero para salir.

—Mil gracias por la buena opinion que se ha formado vd. de mí. Pero ¿por qué se marcha vd. tan pronto?

—El principal objeto de esta visita ha sido poner en manos de vd. el título de preceptora que me encargué de recoger para vd., y que tengo el gusto de poner en sus manos.

Dijo Nuñez sacando un papel de la cartera y entregándoselo á Amalia.

—Le vivo á vd. muy agradecida por todas sus finezas. Pero ¿no quiere vd. detenerse otro instante?

—Me quedaria con mucho placer; pero tengo precision de ver á un amigo que está enfermo, para saber si le ha llevado alguna noticia agradable un tal Willey.

—¡Willey!

Exclamó asombrada Amalia.

—¿Cómo! ¿le conoce vd....?

—He oido hablar de él algunas veces.

Dijo la hermosa tratando de disimular su sorpresa.

—Pues me interesa saber si le ha llevado á mi enfermo amigo una noticia que le interesa, y por eso me retiro, privándome del placer de disfrutar otro instante mas, de la grata compañía de vd.

—El placer seria para mí.

Exclamó Amalia acompañándole hasta la puerta.

Al llegar á ésta, la mujer que no se habia separado de la ventana, recobró la esperanza de ser vista, sacó el brazo por entre las rejas, y empezó á hacer señas con él de que se acercasen.

Núñez se despidió, y echó á andar sin advertir nada.

La prisionera entonces agitó afanosa con su preciosa mano un pañuelo que se quitó del cuello, dejando descubiertos sus blancos y redondos hombros.

De repente, por uno de esos movimientos casuales, Núñez alzó los ojos; pero en el mismo instante que los fijaba en la ventana, la mujer, asustada por el ruido de

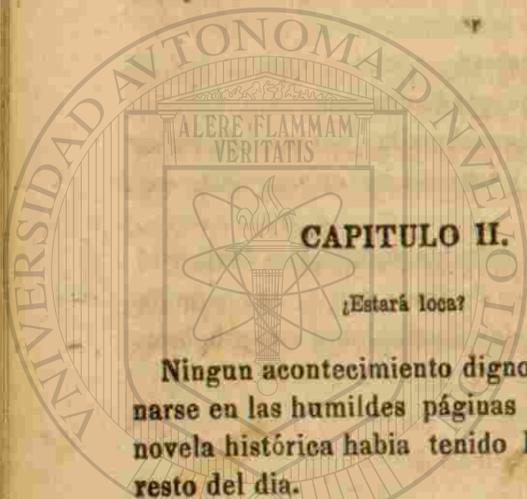
alguno que abria la puerta de su cuarto, desapareció súbitamente sin que consiguiera ser vista.

Núñez se alejó.

La ventana quedó desierta.

Y la hermosa Amalia, penetrando en su habitacion, y sentándose en una silla, exclamó:

—¡No me cabe ya duda! ¡Era Willey el que ví en casa de Doña Anita, la noche en que ésta me dió hospitalidad en su habitacion!



Ningun acontecimiento digno de consignarse en las humildes páginas de nuestra novela histórica habia tenido lugar en el resto del día.

Las tiernas educandas volvieron á la escuela sin que vieses en el edificio de enfrente nada que llamase su atencion, y salieron á las cinco de la tarde, alegres y contentas, mirando hácia todas partes, sin encontrar cosa alguna que despertase su infantil curiosidad.

A poco, una pintada mariposa á quien iban persiguiendo, se elevó en tortuoso vuelo con direccion á la ventana: los ojos de

todas le seguian con afan, al mismo tiempo que tiraban al aire sus pañuelos para cojerla.

El matizado insecto, buscando un refugio salvador, se acercó á las altas rejas para penetrar por ellas en la pieza. Era el momento en que las niñas descubriesen á la que gemia presa; pero nadie se hallaba en aquel momento detras del enrejado.

La ventana habia permanecido solitaria desde que vimos desaparecer de ella, al fin del capítulo anterior, á la afligida mujer que habia hecho esfuerzos inauditos por llamar la atencion de Nuñez.

Casi enfrente de esta ventana, y al lado de la escuela, se encontraba la vivienda de Elisa.

Era una habitacion baja, sin escalera, con dos piezas, igual en un todo á la que ocupaba Amalia.

Sin embargo, en ella todo respiraba tristeza y necesidad.

Tres sillas ordinarias, y en un estado deplorable, y una mesita blanca de pino, sin

pintar, era todo el adorno de la pieza que hacia las veces de sala.

En el otro cuarto que servia de alcoba, se veia una miserable cama ocupando uno de los rincones; y arrimado á uno de los ángulos un colchon envuelto en un raído petate, que era el lecho de la bella Julita y su linda hermana.

El juego, ese devorador de la tranquilidad del hombre y de su fortuna, habia llevado la ruina, la miseria, el llanto y el hambre á aquella casa, en que habitaban tres mártires y un verdugo.

La noche estaba serena como la faz de los bienaventurados.

Los millones de resplandecientes estrellas brillaban en el azul del cielo como otras tantas lámparas colgadas de la celeste bóveda del orbe; y tiñendo de melancólica y dulce luz el horizonte, se elevaba blanca y magestuosa la luna por en medio de los astros como una reina, cercada de sus bellas cortesanas, avanza con marcial continente hácia su esplendente trono.

Sentadas en la puerta que se hallaba al

una excelente señora á quien debeis querer mucho, pues os instruye y acaricia.

—Y se ha negado á recibir nada por vuestra enseñanza, ¿no es verdad, mamá?

—Sí, hijas mias, es cierto; me ve pobre, y no quiere admitir paga ninguna por vuestra educacion: dice que es un obsequio que tiene placer en haceros.

—¡Ah!.... ¡Cuánto la quiero!....—dijo Teresita.—Si algun dia quiere Dios que yo sea dueña de alguna cosa de valor, mi primer cuidado será regalársela á mi querida maestra.

—El mismo pensamiento tengo yo.

Añadió Julia.

—¡Bien, Teresita...! ¡bien, hijas mias...!—

Exclamó Elisa conmovida por aquel rasgo de gratitud que revelaba la excelencia de dos sencillos corazones.—La gratitud es uno de los sentimientos mas gratos á los ojos de Dios, y que mas recomiendan y enaltecen al hombre.

—Lo sensible es—dijo Teresita—que despues de hacerse amar por su benevolencia las personas que nos favorecen, nos privan

del placer de verlas, sin que nos den lugar á que podamos manifestarles nuestro profundo agradecimiento, como nos sucede con la señorita Clotilde.

—¡Clotilde....!

Exclamó la hermosa Elisa profundamente conmovida.

Parecia que aquel nombre ejercia sobre su alma un influjo magnético, dulce y tierno, que le inundaba de grata melancolía.

Al escucharlo, su amoroso corazón dió un salto dentro del pecho, su faz se cubrió de una palidez extrema, y sus rasgados ojos se llenaron de calientes lágrimas.

—Solo una vez—continuó la linda Teresita, sin advertir la mutacion operada en el semblante de su querida madre—hemos tenido el gusto de verla en nuestra casa, en la calle de Tacuba.

—Sí.... es cierto.... ¡Una sola vez....!—Contestó Elisa con acento triste y doloroso.—Pero no por eso nos ha olvidado, hijas mías!.... ¡No por eso ha dejado de acordarse de esta pobre mujer, que la bendice

desde el fondo de su corazón y ruega á todas horas á Dios por su felicidad....! ¡Y su recuerdo es mi consuelo.... es el bálsamo de mis penas.... mi delicia.... mi ventura....! ¡Ah!.... gracias á ese cariño que estimo en mas que todos los tesoros de la tierra, puedo atender á vuestras necesidades....! ¡No os miro perecer de hambre y de miseria....!

—¡Ah!.... ¡Cuánto la quiero!....

Exclamó Teresita inflamada por el entusiasmo de su agradecida madre.

—¡Y yo la amo como á una hermana!....

Añadió la graciosa Julia.

—¡Sí; debéis quererla.... debéis amarla....!—Dijo Elisa con una emocion suprema.—¡Ella es el ángel que vela por nuestra existencia....! ¡la que nos envia con religiosa puntualidad todos los meses la suficiente cantidad para nuestro sustento!.... ¡Si no por ella, ¡qué seria de nosotros?....

—¡Oh!.... debe quererla mucho su mamá!.... ¡No es cierto?....

—¡Su mamá!....

Exclamó con acento triste y conmovido la amorosa madre.

—¡Pues qué, no la quiere?....

—¡Mucho!.... ¡muchísimo, hijas mías...!

¡Hay madre acaso en el mundo que no ame entrañablemente á sus queridos hijos?.... La quiere, sí, la idolatra; pero la infeliz se ve obligada á no darse á conocer.

—No apruebo ese proceder.

—Quiere que su hija goce de todas las comodidades y las consideraciones que hacen grata la existencia, y sacrifica á su felicidad el placer de darla el dulce nombre de hija.

—¡Pobre Clotilde!.... ¡No conocer á la que le dió la vida....! ¡Qué crueldad....!

¡Ah....! ¡pues yo mas quiero—dijo Teresita—abrazar á mi madre, recibir sus besos, sentir sus caricias y sufrir con ella pobre y desgraciada, que habitar en ricos palacios sin conocerla....! Tú no harías eso con nosotras, ¿no es verdad?

—¡Yo....!

Y Elisa no sabia que responder. Su garganta estaba cerrada como por un nudo;

su corazon se conmovió profundamente, y su vista quedó velada por las lágrimas.

—Tú no nos dejarías.

—¡Jamás.... jamás....!

Y las estrechaba contra su pecho.

—Debe ser mala esa madre: yo no la quiero.

—¡Ah! ¡por piedad no la acuseis, hijas mías....! Es buena: le ama como yo os amo á vosotras.... con todo su corazon, con todas sus potencias....

—¡La conoces tú?

—Hace muchos años á la desgraciada! ¡La he visto llorar y sufrir por Clotilde.... Orar por ella continuamente.... he escuchado sus sollozos y me ha contado sus penas....!

—Pero ¿por qué no se da á conocer?

—Es un secreto.... ¡Las mujeres, hijas mías, son muy desdichadas....! ¡Han nacido para llorar y padecer....!

—¡Ah! ¡ya quiero, ya amo á esa pobre madre....! ¡Debe ser muy buena cuando tú la defiendes....!

Y Teresita y Julia abrazaron á la hermo-

sa Elisa que, profundamente conmovida, las cubria de besos y las estrechaba contra su amante corazón.

—¡Bien, hijas mías, bien....! ¡No sabeis el placer que me proporcionan los nobles afectos de compasión y de ternura que acabais de manifestar....!

—Y aun cuando no fuese tan buena y tan sin ventura;—dijo Teresita con tierno acento;—La madre de Clotilde, siempre debe ser amada por nosotras.

Elisa imprimió un beso en la frente de su hija.

—Sí:—contestó conmovida.—Debeis amarla porque es la madre del sér que nos colma de beneficios. Sin su proteccion, ¡qué seria de nosotras....!

—Y de nuestro papá; porque él es quien te suele pedir el dinero que te envía.

—¡Es verdad!

Dijo con tristeza Elisa.

—¡Y para qué te lo pide?

Preguntó Julia con infantil candidez.

—¡Para qué....?—repuso con algun embarazo la pobre mujer, que queria ocultar

á los ojos de sus hijas el vicio que dominaba el corazón de Diego.—Para.... para girarlo y traerlo mas.

—¡Por eso....? ¡Pobre papá....! Pero debe ser muy desgraciado, porque siempre veo que vuelve sin nada, triste y de mal humor.

—Sí.... es porque sus negocios no le dan el resultado que él suele prometerse, y viene triste porque no puede proporcionarnos todas las comodidades que quisiera.

—¡Es por nosotras! ¡Ah! ¡pobrecito de papá....! ¡Cuánto deseo encontrarme en la edad de ganar algo para que descanse!—Dijo Teresita.—Entonces pondré una escuela, y ni tú ni él trabajareis mas. Por eso me empeño en aprender.... Por eso me aplico y estudio noche y dia.

—Y yo te ayudaré, hermana mia:—añadió Julia.—Sí; yo te ayudaré con todo empeño.

Elisa abrazó á sus tiernas hijas inundada de felicidad.

Aquel profundo sentimiento filial bañó de

satisfacción su alma, y se creyó la más dichosa de las mujeres.

El agradecimiento y el amor de los hijos, es el premio inapreciable con que Dios recompensa los desvelos de los padres.

—También es muy digno de nuestra gratitud—dijo Teresita—ese excelente indio D. Pablo, que nos suele enviar, de vez en cuando, fruta y otras cosas de su rancho de Texcoco.

—¡Oh! sí: Pablo es un apreciable campesino que se interesó por nosotros desde el momento que comprendió la triste situación en que se encontraba vuestro padre, á quien halló herido en San Angel, y que hubiera muerto en medio del campo, si ese hombre no hubiera pasado esa noche por el triste sitio en que yacía revolcándose en su sangre.

—¡Oh! yo lo quiero mucho.

Exclamó Teresita.

—Y yo también,

Añadió Julia.

—Es un excelente sugeto, que bajo un exterior tosco y rudo, esconde una alma noble y generosa. Sí, hijas mías; un hom-

bre lleno de bondad, que nos ha dado pruebas inequívocas de aprecio y de amistad, y á quien debéis querer por todo cuanto ha hecho por nosotros, y porque á él le debéis la vida de vuestro padre.

En aquel momento se acercó á la puerta en que estaban hablando, la excelente preceptora.

—Me trae—dijo—á interrumpir la conversacion de vdes., una cosa que ha llamado vivamente mi atencion.

—¿Cuál?

Preguntó Elisa con curiosidad.

—La aparicion de una mujer con una luz en la mano, en aquella ventana enrejada de la casa de enfrente.

—A nadie veo.

Dijo Elisa fijando, lo mismo que sus hijas, la vista en el punto indicado.

—Es que se presenta un momento, y vuelve á desaparecer. Esperemos un poco, que no debe tardar en aparecer de nuevo.

—Véamos.

Contestó la esposa de Diego; y los cuatro

clavaron con avidez los ojos en la alta y estrecha ventana.

En aquel instante el astro de la noche se oscureció como si le hubiesen cubierto con una sombra, y la tierra quedó en completas tinieblas.

—¡Dios mío!

Exclamaron sobresaltadas Julia y Teresita.

—No hay que asustarse, queridas:—dijo la maestra sonriendo;—es un eclipse de luna.

—¿Un eclipse de luna...? ¿Y cómo se efectúa ese eclipse?

—Os lo explicaré. La tierra y la luna son dos planetas de la forma de una naranja, que ruedan al rededor del sol, el cual ilumina entrambos de la misma manera. En este momento el sol, la tierra y la luna, se encuentran en la misma línea, esto es, el uno detras del otro, de donde resulta, que estando interpuesta la tierra entre el astro del día y el astro de la noche, no deja que los rayos solares caigan sobre la luna, por lo cual deja ésta de alumbrarnos.

—Lo comprendo perfectamente.

Dijo Teresita.

—Pero ya el eclipse pasa, y es preciso que volvamos á fijar la vista en la ventana.

—Yo veo moverse una luz dentro del cuarto.

Advirtió Julia.

—Sin duda:—contestó Amalia.—Seguramente va á presentarse.

Los ojos de todos volvieron á fijarse en la ventana.

La luna brillaba en toda su plenitud.

Un ligero viento mecia las hojas de los árboles, cuyas ramas formaban un ruido armonioso y melancólico.

De repente se vió proyectar en la ventana la sombra de una mujer que se acercaba.

Amalia, Elisa y sus dos niñas guardaban un sepulcral silencio.

A los pocos instantes la luz reflejó en las rejas como si la condujesen de abajo para arriba, y en seguida se dejó ver el rostro de una jóven, de una belleza extrema, cuyos hermosos ojos, arrasados de lágrimas, se dirigieron suplicantes hácia el grupo que la contemplaba.

Todos se conmovieron de aquel sér que revelaba en su angélico semblante la inocencia de las vírgenes y la pureza de una alma sin mancha.

Elisa se quedó contemplándola cual si viese una vision fantástica.

Julia y Teresita la miraban con una mezcla de asombro y de ternura indefinible, mientras que la hermosa Amalia, arrastrada por una fuerza secreta, se encontraba gratamente subyugada por la dulce mirada de aquella interesante jóven que parecia implorar su compasion.

Hay sentimientos en nuestra alma cuyas causas no nos podemos explicar.

Amalia no recordaba haber visto jamas á la hermosa jóven que permanecia en la ventana, y sin embargo, sentia hácia ella, no un cariño leve y pasajero que siente todo corazon noble ante la desgracia de la humanidad, sino un afecto profundo, íntimo, tierno, que le identificaba con ella, que la conmovia dulcemente, que le obligaba á permanecer en éxtasis, contemplándola sin apartar de ella la vista.

La jóven, al ver que habia conseguido llamar la atencion y despertar tal vez las simpatías de las que la observaban, hizo varios movimientos con su blanca y delicada mano.

—Hace señas—dijo Julia—de que tiene sed.

—En efecto.

Añadió Elisa.

—¡Ah....!—exclamó conmovida Amalia:—¡Es preciso satisfacer en el momento su necesidad!.... ¡Sed....! ¡Desdichada....! ¡Tal vez es la víctima de un esposo cruel, despiadado y zeloso....!

—O una infeliz que ha perdido el juicio, y á quien su familia se ve precisada á tener encerrada.

Observó Elisa.

—De todas maneras es preciso socorrerla.

Dijeron las dos niñas.

—Yo me encargo de ello.

Repuso Amalia, y partió al instante de allí, penetró en su cuarto, tomó una botella muy limpia, la llenó de agua sumamente

fresca, y se dirigió á colocarse debajo de la ventana.

La jóven que estaba detras de la reja, al verla marchar en direccion á ella, dejó ver en su semblante la alegría mas pura, elevó sus grandes ojos al cielo en señal de gratitud, y poco despues dejaba caer hácia el campo una larga cuerda que habia sacado de uno de los bolsillos de su vestido, y cuyo extremo sujetaba fuertemente en su mano.

La preceptora ató perfectamente el cuello de la botella á la punta de la cuerda, hizo una seña para que la subieran, y poco despues la hermosa cautiva, manifestando su profunda gratitud por medio de expresivas demostraciones, desapareció con el anhelado liquido que con tanto afan habia solicitado.

La bondadosa maestra, llena de esa satisfaccion interna que experimenta el alma despues de haber practicado una buena accion, volvió á reunirse con la familia de Diego.

—¡Pobre jóven....!—dijo al acercarse—
¡Con qué placer ha recibido el agua....!

—Como que la sed es el tormento de los condenados. Tal vez habrá vaciado la infeliz de un solo trago la botella!

—¡Oh! tengamos cuidado para ver si se asoma en sollicitud de mas. No le privemos de un bien supremo para ella, y que sin sacrificio alguno de nuestra parte podemos proporcionarle.

—Pero si le privasen del agua—advirtió Elisa despues de meditar un instante—tambien le privarian del alimento, y ella solo ha manifestado que tenia sed. ¿No será, pues, una desgraciada demente, cuya idea fija sea la de manifestar que está sedienta?

—Puede ser muy bien; pero si así es, pronto volverá á aparecer haciendo las mismas señas, pues los que han tenido la desgracia de perder la razon, no cesan de repetir sus demostraciones.

—¡Ah! ¡vuelve á salir!

Exclamó Teresita.

Las miradas de las cuatro se fijaron á un tiempo en la ventana con la mayor curiosidad y afan.

La jóven se presentó detras de la reja con un semblante dulce, apacible y reposado.

La sonrisa de los ángeles vagaba por sus purpurinos labios. Dirigió tranquilamente sus hermosos ojos, arrasados en lágrimas, hácia el grupo bienhechor, y les envió en una celestial mirada, toda la gratitud, todo el cariño, todo el reconocimiento de que estaba embargada su alma.

Amalia se conmovió profundamente, como si la mirada de aquella mujer envolviese un fluido magnético que avasallase su corazón.

La sola presencia de aquella interesante jóven bañaba su alma de una superabundancia de felicidad indefinible.

Sentia hácia ella un cariño tan intenso, á la vez que dulce y desinteresado, que la preceptora se estremeció con una idea que le asaltó de repente, y que estaba enlazada con el pasado.

¿Qué idea era esta?

Amalia no se atrevió á comunicársela á nadie.

Era un secreto que guardaba en lo mas hondo del corazón.

—¡Oh! ¡es imposible que esté loca esa jóven!—exclamó despues de observarla un momento con religioso silencio.—Su fisonomía y sus maneras solo denuncian el dolor y el sufrimiento....!

—Esperemos otro instante.

Contestó Elisa.

—Ya vuelve otra vez á hacer señas de que tiene sed.

Dijo Julia pasados algunos instantes.

Y con efecto; la hermosa jóven volvió á indicar con la mano que estaba sedienta.

Amalia dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho, y exclamó con acento tierno y abatido.

—¡Sí....! ¡me engañé! ¡está loca....! Pero ¿qué importa....! es preciso complacerla.

Y arrastrada por un sentimiento de compasión, se dirigió hácia la ventana.

La que gemia presa, bajó la botella atada á la cuerda.

La preceptora, al encontrarla vacia, la desató, volvió á llenarla de agua, la ató de

nuevo á la cuerda, hizo seña de que la subiera, la jóven ejecutó en el instante la órden, dió las gracias con las demostraciones mas inequívocas, y desapareció por segunda vez.

Amalia se acercó á Elisa, y le dijo:

—Nunca me han conmovido tanto como ahora las desgracias ajenas. ¡La situacion de esa hermosa jóven me ha desgarrado el corazon....!

La llegada de Diego, en cuyo rostro se veian pintados el enojo, la desesperacion y el despecho, enmudeció á las cuatro interlocutoras.

—Buenas noches.

Dijo con sequedad y bronco acento penetrando en la habitacion, sin detenerse siquiera á hacer una caricia á sus inocentes criaturas.

Elisa y sus queridas hijas se estremieron de terror, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Amalia estrechó la mano de su desgraciada vecina, y se despidió de ella afectuosamente.

En aquel momento la jóven se presentó en la ventana descolgando vacia la botella.

La preceptora se acercó á cojerla; la soltó de la cuerda, y dirigió los ojos hácia la que juzgaba loca para ver si anhelaba otra cosa.

La jóven comprendió el noble deseo de su favorecedora, llevó la mano á su corazon manifestando su gratitud, le envió una mirada intensa de eterno reconocimiento, y desapareció de la reja.

Amalia se retiró á su vivienda profundamente conmovida.

¿Era aquella jóven una víctima acaso de los injustos zelos de un esposo suspicaz?

¿Era una hija rebelde á los consejos de un padre?

¿Era una esposa criminal?

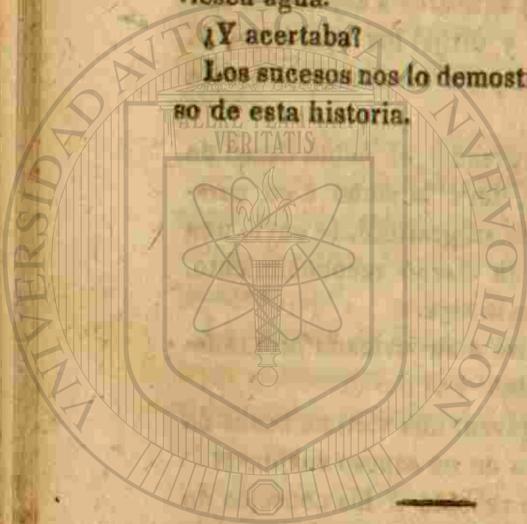
¿O tal vez una desgraciada mujer privada de razon, á quien su familia se habia visto en la penosa necesidad de encerrarla en aquel cuarto?

La compasiva preceptora se vió asaltada por todos estos pensamientos, de los cuales, el último le parecia estar en armonía

con la accion que acababa de practicar la jóven, solicitando por dos veces que le sirviesen agua.

¿Y acertaba?

Los sucesos nos lo demostrarán en el curso de esta historia.



CAPITULO III.

La casa del jugador.

En cuanto la preceptora se despidió de Elisa, ésta, disimulando el terror que le habia infundido la entrada desapacible y ruda de su esposo, cerró la puerta y se dirigió con el corazon comprimido á un rincon de la sala.

Diego, con los brazos echados hácia atras y con las manos enlazadas, se paseaba á largos pasos en la pieza contigua y sin pronunciar palabra.

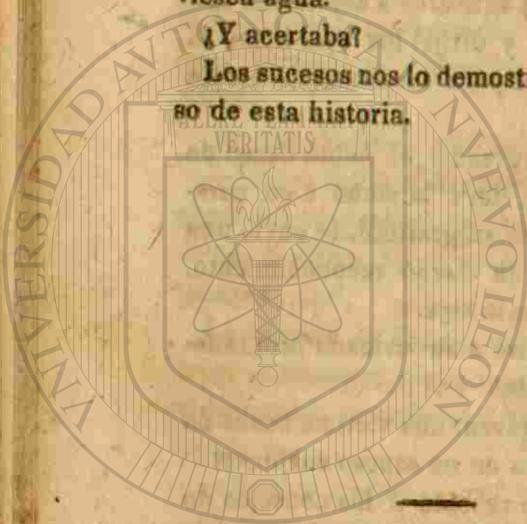
Su rostro estaba lívido, sus ojos encendidos, sus labios blancos como el papel, el cabello despeinado y su vestido en desorden.

En su ceño imponente y severo se retra-

con la accion que acababa de practicar la jóven, solicitando por dos veces que le sirviesen agua.

¿Y acertaba?

Los sucesos nos lo demostrarán en el curso de esta historia.



CAPITULO III.

La casa del jugador.

En cuanto la preceptora se despidió de Elisa, ésta, disimulando el terror que le habia infundido la entrada desapacible y ruda de su esposo, cerró la puerta y se dirigió con el corazon comprimido á un rincon de la sala.

Diego, con los brazos echados hácia atras y con las manos enlazadas, se paseaba á largos pasos en la pieza contigua y sin pronunciar palabra.

Su rostro estaba lívido, sus ojos encendidos, sus labios blancos como el papel, el cabello despeinado y su vestido en desorden.

En su ceño imponente y severo se retra-

taba la rabia y la desesperacion; en su gesto la violencia de su alma, y en todos sus modales, al hombre frenético que no sabe contra quien descargar su ira.

Elisa se sentó aterrada y abatida en una silla, orando interiormente, pidiendo á Dios la felicidad del sér á quien estaba enlazada.

Teresita y Julia, sobrecojidas de espanto, y respirando con dificultad, se colocaron de pié al lado de su desventurada madre, llenas de miedo, y estrechándola fuertemente.

Aquel era un cuadro desgarrador: una escena doméstica desconsoladora, terrible; pero que, por desgracia, se repetia con demasiada frecuencia en aquella familia, donde el vicio del jefe de ella habia llevado la miseria y el terror.

Las pobres criaturas miraban con asustados ojos, y sin atreverse á hacer el mas leve movimiento, á su iracundo padre cruzar la estancia sin alzar la vista del suelo, llevar de vez en cuando la mano á la cabeza introduciendo los dedos por el cabello, y golpearse la frente como un desesperado.

De repente se detuvo en la puerta del cuarto, enfrente á su familia, arrugó el entrecejo, fijó furioso sus inyectados ojos en sus tímidas hijas y su esposa, y alzando el brazo en ademan amenazador, exclamó con ronco acento.

—¿Por qué no se han acostado ya esas criaturas?.... ¿Se han propuesto estar toda la noche ahí?....

Las niñas se estremecieron de espanto, y se abrazaron de Elisa, que tembló como la tímida gacela al rugido del león.

Diego dió otra vuelta, y viendo que permanecian quietas en el mismo sitio, añadió con mayor exaltacion.

—¿No me han oido....? ¿No me han comprendido que deseo que se acuesten?.... ¿Por qué no lo han hecho ya?....

—Deseaban verte antes....—Dijo Elisa con voz dulce y apacible:—te estaban esperando.

—Yo no quiero que nadie me espere....—exclamó Diego cada vez mas exaltado:—yo no quiero que nadie se moleste por mí.... Ya lo sabeis.

Teresita y Julia se echaron sollozando en brazos de su afligida madre, que las estrechó contra su pecho mojando con sus lágrimas los hechiceros rostros de aquellos dos desventurados ángeles.

—Llanto, lágrimas, hipocresía todo....—

Añadió Diego con despecho:—¡A qué viene ahora eso?.... ¡Quereis que la vecindad se imponga de lo que pasa en mi casa?....

—Lloran de sentimiento, esposo mio.... porque te aman!....

Dijo Elisa con afabilidad tratando de conmover el corazón de aquel hombre que el juego había endurecido.

—Yo no quiero que nadie me ame.

—Pero....

—He dicho que se acuesten esas criaturas. ¿Será preciso que lo mande de otra manera?

Exclamó Diego interrumpiendo á su esposa con una explosión de furor, difícil de expresar.

—Van á obedecerte, Diego. No te incomodes.... Ya sabes que mi único afán es complacerte en todo.

Contestó Elisa con una resignación cristiana que rayaba en heroísmo.

—¡Vamos, hijas mías—añadió despues;—vuestro padre quiere estar solo y es preciso satisfacer su anhelo. Despedios de él, y seguidme para que os acostéis.

Teresita y Julia se acercaron con timidez y recelo á su padre que había salido á la sala para que ellas entrasen á la alcoba, y que continuaba paseándose.

—Buenas noches, papá.

Dijeron ambas niñas poniéndose á su lado.

—Buenas noches.

Contestó con menos aspereza Diego.

—¿No nos perdona vd. la imprudencia de haberle esperado?.... Lo hicimos, porque teníamos ganas de verle á vd. y de abrazarle.

Diego, aunque endurecido por el juego, al fin era padre, y se detuvo al escuchar la dulce voz de aquellas dos inocentes criaturas que le pedían perdón de un acto noble y digno de alabanza.

—Bien, hijas mías, bien.... Os agradez-

co la intencion.—Dijo pasándoles cariñosamente la mano por el cabello:—Sois unas excelentes criaturas... virtuosas como vuestra infeliz madre.... Pero ¡soy tan desgraciado....! ¡padezco tanto....! que á veces la suerte me obliga á ser cruel con vosotras, á pesar mio....! ¡Ah....! perdonadme, hijas mias.... ¡perdonadme mis excesos de ira y de dolor....!

Y las pobres niñas lloraban de ternura y de placer.

—¡Cuánto amo á vd., padre mio....!

Exclamó Teresita conmovida.

—¡Ah!—dijo Julia á su vez—¡somos tan felices con esas palabras de cariño....!

Diego se sintió enternecido: la naturaleza no pudo permanecer rebelde á sus mas nobles y sagrados afectos; los fueros de la sangre se sobrepusieron á los bastardos recuerdos del fanesto juego, y obedeciendo al irresistible influjo del sentimiento paternal, abrazó á sus queridas hijas con la efusion del cariño mas tierno, las besó en la frente, y exclamó enternecido.

—¡Id á descansar, hijas mias...! ¡id á descansar, y Dios vele vuestro sueño....!

Teresita y Julia se desprendieron de los brazos de su padre, conmovidas de placer, le besaron la mano, y se retiraron á su cuarto conducidas por la sensible Elisa que presenció, gratamente conmovida, aquella inesperada y consoladora escena.

—¡Qué bueno es papá....!—Dijo Julia mientras la desnudaban.—¡Ahora he conocido que nos quiere mucho....! ¡Oh....! el beso que me ha dado, me ha hecho estremecer de dicha....! ¡Pero es muy desgraciado....!

—Por lo mismo, es preciso—añadió Teresita—que cuando estemos acostadas y solas, recemos las dos por él.

—Sí; rezad, hijas mias; pedidle á Dios que sea dichoso....! que le vuelva á su corazon el bienestar y la calma que formaron las delicias de nuestros primeros años de matrimonio....!

Diego miró enternecido, alejarse á sus inocentes criaturas, y dos lágrimas, las pri-

meras que habia vertido tal vez desde que se separó de la senda de sus deberes, rodaron de sus ojos.

Aquel llanto revelaba que, á pesar de la ferocidad y la rudeza que habia impreso el juego en su carácter, aun conservaba dentro del alma el gérmen de sensibilidad que podria encarrilarlo de nuevo por el camino de la virtud.

Las dulces palabras de sus dos ángeles de inocencia y de candor, habian despertado dentro de su pecho bellísimos y nobles sentimientos.

Pero estos sentimientos generosos fueron instantáneos.

La memoria de sus recientes pérdidas, de su miseria, su sed insaciable de oro, y su arraigada pasion al juego, se sublevaron de repente contra las ideas tiernas que solo brillaron un instante en su ofuscada mente, como la luz del relámpago brilla en medio de la tempestad.

Las malas pasiones triunfaron de las buenas; el vicio se sobrepuso á la razon; y Diego, soñando en la manera de adquirir ri-

quezas para separarse del juego, volvió á pasearse por la sala sin otra idea que la del mismo funesto juego.

El que una vez ha tenido la imprudencia de colocar su pié en la resbaladiza pendiente por donde se precipita el jugador, y trata de buscar el remedio al vicio en el mismo vicio, es semejante á la incauta mariposa, que despues de haberse quemado las alas atraida por los brillantes resplandores de la luz, se precipita en medio de la flama donde se abrasa.

Diego se habia olvidado completamente de sus hijas, de sus caricias, y de sus lágrimas.

Las cartas favoritas, á las cuales tenia especial inclinacion, era lo único que se presentaba en aquel instante á su imaginacion con todo el seductor atractivo con que las pasiones enganan los mas repugnantes objetos.

Veia las cartas, veia la facilidad de acertarlas; veia el oro sobre la mesa....

A Diego solo le faltaba, en su concepto, un poco de dinero para jugar y cambiar de

posicion social; para llevar todo aquel oro que codiciaba; para pasar de la miseria en que gemia á la opulencia de un príncipe.

Dominado por estos quiméricos ensueños que preocupaban su imaginacion y avasallaban su alma, cruzaba la pieza á grandes pasos, reflexionando en la manera de hacerse de algun dinero para realizar su idea.

Traia á la memoria la fortuna de uno que, en aquel mismo dia, acariciado por la suerte, habia ganado en menos de media hora, dos mil onzas; pero no fijaba la atencion en la desgracia de otros cien que, como él, dejaron en la mesa del vicio todo lo que llevaron, condenando á sus desgraciadas familias á morir de necesidad y de miseria.

Se acordaba de que el juego habia sido para unos cuantos la mina en bonanza que les proporcionó en la sociedad un lugar distinguido; pero no meditaba en que habia sido el origen de la deshonor de millares de infelices que, dominados por la desesperacion, el furor y el despeño que vierte en el alma la pérdida de los bienes, se ha-

bian lanzado al robo, á la estafa, al fraude, y á todo linaje de desórdenes y excesos, terminando la carrera de su vida en un hospital, en una cárcel ó en un patíbulo.

Se olvidaba, como dice un escritor, de que la inconstancia de la fortuna, unida á la imprevision del vicio, son la causa eficiente de que sean tan efímeras las ganancias del jugador que, á trueque de algunas horas de incompleta satisfaccion, que deja consumir en la disipacion, tiene que sufrir dias y aun meses de desesperacion, que vienen á terminar en la degradacion ó en el suicidio. Se olvidaba de que en el juego se han dilapidado fortunas cuantiosas, se han arruinado numerosas familias, se han indispuesto muchos matrimonios que hubieran sido muy felices; se han precipitado no pocas mujeres virtuosas en la sima del deshonor, y de que se han lanzado en el vicio de la bebida y en el libertinaje, jóvenes de nacimiento ilustre, que acertaron á fuerza de pesadumbres y disgustos, los dias de sus padres.

De todo esto se olvidaba; porque cuando

el hombre está dominado por una pasión, y el vicio ha echado hondas raíces en su alma, cierra los oídos á la voz de la razón, y no atiende á otra cosa que al lisonjero acento que halaga sus pasiones.

Diego, acariciando en su mente las ideas del cambio de fortuna que se iba á operar en cuanto volviese al juego, y buscando los medios de poder realizar su deseo, creyó haber encontrado la manera de cumplirlo.

Se acordó de que Elisa guardaba algunos regalos hechos por Clotilde á ella y á sus hijas; pensó que realizándolos y reduciéndolos á dinero, podía sujetar por un instante la fortuna á su capricho, y dejar satisfecha su ambición de riquezas.

Ilusionado y delirando con este pensamiento, llamó á su esposa.

Teresita y Julia, estaban ya entregadas á un dulce y profundo sueño, y Elisa, después de besarlas en la frente, se presentó en la sala.

—¿Qué se te ofrece, Diego?

Dijo acercándose á su esposa.

Este, como todo el que desea conseguir

lo que ambiciona, dió á su semblante y á su voz toda la dulzura posible, y contestó estrechando entre sus manos la de su esposa.

—Que me concedas el favor mas grande que puedo ambicionar.

—¿Qué puedo yo negarte de lo que dependa de mí? ¿No ha sido mi deseo constante el de complacerte?... ¿No soy la mujer mas feliz del mundo cuando veo satisfecho el mas ligero de tus deseos?

—Sí, es verdad; nada me has negado nunca; siempre has subordinado tu voluntad á la mia, siempre.... excepto....—añadió sonriendo y pasando la palma de su mano izquierda por el dorso de la de Elisa, que agarraba con la derecha:—excepto cuando te he pedido algo de lo que te envia mensualmente Clotilde.

—Bien sabes que si me he resistido á complacerte sobre el punto que tocas, no ha sido porque no anhelase servirte, sino porque ese dinero no me pertenecía. Era propiedad de nuestras inocentes hijas; de esos tiernos ángeles, cuyo porvenir me tiene inquieta y cuidadosa.

—¡Y si el favor que quiero pedirte fuese de esa naturaleza?

Dijo acariciando mas y mas la mano de su esposa.

Elisa se puso pálida.

—¡Pedirme lo que me envian para ellas!

—Sí. ¿Qué responderias?

—¡Por Dios, Diego!—Contestó Elisa temblando de temor.—Ya sabes que nada tengo de ellas.... que cuanto tenia guardado te lo he cedido para complacerte, aunque conocia que era un crimen tocar al depósito que se me confiaba!

—¿Es decir que me niegas el favor que te pido?

Dijo Diego soltando la mano de su esposa, y dejando ver en su rostro las señales del enojo, próximo á estallar.

—Tú sabes muy bien—contestó Elisa con timidez y dulzura—que nada tengo; que esta misma noche me obligaste á que te diese lo poco que conservaba de ellas....

—Nada de eso ignoro.

—Pues entonces....

—Pero aún te quedan algunas alhajas

que te ha regalado la protectora de esas niñas, y ademas, mañana temprano te toca recibir la mesada que Clotilde destina para Teresa y Julia.

Elisa se estremeció como si hubiera escuchado la sentencia de su muerte.

—Pero esas alhajas y esa mesada....

—Las quiero; las necesito.—Exclamó Diego dejando estallar su rabia por tanto tiempo reprimida.—Veo que contigo nada alcanzan las súplicas, y por eso lo ordeno, lo mando....!

—¡Ah!—Dijo la infeliz esposa con acento suplicante y juntando las manos afligida.—

¡Yo te ruego que no exijas de mí ese sacrificio....! ¡Es con lo único que cuento para que no perezcan de hambre....!

—¿Y quieres que yo muera de desesperacion? ¿Qué me suicide de rabia...?

—¡Oh! ¡qué dices....!

Exclamó horrorizada aquella pobre mujer mirando con ojos espantados á su esposo!

—¡Vamos, no te alarmes!—Repuso Diego cambiando repentinamente de gesto, y con acento dulce y expresivo:—¿Crees que

yo tambien no amo á mis hijas? ¡Crees que yo te pediria esas alhajas y ese dinero destinado á sus alimentos, si no estuviera persuadido de que con él voy á ganar inmensos tesoros, con los cuales podremos volver á ser felices, bien volviendo á Buenos Aires, mi patria, ó á la hermosa España en que te conocí?

—¡Ah! ¡no pienses en eso, Diego! ¡no pienses en aumentar las riquezas por medio del juego! ¡Qué has conseguido hasta ahora...? ¡No me has dicho mil veces lo mismo que me dices en este instante...? ¡Y cuál ha sido el resultado...? ¡Aumentar tus aflicciones... maldecir tu suerte, y privar del pan á nuestros hijos....!

—Pero estoy seguro de que mañana el resultado será muy distinto.

Respondió Diego algo picado con aquella observacion.

—¡Ah....! ¡no lo creas....! Mañana verias desaparecer el importe de esas alhajas y esa onza, como has visto desaparecer las otras, y tendrias el sentimiento de no po-

der socorrer las necesidades de tu desdichada familia.

—Hagamos la última prueba.

—¡Seria otro nuevo desengaño....!

Diego se mordió los labios; arrugó el entrecejo; miró con ojos iracundos á su esposa, y gritó con acento aterrador.

—Te digo que quiero ese dinero.

—Pero....

—Te digo que lo quiero.

Exclamó rechinando los dientes y acercándose á Elisa con el puño levantado.

—¡Dios mio....! ¡Dios mio....!

Pronunció la afligida esposa, levantando al cielo sus hermosos ojos arrasados de lágrimas.

—¡Qué respondes?

Añadió cada vez mas colérico Diego.

—¡Ah....! ¡no te enojas....!—Se atrevió á decir la pobre Elisa enviándole una mirada suplicatoria:—¡No despiertes á esos inocentes ángeles, para que presencien las discordias de sus padres....!

—Pero ¿me entregarás ese dinero y esas alhajas?

Volvió á preguntar con severidad Diego.
—Te lo entregaré.

Dijo Elisa con la santa resignacion de una mártir, y enjugándose el llanto que corría por su melancólica faz.

Diego, que ya habia alcanzado lo que deseaba, se acercó á ella con ademan afable, le tomó una mano, y le dijo con acento cariñoso:

—¡No llores, Elisa.....! ¡tus lágrimas me hacen mal.....! ¡Perdóname si te he ofendido.....! Conozco que tengo un carácter violento..... irascible.... que se exalta con facilidad..... Pero ¡tú eres tan buena!..... que es imposible que me guardes rencor por lo que ha pasado; ¿no es verdad?

Elisa tenia un corazon noble, tierno y generoso. A pesar del vicio detestable de aquel hombre al juego, amaba á su esposo con todas las veras de su alma.

—Nada tengo que perdonarte, porque en nada me has ofendido;—le respondió dulcemente:—me atreví, porque te amo, á hacerte una observacion que consideré pru-

dente, pero nunca fué mi ánimo oponerme á tu voluntad ni criticar tu conducta.

—¡Eres un ángel, Elisa..... Sí, un ángel digno de disfrutar todos los bienes de la tierra. Y esos bienes, te los proporcionaré dentro de poco. Mañana empiezan la feria y fiestas de Tlalpam. Las casas de juego van á ser numerosas y con mucho oro. El corazon me anuncia que voy á ganar y que van á acabar para siempre nuestras penas y miserias.

Elisa, lejos de participar de las bellas ilusiones de su esposo, estaba por el contrario, dominada por lúgubres y desgarradores pensamientos.

Los proyectos de su esposo no eran otra cosa para ella, que el aumento de las penalidades de sus queridas hijas.

Le iba á entregar todo lo que tenia.

Al brillar la luz del sol se iba á encontrar la infeliz sin tener con que comprar el desayuno de los frutos de su desventurado matrimonio.

La mesada que con suma impaciencia ha-

bia esperado como un ligero alivio á sus desgracias, iba á pasar á manos del hombre que iria inmediatamente á perderla en el juego.

Diego conocia muy bien lo que pasaba en el corazon de su esposa; leia en su rostro, como en un libro, los mas ligeros sentimientos de su noble alma. Sabia la lucha interior que sostenia entre los deberes de madre y las condescendencias de esposa. Conocia el sacrificio que le debia costar desprenderse de cuanto tenia reservado para alimentar á sus hijos, y temiendo que llegase á arrepentirse de su oferta, y queriendo aprovecharse de aquellos instantes de buena disposicion en que todo podia alcanzarse fácilmente de ella, le dijo con extrema amabilidad y acariciándola tiernamente:

—¿Quieres, vida mia, para no molestarte mañana, entregarme esas alhajas de que hemos hablado?

—¿Pues qué—exclamó Elisa con profundo sentimiento—las quieres ahora mismo?

—Si tú no tienes inconveniente, te lo

agradeceria infinito: deseo marchar á Tlalpam en el primer ómnibus de la mañana, y por lo mismo, tenerlo todo arreglado con anticipacion para no detenerme un instante. ¡Vamos, compláceme si no te sirve de molestia....! ¡te lo suplico encarecidamente!....

—Voy á servirte, puesto que así lo quieres.

Respondió Elisa tristemente, y levantándose de la silla en que estaba sentada. En seguida se dirigió abatida á su cuarto; sacó una cajita que tenia debajo del colchon; la abrió con mano temblorosa; tomó de ella algunas alhajas que le habia regalado Clotilde y que besó con melancólica ternura; volvió á la sala luego, se dirigió á su esposo, y le dijo entregándoselas todas.

—¡Ahí tienes cuanto constituía la fortuna de nuestros hijos....! ¡siento que las vayas á jugar, pero no te culparé si las pierdes....! Solo te suplico que si la suerte te es contraria, abandones esa senda que tantos y tan amargos desengaños te ha proporcionado, para que dediques á tus queridos hijos las horas que hasta hoy te ha robado el juego....!

—Te lo prometo:—dijo Diego tomando las alhajas.—Pero estoy seguro de que el éxito va á corresponder á mis esperanzas. Ahora voy á combinar detenidamente mi plan para ganar.

Y sacando un papel, se puso á trazar sobre él algunos números, combinando varias jugadas.

Elisa, al verle entretenido, se dirigió al lecho en que dormían sus hijas, exhaló un suspiro, cayó de rodillas junto á ellas, levantó los ojos bañados de lágrimas al cielo, y se puso á rezar por la felicidad de sus desgraciadas criaturas.

—¡Nada tengo que darles, Dios mio!....— Exclamó juntando sus manos en actitud ferviente:—¡Tú que miras mi corazón y mis lágrimas.... tú que ves la honda y amarga aflicción de esta pobre madre.... ten compasión de mí....!

Y se quedó en profundo recogimiento.

Julia y Teresita sonreían dulcemente acañadas por uno de esos gratos ensueños que mecen la edad de la inocencia.

Elisa fijó sus bellos ojos en aquellos dos

ángeles que soñaban con las delicias de los bienaventurados, y se sintió conmovida de ternura.

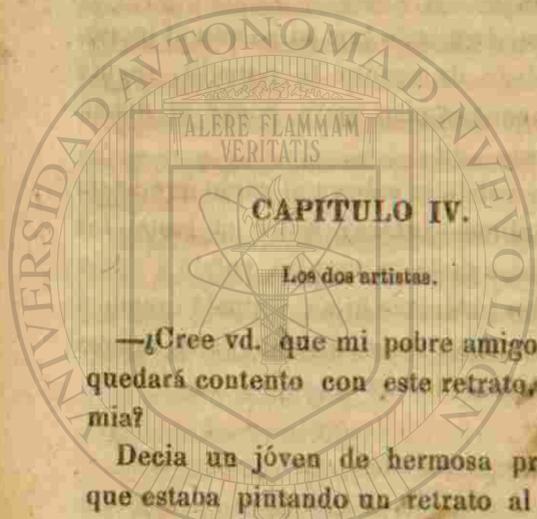
Diego, dominado por su pasión al juego, y olvidado de cuanto le rodeaba, seguía combinando el plan para ganar al día siguiente.

Elisa volvió la cabeza al ruido que hacía con la pluma al trazar sobre el papel los números, exhaló un suspiro, volvió á mirar á sus dos inocentes hijas, y quedó orando á Dios por ellas y por la vuelta de su esposo al sendero de la virtud.

muerto, sin color y sin animacion, como me parecen á mí todos los retratos que he hecho de mi inolvidable Clotilde. Pero se empeñó en que se ocupase mi pincel en esta obra, y no me pude negar á la súplica de un amigo desgraciado, que no tiene otro placer que el de pensar á todas horas en la mujer que adora, como no tengo yo, madre mia, otra felicidad que la de pensar en mi Clotilde!

—Y ese retrato le servirá de gran consuelo, como te sirven á tí los que ha trazado tu pincel de la jóven que amas.

—Sí; el sediento febricitante entretiene su abrasadora sed con trozos de hielo que le sirven cuando le niegan el agua que apetece; el desgraciado prisionero con ver desde las rejas de su prision un rayo de luz y algunas ramas de los árboles que le recuerdan los limpios horizontes del mundo y las verdes praderas que ha recorrido: el infeliz amante, con la pálida semejanza del sér que adora! Son dulces ilusiones que alimentan la esperanza; esta esperanza que es la tierna compañera del hombre; la que



—¿Cree vd. que mi pobre amigo Rafael quedará contento con este retrato, madre mia?

Decia un jóven de hermosa presencia que estaba pintando un retrato al óleo, á una anciana que se ocupaba en aquel instante en registrar todos los cajones y papeles del estudio del pintor, buscando alguna cosa.

—Sin duda ninguna, Leopoldo. No puede trasladarse al lienzo con mas perfeccion, la hermosura, la modestia, el candor y la expresion de la desventurada Luz.

—Sin embargo, á Rafael le debe parecer

le anima en su desgracia, la que le infunde aliento en los reveses, la que le presenta en el horizonte un punto de felicidad, una estrella de ventura, hácia la cual camina consolado, y cuya luz no se extingue sino despues de haber descendido el hombre á la tumba; pero siempre en brazos tambien de la esperanza.

—¿Y cuándo piensas enviarle ese retrato?

—Hoy mismo, porque es el día en que va á salir por vez primera á la calle, despues de su peligrosa enfermedad.

—Muy bien.

—Quiero que en el mismo instante en que se dispone á correr la ciudad en busca de la mujer que adora, vea entrar por las puertas de su casa su semejanza, como dulce presagio de ventura.

—Y te lo agradecerá mucho, hijo mio.

—Solo espero á que llegue mi excelente amigo Nuñez, para saber el resultado de la entrevista con D. Emilio.

—¿Cómo! ¿ha ido á ver al protector de Clotilde?

—Sí, madre mia: viéndome padecer, ha

querido manifestarle mi inocencia, hacerle saber que existe un manuserito donde se prueba la calumnia inventada contra mi desgraciado padre; la manera con que este cuaderno fué arrancado una noche de las manos de Inés, por un hombre que estaba protegido por el mismo malvado á quien debemos nuestra ruina, y la atroz calumnia inventada por Duval, acusándome de haber dispuesto el rapto de Clotilde la noche que penetré al jardín.

—¡Oh...! Nuñez es un excelente amigo.

—Sí, madre mia: es el mejor amigo que tengo.

—¿Y crees tú que alcanzará algo de D. Emilio?

—No, madre mia. ¡Es tan difícil persuadir á un hombre que está preocupado con una idea! Si ese cuaderno no hubiera desaparecido, aun podría hacérsele conocer la verdad; pero ¿qué puede valer la voz de un hombre honrado, cuando se presenta sin pruebas para defender el buen nombre de un acusado!

Y Leopoldo suspendió su trabajo, y se quedó abatido.

—¡Oh! y por mas que busco todos los dias ese cuaderno—dijo la anciana registrando los cajones—por mas que examino todos los papeles, nada encuentro!

—¡Y yo, yo tengo la culpa de que se ha ya perdido! Bastante me aconsejaba Nuñez que lo guardase; pero yo desoí su aviso, y al perderlo, he envuelto en mi desgracia á Clotilde y á la bondadosa Inés que, en las líneas de ese manuscrito, trazadas por Ricardo, encontraba, en los recuerdos amorosos que le consagraba, el consuelo á su profunda pena.

—¡Pobre Inés!

—Muy desgraciada, sí; pero constante en su amor como el objeto de mi cariño, que se ha educado bajo sus nobles y generosas máximas.

—Sí; Clotilde te ha dado y continúa dándote palpitantes pruebas de un amor inextinguible y puro.

—¡Ah! Clotilde es un ángel á quien tratau de unirla con un demonio que el mismo

infierno salvó de la muerte, por no verse obligado á recibirle en su seno.

—O á quien el cielo ha querido conservar la vida para que se arrepienta y nos devuelva la honra y la felicidad.

—Dios lo quiera, madre mia; pero yo no espero de Duval ese arrepentimiento.

—¡Y esperas en que D. Emilio cambie de resolucion con las palabras que le haya dirigido Nuñez?

—Tampoco, madre mia.—Exclamó con tristeza Leopoldo.—Yo nada espero, ni del uno ni del otro; pero en el corazón del protector de Clotilde se abrigan hidalgos y tiernos sentimientos que desconoce Duval; y si Dios tocase ese corazón, y le hiciese conocer mi inocencia por los labios de mi leal amigo Nuñez, tal vez terminarian mis penas.

—Así lo creo yo tambien.

—¡Ah....! ¡con cuánta impaciencia espero la vuelta de Nuñez....! ¡qué habrá sucedido....! ¡habrá convencido á D. Emilio....? ¡Tenia él tanta confianza en conseguirlo....!

—Sí; te aprecia mucho; se interesa en tu ventura; conoce la inocencia de tu desventurado padre, y cree fácil persuadir á los demas de lo que él siente.

—¡Es verdad....! Y mientras se ocupa de mi defensa, el infeliz siente destrozado su corazon por penas no menos terribles que las que á mí me abrumen. ¡Oh! sí; cuánto hubiera yo celebrado, que en vez de haber encontrado en la hermosa Soledad la semejanza de la mujer que ama, hubiera hallado en ella misma al objeto de su amor.

—Sí; y yo tambien me hubiera alegrado de ese enecuentro, porque Soledad es una jóven de finas maneras, de elevadas ideas y de nobles sentimientos, que hubiera hecho la felicidad de Nuñez, como éste hubiera labrado la suya.

—Y yo he hecho lo posible porque, su- puesta esa semejanza, casi idéntica, que se- gun él existe entré Soledad y Adela, busque en aquella la felicidad que no pudo encontrar en esta; pero en vez de hacer caso de mis consejos, ni siquiera se atreve á pasar por la calle en que vive nuestra antigua ve-

cina Soledad, para no verse asaltada de alguna idea de infidelidad hácia la mujer que debió unirse á él.

—Esa lealtad y constancia le honran; pero oigo pasos en el corredor de alguno que se acerca, y debe ser él.

—¡El...! ¡Ah! ¡véamos qué ha pasado con D. Emilio!

Y Leopoldo dejó su paleta y sus pinceles, y se dirigió lleno de inquietud á la puerta, cuando Nuñez entraba por ella, triste y abatido.

Leopoldo comprendió lo que aquella tristeza significaba, y se quedó con los brazos caídos hácia adelante, entrelazadas las manos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, quieto y abatido.

Su amorosa madre leyó lo que pasaba en su corazon, y le envió una de esas miradas compasivas, llenas de ternura y de sentimiento, que son el idioma mudo, pero elocuente del alma.

Nuñez que, como hemos dicho, habia entrado revelando en su semblante la tristeza

y el pesar, se dirigió sin pronunciar una palabra hácia la mesa en que se hallaban en desórden la caja de pinturas, la paleta y los pinceles; se arrojó sobre una silla que estaba junto á ella, y llevando la mano á la frente, exclamó con acento terrible.

—Oh...! ¡no hay justicia para la virtud sobre la tierra!

—Habeis sufrido un desengaño, ¿no es verdad, amigo mio?

Dijo Leopoldo con profundo sentimiento acercándose á Nuñez.

—Sí, un desengaño desgarrador. Duval ha conseguido ofuscar á D. Emilio, y nadie es capaz de hacerle variar del propósito de unirle con Clotilde.

—¡Oh....! ¡me lo esperaba!

—No bien le dije que iba á hablarle de vd., á manifestar su inocencia, cuando me prohibió que tratase de ese asunto; y cuando, á pesar de su mandato, me atreví á indicarle que era una calumnia vil la del rapto intentado por vd. con Clotilde, se levantó airado; dijo que el hecho de haberse hallado vd. en el jardín era una prueba pal-

pitante de su delito, y se retiró sin que me escuchase.

—¿Es decir que ignora que vd. conoce al falsificador de las libranzas y la existencia del cuaderno encontrado por vd., y vuelto á perder por desgracia?

—Sí, todo lo ignora, porque se alejó sin quererme oír.

—¡Ah....! ¡soy muy desgraciado!

Exclamó Leopoldo escondiendo el rostro entre sus manos.

La anciana, que se habia quedado en un extremo del cuarto, miró á su hijo tristemente.

—Pero ¿qué importa—Dijo Nuñez levantándose—que Duval haya inclinado contra vd. el corazón de D. Emilio, si el de Clotilde es de vd. y le defiende?

—¿El de Clotilde? ¿La ha visto vd. por fortuna?

Preguntó con ansiedad Leopoldo levantando la cabeza, y fijando los ojos en su amigo.

—No solo la he visto, sino que le traigo á vd. un presente de ella.

Leopoldo corrió hácia Nuñez henchido de alegría.

—¡Ah....! ¿y qué prenda es esa....? Decídmelo, decídmelo por Dios.

—Es un lazo que debe entrañar algun juramento de amor.

—¡Un lazo....! Démele vd. para que sepa lo que debo esperar.

Nuñez sacó del bolsillo una cajita y se la entregó á Leopoldo.

Este la abrió con ansiedad, fijó los ojos en el objeto que iba dentro, brilló en su rostro la alegría mas intensa, y exclamó:

—Es el mismo que adornaba su pecho en San Angel el dia en que pasé por enfrente á su balcon: sí, el mismo, hecho de cintas blanca, azul, tornosolada y amarilla, graciosamente entrelazadas. ¡Miradlo, miradlo, madre mia!

La anciana se acercó á su adorado hijo.

—¡Le ve vd....!?—añadió el jóven pintor besando con delirio el lazo.—¡Ah....! ella me ama, sí, me ama....! En él me dice: *“Os amo, os adoro con puro amor, y os amaré hasta el sepulcro si me quereis.*

—¡Oh....! bendita sea esa jóven que le devuelve la alegría y la felicidad á mi querido hijo.

Exclamó la anciana levantando sus ojos hácia el cielo.

—Sí, bendita sea, madre mia. ¡Qué me importan la perfidia de Duval, y la ceguedad de D. Emilio, si Clotilde me jura en este lazo, que me adora y que me amará hasta el sepulcro! ¡Ah! estoy loco de contento. Pero es preciso que mi alegría no prive á mis amigos del placer que anhelan. Rafael espera con impaciencia el retrato de la mujer que arrancaron de su lado, y es preciso enviárselo al momento.

—Sí, envíaselo, hijo mio, envíaselo, porque será un bálsamo para su herido corazón.

—¡Oh! ya que Dios me envia un consuelo á mis penas por medio de un amigo, lleve yo tambien á otro el mismo bien en su dolor.

Y Leopoldo se acercó al cuadro y lo quitó del caballete para enviarlo.

—¡Le parece á vd. bien, señor Nuñez, el retrato?

Le preguntó Leopoldo.

—Es una obra acabada, y Rafael va á recibir una sorpresa agradable.

—¡Pobre Rafael!

—Pobre como todos los hombres de nobles sentimientos: como vd. á quien tratan de robar su felicidad: como yo á quien se la robaron hace mucho tiempo!

—¡Es verdad!—Exclamó Leopoldo con profunda tristeza.—Pero este lazo recibido del sér que idolatro me devuelve la esperanza de una próxima felicidad, y mi corazón me anuncia que la de vd., así como la de Rafael, no se retardarán.

—¡Oh! ¡Dios lo quiera!

—Pero enviemos á nuestro amigo este retrato, que le colmará de ventura.

—Voy adentro para que venga el criado y lo lleve.

Dijo la anciana, y se alejó contenta de ver la alegría de su querido hijo.

—¡Ah! ¡qué consuelo vierte en el alma la seguridad de ser amado!—Exclamó Leopoldo mirando el lazo enviado por Clotilde.—Hace un instante estaba inquieto, afligido;

ahora me creo el mas venturoso de los hombres, y solo me aflige la suerte de Rafael y la de vd., amigo mio.

—¡La mia no tiene ya remedio!—Dijo tristemente Nuñez.—Cada dia es mas amarga y terrible; sí, mas amarga y terrible, porque cada vez que me encuentro en la calle con esa copia exacta de la mujer que adoro, con esa Soledad que reúne sus mismos hechizos, su misma gracia y su misma dulzura en su angélico semblante y en sus serenos ojos, se despiertan mas vivos mis recuerdos hácia mi hermosa Adela, y comprendo mas y mas el inapreciable tesoro que he perdido.

—Pues ¿qué, ha vuelto vd. á encontrar á Soledad?

—Hace un instante; cuando venia hácia aquí. Iba en el coche de D. Felipe Flan, ¡y tan hermosa....! ¡Ah! ¡y ella me miró.... reconoció en mí al hombre que la siguió el Juéves Santo hasta su casa, y que despues no ha vuelto á pasar ni por su calle. ¡Oh! ¡qué idea tan baja debe haber formado de mí....!

Y Nuñez quedó meditabundo.

Leopoldo se acercó á él, y le dijo:

—¿No reconoce ese sentimiento de que forme un concepto desfavorable de vd. una causa mas profunda que el de pasar á sus ojos por ligero?

—¿Qué quiere vd. decir, amigo mio?

—¿No siente vd. hácia esa jóven nada de lo que sentia vd. hácia Adela....? ¿No se siente vd. inclinado á amarla?

—¡Ah...!—contestó Nuñez conmovido— muchas veces me he hecho yo mismo esa pregunta....! Pero no; yo no amo mas que á Adela; yo no puedo amar á otra, no debo, no quiero amar á quien no sea ella!

Y se quedó abatido.

El criado entró en aquel momento.

Leopoldo le entregó el retrato que acababa de quitar del caballete, y le ordenó que lo llevase inmediatamente á casa de Rafael.

El criado obedeció y se fué.

Leopoldo, miró el lazo enviado por Clotilde.

Lo besó con ardiente afán.

Guardó la caja en el bolsillo de su levita junto al corazon.

Miró con tierna compasion á Nuñez que permanecia quieto y con la cabeza caida sobre el pecho en medio de la pieza.

Se acercó á él.

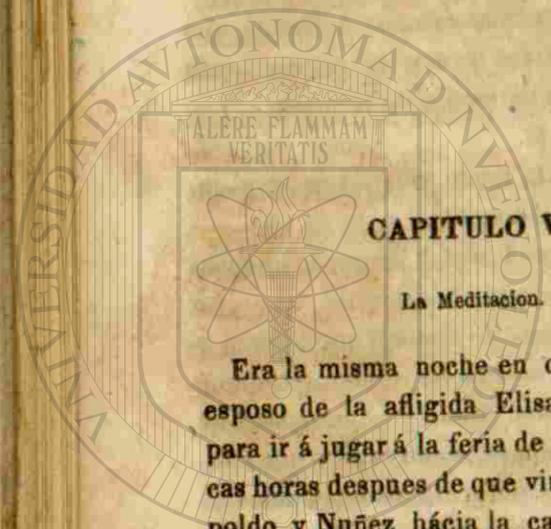
Le estrechó la mano manifestando el interes que por él tomaba.

Se apoyó en su brazo, y luego, conduciéndole hácia la puerta, le dijo:

—Vamos á casa de Rafael, amigo mio, y busquemos los medios de poner término á los padecimientos. Adela y la hermosa Luz parecerán, lo espero, como espero que Clotilde será mia, á pesar de los obstáculos.

Y Nuñez se dejó conducir por su amigo sin pronunciar una palabra.

Poco despues se dirijian á la casa de Rafael.



CAPITULO V.

La Meditación.

Era la misma noche en que dejamos al esposo de la afligida Elisa preparándose para ir á jugar á la feria de Tlalpam, y pocas horas despues de que vimos salir á Leopoldo y Nuñez hácia la casa de su amigo Rafael.

Una trasparente vela de esperma, en un brillante candelero de plata, iluminaba un gabinete amueblado con lujo y exquisito gusto. Un magnífico espejo con preciosa luna de Venecia descansaba sobre una mesa de madera de rosa, de un trabajo delicado: un confidente y sillas de la misma exquisita madera, con asientos de damasco

de seda azul, con flores blancas, formaban agradable consonancia con el rico empapelado de las paredes que imitaba un realzado terciopelo, matizado de primorosos colores: bellisimos grabados de un mérito artístico sobresaliente con marcos dorados, representando los mas notables episodios de la vida de Napoleon, colgaban en gruesos cordones de seda, de la vistosa pared: una mullida alfombra de Persia cubria el terso pavimento: rinconeras de admirables labores con lujosos floreros de cristal, ocupaban los cuatro ángulos: del cielo raso, pintado al temple por un inteligente artista, pendia una elegante lámpara de alabastro de primorosa hechura: sobre una mesa de mármol blanco, colocada en medio de la pieza, descansaba un reloj de una forma especial, en que navegaba una goleta con las velas desplegadas; y delicados transparentes con bellisimos paisajes campestres, velaban las dos puertas vidrieras que comunicaban con un espacioso corredor, cubierto de maceas de raras y exquisitas flores.

Sentada detras de la vidriera, y contem-

plando tristemente la luna, se veía una joven hermosa como la esperanza, y dulce y apacible como los ensueños de la infancia.

En su apacible y ovalado rostro, se retrataba la profunda melancolía, asociada íntimamente al dolor y á la resignacion.

Un traje blanco de primoroso corte, con adornos azules, envolvía las gallardas formas de su flexible cuerpo; una guirnalda de pequeñas flores artificiales, también blancas y azules, para que guardasen armonía con el flotante vestido, resaltaba sobre su abundante y negra cabellera que azuleaba con los rayos de tibia luz que la luna enviaba al través de los limpios cristales que en aquel momento tenían alzado el trasparente: un hilo de lucientes perlas, cerrado por delante con una cruz pequeña de brillantes, adornaba su nevado y gracioso cuello que se elevaba poético y airoso sobre sus ebúrneos y redondos hombros, velados por un finísimo pañuelo de vaporosa gasa: sus blancos y torneados brazos se veían adornados por elegantes pulseras de preciosas piedras turquesas que, por su color azul,

había preferido para que formase uniformidad con el resto de sus adornos: su pequeño pié estaba perfectamente calzado por un zapato blanco de primorosa hechura; y su linda y torneada mano sostenía un precioso abanico, que al cerrarse, formaba un ramillete de flores blancas y azules, que era el color favorito de aquella simpática joven, color que simbolizaba la inocencia y virginidad de su alma sin mancha.

En perfecta consonancia con su vaporoso y delicado traje, se encontraba el limpio firmamento.

Azul era el inmenso toldo que cubría el mundo, y blancos los globos de luz que como diáfanos brillantes bordaban la alfombra de los cielos.

Parecía que los fúlgidos astros que cintilaban en la celestial techumbre, y la blanca y misteriosa luna que presidía las silenciosas horas de la noche, enviaban una mirada de amor y de ternura á aquella hermosa joven, que en actitud melancólica, y con los ojos fijos en la bóveda esplendente, parecía

demandar consuelo y compasion para sus penas.

La flor del granado, el D. Juan de Noche-
la suave azucena, la fragante rosa y el con-
vulvulus nocturno, especie de campanilla
que abre sus flores en las tinieblas, y que
en pintados tiestos convertian el espacioso
corredor en un ameno pensil, enviaban su
regalado aroma en alas del blando céfiro
que, penetrando por la vidriera que habia
entreabierto la pensativa jóven, perfumaba
su delicioso recinto, y acariciaba en sua-
ves ondulaciones, las ligeras cintas de su
flotante ropaje.

Nada alteraba la tranquilidad de esta con-
templativa escena.

Todo yacía en sepulcral silencio.

Solo de vez en cuando interrumpia aquel
misterioso recogimiento que envolvia la
creacion, el sentido canto del trovador de
las selvas, los amorosos concertos de un
canoro *cenzonile*, que significa *cien lenguas*,
infatigable pájaro que, descansando sobre
el palo de una jaula que pendia del techo
del corredor, se complacia en repetir lige-

ros trozos de varias sonatas populares que
le habian enseñado.

Pero para la melancólica jóven, ni los
sentidos trinos del ave, ni el embriagador
aroma de las modestas flores, encerraban
atractivo alguno.

Su mirada estaba fija en el cielo, y de
sus frescos y virginales labios parecia en-
viar envuelta en su balsámico aliento algu-
na misteriosa súplica que remontándose so-
bre la luciente luna, cruzaba de astro en
astro hasta llegar al refulgente trono de las
misericordias.

Tan absorta estaba en la contemplacion
del seductor planeta que conmovia su al-
ma, que no fijó la atencion en un jóven que,
oculto detras de las macetas, y sin apartar
los ojos de ella, la miraba hacia un gran ra-
to, de hito en hito.

Aquel jóven no perdía ni uno solo de los
movimientos de la hermosa.

Parecia haberse colocado allí sin otro fin
que el de sorprender en los cambios que se
operasen en la franca fisonomía de la cán-
dida vírgen los secretos de su corazon.

Pero aquel interes era, al parecer, sincero, tierno y amoroso.

Aquella fisonomía noble y expresiva, no podia ser la falaz careta de bastardas y mentidas pasiones, sino el limpio espejo de una alma modesta, leal y generosa.

De repente la hermosa pareció estremecerse; en su angélico semblante se dibujó el tinte de un sentimiento profundo; su deliciosa boca se entreabrió melancólica, y sin que ni sus oídos mismos pudiesen percibir el mas leve rumor de su acento, pronunció mas bien con el corazon que con los labios, estas breves palabra:

—¡Me ha olvidado, sí....! me ha olvidado para siempre, en tanto que mi memoria solo está despierta para él.... para él que me ha engañado.... para él que con su ingratitude ha desvanecido todos mis ensueños de felicidad y ha desgarrado mi corazon....! ¡Nuñez....! ¡Ah....! ¡si tú supieras cuanto te amo....! ¡Pero no.... los hombres no son capaces de comprender los firmes quilates del amor de la mujer....! ¡Ellos no saben que cuando la mujer ama,

ama con toda verdad, con toda su alma.... con todas sus potencias....! ¡Ellos no conocen nuestro corazon, ni saben los tesoros de invariable amor que encierra....! ¡Nuñez....! ¡caro objeto de mi inestinguible pasión....! ¡dónde te ocultas....? ¡Por qué no vuelas al lado de esta infeliz mujer que ruega incesantemente al cielo por tu dicha....? ¡Si tu amor no me perteneciese ya....! ¡Si amases á otra....! ¡Oh....! ¡esto me haria padecer mucho....! ¡mucho....! ¡y acabaria con mi vida....!

Y la jóven miró al cielo con una mezela de espanto, de dolor y de fervorosa súplica, que conmovió profundamente al sér que la observaba en religioso silencio.

De sus hermosos ojos, claros como su conciencia, rodaron suavemente dos lágrimas que bañó con sus pálidos rayos la misteriosa luna.

El corazon del jóven se comprimió horriblemente dentro del pecho al ver rodar aquel llanto por el apacible semblante de la virgen.

—¡Cuánto padece....!—exclamó para sí

enternecido:—¡Oh...! ¡mi existencia entera diera por ahorrarle el mas ligero pesar....!

Y se quedó mirándola tristemente, con esa indefinible mirada llena de interes y de cariño que no se debe describir, porque intentarlo seria desvirtuar el espiritualismo, la uncion celestial del alma.

La jóven volvió á quedar en profundo silencio contemplando extasiada el brillante libro de la creacion donde leia la grandeza del Hacedor Supremo y el triste recuerdo de su venturoso pasado.

El soplo lisonjero del blando céfiro im-
pregnando sus ligeras alas en los tiernos cálices de las modestas flores, seguia embalsamando el ambiente que respiraba la hermosa en su adornado gabinete.

El astro de la noche, tranquilo y magestuoso, continuaba resbalando su plateada luz por el celestial semblante de su triste admiradora.

Los millones de estrellas, que cual otros tantos ojos de la Providencia, brillaban en el inmenso espacio, parecian mantener con

ella una correspondencia íntima y secreta de amorosos sentimientos.

El cantor de los bosques vírgenes de América, el canoro ceniztle, seguia dando al viento con melancólicos trinos, las notas mas tiernas de la sonatas populares.

El corazon de la hermosa jóven palpitaba conmovido por los dulces sentimientos que despertaban en su alma los misteriosos objetos de que se veia rodeada.

¡Cuántos recuerdos de amor y de ventura, de tiernos juramentos y de felicidad sin término, de cariñosos suspiros y de miradas dulcísimas, despertaban en su sensitivo pecho aquellos globos de luz que, mudos testigos de su pasion, le habian visto en una época, no lejana, al lado del hombre que le habia hecho soñar con un mundo de inefables delicias....!

Entregada al éxtasis delicioso de sus ternísimas memorias, y contemplando arrobada las maravillas del ancho firmamento, en cada ligera sombra que velaba la blanca luz de algun astro, bebia el desengaño que

eclipsaba el sol de sus amores, y un reguero de esperanza y de consuelo en cada estrella que, rasgando la importuna nube, aparecía cintilando con mas fuerza.

El perfumado céfiro que besando el pétalo de las flores iba á acariciar los suaves rizos de su negra cabellera, llevaba á su oído un juramento de amor en cada soplo, y un poema de felicidad en sus aromas.

Amaba, y para el que ama todo respira amor, y le recuerda las escenas mas dulces de la vida.

Las flores, las aves, las fuentes, los rios, los valles y los montes, todos aman para él, porque el amor es el paraiso terrestre de la vida; y el conjunto de todos los seres, de todas las plantas y de todos los planetas, no es otra cosa que las multiplicadas letras que forman el libro universal que contiene el canto del amor.

Cierto es que el amor tiene sus dolores; pero tambien la balsámica flor tiene sus espinas.

El mar sus borrascas.

El cielo sus tempestades, y el radiante sol sus eclipses.

Pero ¡qué poema, por dulce y florido que sea, no tiene algun lunar que le oscurezca?

Las aves y las flores que viven felices en medio de los campos y cuya existencia es un idilio de amor y de inocencia, en cada pluma ó pétalo que les arranca el austro abrasador, lloran, las primeras, una ilusion perdida, y las flores un funesto desengaño!

¡Y cuántas hojas no tiene que llorar el hombre, arrancadas de la flor de sus amores.... del libro de la vida....!

La jóven, pues, que nos ocupa, lloraba como todo llora, lo mismo que ama, en la naturaleza.

¡Amar y llorar es el destino de la criatura en la tierra....!

Quien no llora y no ama, es un desgraciado que tiene seco y cerrado su corazón á los mas nobles afectos del alma... á la compasion, á la ternura.... á la caridad.... á los goces inefables con que Dios ha dotado al hombre para elevarle sobre todos los demas seres de la tierra....!

Las lágrimas que bañaban el pálido semblante de la hermosa, eran para el jóven que la contemplaba oculto entre las flores, los sentidos caractéres en que leía los interesantes y puros sentimientos de su corazón tierno y virginal.

Conmovidó por aquel llanto, que á sus ojos descubria secretos íntimos en que estaba iniciado, miró á la hermosa con un interés profundo de amorosa compasion; sintió oprimírsele el pecho con el peso de una pena violenta; miró al cielo como elevando una súplica ferviente; se retiró del sitio que ocupaba; sus labios se entreabrieron con melancólica expresion, y formularon estas breves palabras.

—¡Es preciso consolarla.....!

Y sin detenerse un instante, se dirigió hácia la puerta de entrada que daba al gabinete, á la cual llamó con suaves golpes.

—¿Quién es?

Preguntó la hermosa desde adentro tomando otra actitud.

—Yo, querida amiga.

Contestó el jóven con acento dulce y melodioso.

—Pase vd. adelante.

Dijo la hermosa reconociendo la voz del que esperaba.

Este abrió la puerta, y penetró en el gabinete, haciendo un saludo natural y respetuoso.

Iba perfectamente vestido y en traje de etiqueta: en su mano, cubierta por un finísimo guante de cabritilla blanco, sostenia graciosamente del ala un sombrero flamante, negro, de última moda: su fisonomía era dulce y expresiva; sus ojos oscuros y rasgados, de un mirar tierno y amoroso; su cabello, que lo llevaba peinado con suma gracia, era castaño y ondulado, suave y brillante como la seda; y su cuerpo y todos sus modales, los de un hombre de buena sociedad y de esmerada educacion.

La hermosa le tendió la mano con afabilidad, y le indicó que tomase asiento.

—Tiene vd. muy pálido el semblante:— dijo el jóven, mirándola con respetuoso in-

teres y tierna melancolía:—¿Está vd. mala, Soledad?

—Sí, D. Félix, estoy mala:—contestó con sentimiento la hermosa—Pero mi mal es de tristeza.... de desencanto y de amargura....! Vd. que me salvó del poder de un infame raptor; vd., cuya excelente madre, me cuidó con el afán y asiduidad que se dispensa á una tierna hija; vd. que ha cumplido con el encargo que le hizo al espirar de que me dispensase el cariño y la protección de un hermano, que me ha visto llorar noche y dia por el hombre de cuyo lado me arrebataron la vispera en que debía unirme á él para siempre; vd. que para con todos pasa por mi bondadoso primo, siendo en realidad el ángel de mi guarda.... que conoce la invariabilidad de mis sentimientos.... que sabe el secreto de mi corazón.... que amo al sér á quien nunca he olvidado.... á quien creía muerto, pues nadie me supo dar noticia de él, y cuyo inesperado encuentro me hizo ver abiertas las puertas de mi felicidad, para que su olvido me arrojase á la sima del dolor.... vd. que no ignora nada

de esto, comprenderá la fuerza del sentimiento que me agovia.... que me acompaña á todas horas.... que no me deja un solo instante....!

Don Félix se conmovió profundamente, contuvo los latidos de su corazón, y contestó dulcemente.

—Pero ¿está vd. segura de que era él...? ¿No pudo ser otro jóven que se le pareciese?

—¡Ah...! ¡no, D. Félix! ¡era él... era Nuñez...! Mis ojos le examinaron, mi corazón le reconoció.... y el corazón de la mujer no se engaña....!

—¡Cuánto le ama....!

Exclamó tristemente para sí D. Félix.

El lector extrañará que siendo Adela el nombre de la mujer que Nuñez amaba, se presente Soledad como el sér á quien debió unirse; pero su extrañeza acabará cuando le digamos que Adela adoptó el segundo nombre desde el instante en que se vió arrebatada por los que destruyeron su felicidad.

Sí; y este nombre que abrazó, y que después siguió usando por motivos que mas

adelante conocerá el lector, era con el que le conoció D. Félix, el cual ignoraba que tuviese el de Adela.

Don Félix, despues de haber guardado un instante de silencio, y dominado por el aprecio que consagraba á la jóven, añadió en voz alta:

—¿Y no le ha vuelto vd. á ver?

—Una sola vez desde ese dia: he esperado horas enteras colocada detras de la vidriera del balcon, con solo el objeto de ver si pasaba por la calle, y nada.... ¡no he tenido esa felicidad!

—Tal vez ignorará que vive vd. aquí.

—No, D. Félix; porque cuando él, que me habia venido siguiendo, me vió entrar en esta casa, y se detuvo en la esquina, yo salí al balcon, y le indiqué que esta era mi habitacion.

—No comprendo entonces qué motivo haya influido en un cambio tan repentino.

—¿Su amor á otra sin duda....! Sí, D. Félix, ¡su amor á otra...! ¡aquel amor que embalsamaba mi soledad y mi encierro, cuando me alimentaba la esperanza de que pen-

saba en mí.... de que lloraba mi desaparicion... de que me amaba como yo le amaba... como le amo aún.... como le amaré á pesar de su ingratitud....!

Y los ojos de la hermosa se anegaron de lágrimas.

El jóven se estremeció, y una sombra de tristeza y de dolor se dibujó en su semblante.

—Pero eso no puede ser:—Dijo Félix tratando de desterrar su melancolía y de consolarla.—Si ese cambio inconcebible se habia operado en su alma, ¿qué objeto tenia el seguirla á vd. sin perderla un instante de vista....?

—Satisfacer una pueril curiosidad, y nada mas....!

—Pero ¿para qué fueron las significantes demostraciones de amor que dirigió á vd. al ausentarse?

—Para saber si yo le amaba. Si le hubiese contestado negativamente, tenia un motivo poderoso para culparme, y un pretexto legal para sincerarse con el mundo, diciendo que yo habia sido la primera en que-

brantar mis antiguos juramentos; pero como vió patente mi pasión, como conoció que el tiempo, lejos de entibiar mi amor, le habia prestado mas fuerza y energía, creyó, sin duda, que el partido mas prudente era alejarse de mí... no volverme á ver jamas... dejarme condenada para siempre al llanto y al dolor....!

Y Soledad se enjugó las lágrimas.

La infeliz acusaba de voluble á Nuñez, que moria de amor por ella.

Al hombre que, por guardarla fidelidad, habia renunciado al placer de verla, creyéndola una semejanza de la mujer que amaba.

—¡Oh....!—exclamó Félix con un fœgo y entusiasmo indescriptibles:—¡eso es imposible....! El hombre que ha tenido una vez la dicha de contemplar.... de admirar su angelical figura.... de comprender su mérito, y de conocer sus virtudes... no puede olvidar á vd.... no puede amar á otra mujer.... no puede ser feliz sin su amor....!

—Eso le parece á vd., D. Félix, que me

ve con los ojos del cariño de un bondadoso hermano.... á vd., cuya indulgencia para conmigo es inagotable.... á vd. que me ama con la dulzura y benevolencia de un bienhechor, y no con las exigencias de un amante.

—¡Es verdad....!—contestó Félix tristemente:—¡Yo no amo á vd. mas que como un hermano... y no debo amarla de otra manera....! ¿No es esa mi obligacion?

—¡Oh! ¡gracias, gracias.... generoso Félix! ¡Ah! yo tambien le amo á vd.... Si; le amo con el cariño de la mas reconocida hermana....!

Félix sintió discurrir por todo su cuerpo un fluido extraño que entorpeció su respiracion, hizo desfallecer sus miembros y anudó su garganta: anhelaba la ventura de aquella mujer; deseaba que sus tormentos tuvieran un resultado feliz.... que hallase en el hombre que amaba la correspondencia á su pasión.... y sin embargo, cuando los nacarados labios de la hermosa pronunciaban el nombre de Nuñez y formulaban para

él solo palabras de amor eterno, el corazón de Félix se prensaba dentro del pecho como si le oprimiese una horrible plancha de hierro ó la losa del sepulcro.

En vano trataba el jóven de explicarse esta contradicción que observaba en sus afectos.

—¡Por qué—se decía á sí mismo—si yo prefiero la dicha de Soledad á mi propia dicha, si deseo con todo mi corazón que el mundo entero contribuya á su felicidad, experimento al escuchar el nombre de Nuñez esa emoción profunda que me hiela la sangre y cubre de tristeza mi corazón? ¿Le aborreceré acaso á ese hombre que ningún daño me ha hecho, á quien no conozco, cuando él es el objeto único que puede labrar la ventura de la mujer mas buena de la tierra? ¡Ah! no.... —añadió estremeciéndose;—eso sería una iniquidad.... un crimen...! Yo no debo aborrecer, sino apreciar aquello que ama y aprecia Soledad.... ¡Oh! y no le aborrezco, no.... Mi sentimiento nace sin duda de considerarme inferior á él para llenar el vacío del corazón del ángel

que me fué encomendado: reconoce un origen noble, no bastardo y criminal....!

Y Félix se quedó mas consolado, mas contento de sí mismo al persuadirse de que no era un sentimiento de envidia, sino de cariño fraternal, puro y desinteresado, el que le dominaba cuando escuchaba de los labios de Soledad que solo Nuñez en el mundo podía consolar las hondas penas de su alma.

La jóven, que estaba muy lejos de sospechar en las reflexiones que ocupaban á su supuesto primo, al verle triste y pensativo, le miró tiernamente, le tomó una mano que la llevó contra su pecho, y le dijo con el acento mas dulce y cariñoso.

—¡Oh! veo que padece vd. al verme padecer.... venia vd. contento, y yo le he entristecido! Perdóneme vd.... ya no volveré á hablar de mis padecimientos.... Conozco mi imprudencia y que no he hecho hasta ahora mas que abusar de la benevolencia de vd.... Sin embargo, esa imprudencia reconocía un origen noble.... No tenia mas que á vd. sobre la tierra que me inspirase

confianza y cariño, ni á quien comunicar mis penas y pedir consuelo! No tenia mas que á vd. á quien abrirle mi corazon y en quien depositar mis mas íntimos secretos... ¡Me era tan dulce esto! Pero ¡era justo, era racional que por encontrar consuelo á mis desdichas, llevase el dolor y la pena al pecho del mas bueno y generoso de los hombres? No.... no: conozco que he traspasado los limites de lo conveniente; y á la vez que imploro indulgencia para el pasado, prometo ser menos molesta en lo venidero.

—¡Molesta....!—exclamó Félix estrechando la mano de la jóven con profundo cariño:—¡Puede inferirnos molestia alguna jamas la persona que amamos....? ¡Puede ser molesta la amiga para el amigo, la hermana para el hermano, la amante para el amante...? ¡No son á caso comunes sus placeres lo mismo que sus penas....? ¡O no le merezco á vd. ya el cariño con que hasta hoy me ha favorecido....! ¡No. Soledad, no me retire vd. su confianza....! ¡Con su reserva me haria vd. creer que le era indiferente.... que me aborrecía....! y su in-

diferencia ó su aborrecimiento me harian muy desgraciado....!

—¡Bien; seré tan sincera y comunicativa como hasta aquí, puesto que vd. lo desea. Y, la verdad, ¡me es tan necesario tener una persona á quien abrirle mi corazon.... á quien contar cuanto hago, cuanto siento y cuanto pienso....!

Y Soledad dejó abandonada su blanca y preciosa mano en las de Félix, con una expresion de confianza cariñosa que conmovió el generoso corazon del jóven; fijó en él sus grandes y bellos ojos con expresion indefinible, enviándole en una mirada celestial esa dulce ternura que embelesa, ese hechicero cariño que embriaga, esa mezcla de compasion y de reconocimiento que narcotiza el alma y la sumerge en un océano de fantásticas delicias....!

La jóven estaba seductora y hechicera como el númen de la esperanza.

Un rayo de luna bañaba el angélico semblante de la hermosa, comunicándole con su misteriosa luz ese espiritualismo, esa

vaporosidad que realiza los miríficos seres de nuestros amorosos ensueños.

Félix la miraba extasiado, adormecido de placer: tenía entre sus manos la suave y torneada de la joven.... sentía que una corriente eléctrica introduciéndose por sus poros llevaba a su corazón el dulce fuego de un sentimiento triste y grato á la vez... contemplaba la seductora y melancólica sonrisa que vagaba en los virginales labios de aquel ángel, que no apartaba de él sus divinos ojos revelándole su intensa gratitud... escuchaba en silencio la dulce respiración que elevaba suavemente el turgente y elevado seno de la virgen.... sentía el embriagador encanto de su balsámico aliento, y al aspirarlo lleno de ansiedad y de ventura, bebió en un momento todo un siglo de inefable felicidad....!

—¡Ah....! ¡soy el mas venturoso de los hombres....!—exclamó Félix con blando y desmayado acento para descargar su pecho del exceso de felicidad que le embargaba.— ¡Tambien la amistad tiene sus placeres como el amor....! ¡Sí, ahora lo conozco, y

sus delicias no las cambiaria por todos los tesoros de la tierra....! El amor es la esencia divina, el soplo creador, dulce y grato por su celestial origen, pero que envuelve tambien terribles penas, amarguras y sinsabores, como envuelve todo lo que toca el hombre: es una bellissima sirena que seduce hiriendo, que halaga martirizando los mas preciosos años de la vida.... un génio que inicia al alma en los goces angélicos de la eternidad, y le hace conocer de repente los inferos tormentos de los réprobos... un delicioso oasis en el valle de lágrimas que cruzamos, y un borrascoso océano en que el hombre lucha entre el temor y la esperanza.... entre el mundo y el cielo.... entre la vida y la muerte....! ¡Sí, este es el amor, mientras que la tierna amistad es la fuente mansa y perenne que refresca la existencia; el fanal inmutable que alumbrá sin abrasar; el sentimiento mas desinteresado y noble del alma que la inunda de delicias en todos los instantes y en todas las circunstancias de la vida....!

—¡Ah! sí; y esos inefables goces que pro-

porciona una amistad sincera, los he probado yo superabundantemente. Los martirios originados por el sentimiento del amor... la amarga hiel de la ingratitud vertida en el alma por el hombre que idolatro, han encontrado su consolador alivio, su precioso bálsamo y su benéfica medicina, en la cordial y desinteresada amistad de vd.

—¡Y ojalá pudiera con ella devolverle á vd., tierno y rendido, al sér que vive en vuestro corazón.

—Gracias.

—Pero ignoro quién es, y dónde vive, y es imposible que pueda descubrir la causa del cambio que vd. teme.

—¡Y yo también ignoro la calle y casa en que habita!

Dijo con profundo dolor la hermosa Soledad.

—Pero vd. me ha dicho que le ha visto otra vez después del día que la vino siguiendo.

—Sí, D. Félix.

—¡Y cuándo?

—Esta mañana al venir en coche hácia casa.

—¿Dónde?

—¿En la calle de Plateros?

—¿En algun balcon?

—No, al cruzar la esquina de la calle de la Palma.

—¿Y vió á vd?

—Me vió, y me saludó con atención y política, poniéndose pálido como la muerte. Pero no volvamos á tocar este punto que le entristece á vd., por la misma razón que toma parte activa en cuanto me pertenece:—añadió viendo que el semblante de Félix estaba velado por una sombra melancólica, y haciendo un esfuerzo para sonreírse.—Hablemos de música, de cosas alegres, puesto que vamos á concurrir á un concierto.

—Donde lucirá, vd. su linda voz y su inimitable estilo.

Dijo Félix con afable franqueza.

—Hago todo lo posible por no desagradar á las personas que se dignan escucharme.

—¡Desagradar! Vd. hace sentir á todos, los afectos que se propone expresar: no hay nadie que escuche indiferente la dulce melodía de su canto, y los aplausos que resuenan siempre al concluir la pieza, son la prueba inequívoca del placer con que ha sido vd. escuchada.

—Aplausos de sociedad, de mera galantería.

—¡Ah! no; aplausos espontáneos arrancados por el mérito. No hay uno solo de los concurrentes que pronuncie la mas leve palabra cuando vd. canta: nadie quiere perder ni un compás, ni una nota, particularmente D. Felipe mi principal que, conteniendo la respiracion y olvidado de cuanto le rodea, solo tiene ojos para fijarlos en vd. y oídos para escucharla.

—¡Don Felipe....! ¡Ah....! D. Felipe solo encuentra rival, en generosidad, con vd., D. Félix! ¡Cuánto le debo! ¡Con qué atento esmero cuida de que nada me falte! Mi *tocador* es una pieza digna de una reina, en donde ha tenido particular empeño de que

se encuentre cuanto la mas presumida mujer pueda desear para realzar sus gracias. Yo no soy una extraña para él; soy una hermana.... soy una hija....!

El ruido de un coche que rodó en el patio se escuchó en aquel momento.

—El carruaje está dispuesto; ya es hora de marchar.

Dijo Félix sacando un hermoso reloj ingles de oro de dos tapas.

Soledad se levantó de su asiento y le dijo:

—Tenga vd. la bondad de esperarme un momento: voy á mi tocador para echarme la esencia favorita de D. Felipe: si me busca, dígnese vd. decirle que no me tardo.

—Está muy bien.

Y Soledad, gentil y esbelta, como un blanco cisne de Inglaterra, tocando apenas con su breve planta el alfombrado pavimento, abrió con su delicada mano una puerta vidriera, y desapareció como una angélica vision.

La pieza á que habia entrado era su precioso *tocador* ricamente alfombrado, ilumi-

nado en aquel instante por una luciente araña de finísimo cristal, que pendía de un vistoso cielo raso; recinto que nadie profanaba con su planta á no mediar un aviso y un consentimiento.

La forma de éste, por decirlo así, consejero y confidente del *buen tono*, era de figura oval, al estilo de los tocadores de las distinguidas damas inglesas, con cuatro espejos de cuerpo entero que se elevaban desde el piso, colocados, uno en el frente, otro á cada lado, y el cuarto á la espalda, sirviendo este último de puerta al *tocador*, la cual, al cerrarse, no dejaba señal ninguna de comunicacion, quedando todo en perfecta simetría y reproduciendo á la persona que entraba, por todos lados á la vez.

Los otros tres espejos, que á los lados y al frente se encontraban, eran tambien otras tantas puertas de finísimos guardaropas de caoba, dentro de los cuales habia un número considerable de astas de olorosa madera, en forma de cruz, pendientes de lo alto, cuyo objeto era sostener los vestidos por las mangas que se veian introducidas por am-

bos lados en el palo que formaba la cruz, para que los trages no adquiriesen pliegue ni arruga alguna, y que la tela conservase su tersura, su belleza y brillantez.

A cada uno de los lados de los espejos, y colocadas simétricamente, se levantaba una columna de mármol blanco con una bellísima estatua mitológica encima.

En una de ellas se veía á la Amistad, doncella jóven y hermosa, tal como la adoraban los romanos, vestida de blanco, descubierto el pecho, ornada la sien de una corona tejida de mirto y flor de granado, con el corazon visible, y en él, estas palabras: "*De cerca como de lejos:*" estas otras, en la espaciosa frente: "*en invierno y en verano,*" y en la franja de la túnica, esta leyenda: "*en la vida y en la muerte.*" En el lado opuesto se veía á la Fidelidad, en forma de una mujer jóven y cándida, vestida de blanco, con un corazon en la mano derecha, una nave en la izquierda y á sus piés un perro, símbolo de la fidelidad: ocupando los demas espacios se descubria á la Piedad, á la Prudencia, al Pudor, jóven hermo-

sa, de modesto ademan y porte decoroso, cubierta siempre con un velo: á la Honestidad, á la Virtud, y á las Tres Gracias, grupo bellissimo de tres hechiceras jóvenes, con el cabello suelto, la cintura estrecha, las formas vírgenes, pequeñas las bocas, enlazadas las manos, con un espejo en la mano y un ramo de mirto y rosas en la otra.

A la izquierda, entre el espejo que forma la puerta de entrada y la columna, ostentábase un bellissimo aparador cerrado con limpios vidrios, que tenian los colores del cielo raso. Este lindo aparador, que era de una hechura exquisita, se llamaba el *Nicho de Venus*, por estar destinado á guardar todo lo que contribuye á realzar los atractivos de la belleza. Estaba dividido en varios anaqueles, en uno de los cuales se veian en brillantes pomitos de cristal, las aguas de Lavanda, de Colonia, de la Reina y de la Emperatriz: en otro los vinagres aromáticos; en el tercero las pomadas mas exquisitas, las opiatas y los elixires y remedios para los ojos, el pelo, las cejas, el cútis, los dientes, los labios, el aliento, y suficiente

cantidad de pasta de almendras amargas para lavarse frecuentemente las manos y el cuello.

En otra de las distribuciones, estaban los aceites y esencias de mas mérito; y por último, todos aquellos objetos de poco valor, pero indispensables y de mucha estima para el bello sexo, como son algodones, horquillas, alfileres, y otra porcion de menudencias, colocadas todas en distintas cajitas de bruñido y dorado cristal.

A la derecha del mismo espejo, entre éste y la columna inmediata, se admiraba un pequeño, pero gracioso estante, adornado tambien con vidrios de colores, y conteniendo varias obras perfectamente empastadas en exquisito tafíete y con adornos dorados.

La mayor parte de estos elegantes libros, eran preciosos tratados de urbanidad: deberes del bello sexo en todos los estados de la vida: consejos para mantener las preeminencias é ilusiones de la juventud: cuentos y poesías amorosas: novelas tiernas y sentimentales, y algunas otras producciones del

mismo género, entretenidas y morales, que disponian el ánimo al aseo y á la afabilidad.

Encima de cada uno de los espejos, y sobre una cinta de raso blanco, con letras grandes doradas, extendida graciosamente, se veia un distico alusivo al uso á que estaba destinado aquel voluptuoso recinto.

El del frente decia:

De la virtud y hermosura
cuida fiel la criatura.

El de la derecha contenia este pensamiento:

La mas limpia y agraciada
siempre es la mas obsequiada.

El de la izquierda:

Quien el aseo no olvida,
alarga salud y vida.

Y el último:

Al cuerpo es la pulcritud,
lo que al alma la salud.

En medio de este encantador recinto, inspirado por la misma Vénus, se levantaba

cosa de dos palmos del pavimento, un torneado pié trabajado con exquisito gusto, sobre el cual descansaba un mullido asiento en forma de taburete, que merced á un resorte que tenia en el centro, giraba hácia todas partes, para que la jóven pudiese estudiar la actitud que mas noble creyese al sentarse.

A este asiento se le podia añadir al instante respaldo y brazos, pero esto solo acontecia cuando la hermosa jóven, huyendo del bulliecio de la sociedad se encerraba en aquel sagrado *tocador* y se entregaba á sus melancólicas reflexiones.

A una altura conveniente y á los lados del espejo de entrada se veian abiertas varias claraboyas para que comunicasen de dia la conveniente luz á aquel recinto, y en el espesor que mediaba entre el cristal y la persiana se ostentaban algunas macetas de porcelana, simétricamente colocadas, que contenian exquisitas flores del mas regalado aroma.

Soledad penetraba en este templo de las gracias y del adorno, mas por acatar el de-

seo de su protector D. Felipe, que se complacia en verla engalanada y deslumbrante, que porque su espíritu apreciase los perfumes y las galas.

Pero su favorecedor, aquel hombre que no perdía ocasión de manifestar el alto aprecio, tanto á ella como á D. Félix, habia creído sorprender su deseo proporcionándole cuanto juzgó estimable á los ojos de una hermosa jóven, y no podia ella prescindir de adornarse, porque no atribuyese á desaire lo que era falta de presuncion y de anhelo por brillar.

La gratitud, pues, hacia que Soledad mintiese afecto á los afeites, cuando su alma se inclinaba al retiro y á la contemplacion.

Parecíale un horrible sarcasmo presentarse de blanco, cuando su corazon estaba cubierto de luto y de tristeza....!

Pero era mujer; y la mujer es capaz de la mas terrible abnegacion.

Es agradecida, y á la gratitud es capaz de sacrificar su tranquilidad, su bienestar, y si es preciso, hasta la vida.

Soledad concurría á los conciertos, como Isaac marchaba al sacrificio; por obediencia.

Amaba; y el que ama, es un enfermo á quien el bullicio atormenta y mata.

Soledad se cubrió con una elegante mantelita; consultó con el tocador tristemente su adorno y su vestido; abrió con suave impulso el "Nicho de Vénus;" conocía perfectamente que el *buen tono* exige que las personas bien educadas usen de las esencias propias del sitio á que van á concurrir

Sabia, por lo mismo, que para asistir al teatro era preciso usar de los espíritus mas sentidos para librarse de esta manera del tufo de los quinqués, y de la cargazon de la atmósfera por los hálitos de una numerosa concurrencia. Estaba persuadida, así mismo, de que para un baile, lo mas propio era un olor ligero y agradable que solo pudiese percibirlo la persona que se hallase inmediata; y que para un concierto particular, nada habia mas conveniente y en armonía con el *buen tono*, que algunas gotas de agua de Lavanda ó de Colonia, vertidas en el pañuelo.

Segura de esta verdad, destapó uno de los brillantes pomos que adornaban su precioso nicho, sacó un finísimo pañuelo blanco, primorosamente bordado, y vertió en él unas cuantas gotas de agua de Lavanda, por ser la que mas le agradaba á su protector D. Felipe.

Desempeñada esta operacion, se dirigió al estante; quitó algunos libros para sacar del fondo una cajita de concha, que abrió con mano convulsa; sacó de ella el retrato de un elegante jóven; lo miró un breve rato con apasionados ojos, exhaló un profundo suspiro y vertió algunas lágrimas sobre él, que brotaron del corazon.

Era el retrato de Nuñez que le traía á la memoria los momentos mas bellos de la vida; aquella época en que el amor lo embehece todo y todo lo poetiza.

Para el que ama, la efigie del objeto amado es el bien supremo de la tierra; el mudo y fiel depositario de sus afectos; el compasivo amigo que en la ausencia nos habla á todas horas del sér que idolatramos, y cuyos juramentos nos repite constantemente.

Soledad amaba, y amaba con esa pasion íntima, dulce, invariable, con que ama la mujer. Cierto es que aquel retrato que tristemente contemplaba, lejos de repetirle las promesas de fidelidad y de constancia de su amante, le denunciaba su traicion, su abandono y su ingratitud; pero aquella traicion, aquel abandono y aquella ingratitud, venian de una persona que idolatraba, á pesar de su infidelidad; de una persona que habia vertido en su alma el primer sentimiento amoroso que la inundó de felicidad, y este sentimiento ejercia tal influencia en su pecho, que solo tenia compasion y benevolencia para quien tan altamente le habia, en su concepto, ofendido.

—¡Oh! ¡todo te lo perdono! — exclamó contemplando el retrato:—mis tormentos, mis dolores, el desencanto de mi alma.... mi tristeza.... mis lágrimas.... todo, todo acepto gustosa en cambio de tu felicidad...! ¡Mi amor es inmensamente mayor que tu ingratitud....! ¡mi memoria, superior á tu olvido.... y mayor que tus desprecios mi indulgencia....!

Y la jóven, viendo que ya era hora de partir, estrechó contra su corazon el retrato; fijó sus hermosos ojos en él por la última vez. . . . lo bañó con su llanto, lo volvió á colocar dentro de la cajita, y despues de poner ésta en el fondo del estante, cubriéndola con los libros, salió de la estancia y se dirijió adonde le estaban ya esperando D. Felipe y Félix, para marchar al concierto.

CAPITULO VI.

El Concierto.

Era un espacioso y magnífico salon, perfectamente iluminado, en una de las casas mas notables por su arquitectura y bellas proporciones que se ostentan en la régia calle del Empedradillo.

Una numerosa y selecta concurrencia de ambos sexos, ocupaba la mayor parte de los ricos asientos que estaban perfectamente distribuidos en aquel recinto.

Un excelente piano de cola inglés, de siete octavas de extension, de pulsacion suave, y de un teclado sumamente igual, se veia abierto en medio de la pieza.

Y la jóven, viendo que ya era hora de partir, estrechó contra su corazon el retrato; fijó sus hermosos ojos en él por la última vez. . . . lo bañó con su llanto, lo volvió á colocar dentro de la cajita, y despues de poner ésta en el fondo del estante, cubriéndola con los libros, salió de la estancia y se dirijió adonde le estaban ya esperando D. Felipe y Félix, para marchar al concierto.

CAPITULO VI.

El Concierto.

Era un espacioso y magnífico salon, perfectamente iluminado, en una de las casas mas notables por su arquitectura y bellas proporciones que se ostentan en la régia calle del Empedradillo.

Una numerosa y selecta concurrencia de ambos sexos, ocupaba la mayor parte de los ricos asientos que estaban perfectamente distribuidos en aquel recinto.

Un excelente piano de cola inglés, de siete octavas de extension, de pulsacion suave, y de un teclado sumamente igual, se veia abierto en medio de la pieza.

A proporcionada distancia de este rey de los instrumentos, se alzaba un pequeño atril cuadrado, sustentando un papel de música en cada uno de sus lados: cuatro lujosas sillas con blandos asientos rodeaban este atril, y en cada una de ellas habia un instrumento, que eran un violoncelo, un violin, una viola y una flauta.

Todo anunciaba que iba á celebrarse un concierto particular.

Las señoras estaban vestidas con un lujo y gusto encantadores.

Envueltas en finos, claros y vaporosos ropajes; con lindas guirnaldas graciosamente colocadas sobre el abundante y ondulado pelo que velaba sus poéticas cabezas; brillando sus grandes y negros ojos bajo sus cejas arqueadas y sus tersas y espaciosas frentes; agitando con sus redondas y torneadas manos el brillante abanico que les proporcionaba un ambiente ledó y regalado; con sus diminutos y graciosos piés, perfectamente calzados por un zapato blanco de raso, parecian otras tantas seductoras ninfas que nos describen los poetas, ó

las bellísimas hurís que habitan el maravilloso eden de Mahoma.

En el espacioso corredor, cubierto de flores y de naranjos, cuyo delicioso aroma embalsamaba el aire, habia multitud de jóvenes varones gozando del fresco de la noche, en tanto que se daba principio al concierto; mientras otros, colocados á la entrada de la puerta de la escalera, tenian la galante mision de conducir del brazo al salon á las señoras que iban llegando.

En el ancho patio y en el descanso de la preciosa escalera de piedra, como son todas las de México, se ostentaban, de uno y otro lado, formando una deliciosa calle, pintados barriles con delicados limoneros y naranjos, bañados por la tranquila luz de la plateada luna, y por la de centenares de farolitos á la Veneciana de variados colores que, colocados en matizadas bandas de seda que cruzaban de un lado al otro la azotea, formaban una bóveda oscilante de bellos resplandores.

La concurrencia era cada vez mas numerosa.

Todos anhelaban el instante de que diera principio el concierto; pero aun faltaban algunas personas notables que debian tomar una parte activa en él.

Para neutralizar el calor de las luces y el que resulta de la gran reunion de personas, se habian abierto las vidrieras altas del marco, construidas de expreso para abrir y cerrar, sin necesidad de hacerlo con las puertas vidrieras que permanecian cerradas, para no molestar con un aire demasiado fuerte á los que se hallaban sentados junto á ellas.

La vista que se disfrutaba desde este sitio, era deliciosa.

Desde allí se descubria la suntuosa Catedral, esa obra continuada por tres monarcas españoles, ese grandioso monumento de la Religion católica, con su magnífica cúpula y sus gigantescas torres, que parecen desprenderse de la tierra para ir á tocar la alta bóveda del cielo. A su frente, y en el delicioso paseo de las Cadenas, cubierto de agradables árboles, se veia un numeroso concurso de ambos sexos paseándose en

animada conversacion, y disfrutando del suave ambiente y de la tibia claridad de la plateada luna. Contiguo á este paseo, adonde concurre en las noches iluminadas por el astro nocturno, la gente del *buen tono*, se extiende la inmensa Plaza de Armas, con su espacioso Palacio Nacional, su Portal de las Flores, el magnífico edificio de la Diputacion y el animado Portal de Mercaderes.

El salon en que iba á tener lugar el concierto apenas podia contener ya mas gente.

Igual cosa sucedia en el espacioso corredor donde los jóvenes, formando diversos corrillos, hablaban con animacion, ya de política, ya de bailes, ya de amores, segun la inclinacion de cada uno de ellos.

Solo una persona parecia extraña á cuanto pasaba á su alrededor.

Era un joven elegantemente vestido y de una figura interesante.

Quieto, aislado, sentado en una pequeña banca que se hallaba en un rincon del corredor, oia el rumor de las voces, pero sin que fijase la atencion en las palabras.

De nadie parecía cuidarse, ni nadie tampoco parecía cuidarse de él.

Puesto el codo sobre la rodilla, y apoyada la barba en la palma de la mano, fijos los ojos en el suelo y guardando un profundo silencio, parecía el númen de la tristeza arrojado en medio del bullicio y de la alegría para analizar el valor de los fugitivos placeres de la vida.

—Creímos que ya no venia vd., D. Juan.

Dijo un jóven elegante que se hallaba en uno de los corrillos del corredor, y el mas próximo á nuestro solitario personaje, á otro jóven de simpática y noble fisonomía, que acababa de llegar.

—He venido un poco mas tarde de lo que esperaba por asuntos del servicio militar, y porque era preciso quitarme el uniforme para venir vestido en traje de etiqueta.

—En efecto, le ví á vd. al oscurecer, dirijirse á palacio, de uniforme, y despedirse del indio Pablo que le habia encontrado á vd. en el camino.

—Cierto.

—Y me sorprendió verle á vd. con él y

hablándole con una atencion que no la alcanza mayor un excelente amigo.

—Es que ese indio—respondió D. Juan con firmeza—es el hombre mas leal que tiene la sociedad: ha sido fiel criado de un buen amigo de mi padre, y hoy, gracias á su honradez y laboriosidad, tiene una propiedad en Texcoco, en cuya casa se han hospedado mis padres estos últimos dias, al venir de la hacienda que tienen en Chapa.

—No sabia yo eso. Pero hablando de lo que hoy nos interesa, ¿han oido vdes. cantar á la simpática señorita Cosío?

—¡Oh....! si—contestó uno de los del corrillo:—es una jóven de una educacion esmerada que reune al mérito personal, el mérito artistico, la finura, la afabilidad y las mas altas virtudes.

—¿Y no saben vdes. si concurrirá al concierto?

—Está un poco mala, y ha enviado recado diciendo que la disimulen por esta noche.

—¡Qué lástima....!—exclamó D. Juan:—tiene un timbre de voz tan agradable, tal

sentimiento al cantar y una expresion tan propia y natural, que no se la puede escuchar sin sentirse conmovido hasta la módu-
la de los huesos.....!

—Todo eso es verdad:—añadió uno de anteojos, bajo de cuerpo, de ojos pequeños y vivos y de nariz arremangada.—La señora Cosío es una notabilidad mexicana, pero me gusta mas la jóven Carolina R.....

—¡Hombre, no digas disparates, no sea que por ellos te castigue Euterpe, musa de la filarmonía, como castigó Apolo al rey Midas, haciendo que le nacieran orejas de pollino, por haber tenido la temeridad de preferir el canto del desentonado Pan, al dulce y melodioso del dios del Parnaso.

—Señores, yo no he dicho que sea mejor, sino que á mí me agrada mas.

—Pues ese gusto es un gusto que merece considerarse como delito de lesa-filarmonía. Dijo uno.

—Un gusto que revela muy mal gusto. Añadió otro.

—Un gusto antifilarmónico.—Agregó otro del corrillo.

—Que indica riqueza de tontería.

—Pobreza de entendimiento.

—Que merece una silba.

—Que merece palos.

—Señores, ya está.—Exclamó el de los anteojos al verse acosado por todas partes.—Retiro la palabra.

—Si hubiera vd. dicho Clotilde Landeta.—Dijo D. Juan;—entonces hubiera vd. merecido la calificación de hombre de exquisito gusto.

Al oír el nombre de Clotilde, el personaje que hemos visto sentado, y que permanecía en la misma postura, levantó la cabeza.

—¡Oh! Clotilde es un ángel en belleza, virtud y habilidad.—Advirtió uno;—y si no estoy mal informado, va á asistir á la tertulia.

—¡De veras? ¡Ojalá!

El hombre que permanecía retirado fijó la atencion.

—Así me lo han asegurado; pero temo mucho que no se digne honrarnos.

—¡Por qué?

—Porque no concurre hace algun tiempo á ninguna parte. La infeliz ama con delirio á Leopoldo Cabrera, y como tratan de unirla con Daval, no encuentra placer mas que en la soledad de su casa.

—Pero tal vez crea que asiste Leopoldo, y se anime á concurrir al concierto.

—Ojalá. Pero aquí llega el doctor Willey que podrá decirnos algo de ella.

En aquel momento se acercó el nuevo personaje al corrillo.

—¿Qué hay doctor Willey?—Le preguntó el de los anteojos.—¿Sabe vd. si tendremos el gusto de ver por aquí esta noche á la hermosa Clotilde?

El jóven que estaba sentado, pareció dar señales de vida, dejó la reflexiva actitud en que habia vuelto á caer, volvió á levantar la cabeza, fijó los ojos en Willey, y se dispuso á recoger las palabras que se pronunciasen.

—Lo ignoro.—Contestó el doctor.—Hoy no he tenido el gusto de estar en su casa, y nada sé con respecto á lo que vd. me pregunta.

—Y ¿cómo se siente de su herida el señor Duval?

Volvió á preguntar el mismo de los anteojos.

—Enteramente bueno, y con mas disposicion de llevar adelante la empresa de enlazarse con la simpática Clotilde.

El hombre que escuchaba sentado, dejó ver en su rostro una señal de impaciencia.

—Eso se llama no desmayar ante los obstáculos.—Contestó el de los anteojos.—Sin embargo, debe cuidarse para evitar que se repita la escena del balazo.

—Fué un tiro disparado á traicion:—contestó el doctor.—El que lo disparó no tendría valor para hacerlo por delante de su contrario.

El jóven que escuchaba hizo un movimiento para levantarse; pero se mordió los labios, y se contuvo en su asiento.

—Pues yo creo—añadió D. Juan—que si fué Leopoldo el que disparó el balazo, le sobra valor para volverlo á disparar por delante, batiéndose cuerpo á cuerpo con su contrario.

En el semblante del que escuchaba se retrató el reconocimiento y la gratitud.

—Será así;—contestó el doctor;—pero si en vez de habérselas con el señor Duval que, aunque valiente, es un hombre pacífico y tranquilo, se las hubiera conmigo, yo les aseguro á vdes. que á esta hora, el tal D. Leopoldo hubiera recibido una lección de esgrima ó de pistola, que le hubiera llevado á la mansion del descanso.

El jóven que escuchaba tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir su cólera.

—Lo que me asombra—dijo D. Juan con entereza—es que siendo D. Emilio un hombre de mundo, de talento y de alma generosa, trate de violentar el corazón de la jóven, rechazando á un artista de un talento tan distinguido como es Leopoldo Cabrera.

—En eso no hace mas que cumplir con los deberes de padre que se impuso al adoptarla por hija;—contestó el doctor.—¿Cómo quiere vd. que entregue la mano de su protegida á un hombre cuyo apellido está deshonrado?

El que escuchaba se puso en pié como si le hubiesen tocado con un resorte.

—¡Deshonrado....! Yo le encuentro lleno de honroso lustre y de esplendor en las sublimes obras de su ingenio.

El jóven se fué acercando al corro sin ser visto, hasta llegar á colocarse detras del doctor.

—No desconozco—dijo Willey—el mérito de los cuadros debidos á su delicado pincel; pero vdes. saben que la mancha en el honor, es como el veneno en un vaso de agua: una gota de aquel, es bastante para hacer temible todo el líquido contenido en el segundo.

Un rasgo de violenta ira se pintó en los ojos del silencioso jóven, que echó sobre el doctor una mirada de terrible enojo.

—Pero....

—Su padre;—añadió Willey interrumpiendo á su interlocutor—fué por desgracia un hombre que se separó de la senda trazada por el deber; un hombre que se olvidó de lo que debía á la amistad, que abusó

de la confianza de D. Emilio, un vil falsificador....!

—¡Miente vd....!

Exclamó con terrible acento y sin poderse contener el jóven que se había colocado detras de Willey.

Este, lo mismo que todos los que estaban con él, volvieron la cara para ver al que tan bruscamente les habia interrumpido.

—¡Nuñez....!

Pronunciaron varios de los del corro.

El doctor Willey que habia tenido tiempo para reponerse de su sorpresa, y que vió que las miradas de los que le habian escuchado estaban fijas en él, para ver cómo recibia el insulto que se le acababa de inferir, dió á su semblante toda la ferocidad posible, y encarándose con el que le provocaba, le dijo:

—¡Y tiene vd. la bondad de decirme, con qué derecho se atreve vd. á desmentirme públicamente.

—Con el derecho que me dá la amistad

con que me honra el jóven á quien vd. ha calumniado tambien públicamente.

Respondió con sangre fria, pero enérgicamente, Nuñez.

A estas palabras pronunciadas en alta voz y con la entereza que presta el valor y el convencimiento de la justicia de la causa que se defiende, se acercaron varios de los jóvenes que estaban en los corrillos mas inmediatos.

—¡Luego sostiene vd. que soy un calumniador?

Exclamó Willey echando una mirada sobre su antagonista, que la recibió con una serenidad imperturbable.

—Sí; sobre cuanto acaba vd. de decir con respecto á Leopoldo.

Contestó Nuñez con una firmeza que revelaba el temple de alma de un héroe.

—¡Seria vd. capaz de sustentar esa injuria?

—En todos los terrenos. En el primero, que es el de la justicia, digo que no es cierto que Leopoldo haya temido jamas presentarse delante de su contrario para combatir

con él cuerpo á cuerpo, pues aun no hace mucho tiempo que en un duelo que sustentó contra Duval, pudiendo matar á éste, se contentó con desarmarle y perdonarle la vida.

Willey se quedó sorprendido.

—Yo ignoraba — dijo tartamudeando — que se hubiesen batido jamas.

—Tambien miente vd. en eso.

Exclamó Nuñez exaltado por la pérfida hipocresia de su interlocutor.

—¡Cómo.....!

Dijo Willey rechinando los dientes.

—Porque vd. fué padrino de Duval en ese duelo, y sabe vd. la generosidad con que se portó el pundonoroso Cabrera. Respecto á las acusaciones hechas contra su honrado padre, yo respondo de que son una calumnia; y respondo de que son una calumnia, porque yo he visto las pruebas de su inocencia y de la criminalidad de un malvado, que la justicia Divina hará que tarde ó temprano caiga bajo mi poder. He dicho que estas palabras las sustentaria en todos los terrenos; en el de la verdad están

justificadas; si el señor Willey cree conveniente llevar ahora la cuestion á otro sitio, y de otra manera, estoy pronto á seguirle adonde quiera.

Un silencio sepulcral sucedió á estas enérgicas palabras.

Todas las miradas se volvieron á fijar en el doctor.

El reto no podía ser mas claro ni mas terminante.

O se retractaba de cuanto habia dicho admitiendo la denigrante calificacion de calumniador, ó admitia el desafio.

La alternativa era terrible.

Conocia la injusticia de su causa y que la razon campeaba del lado de su contrario.

Su conciencia le decia que la accion mas noble y meritoria era sincerar á Leopoldo de las injustas acusaciones que se le hacian; pero su orgullo y vanidad, le presentaban este acto generoso y plausible, como la de gradacion mas vergonzosa.

El génio del bien y el génio del mal, esto es, su conciencia y su orgullo, luchaban dentro de su pecho. Pero el hombre que es

capaz de confesarse á sí mismo mil y mil veces la injusticia de sus malas acciones, no las confesará una sola vez delante de sus semejantes.

He aquí cómo cada hombre forma, por decirlo así, dos individuos. El individuo aislado con su conciencia, justo, racional y franco; y el individuo ante la sociedad, vano, altanero, henchido de orgullo y en pugna continuamente con su razón y sus deberes.

Todas estas reflexiones que tanto nos hemos tardado en exponer, cruzaron por la mente de Willey en un solo instante.

Conocía, como hemos dicho ya, su injusticia; pero su desmedido orgullo se sobrepuso á la razón, y dominado fuertemente por él, contestó con acento terrible.

—Me ha dicho vd. que si deseo llevar la cuestión á otro terreno, estaba vd. dispuesta á seguirme; espero, pues, que cumplirá vd. su palabra en el instante mismo. ¡Salgamos!

—Salgamos.

Contestó con firmeza Nuñez echando á andar tras su contrario.

—Señores—dijo el dueño de la casa llegando adonde estaban, y deteniéndoles:—se me ha avisado por una persona, de que se trataba aquí de un duelo: esto me ha hecho desentenderme por un momento de todo, para venir á suplicar á vdes. tengan la bondad de desistir en su empeño, en obsequio de la amistad que me dispensan y del buen nombre de mi casa. Si una desgracia aconteciese á cualquiera de vdes., esa desgracia pesaría toda la vida sobre mí, por que siempre me acompañaría el remordimiento de haber dado origen á ella un convite hecho en mi casa.

—Conozco—dijo Nuñez—la enorme falta que he cometido interrumpiendo la armonía de la respetable concurrencia á la cual se ha dignado vd. llamarme; pero amengua mi imprudencia la causa justa de haber salido en defensa de un leal amigo, públicamente calumniado.

—Bien; eso es muy loable; pero el señor Willey no podía imaginar que hubiera quien

se ofendiese por una cosa de que ya otros muchos se han ocupado antes que él. Leopoldo es un jóven muy apreciable, muy digno del aprecio de todo el mundo; nadie como vd. sabe que me considero muy honrado cuando quiere complacerme visitándome; su padre fué muy buen amigo mio, y nunca he creído en el delito que se le imputa; pero el señor Willey y otros muchos que no tuvieron el gusto de tratarle, no tienen esos precedentes, y no pueden ser responsables de una acusacion que, por desgracia, no se desvanece aún por los tribunales. Yo suplico, pues, tanto á vd. como al señor Willey, cuyo noble corazon conozco, no desairen mi súplica ni la de estos señores que me acompañan; que se olvide lo pasado y que se estrechen la mano en señal de sincera reconciliacion.

Willey y Nuñez opusieron todavía algunas débiles razones; pero las sólidas observaciones del dueño de la casa, unidas á las de las respetables personas que le acompañaban, calmaron el ardor de los dos antagonistas que prometieron al fin solemne-

mente no batirse por lo que acababa de pasar entre ellos.

El ruido de un coche que se detuvo en aquel instante, y el de la puerta de la calle que se abrió a poco dando entrada á una linda señorita y dos caballeros que le acompañaban, acabó de restablecer la calma.

—Es la señorita Soledad, acompañada del señor Flan y de D. Félix.

Dijo uno de los que estaban apoyados en el barandal del corredor.

—Buena noticia, porque así podremos empezar el concierto.—Añadió el dueño de la casa dirijiéndose á Nuñez.—Ahora oirá vd. cantar á esta hermosa señorita que llega, con el señorío de una reina, y con la dulzura y habilidad de una consumada artista.

Nuñez se puso pálido al escuchar aquel nombre que ejercia en su alma un poder semejante al de la desgraciada Adela.

—¡Ah....! ¡yo no debo verla....!—dijo para sí:—¡Su presencia me haria olvidar á la mujer que adoro....! ¡No; mi obligacion es huir de este sitio que me puede hacer

olvidar mis sagrados juramentos....! ¡Adela, Adela....! lo he jurado.... ¡nadie mas que tú será dueña de mi corazón y de mi amor....!

Y el desventurado joven se disponia á huir de aquel sitio, cuando el dueño de la casa, sin advertir su inquietad, le dijo con la mayor cordialidad.

—Me tomo la libertad, señor Nuñez, de nombrarle á vd. introductor al salon para que conduzca vd. á él, á la hechicera y simpática Soledad.

Nuñez no podia escusarse á una sollicitud tan galante y honrosa, hecha por el dueño de la casa.

Esquivarse hubiera sido una falta de urbanidad imperdonable que hubiera envuelto el desaire mas grosero.

Nuñez, pues, sabia lo que se debía á si mismo y á la sociedad; y aunque lamentaba interiormente aquella funesta casualidad que le ponía en contacto con la mujer de quien hasta entonces habia huido por no ser infiel á su primer amor, dió las gracias por el honor que se le dispensaba, se ade-

lantó en seguida hácia la puerta de la escalera, y en el instante en que la hermosa joven ponía el pié en el último peldaño y se presentó en el corredor, Nuñez, temblándole el corazón, pero con el semblante afable y con fina galantería, le presentó el brazo para conducirla al salon.

Soledad, al apoyar el suyo en el de su compañero, fijó la vista en éste, y ambos se estremecieron á la vez al sentir el recíproco contacto de sus brazos.

¡Oh....! Nuñez sintió en aquel momento sensaciones indefinibles que equivalian á una existencia constante de felicidad....!

La memoria de Adela se desvanecía como un sueño ante la presencia real de Soledad.

El desgraciado joven se echaba en cara su debilidad, y trataba de disculparla, creyendo que el influjo que ejercia sobre su alma la hermosa joven que se apoyaba en su brazo, era debida á la semejanza que le presentaba en ella á la inolvidable Adela.

Soledad esperaba que, despues de tanto tiempo de amarga separacion, Nuñez le di-

rijiera alguna pregunta que entrañase interés y cariño; pero nuestro jóven que estaba muy lejos de pensar que tan cerca de sí tenía á la que inspiró en su alma la primer sensación de amor, guardó el mas profundo silencio; y por ser demasiado fiel á la mujer que amaba, aparecia como ingrato y perjuro á los ojos de la misma.

Núñez, despues de conducir á la seductora Soledad al sitio que le estaba destinado, se retiró con el corazon desgarrado, pero satisfecho de haberse vencido á sí mismo, y de haber sacrificado todos los afectos que sentia hácia Soledad en aras del amor á Adela, cuando ésta se juzgaba precisamente mas ofendida y despreciada de él.

Su conciencia le aplaudia aquel sacrificio que hacia por la mujer que amaba; y la mujer que amaba le acusaba en aquel mismo instante de cruel y de perjuro.

Combatido por mil afectos contrarios, y sosteniendo una lucha terrible para que la memoria de Soledad no se sobrepusiera á la de Adela, conquistando por completo el dominio de su corazon, se sentó en el sitio

mas retirado, al lado de uno de los balcones de la sala, desde donde se puso á contemplar la apacible claridad de la luna para no fijar la vista en la hechicera jóven, cuya simpática imágen tenia á su pesar fija en su mente á todas horas.

Soledad que habia esperado una palabra de consuelo que dulcificase en parte la amarga pena que le consumia, una ligera disculpa siquiera que diese un tinte de justificacion á la conducta extraña observada desde el dia que la Providencia dispuso que se encontraran de nuevo, quedó triste y abatida, con el pecho oprimido por el sentimiento y el dolor, al ver la indiferencia glacial con que tras una fria inclinacion de cabeza se retiraba de su lado el hombre que se llevaba consigo su vida y su corazon... su amor y su esperanza....!

La infeliz hubiera querido estar sola para llorar....

Las lágrimas son el único consuelo de la sensitiva y desdichada mujer....

El tierno corazon de esa dulce mitad del género humano, no ha nacido para la ira ni

para la venganza.... sino para los afectos nobles, para el dulce sentimiento.... ¡sufre.... llora.... y perdona....!

¡Mision bellísima, aunque dolorosa, de la mujer....!

Soledad amaba con la fe pura de un corazón virginal; con esa pasión delicada, espiritual, apacible y mística, á la vez que inestinguible y profunda, llena de unción, de ternura y de compasión con que aman las almas generosas y sensibles.

Dulcemente dominada por el afecto que consagraba dentro de su pecho al hombre que se alejaba de ella sin justificada causa, no apartaba los ojos de él... y al verle triste y pensativo, pálido y demudado, mirando melancólicamente hácia la bóveda estrellada, libro consolador del desgraciado, le creyó víctima de secretos padecimientos; y olvidándose la infeliz de su ingratitud y desamor para con ella, solo pensó en que padecía... en que era desgraciado tal vez...

Esta idea le conmovió profundamente....
—¡Oh!—pensó la infeliz interiormente.—

¡Sufrir sin duda....! ¡Sufrir él...! ¡Ah...! ¡Qué valen mis penas, mis lágrimas y mis dolores....! ¡Si yo pudiera conseguir su felicidad aun á costa de mi vida, con gusto la sacrificaría! ¡Le amo tanto á pesar de su ingratitud....!

Y Soledad quedó tristemente abatida; dominada por un sentimiento de compasión tierno y dulcísimo que le sumergió en un éxtasis de grato dolor indefinible.

¡Oh....! si la desventurada hubiera sabido que aquel hombre que tanto le interesaba.... que aquel hombre, en cuyo rostro miraba pintados el sufrimiento y el dolor, estaba pensando en ella.... ¡en ella que era su vida y su porvenir.... su anhelo y su ventura....! en ella que le habia acusado de ingrato y desleal, sin saber que su nuevo nombre habia levantado un valladar insuperable entre ambos.... Si hubiera podido leer la historia de aquel corazón generoso.... las vicisitudes y miserias que por amarla tanto habia sufrido en la tierra... hubiera corrido á su lado para pedirle perdón de sus ofensas, para decirle que le ama-

ba, y verter en su alma el bálsamo consolador de la felicidad suprema....!

Pero Soledad ignoraba todo esto... y, sin embargo, padecía al verle triste y meditabundo....!

Le perdonaba sus ofensas, su olvido, sus desprecios... porque esta es la dulce cualidad del verdadero amor... de ese leve destello del infinito amor de Dios, todo generosidad y ternura, que lleva siempre consigo la caridad y la misericordia.

Quien de otra manera siente, no ama.

Desear á todo trance la posesion de un objeto, aun á costa de la felicidad del sér que nos hechiza, no es amor; es un linage de pasion egoista, cruel, exigente y hastarda.

Núñez continuaba en la misma actitud meditabunda.... se sentia arrastrado hácia aquella mujer que atesoraba todos los encantos de su inolvidable Adela.... y sin embargo, sus ojos permanecian fijos en el cielo.... Su corazon y su deber sostenian una terrible lucha que le tenian en continua inquietud....

De repente se escucharon los primeros acordes de la música producidos por la flauta, la viola, el violin y el violoncelo.

Era un cuarteto delicioso de Purittani, obra inmortal del célebre Bellini.

Los dos amantes, como si les hubiesen tocado á la vez con la máquina eléctrica, se estremecieron á las primeras notas producidas por los bien pulsados instrumentos.

Era una de las piezas favoritas de Núñez; pieza que habia cantado mil veces, en mas felices dias, en union de su adorada Adela.

Su pensamiento, pues, lo mismo que el de ella, abarcaba aquella época de dulcísimos recuerdos, en que el amor, engalanado con sus mas poéticos encantos, extendia á sus ojos las angélicas delicias de un mundo sembrado de flores y brindando felicidad sin término.

Notas habia allí que hacian asomar el llanto á los ojos de Soledad, porque equivalian á un juramento ternísimo de amor; notas expresivas en que habia sustituido muchas veces al cantarlas embriagado de pasion Núñez, la palabras *Elvira mia* de la

pieza, por las de *Adelamía*, nombre que sonaba á sus oídos mas dulce que el canto de las sirenas á los navegantes que, subyugados por la melodía de sus acentos y la magia de su música, olvidaban su viaje y espiraban en delicioso éxtasis antes que la razón deshiciera el poderoso hechizo.

Soledad, conmovida profundamente, y sin poder resistir á la emoción amorosa que despertaba en su alma los mas gratos recuerdos de la vida, volvió los ojos hácia el hombre que, en aquellas mismas melodías, le habia jurado tantas veces que le amaba; pero cuando creyó encontrar la dulce correspondencia á su mirada.... cuando pensó que su vista se encontraría con la suya, vió á Nuñez con los ojos fijos en otra parte, como indiferente al pasado y á cuanto le rodeaba.

¡Oh! ¡esta indiferencia pensó de una manera horrible el corazón de la infeliz dentro del pecho....!

¡No le merecía á su amante ni un recuerdo.... ni un suspiro.... ni una simple mirada....!

En aquel momento terminó el cuarteto, y al supuleral silencio que habia reinado durante la ejecución, sucedió un aplauso general que resonó por todos los ámbitos del salón.

La conversación entonces se hizo general.

La señora de la casa, que estaba al lado de Soledad, le dirigió la palabra; y la joven, suspendiendo todos sus amorosos recuerdos, se vió obligada á sostener un diálogo que ningun interés encerraba para ella.

Solo Nuñez permanecía triste y silencioso.

—¿Qué le ha parecido á vd. el cuarteto? Le preguntó un joven que acababa de sentarse á su lado.

—Muy bien comprendido, igualmente ejecutado, y perfectamente sentido.

Contestó Nuñez, volviéndose con amabilidad hácia su interlocutor, contento de verse interpelado, para ver si de esta manera podia desterrar de su mente las ideas que le atormentaban.

—¡Oh! ¡es una música que toca las fibras mas delicadas del corazón....! ¡Es imposi-

ble oirla sin sentirse conmovido hasta lo mas interno del alma! ¡Un amante no podria escucharla sin que á sus ojos se asomasen las lágrimas!

—Con efecto;—contestó Nuñez tratando de hacer desaparecer las que empañaban sus pupilas;—es un cuarteto que yo no puedo escuchar con ojos enjutos.

—¿Ama vd. acaso?

—¿Hay, por ventura, algun hombre de nobles sentimientos que no ame en la tierra?

—Tiene vd. razon.

Dijo el jóven exhalando un suspiro.

—¿Luego ama vd. tambien?

Le preguntó Nuñez.

—Al menos siento como si én efecto amase; aunque algunas veces me persuado de que mi afecto, mas que amor, es un cariño íntimo, una constante y profunda deferencia hácia la mujer que considero como una hermana.

—¿Es decir que ignora vd. realmente el lugar que esa jóven á quien se refiere vd. ocupa en su corazon....?

—Ciertamente.

Soledad que en aquel instante dirijia como casualmente la vista hácia Nuñez, se estremeció en la silla al ver que estaba hablando con el jóven de que hemos hecho mencion.

En su pecho tuvieron lugar á un mismo tiempo, el temor y la esperanza, el pesar y la alegría.

Un vivo carmin tiñó de repente sus mejillas para ponerse á poco blancas como el papel.

—¡Está hablando con Félix....!—exclamó para sí:—¡Ah....! ¡sin duda se ocupan de mí en este momento....!

Y Soledad, llena de inquietud y de zozobra, continuó su diálogo con la señora de la casa que le dirijia la palabra.

Nuñez y Félix hicieron lo mismo, bien ageno cada cual de saber con quién sostenia su conversacion, pues ni el primero habia fijado su atencion en los que acompañaban á Soledad el Juéves Santo, ni el segundo le habia visto jamas.

—Pues ¡dichoso vd.—dijo Nuñez—que ignora el sentimiento que abriga su cora-

zon, porque desde ahora me atrevo á asegurar que no es el sentimiento llamado amor....! Con el amor va la felicidad instantánea y la desgracia constante de los mortales....! La mayor parte de los que padecen en el mundo son víctimas de esa pasión que halaga acibarando los mas floridos años de la vida.... que promete interminables dichas que se convierten luego en lágrimas y penas....! que presenta la clave de todas las venturas, y que al buscar sus armonías suenan las vibrantes cuerdas del dolor y de los pesares....! Es una flor de tan amarga esencia en su profundo cáliz, como es halagüeña y celestial su seductora vista; y los amantes parecen unos seres condenados á embriagarse con sus brillantes hojas de balsámico perfume, y á despertar en medio de los tormentos de sus agudas espinas....!

—Al escuchar á vd. no puede uno menos de comprender que ha padecido vd. mucho.
—¡Oh....! ¡mucho.... sí.... muchísimo....!

Exclamó Nuñez dejando salir libremente la pena encerrada en el corazón.

—¿Y la persona que vd. ama, ha concurrido al concierto?

—No señor; ni hubiera venido yo tampoco á no haberse empeñado tanto en ello el dueño de la casa, que me honra con su amistad.

—Precisamente se acerca ahora á Soledad para pedirle sin duda alguna pieza. ¿Ha oído vd. cantar á esa jóven?

—Nunca he tenido esa felicidad.

—Pues estoy seguro de que quedará vd. complacido al escucharla.

—Así lo creo sin duda.

—Es una jóven que reúne á la mas interesante figura, una alma bellísima y virginal.

—¿Y es casada?

—No señor: debió haberse enlazado hace algun tiempo á un jóven de relevantes prendas, pero....

Félix no pudo continuar: el piano sonó las primeras notas del ária del *Delirio de "Lucía,"* y todo el mundo guardó silencio esperando á que cantase la seductora jóven

que, en actitud noble y natural, se hallaba de pié al lado del que pulsaba el piano.

El entendido pianista tocó los compases de introducción con tanto gusto como delicadeza, predisponiendo el corazón al sentimiento y al dolor.

Soledad emitió las primeras notas sueltas, de una manera tan apasionada y tierna, con voz tan dulce y grata, que Nuñez sintió discurrir por sus venas un fluido suavísimo que le iba enervando insensiblemente, sumergiéndole en un bienestar de tranquila felicidad.

La joven continuó su canto cada vez más dulce, cada vez más apasionado.

Su voz, de un timbre sonoro y delicado, descendía al corazón transmitiendo los sentidos afectos de que se hallaba poseída al cantar su alma.

Era la fiel intérprete de los sentimientos que había confiado al papel el apasionado Donnizetti.

Nunca se ha expresado con más verdad el dolor de una mujer que solo vive con la

memoria del hombre que ama con todas sus potencias.

Soledad amaba, y al dar al viento los tristes ayes de la heroína que representaba, no hacía más que expresar con todo el fuego de un corazón apasionado, su propia pena y sus mismos sufrimientos....!

Todo el mundo escuchaba en religioso silencio.

No se percibía ni el más ligero ruido.

Las miradas de todos estaban fijas en la hermosa joven para no perder ninguno de sus movimientos.

Nuñez, conmovido por los encantos de aquella voz que le trasportaba á un mundo de bellísimos recuerdos, iba sumergiéndose en un éxtasis delicioso que embalsamaba sus pasadas dolencias.

Parecíale que estaban embargadas sus potencias por un arrullador ensueño en que veía reproducirse en sus más seductoras formas á la mujer que el destino le había arrebatado.

Había en el canto de Soledad tal semejanza con el de su inolvidable Adela, su ex-

presion tímida, apasionada y casta á la vez, tenia puntos de contacto tan idénticos con los del ángel que le habia hecho presentir en el mundo las delicias de la gloria, que por un momento se creyó al lado del sér que idolatraba.

Sus ojos, adormecidos por el exceso del placer, estaban fijos en el rostro bellissimo de la jóven que irradiaba de entusiasmo y de pasion.

Cada nota de dolor que en limpio trémolo salia de su flexible garganta, era para él un episodio de quejas amorosas: cada melodía un himno de ternura, y un poema de amor cada compas.

Embargado por el éxtasis divino que producía en su alma aquella argentina voz que le hacia olvidar el presente para trasportarle al delicioso pasado, parecia escuchar en los dulces y melancólicos acentos que con sentida expresion formulaba la hermosa, las balsámicas palabras de eterna fidelidad, pronunciadas por los virginales labios del sér que idolatraba.

Saboreando la inefable dicha de ver y de

escuchar á esta seductora jóven, olvidando sus temores, sus penas y sus zozobras, Nuñez, sumergido en un océano de dichas sin guarismo, y embriagado de arrobadoras sensaciones, se dejaba conducir á un mundo ideal de horizontes de felicidad sin término.

Agoviado por la superabundancia de celestiales placeres en que nadaba su alma, acariciado por los dulces y seductores recuerdos que ballian en su acalorada mente, rodeado por todas partes de luz y de armonía, aspirando un ambiente perfumado de exquisitas y suaves esencias, creyó muchas veces ser presa de uno de esos deliciosos ensueños que suspenden toda accion analítica, para no dejar al alma otro derecho que el de admirar y gozar.

Aquella escogida reunion de seductoras jóvenes, que en vaporosos y flotantes ropajes envolvian las gallardas formas de sus flexibles cuerpos; aquel sepulcral silencio que formaba pronunciado contraste con la animada fisonomía de mil sensitivos séres; aquellas sentimentales notas, llenas de ex-

presion y de ternura, que descendian al corazon como el consolador rocío sobre el cáliz de las abrasadas flores; la asombrosa belleza de aquella simpática mujer, que realizaba las fantásticas creaciones de Ossian; el regalado aroma del D. Juan de Noche, que conducia del corredor la mansa brisa en sus vaporosas alas. todo se mezclaba á la vez en armónico consorcio en su fecunda imaginacion, produciéndole un delicioso bienestar, una cadena de dulces sensaciones, cuyos anillos enlazaban con el presente todos los miríficos goces del pasado, que le argüian un sueño celestial.... sueño del que temia despertar, y que para no pasar de la ficcion á la realidad, contenia su aliento, sus palabras y sus movimientos, receloso de que se disipase el misterioso encanto que le rodeaba.

El melodioso canto de la seductora jóven era cada vez mas apasionado, mas tierno, mas sensible. Sus notas largas se perdian suavemente en el espacio, pero en una gradacion tan perfecta y armoniosa, que las seguia conmovida el alma hasta sentir las

expirar suavemente en la embalsamada atmósfera.

Nuñez, embriagado por esta delicada armonía, identificó en aquella mujer á la jóven que él amaba, y seducido por esta halagadora idea que le brindaba con la realizacion de su esperanza, no pensó ya mas que en confesarla su amor y su ternura.

En aquel momento los bellísimos ojos de Soledad se encontraron con los del apasionado jóven, y ambos se estremecieron de placer, como si aquella mirada hubiera sido la corriente eléctrica con que se comunicaban sus almas.

Entre tanto el ária llegaba á su término; y á medida que se acercaba á su fin, el canto era mas melancólico, mas sentimental, y los sonidos se escuchaban mas suaves, mas sentidos y dulcemente velados, como los misteriosos concertos de una armonía celestial que se va perdiendo en el lejano horizonte.

De repente la voz calló apagándose entre las últimas vibraciones del piano, y en el

mismo instante resonó un aplauso general por todos los ámbitos del salon.

Nuñez despertó, por decirlo así, de su delicioso éxtasis, y dominado aún por los sentimientos amorosos de su alma, iba á dirigir varias preguntas al jóven que le habia hablado al dar principio al concierto; pero Félix se habia levantado para conducir á Soledad al lado de la señora de la casa.

Nuñez perdió su dulce tranquilidad con este incidente, y ya iba á abandonar su asiento, cuando otro jóven que habia ocupado la silla que antes ocupara Félix, exclamó dirijiéndose á dos amigos que estaban á su lado.

—Nunca ha estado mas inspirada la simpática Soledad. ¡Qué dulzura.... qué expresion en todas las notas....!

—Es cierto—añadió uno de los dos:—¡Es imposible interpretar con mas fidelidad los sentimientos íntimos del alma!

—Eso consiste—añadió el tercero—en que la hermosa Soledad no es indiferente á esa tiránica pasion que hace ver el mundo por un prisma de doradas ilusiones.

—¿Pues qué, tiene acaso amores....?

—A no dudar.

—¿Y con quién?

—Con su primo.

—¿Con D. Félix?

—Precisamente.

Nuñez miró deshacerse el encanto en que habia estado sumergido.

El nombre de Soledad, el de Félix, y el conocimiento de sus amores, hicieron caer la venda que cubria sus ojos, y vió que de los fantásticos ensueños creados por la grata melodía de la música, habia despertado á la horrible realidad de sus desgracias y de su abandono.

—¿Ama á otro....!—pensó interiormente:—¡Y sin embargo, creí leer en su mirada un sentimiento de cariño y de simpatia hácia mí....! ¡Ah...! ¡qué pronto he tocado el desengaño....! ¡Y qué otra cosa podía apetecer que su desprecio....?—añadió sobreponiéndose de repente á su debilidad.—¿No es mejor que me aborrezca, para no pensar jamas en ella....? ¿No he huido yo mismo de su calle, para no ser infiel á mi

querida Adela....? ¡Puedo yo ambicionar otro amor que el de la jóven que me consagró todo el cariño de su alma....? ¡Qué me importa á mí la belleza de Soledad, ni sus amores con ese D. Félix, que no conozco....?

Y Nuñez, arrepentido de haber dado entrada por un momento á una simpatía que calificaba de infidelidad á Adela, se propuso permanecer indiferente á los hechizos de aquel sér que atesoraba todos los encantos de su amada.

Fijo en esta resolución, se propuso retirarse temprano del concierto, y aun lo hubiera verificado en aquel momento, á no haber estado comprometido con el dueño de la casa á tocar unas variaciones en el piano.

¿Y la hermosa Soledad? Soledad también estaba triste. Veía al hombre que idolatraba permanecer indiferente y silencioso, sin volver una sola vez los ojos hácia ella, que no pensaba mas que en él.

También la infeliz deseaba que terminase el concierto.

Habia visto hablar á Félix con su amante, y estaba impaciente por saber todo lo que se habian comunicado.

Al llegar á casa sabria sin duda la causa de su indiferencia, la de la tristeza que le dominaba, y el motivo de no haber vuelto á verla despues del feliz encuentro tras la larga separacion á que habian estado condenados.

La llegada de varios criados, vestidos lujosamente, conduciendo helados de todas clases en ricos azafates, y la invitacion de la señora de la casa á que tomase alguno, le sacó de sus entretenidos pensamientos.

Nuñez, en vez de detenerse á tomar el que le sirvieran, cruzó la sala, y se dirigió al corredor con objeto de gozar del agradable ambiente.

Un hombre que le habia estado observando hacia largo rato con un interes particular, al verle abandonar el asiento que ocupaba, dejó también el suyo, atravesó apresuradamente la sala, y salió tras él al corredor.

Era tal el número de personas que en-

traban y salian, que nadie hizo alto en nuestros dos personajes.

Núñez se paseaba cruzado de brazos y en ademan pensativo por la parte próxima á la escalera, que era el sitio mas solitario.

El hombre que le habia seguido se acercó á él, y le preguntó en voz baja:

—¿Ha traído vd. armas?

Núñez levantó la cabeza, y reconoció en el que le dirigia la palabra, á D. Juan, al jóven que habia defendido á Leopoldo en el corrillo en que habia estado Willey.

—¿Por qué me hace vd. esa pregunta?

—¿Me conoce vd?

—Si señor: tuve el gusto de ver que salió vd. á la defensa de un ausente contra la vil calumnia de un malvado.

—En ese caso no tengo que manifestar que tambien me intereso por vd., y que mi pregunta reconoce un principio noble.

—Lo creo.

—Bien.

—Luego ¿cree vd. que me amenaza algun peligro?

—Estoy seguro de ello.

—¿Aquí?

—No señor.

—¿Pues dónde?

—En la calle.

—¿Cómo!

—Willey, al separarse vd. de él, salió jurando vengarse de la ofensa que decia haber recibido de vd.

—No le temo.

—Por eso le he preguntado á vd. si venia armado.

—No señor; no traigo arma ninguna.

—En ese caso, yo le proporcionaré á vd. una pistola de seis tiros, y tendré el gusto de acompañarle á vd. cuando se retire á su casa.

—Acepto la primera, pero no puedo consentir en lo segundo, porque precisamente voy á marcharme dentro de un instante, y no puedo permitir que vd. renuncie á los placeres que proporciona reunion tan escogida.

—Pero....

—Le suplico á vd. que me complazca en

esto: conozco al enemigo que tengo que combatir, y sé que al verme dispuesto á una vigorosa defensa, desistirá de su intento.

—Si está vd. persuadido de ello, no replico.

—Segurísimo.

—En ese caso tenga vd. la bondad de que entremos al guardaropa, para que le entregue á vd. la pistola: soy militar, y en tiempo de revolucion, siempre me gusta ir prevenido á todas partes.

—Hace vd. perfectamente.

Contestó Nuñez penetrando en el guardaropa con su interlocutor.

—Aquí tiene vd. el arma.

—Mil gracias.

Dijo Nuñez recibíendola y guardándola en uno de los bolsillos de un sobretodo que habia colocado al entrar en una de las perchas.

—Si necesita vd. otra cosa.....

—Ninguna otra mas; gracias: con esto me sobra para ahuyentar á mi enemigo.

—Corriente; ahora, si vd. gusta, volvamos al salon.

—¿Y á dónde le envío á vd. la pistola mañana?

—Su casa de vd., y en la cual me pongo á sus órdenes, está en Capuchinas N^o***.... Pero tendré sumo placer en que la pistola que tiene grabado mi nombre, la acepte vd. como una prenda de amistad, si es que vd. se digna honrarme con ella.

—Personas de la educacion y finas maneras de vd. comunican su honra, no la reciben; y yo me considero muy dichoso en haber alcanzado esa amistad, á la cual correspondo con todas las veras de mi alma.

—Gracias.

—Yo soy quien debe dárselas á vd. por el interes que me ha manifestado.

—Cierto es, amigo mio, que tengo hácia vd. marcada simpatía, pero tambien lo es que gran parte de mi interes nace de la repugnancia que siento hácia Duval y el doctor.

—¿Cómo!

—Nada me han hecho; pero sé que son

el obstáculo á la felicidad de un jóven honrado, amigo de vd., y me traen á la memoria á otro aventurero llamado Rossi, cuya amistad les proporcionó á mis padres grandes disgustos.

—Sí; he oido hablar de ese Rossi; un aventurero que se asoció á Picaluga para vender la cabeza del general Guerrero.

El ruido de pasos de algunas personas que acababan de llegar y subian la escalera, hizo suspender la conversacion.

Los dos nuevos amigos se estrecharon afectuosamente la mano y se disponian á entrar á la sala, cuando se presentaron en el corredor dos señoras, conducidas por los encargados de recibir las en la puerta.

Eran Inés y Clotilde.

Núñez corrió á ofrecer el brazo á la segunda para introducirla á la sala, mientras D. Juan hacia igual cosa con la primera.

Clotilde quedó gratamente sorprendida al encontrar allí al íntimo amigo de su amante, y en su rostro se pintó la alegría mas intensa.

Creyó que iba á hallar en el concierto al

hombre que idolatraba, y este pensamiento la inundó de placer.

—¡Cuánto va á sentir Leopoldo no haber asistido á la tertulia, al saber que vd. se ha hallado en ella.

Dijo Núñez al conducir á Clotilde hácia la sala.

—¡Cómo!—Exclamó la jóven viendo desaparecer el encanto de su alma.—¿No ha venido?

—Mi pobre amigo no concurre á ninguna parte para que nadie interrumpa sus pensamientos amorosos hácia vd.

—¡Oh....! ¡y á mí me obligan á concurrir cuando tambien anhelo estar sola para pensar en él!

Y al terminar estas palabras entraron en la sala en que se levantó un murmullo de admiracion al presentarse en ella Inés y la simpática Clotilde, que iban radiantes de hermosura.

La afligida Soledad que no habia dejado ni un solo instante de meditar en cuál podría ser el origen de la tristeza que habia notado en el hombre que amaba, á pesar

de juzgarle ingrato, dirigió la vista hácia las nuevas personas que entraban, y al descubrir á Clotilde del brazo de Nuñez, sintió discurrir por todos sus miembros un frio mortal.

Pensó que aquella hermosa jóven era la que le habia robado el corazon de su amante, y el pecho se le oprimió de una manera horrible.

Hasta entonces solo habia sospechado que la olvidaba por otra; pero aquella sospecha iba siempre endulzada con una ligera esperanza, que ahora desaparecia ante la que juzgaba realidad, desengaño de su ingratitud. . . . ¡olvido!

Esta terrible idea le hizo estremecer en la silla, y casi le privó de la respiracion.

La infeliz vió desaparecer en un solo instante hasta el último vislumbre de esperanza que le presentaba como realizable lo que la razon le hacia mirar como imposible.

El dueño de la casa se adelantó á recibir á la hermosa Inés y á Clotilde, y las condujo adonde estaba ya la señora de pié, esperándolas.

Terminados los saludos que la buena educacion ordena, Inés y Clotilde tomaron asiento, y Nuñez se colocó al lado de ellas en una silla que estaba sin ocupar.

Soledad se puso pálida al creerse olvidada por el hombre que amaba, á pesar de juzgarle infiel; pero en vez de sentir hácia él rencor ó despecho, sintió que le amaba mas y mas, y que se interesaba en verle feliz aun á costa de su dicha.

¡Cuán léjos estaba la infeliz de imaginarse siquiera que nada habia para aquel hombre que juzgaba infiel, mas que el amor de ella. . . .! de ella que era la misma Adela que él buscaba, y por quien se presentaba inconstante y perjuro á los ojos de la supuesta Soledad.

Nuñez, que por una fuerza irresistible que le arrastraba hácia la mujer que amaba, dirigió la vista al sitio en que se hallaba, se encontró con la mirada de la melancólica jóven, y tratando de reponerse de la profunda emocion que experimentó al sentirse herido por la luz de sus divinos ojos, volvió los suyos hácia Clotilde, y le preguntó.

—¿Y no ha venido el señor Landeta?

—Sí señor; nos acompañó hasta la puerta de la calle, y volverá dentro de un instante.

—¿Y nada les ha dicho á vdes. con respecto á la visita que le hice esta mañana?

—Nada; pero mi excelente protectora y yo oímos cuanto pasó entre vdes., y sentimos mucho que se empeñase en no escuchar la verdad que vd. se proponía revelar.

—No importa. Yo tengo esperanza en que triunfará la inocencia, y mientras el corazón de vd. se mantenga firme en su amor como el de mi amigo Leopoldo, nada hay que temer.

—¡Siempre!

—¡Oh! Vd. es digna de la profunda pasión que inunda el corazón de Leopoldo.

—¿Y le entregó vd. mi lazo?

—Y lo besó con delirio; como besa la playa en que llega á poner el pié el desgraciado náufrago despues de haber luchado con las olas en que creyó morir.

—¿Cuánto siento que no haya venido!

—¿Y él lo sentirá tanto como vd., cuando

sepa que el ángel de su amor ha concurrido á este sitio.

Durante el corto tiempo de esta conversacion, que nadie mas que ambos conocia, Soledad sentia morir de dolor y de tristeza. Su corazón le decia que cada palabra que pronunciaban los labios de Nuñez y de Clotilde, era un juramento de amor y de futura felicidad.

¡Oh! aquel era un continuo tormento para la infeliz, y hubiera vuelto con gusto á su casa, si no hubiera sido por temor de disgustar al señor Flan, á quien tantos favores y atenciones debia.

Por fortuna, era hora ya de que se tocase alguna pieza, y el dueño de la casa, acercándose adonde estaba Nuñez, le dijo:

—A vd. precisamente buscaba. Ha llegado el momento en que vd. se digne favorecernos tocando la pieza que tiene vd. dispuesta. ®

—Con muchísimo gusto.

Dijo Nuñez levantándose, y se dirigió al piano con aire simpático, natural y franco. El corazón de Soledad respiró libremente

al ver que se alejaba de la hermosa Clotilde.

Núñez se sentó airosamente, se quitó sus blancos guantes de cabritilla, los colocó á un lado, y recorrió el teclado, preludiando el tono, con una limpieza y dulzura, que arrancó una exclamacion de asombro.

Soledad prestó una atencion extrema desde la primera nota.

La pieza era una *Miscelánea* sobre los principales temas de varias óperas; composicion del mismo Núñez; pieza que reunia á las mas grandes dificultades del arte, un gusto delicado.

La composicion dió principio con una fantasía sobre temas del Pirata.

Núñez logró atraerse la atencion de todos no bien dió al viento las primeras armonías. Su ejecucion era limpia y clara, vigorosa su pulsacion en aquellos pasajes que lo exigia el sentido de la pieza, y dulce, tierna y expresiva cuando lo reclamaba el pensamiento delicado que entrañaba la música, logrando de esta manera transmitir al

corazon de los oyentes las distintas afecciones que con tanto acierto expresaba.

Soledad estaba profundamente conmovida.

Aquella pieza se la habia oido tocar en época mas feliz y risueña que la que cruzaba, y los tristes recuerdos que las notas evocaban, hicieron asomar á sus azules ojos algunas lágrimas.

El jóven pianista, excitado á su vez por las ideas de amor que despertaban en su corazon aquellas melodías que habia consagrado al escribirlas á su querida Adela, se excedió á sí mismo, y dominado por el entusiasmo que le inflamaba, dominó el difícil instrumento.

Al tema del Pirata siguió el del *Elizir de Amor*, tocando con un gusto y una limpieza asombrosa, tanto las variaciones escritas en octavas y en las cuales recorria todo el teclado sin dejar de dar una nota, como las escalas cromáticas ejecutadas con la mano izquierda, en tanto que con la derecha expresaba clara y limpiamente la

parte cantante en posiciones difíciles en que tenía que dar armonías de tres y cuatro notas á la vez. De repente dejó de hacer uso de la mano derecha, y repitió solo con la izquierda lo que había tocado con ambas, destacándose tan claramente la parte cantante del difícil acompañamiento, que todos fijaron la vista en el teclado para vencerse de que no hacía uso en aquel instante de las dos manos.

Pero nada asombró, nada llamó de una manera tan particular la atención de la concurrencia como el *Carnaval de Venecia* que agregó para terminar, á los temas de ópera, y que tan difícil es de expresarse en el piano por las frecuentes ligaduras que solo el violin las puede decir con toda la dulzura que requieren. Sí; en esta parte llegó al colmo el entusiasmo, porque venciendo Nuñez todas las dificultades, dió las expresadas ligaduras con tan diestra perfección, é hizo con tanto acierto uso de los pedales, que expresó perfectamente aquel grotesco diálogo entre el barquero y la veneciana.

El último compás de la difícil pieza fué

acompañado de multitud de *bravos* y de un prolongado aplauso general.

Nuñez se levantó de su asiento, y todas las miradas se fijaron en él.

La mayor parte de los jóvenes, gente galante y fina, corrió á darle el parabien y á estrecharle la mano.

Las señoras, por su parte, admiradoras siempre del verdadero mérito, asociaron su nombre á la conversacion, y le tributaron los elogios á que era acreedor por su relevante mérito.

Nuñez recibió los plácemes con la modestia del hombre de verdadero saber.

Era una ovacion completa la que había alcanzado.

Cualquiera, al verle objeto del aprecio general, le hubiera creído el hombre mas feliz de la tierra; pero el ojo del observador hubiera descubierto bajo la afable sonrisa con que daba las gracias á sus admiradores, que una sombra de melancolía velaba su semblante, seguro indicio del dolor oculto y de la profunda pena.

Y en efecto, Nuñez padecía, y padecía horriblemente.

Por mas que habia hecho por desterrar de su mente la imágen de Soledad, su dulcísimo canto habia conmovido las fibras mas delicadas de su corazon.

Toda la noche habia visto en ella la semejanza de Adela, su angélico rostro, su virginal sonrisa.

Habia sentido y aun sentia subyugada su naturaleza por el irresistible atractivo de aquel sér de contornos celestiales, mientras su conciencia y su razon le normaban la conducta de fidelidad hácia la jóven á quien habia jurado amar toda la vida.

Nuñez habia vuelto á ocupar el mismo asiento junto al balcon en que le vimos al principio.

La lucha interior que sostenia entre sus inclinaciones y su felicidad, le tenian inquieto y violento.

Sentia subyugado su corazon hácia la hermosa Soledad, y no se atrevia ni aun á mirarla, temiendo olvidar á Adela.

La nueva que habia escuchado de Félix

de que aquella jóven amaba, le causó una impresion dolorosa. Desde que imaginó que su corazon era de otro, Nuñez sintió un agudo dolor, una inquietud, una profunda pena que temia comprender lo que significaba, pero que estaba convencido que se aproximaba á un amor vehemente que él mismo habia dado causa para que no fuese correspondido.

Esta situacion de Nuñez era terrible, violenta.

Estaba inquieto, sin saber qué postura adoptar.

La atmósfera de aquella sala le ahogaba, le oprimia el pecho.

Soledad, que no habia perdido ni uno solo de los movimientos de aquel hombre, y que habia leído en su rostro el sufrimiento y el dolor, padecía al no poderle proporcionar el consuelo á sus penas.

Crejó que Clotilde, á quien juzgó objeto del amor de Nuñez desde que le vió entrar en la sala con éste, era indiferente á la passion del sér que ella idolatraba, y la generosa jóven sintió como propios los padeci-

mientos del hombre que ocupaba toda su alma.

Núñez entre tanto luchaba con los sentimientos que se levantaban en su corazón.

Conocía que permanecer por más tiempo en aquel sitio era estar en un continuo tormento.

Mil y mil veces le asaltó la idea de acercarse á Soledad para tener con ella una explicación sobre la incalificable conducta que había usado con ella no volviendo á pasar por su calle, pero otras tantas desistió de ella, temiendo no tener suficiente fuerza para resistir á los hechizos de la que no cedía en belleza á la mujer á quien debía ser fiel hasta la muerte.

Y al fin, avergonzado de su debilidad, y queriendo romper el yugo á que se veía encadenado, llamó á la razón en auxilio de sus deberes, y se levantó de su asiento.

—Huyamos—dijo para sí—de esta sala. ¿Qué tengo yo que ver con esa joven hechicera....? ¿No ama á otro....? Y aun cuando así no fuera, aun cuando me pertenece-

se su cariño, ¿debo yo amar á otra que á mi querida Adela....?

Y antes de que otra idea le dominase, se dirigió al sitio que ocupaba la dueña de la casa para despedirse de ella.

—¿Tan pronto nos deja vd?

—Bien á mi pesar:—contestó Núñez.—Pero la palabra dada á un amigo, que me espera en este momento, me priva del placer de continuar gozando de tan agradable reunión.

—Y además de la palabra empeñada á la amistad—dijo la señora sonriendo con dulce afabilidad;—¿no hay otra causa poderosa que reclama su ausencia?

—¿Qué otra puede existir?

—La fidelidad jurada á su futura; pues me han asegurado que no la ofende vd. ni por pensamiento.

Soledad que, como hemos dicho, estaba junto á la dueña de la casa, se puso pálida como la muerte. ®

—Al menos tal es mi intención;—contestó Núñez con sinceridad:—la amo con todas

las veras de mi alma; y antes me faltará la vida, que á la mujer que amo mi fidelidad.

Cada una de estas palabras fué un dardo agudo que traspasó el sensible pecho de Soledad.

—Eso es pensar con juicio y honradez.

Le dijo la señora tendiéndole la mano.

Núñez se despidió afectuosamente de ella: se acercó luego á Inés y Clotilde, con quienes cruzó algunas atentas palabras, y haciendo una galante inclinacion á las demas señoras, se salió sin haber dirigido la vista á la desventurada Soledad.

La infeliz jóven creyó morir de pena: el corazon se le oprimió dentro del pecho, y poco faltó para que cayese sin sentido por la falta de fácil respiracion.

—¡Luego no es á esa señorita Clotilde á quien ama!—Pensó interiormente.—¡Oh! ¡y el ingrato no ha tenido siquiera una mirada de compasion para mí...! Pero ¡no importa! mi amor y mi cariño son mas grandes que su ingratitud...! ¡yo le perdono todo el mal que me hace, y anhelo su felicidad...! ¡Ah! ¡quién será la mujer afortunada por quien

me olvida, y hácia la cual, como ha dicho, antes le faltará la vida que la fidelidad!

Y la jóven quedó abatida.

Entre tanto Núñez, satisfecho del sacrificio que creia hacer por Adela, salió á la calle, acariciando dentro del bolsillo del sobretodo la pistola que le habia dado D. Juan, y que oprimia en la mano, dispuesto á hacer fuego sobre Willey, tan pronto como se le presentase.

No bien habia puesto los piés fuera de la puerta de la calle, cuando vió detenerse á un hombre junto á uno de los coches de las personas que habian concurrido al concierto.

Núñez hizo alto, y preparó la pistola, por si era Willey que le aguardaba.

Pero el hombre no reparó en él, y siguió examinando el coche junto al cual se habia detenido.

Núñez se acercó sin ser visto cerca de él, y se ocultó detras de la caja del mismo carruaje para observar.

El hombre pareció quedar satisfecho de

su exámen, y exclamó casi entre dientes, bien ageno de creer que era escuchado.

—Este es de Landeta el coche: ¿gestará aquí Clotilde Landeta?

Núñez que habia reconocido al hombre que acababa de pronunciar aquellas palabras, contestó en alta voz:

—Dios tu ventura decreta,
Leopoldo amigo, esta noche:
este es de Landeta el coche:
está Clotilde Landeta.

—¡Nuñez!

Exclamó el hombre á quien se dirigia aquella cuarteta, corriendo á abrazar al que la habia improvisado.

—¿Venía vd. al concierto, Leopoldo?

—No; marchaba hácia mi casa, euando me detuvo la vista de ese coche, que me pareció de Landeta.

—Pues no se ha equivocado vd.

—¿Cómo....? ¿Está Clotilde en el concierto?

—Sí; y hemos hablado de vd., y recibiría indecible plaacer si le viese á vd. en él.

—¿Y D. Emilio?

—No vino mas que acompañarlas, y se fué para volver por ellas.

—¿Es decir que están solas?

—Solas.

—¡Ah....! voy á subir á verlas.

—¿Trae vd. billete?

—Por casualidad llevo en el bolsillo el que me enviaron esta mañana.

—Pues vuele vd.

—¿Y vd. no sube?

—Seria muy impropio despues de haberme despedido de los dueños de la casa.

—Tiene vd. razon: pues hasta luego, Nuñez.

—Hasta luego, amigo mio.

Y Leopoldo llamó á la puerta; entregó el billete, y subió á toda prisa la escalera, con el corazon inquieto y lleno de indecible dicha porque iba á ver, á hablar á la mujer que idolatraba.

¡Hacia tanto tiempo que no gozaba de esta dicha!

Al subir el último escalon y dirigirse hácia la sala en que iba á encontrar al objeto

amado, el corazón le saltaba fuertemente dentro del pecho.

En el murmullo de voces que se oía desde afuera, creía escuchar claramente la voz de su amada que le hacía estremecer de gloria.

Dejó el sombrero y el abrigo en una pieza destinada á guardarropa.

Luego, acordándose de que Clotilde llevara alguna flor, lazo, ó cinta parlante en su adorno, como habían convenido en llevar siempre ambos para poderse manifestar su afecto en caso de que la casualidad les hiciese encontrarse en cualquier parte, se acercó á las macetas que adornaban el corredor, y cortó una siempreviva que la colocó en el ojal de la levita.

Hecho esto penetró en la sala.

Buscó con ojos ávidos al objeto de su amor.

Y pronto su vista se encontró con la de Clotilde que tenía clavada la suya en él desde que asomó á la puerta de la sala.

La grata y profunda emoción que ambos

sintieron en aquel delicioso instante es indecible.

Los afectos íntimos del alma se sienten, no se explican.

Leopoldo se adelantó henchido de placer á saludar á Inés y á Clotilde.

Al estrechar la mano de ésta, vió que la hermosa llevaba prendida al pecho la bella flor del pensamiento, y le envió una mirada de gratitud y de pasión intensas.

Clotilde correspondió con otra que entrañaba iguales sentimientos al notar la siempreviva.

En ésta le juraba Leopoldo *amor eterno*: le decía que se *acordaría de ella eternamente* y que *siempre viviría en su corazón*.

Por su parte la joven le hacía ver en aquel *pensamiento*, que le adoraba como á un *ser del cielo*.

¡Qué mas podían desear aquellas dos almas que habían nacido la una para la otra!

Inés, que cifraba su ventura en la felicidad de su protegida, miraba á los dos jóvenes con fraternal cariño.

Leopoldo iba á dirigir á la hermosa her-

mana de Landeta algunas palabras, cuando se escucharon las primeras notas de la introduccion de una ária que iba á cantar la desventurada Soledad.

Todos guardaron el mas profundo silencio y se dispusieron á oír.

Leopoldo hizo una inclinacion de cabeza á Inés y á Clotilde, y fué á sentarse en el sitio que ocupaban algunos jóvenes.

Desde allí podia tener fija la vista en el objeto de su profundo amor, de quien no apartaba los ojos.

Soledad, que estaba conmovida con el recuerdo de la ingratitud de Nuñez, empezó á cantar con una expresion y un sentimiento que conmovian.

Todos la escuchaban admirados.

Todos, excepto el hombre único á quien ella hubiera querido agradar y conlover.

El hombre á quien juzgaba el mas ingrato del mundo, y que, sin embargo, le amaba con todo su corazon.

Entre tanto el canto era cada vez mas tierno, cada vez mas apasionado.

Clotilde y Leopoldo, conmovidos por

aquella música expresiva, se miraban embriagados de amor.

¿Y Nuñez?

¿Qué habia sido de él?

¿Le habia esperado en efecto el doctor como habia temido D. Juan?

Hasta ahora solo nos es permitido decir que al separarse de Leopoldo, satisfecho del sacrificio que hacia por Adela en renunciar al concierto donde estaba la que él creia la exacta semejanza de ella, echó á andar al instante, acariciando dentro del bolsillo del sobretodo la pistola que le habia dado D. Juan, y que oprimia en la mano, dispuesto á hacer fuego sobre Willey, tan pronto como éste se le presentase.

¿Qué pasó despues?

Los acontecimientos siguientes darán contestacion á la pregunta.

Poco antes de que terminase la tertulia, el jóven pintor, para evitar que le viese D. Emilio Landeta, se despidió, sabiendo que éste debia llegar de un momento á otro por Inés y Clotilde, y se retiró á su casa, llevando en su corazon el consuelo que siente el hombre que ama con todas sus potencias al saber que es amado de la misma manera.

Inés y Clotilde bendijeron interiormente la resolucion de haber asistido al concierto, y se entregaron á los mas risueños pensamientos para el porvenir.

Varias piezas se siguieron tocando por distintas señoritas y caballeros.

Soledad habia cantado durante el concierto dos árias mas, una de *Somnábula* y otra de *La Cantante*, arrancando en ellas estrepitosos aplausos.

Sin embargo, estos triunfos estaban muy lejos de llenar el vacío de su corazon, ni de mitigar el dolor que le causó la creencia de que Nuñez, el hombre á quien habia tenido por el mas leal y sincero de la tierra, le olvidaba por otra mujer á quien amaba ciegame.

CAPITULO VII.

Despues del concierto.

Clotilde y Leopoldo pasaron en el concierto las horas mas felices de la vida.

Hablaron de sus penas, de sus esperanzas; renovaron sus juramentos de amor, y se prometieron eterna fidelidad.

Tambien la hermosa Inés encontró un bálsamo consolador á sus penas, hablando de Ricardo con Leopoldo; de su esperanza en encontrarle; del amor tierno, constante y profundo que revelaba consagrarla en el cuaderno; en aquel cuaderno que le arrebataron de las manos una noche, y que desapareció mas tarde del estudio de Leopoldo.

No queriendo dar crédito á lo que ella misma habia oido, y aprovechando un instante en que Félix se sentó á su lado en uno de los intervalos en que se servian los refrescos, se informó de la conversacion que habian tenido, no quedándole ya duda del cambio que se habia operado en el corazon de su amante.

El convencimiento de la ingratitud con que eran recompensadas sus lágrimas y su fidelidad, desvaneció el átomo de consoladora esperanza que alumbraba su porvenir, como se desvanece el débil rayo de una solitaria estrella que brilla en medio del negro cielo cuando extiende su manto de espesas nubes la terrífica tempestad.

Las tiernas atenciones, las galanterías de los jóvenes, los aplausos de la concurrencia, fueron desde entonces para su corazon flores sin aroma y sin color, pues solo tienen perfumes para una alma enamorada, y perfumes celestiales, las dulces palabras que salen de los preciosos labios del sér que se idolatra.

Al terminar el concierto, Soledad se re-

tiró á su casa con el pecho prensado de pena y de dolor.

El señor Flan que le habia escuchado toda la noche enagenado de placer, le dirigió las mas lisonjeras palabras de admiracion durante el tiempo que el coche tardó en llegar á donde vivian.

Soledad recibió las palabras de su generoso protector con la amabilidad que en ella era genial, pero sin que halagasen su alma.

Félix marchaba en el mayor silencio.

Habia llegado á saber, porque Soledad se lo habia dicho, quién era el jóven con quien habia estado hablando sin conocerle, y á la vez que reconocia la justicia que abrigaba para amarle, y lamentaba su ingratitud, porque con ella desgarraba el corazon de la mas pura de las mujeres, sentia cierta pena mezclada de tristeza por la preferencia que alcanzaba en el alma de la hechicera jóven.

Félix queria persuadirse de que este sentimiento no reconocia por causa los zelos,

y mucho menos la envidia del amor propio herido.

Examinaba su corazón: en él encontraba el noble deseo de que Nuñez labrase la felicidad de la hermosa Soledad, á quien veía padecer; y sin embargo, no quedaba tranquilo, porque en medio de aquel buen deseo encontraba algo que le reprendía, esa voz secreta que acompaña á todos los actos de la vida del hombre.

Félix estaba educado en la escuela de los rectos principios, y sabía muy bien que cuando la conciencia queda intranquila, el pensamiento ó las obras están en pugna con el deber.

Esta doctrina, que para él era un axioma divino de infalible origen, le obligó á meditar sobre lo poco satisfecho que de sí misma quedaba el alma, y encontró que, aquel sentimiento que le causaba la preferencia dada por Soledad á Nuñez, no era otra cosa que un germen de bastardos celos.

El convencimiento de esta verdad le puso triste.

Conoció que su cariño hacía la hechicera

jóven tenía algo de egoísta cuando él lo creyó desinteresado y sincero.

A robustecer esta idea vino la inquietud que en aquella misma noche había despertado en su pecho algunas palabras que le dirigió el señor Flan, con respecto al mérito y virtudes de la que pasaba por su prima.

En ellas creyó traslucir que su principal consagraba á Soledad un amor profundo, y esta creencia le causó una violenta inquietud.

Félix procuró desterrar de su alma todo sentimiento de envidia y de egoísmo; y dominado al fin por sus buenos instintos, consiguió tranquilizar su alma.

El coche entre tanto había llegado á la casa en que vivían.

Flan descendió de él, y al dar la mano para que bajase la simpática Soledad, le volvió á dirigir nuevas palabras de fina galantería.

La jóven, al llegar frente á su habitación, se despidió de Félix y de su protector, y penetró á su alcoba, deseosa de arrojar en suspiros y lágrimas la pena que había

contenido encerrada toda la noche dentro de su pecho.

—¡Qué no me conoce....! ¡qué ama á otra....!—Dijo dejándose caer afligida sobre una silla en cuanto se vió sola en su cuarto.—¡Ah! ¡qué le he hecho yo, Dios mio, para que me desprecie.... para que me olvide.... para que así me haga padecer....! ¡No le he amado siempre con todo mi corazón...! ¡no ha sido él siempre mi pensamiento y mi vida...! ¡No he dejado hasta mi nombre para sustraerme á las pesquisas de mis raptores, y vivir oculta para él.... para él solo que me abandona...! ¡para él solo que finge desconocerme...! ¡para él que me desprecia...! ¡Despreciarme...! ¡Dios mio, Dios mio...! ¡Esto es horrible...! ¡Pero yo le perdono lo injusto que es conmigo...! ¡Sí... yo le perdono todo lo que me hace padecer...! ¡todo lo que me hace sufrir... todo lo que me hace llorar...! ¡Se puede acaso dejar de perdonar á quien se ama...!

Y los suspiros embargaron la voz de la infeliz; levantó sus azules y grandes ojos al cielo demandando compasion, y las lágri-

mas corrian en abundancia por su apacible, melancólico y angélico semblante.

Pero entre tanto que ella sufre y padece sin descanso; en tanto que desahoga el dolor que le oprime en amoroso llanto, ocupémonos de uno de los personajes que vimos concurrir al concierto y que desapareció de él antes de que se anunciara ninguna pieza.

Este personaje era Willey.

Habia prometido no remitir á la suerte de las armas la satisfaccion de la ofensa que le infirió Nuñez; y sin embargo, poco escrupuloso para creerse obligado á cumplir su palabra, salió sin ser visto del dueño de la casa, sediento de la sangre del que habia osado desmentirle públicamente.

A Willey le sobraba valor para batirse cuerpo á cuerpo; pero se pagaba muy poco de la palabra honor que prescribe la manera hidalga y noble de luchar con el contrario; así es que para él todos los medios eran buenos si conducian al fin que se proponia; y en consecuencia, nunca recurria á las reglas establecidas por los hombres pa-

ra el duelo, sino despues de haber tentado todas las del dolo y la traicion.

Consecuente con este principio, su pensamiento fué deshacerse de su contrario de la manera mas segura y menos peligrosa para él.

Deseaba la muerte de Nuñez y habia resuelto que fuese en aquella misma noche, no solo por la humillacion que le obligó á pasar delante de una numerosa concurrencia, sino porque tenia informes de que á él se debía que Leopoldo no hubiese perecido la noche de la cita en el jardin y la herida recibida por Duval; circunstancia que trastornó el plan combinado, y que les detuvo en el país cuando debian hallarse ya en salvo en Europa, disfrutando tranquilamente de sus inmensas riquezas.

Conoció, pues, que Nuñez seria en lo sucesivo un obstáculo para la realizacion de los planes de Duval, y que era preciso destruirlo á todo trance.

Ademas, preciso es decirlo, el doctor odiaba á Nuñez porque en todas partes escuchaba los elogios que hacian de su méri-

to, y la envidia le constituia siempre en enemigo de todo aquel que alcanzaba el aprecio de la sociedad que él frecuentaba.

Sí, el doctor odiaba á Nuñez; y le hubiera odiado doblemente á saber que habia sido el prometido esposo de Adela; porque aquel hombre odiaba á todos los que eran amados de las hermosas que á él le aborrecian.

Ya hemos dicho antes, que Soledad habia sido robada, lo mismo que Luz, la noche vispera de su casamiento.

Falta, pues, decir únicamente, que sus raptos fueron enviados por Willey.

La manera de haberse salvado Adela del poder de su enemigo y de hallarse en casa de Félix bajo el nombre de Soledad, lo sabrá el lector á su debido tiempo.

Bástenos saber por ahora que el doctor anhelaba deshacerse de Nuñez, y que decretó interiormente su muerte al salir del concierto.

Para llevar á buen término su idea, se acordó de los que le habian ayudado al rap-

to de la desgraciada Luz; pero pronto tuvo que desistir de ella.

Reflexionó que si les habia encontrado dispuestos para una intriga amorosa, no les hallaria para un asesinato, que podia comprometerles.

Ademas, tenia demasiado orgullo; y pedirles ayuda para asaltar á un hombre solo, hubiera sido darles lugar á que le tuviesen por cobarde.

—No;—dijo despues de meditar detenidamente:—el único testigo en los lances de muerte, es la soledad de la noche. El mejor amigo puede convertirse en delator. Por fortuna vengo bien armado, y él no debe estar prevenido. ¿Qué tengo que temer? Nadie transita por la calle.... los serenos se hallan á gran distancia, y ademas duermen como la poblacion entera.... Despertarán á la detonacion de un tiro; pero cuando acudan al sitio de la escena, solo encontrarán un cadáver, pues yo habré ya desaparecido.

Halagado con este sangriento pensamiento, se puso á pasear en las cadenas del cos-

tado de Catedral, enfrente de la casa en que tenia lugar el concierto, y sin perder de vista la puerta que daba á la calle, en espera de que la abriesen.

La noche estaba tan apacible, como borascoso su corazon.

Las estrellas cintilaban como límpidos brillantes montados en el éter, bordando la espléndida alfombra del Eterno.

La atmósfera parecia cubierta de un polvillo de oro, que formaba bellísima armonía con la plateada luz que bañaba el azulado cielo.

La blanca luna resbalaba suavemente sus tibios rayos por entre los verdes árboles que embellecen el agradable paseo de las Cadenas, meciendo el aura sus frescas y sonantes hojas con agradable murmullo.

Todo respiraba calma y dulzura en aquel recinto.

La naturaleza reposaba tranquila, y el mundo se deslizaba rodando silencioso en los brillantes ejes de la Suprema voluntad, con la suave dulzura de un blanco cisne

sobre las dormidas aguas de un apacible lago.

Todo era silencio y armonía.

Ni una alma transitaba por aquel solitario sitio.

Parecía que el mundo acababa de salir dulce y tranquilo del divino pensamiento del Criador.

Nada se presentaba á la vista que desarmonzase el bello conjunto que presentaba la creacion.

Solo Willey, con sus inieuos pensamientos, con su desapacible rostro, donde se veian impresos los rencores y los odios de su perverso corazon, contrastaba con el celestial reposo que envolvia la misteriosa noche.

Era el génio del mal en medio del Paraiso.

Cansado de esperar, paseándose de un lado á otro, se dirigió hácia uno de los bancos de piedra que adornan aquel sitio, y se sentó debajo de un copudo árbol, enfrente del edificio.

Pocos minutos permaneci6 de aquella

manera: su impaciencia no le permitia guardar mucho tiempo una misma postura.

A los pocos instantes volvió á levantarse y á dar nuevos paseos, deteniéndose á cada paso, para ver si álguien salia de la casa del concierto.

Willey hizo un gesto de impaciencia, y exclam6 interiormente:

—¡Cuánto tarda....!

Y esper6 otro instante en el mismo lugar.

En seguida, creyendo que la hora crítica estaba próxima, cruzó la espaciosa calle, dirigiéndose al callejon de Mecateros, que está enfrente.

El sitio no podia ser mas favorable á su intento.

La casa en que se celebraba el concierto se hallaba muy cerca del estrecho callejon que acabamos de nombrar, por cuya boca era preciso que pasase Nuñez para llegar á la calle de Tacuba donde vivia.

Oculto, pues, en la esquina de Mecateros, que divide la calle del Empedradillo, y asomando con frecuencia y precaucion la

cabeza, esperó con el afán con que el ladrón espera á su víctima.

De repente le pareció oír el ruido de una cadena que quitaban por dentro de una puerta: aplicó el oído, y á poco oyó distintamente abrirse la misma puerta, y la voz de un hombre.

El doctor miró con cuidado, y reconoció á su antagonista.

—¡Llegó el momento de mi venganza!— dijo para sí, acarició con la mano derecha un agudo puñal que sacó del pecho, en tanto que preparaba con la izquierda una pistola giratoria.—Si no basta el acero, el plomo pondrá fin á la obra.

Al concluir estas palabras asomó la cabeza por la esquina, y vió que Nuñez hablaba con Leopoldo, á quien no conoció.

Esta tardanza le impacientó sobre manera.

—Aguardemos.

Dijo entre dientes, y esperó.

Pasado un instante volvió á asomar la cabeza, y vió que Nuñez se despedía de su interlocutor.

—¡Bueno! ¡ya viene!

Exclamó interiormente, y aguardó, contentiendo la respiración y pegado á la pared, á que su descuidado enemigo pasara.

Los pasos de Nuñez se oían ya muy cerca.

Willey dejó asomar á su rostro la sonrisa de los réprobos, preparó el puñal, y dispuso la pistola.

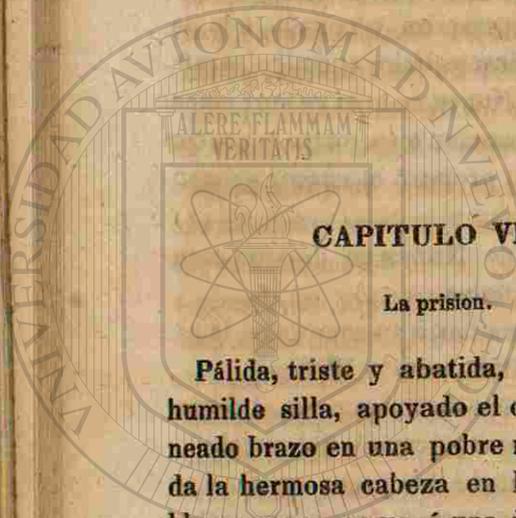
Las pisadas de Nuñez se dejaron escuchar muy inmediatas.

De repente se dibujó su sombra en la esquina en que estaba oculto Willey.

Esta fué la señal de aviso para el doctor que levantó el brazo armado del puñal.

Nuñez habia dado dos pasos sin ver á su contrario, que se arrojó de repente sobre él, sin darle tiempo á que le viese.

El puñal brilló en el aire bañado por la luna, y un grito y la detonación de una pistola se escucharon en seguida.



CAPITULO VIII.

La prision.

Pálida, triste y abatida, sentada en una humilde silla, apoyado el codo de su torneado brazo en una pobre mesa, y reclinada la hermosa cabeza en la palma de su blanca mano, se ve á una jóven sola y sin consuelo en medio de una lúgubre pieza.

De sus apacibles y azules ojos ruedan abundantes lágrimas que descienden por su melancólico semblante, como otras tantas gotas de rocío por el suave pétalo del apacible lirio. Sus virginales labios, humedecidos por su propio llanto, se abren suavemente para exhalar en hondos suspiros la encerrada pena que le oprime y desgarr

el pecho: un vestido blanco, de elegante hechura, aunque sencillo, envuelve las redondas formas de su flexible cuerpo, gentil como la palmera de los trópicos, y flexible como el mimbre de los rios.

Una vela colocada en una palmatoria de laton, arde sobre la mesa en que está apoyada, enviando una luz opaca y moribunda por aquel recinto, cuyas descascaradas paredes denuncian los extragos del tiempo y la incuria de los hombres. Una cama, bastante decente y cómoda, ocupaba uno de los rincones del cuarto, y otra silla colocada al lado de ella, completa todo el adorno de aquella reducida habitacion, que no recibe de dia otra luz que la que entra por una estrecha y alta ventana, abierta cerca del techo, y asegurada con rejas de fierro.

La puerta única que tenia comunicacion con el lúgubre recinto que describimos, era de madera de cedro, tosca y gruesa, y se encontraba cerrada por fuera con llave y duros cerrojos.

Al ver á aquella jóven, hermosa como el ensueño de la felicidad, melancólica y apa-

cible como los dulces recuerdos de la infancia, blanca y misteriosa como el tibio rayo de la luna que penetraba en aquel instante por las espesas rejas de la alta ventana, envuelta en su cándido ropaje, revelando en su frente la pureza de los ángeles, y en su dulce mirada la resignacion de los mártires, cualquiera le hubiese creído el númen de la esperanza, vislumbrando al través de los tiempos la angélica felicidad reservada tras luengo padecer, á la virtud.

Todo respiraba allí tristeza y dolor.

Nada interrumpia el silencioso recogimiento de la hermosa.

La vela, ardiendo abandonada, ostentaba un enorme pávilo que hacia opaca y pavorosa la escasa luz que despedia, dejando envuelto en vagarosas sombras los ángulos de la pieza.

Tan bella, y en aquella actitud dulce y meditabunda, en medio de la soledad y del silencio, semejaba la melancólica jóven á la compasiva Oki, diosa encargada de la custodia de los muertos.

De repente exhaló un suspiro, levantó la

cabeza lánguidamente, elevó al cielo los ojos bañados en lágrimas, y exclamó con el acento mas tierno y doloroso.

—¡Si has dispuesto que sufra, Dios mio, dame fuerzas para soportar el peso de mi desgracia y preferir la muerte á la deshonra....! ¡No me retires tu proteccion, para que cuando te dignes sacarme del poder de mi enemigo, me encuentre digna del amor del hombre que idolatro....! ¡Ah!.... ¡cuándo le volveré á ver....! ¡cuándo podré calmar la inquietud en que sin duda se encuentra su alma desde que me arrancaron de su lado....! ¡Tal vez no ha podido soportar el dolor....! ¡Tal vez ha muerto de pesar....! ¡Me amaba tanto....! ¡Morir él....! Pero no.... ¡no mata el pesar cuando vivo yo....! ¡yo que sufro como ninguna otra mujer sufre en la tierra....! ¡Arrancada violentamente de la casa de mis padres....! ¡separada del sér que amaba y amo mas que mi propia vida....! ¡encarcelada bajo el poder de un hombre que proyecta mi deshonra....! ¡Sedienta de agua, porque temo que en ella me sirvan mi infamia....! ¡Oh....! sí....

¡mi situacion es espantosa....! Pero nació mujer.... ¡y la mujer está visto que nació para padecer....! ¡para ser el blanco de las asechanzas del hombre malvado que se cree con derecho para que le amemos, para que no opongamos resistencia á sus deseos.... para que seamos sus siervas.... sus esclavas....! ¡La mujer....! ¡Débil flor colocada en el desierto arenal del mundo, no tiene derecho ni aun para inclinarse al sol que adora, al sol que le dá vida, porque el primer viajero que la codicie, la arrancará sin piedad de aquel delicioso sitio en que vivía por su amor y para su amor....!

Y los suspiros embargaron la voz de la infeliz.

Sus hermosos ojos que habian estado fijos en el cielo, se inclinaron al suelo llenos de lágrimas, que rodaron blandamente sobre su blanco vestido.

—¡Oh! ¡yo me muero de sed....! —Añadió despues de un instante de silencio.— ¡Dos dias sin acercar á mis secos labios una gota de agua...! ¡Sí.... dos dias....! ¡porque en la que me han servido he temido

encontrar la infamia....! Pero ¡ah....! ¡la sed es el tormento de los condenados....! ¡Qué haré, Dios mio, para mitigarla! ¡En vano, devorada por su abrasador fuego, me he subido á esa ventana para pedir un poco de agua...! ¡Nadie me ha visto...! ¡estoy separada del mundo! ¡y nadie, por lo mismo, sabe que muero con las entrañas secas por la sed....!

Y el llanto volvió á correr por su pálido semblante hasta descender á sus secos y sedientos labios.

Poco á poco su dolor fué dulcificándose bajo lo influencia de la religion y de la esperanza.

Las lágrimas fueron siendo menos abundantes.

Los sollozos menos continuos.

Su respiracion menos agitada.

Pasados algunos instantes, todo volvió á quedar en un sepulcral silencio.

Parecia que la jóven habia dejado de padecer, y que un consuelo divino, el de la oracion, embalsamaba su alma.

Y es que la mujer supera al hombre en

resignacion, en fuerza moral y en abnegacion.

El ruido de una llave y de varios cerrojos, hirieron en aquel momento el oido de la presa que se estremeció, á su pesar, y se puso pálida como la muerte.

Sus ojos se fijaron espantados en la puerta, que permanecía cerrada.

Su corazon latió con fuerza dentro del pacho, y un frio glacial discurrió por todos sus miembros.

Poco despues la puerta giró sobre sus goznes dando entrada á una mujer como de cuarenta años, robusta, de aspecto severo, de facciones toscas y de bruscos modales.

Su traje y su fisonomía indicaban, á primera vista, que no habia nacido en el mundo descubierto por Colon.

Era de rostro ancho y colorado, de mejillas redondas y encarnadas, de nariz gruesa y algo arremangada, de ojos claros, vivos y pequeños, de boca grande y delgados labios; sus dientes eran grandes y separados, y su frente chica y poco noble.

Cubria su cabeza una cófia, por debajo

de la cual se le asomaban unos cuantos cabellos azafranados: llevaba un vestido de indiana café con flores blancas, cerrado hasta el pescuezo, de manga corta, de poco vuelo y que apenas le llegaba á la garganta de los piés.

Estos, que eran de grandes dimensiones y algo metidos hácia adentro, los llevaba calzados con zapatos de orillo de gruesa suela. Un delantal blanco y limpio, con enormes bolsillos, pendia de su ancha cintura, y un pañuelo de algodón de listas cubria su cuello. Sus brazos eran gruesos y nervudos, pero mal formados; sus manos grandes, coloradas y ásperas, y todo su cuerpo tosco y mal formado.

— Buenas noches:— dijo dulcificando, cuanto le fué posible, su acento naturalmente brusco:— Aquí le traigo á vd. la cena.

— ¡La cena....! contestó la jóven retirándose un poco de la mesa para que la carcelera pusiese sobre ella el mantel.— ¡Mas valiera que me dejasen morir, que alimentarme para pasar una vida de penas y de llanto....!

—Vamos, niña—dijo la mujer en mal castellano y con acento extranjero.—No se deje vd. dominar por esas ideas. ¡Desear la muerte.... Y todo, ¡por qué! Porque no está vd. al lado del hombre que amaba.... Pero ¿no está vd. en cambio al lado de otro que se muere por vd....?

—¡Willey....!

Exclamó la jóven horrorizada.

—¿Se estremece vd? Pues no tiene vd. motivo para ello. Estoy segura de que el otro no le amará á vd. como le ama el doctor. ¡Vamos, vd. puede ser muy feliz aún, si quiere serlo!

—¡Feliz cuando me han separado de todas las personas que constituian el bien supremo de la vida....! ¡Ah! ¡no me hable vd., por favor, de felicidad, cuando gravita horriblemente sobre mí el peso de la desgracia!

—¡La desgracia....! Eh, la desgracia no es tan grande como vd. la supone. Si vd. trata al doctor con menos aspereza de la que le ha tratado hasta aquí, estoy segura de que en vez de este oscuro y estrecho cuarto, tendrá vd. una suntuosa casa, ex-

pléndidamente adornada, rico carruaje y diversiones sin número. ¡Vamos!—añadió acabando de poner la mesa;—reciba vd. mi consejo.... un poco de amabilidad con él.... un poco de ternura, y le tendrá vd. mas manso que un cordero.

—¡Nunca....!

Exclamó con dignidad la jóven.

—¡Vamos, piénselo vd. bien....! Yo le dejo á vd. sola para que cene y lo medite.

—Lo he meditado ya.

—Otro poquito mas.

—Es inútil.

—Lo entiendo. Me dirá vd. que le repugna, que le detesta, que le odia al hombre que trata de alcanzar por medio del rigor lo que no pudo por la voluntad. Convengo: al principio tendrá vd. que hacer violencia á sus principios, y que luchar contra su inclinacion, contra su conciencia quizá; pero yo le aseguro á vd. que esa repugnancia y esa antipatía duran solo los primeros dias, despues....

—En mí durarán cuanto durare mi vida.

Contestó la hermosa interrumpiéndole.

—Tanto peor para vd, querida jóven, tanto peor para vd.

—¡Ah, señora, nadie como vd. que pertenece á mi sexo, debe conocer el corazón de la mujer.

—Por lo mismo que le conozco, hija mia, sé que es dócil, capaz de la mayor abnegacion, de todos los sacrificios.

—¡Sí! ¡es verdad....! pero por las personas amadas.... por las personas que con sus nobles acciones se han captado nuestro aprecio.... se han atraído nuestra voluntad.... se han conquistado el amor de nuestra alma....!

—Tambien en la conducta del doctor hay su mérito; el amor sin límites hácia vd. que por todo atropella, que en nada se detiene, que allana los obstáculos: amor impetuoso y ciego que arrastra como un torrente cuando se le opone al paso, pero que si se llega á ceder á él sin violencia, se convertirá en un dulce y tranquilo arroyo que se deslizará murmurando sobre un lecho de esmaltadas flores, y al cual podrá vd. dar la direccion que le convenga.

—¡Ah....! veo que se interesa vd. mas de lo que yo quisiera por ese hombre:—dijo la jóven con tristeza:—¡Que tiene vd. tanto empeño como él en que yo corresponda á su infernal pasion....!

—Ciertamente que sí: le debo al doctor, entre otras cosas, la vida, que me salvó de una enfermedad en que todos los médicos me habian desahuciado; le veo padecer sin descanso por vd., y quisiera que concluyesen sus tormentos.

—¡Y para que él sea feliz se me quiere sacrificar....!

—¡Qué quiere vd....! á él se lo debo todo; y de vd., hasta ahora, no he recibido mas que negativas y resistencia.

—¡Ah....! ¡cómo quiere vd. que capitule con mi infamia....! Si cierto es que nada me debe hasta hoy, yo le suplico que me saque de este sitio, y me deberá su porvenir y su fortuna....! ¡Sí.... porque mis padres son ricos, y nada le negarán á la mujer que les devuelve su hija....!

Y la jóven estrechó con vehemencia la

mano de su carcelera que se quedó mirándola sin saber qué responder.

—¡Ah....!—continuó la afligida jóven interpretando favorablemente aquel silencio.—¡No desoiga vd. la voz del desgraciado....! Su corazón de vd. es generoso.... ¡sí....! ¡las consideraciones con que vd. me ha tratado, me dicen que su alma es tierna y compasiva....! ¡justa y benévola....!

—Pero aun cuando así sea—respondió la mujer dominando en efecto un sentimiento de compasión, extraño en ella:—¿qué puedo yo hacer por vd....? Nada.... nada mas que compadecerla. Obrar de otra manera, sería faltar á la confianza que ha depositado en mí el hombre que me salvó la vida.

—Pero....

—Nada.... nada:—replicó revistiéndose de severidad, y desviando de la suya la mano de la jóven.—Yo le aconsejo á vd. que venza su repugnancia.... que corresponda al cariño de Willey, y que al labrar la felicidad de él, labre vd. la suya propia. Adios.

Y sin esperar á que la jóven le contestase, salió de la pieza cerrando tras sí la puerta, y echándole la llave y los cerrojos.

La infeliz presa conoció que no tenía otro amparo que el de Dios.

Comprendió que ningun favor debía esperar de aquella mujer que era ciega ejecutora de las instrucciones del doctor.

Cierto es que no le trataba con la aspereza de una carcelera; pero ¿de qué le servía su mayor amabilidad, si en cambio trataba con sus diarias amonestaciones al llevarle la comida, de convencerla á que correspondiese al amor de su infame raptor....?

Por eso nunca se habia atrevido á hacerle ninguna pregunta con respecto al recelo que abrigaba de que en el agua que le llevaban le servían su deshonor.

Le abrasaba una sed devoradora; pero la sufría sin quejarse para no despertar sospechas que empeorasen su lamentable situación.

Al verse sola, la infeliz se acercó á la mesa; pero en vez de servirse de lo que iba en los platos, se abalanzó sobre una botella

de bruñido cristal que hacia mas apetitosa el agua cristalina que contenia.

A la vista del precioso líquido, su sed pareció aumentarse; sus secas fauces se pegaron al paladar, y la resequedad de sus lábios se hizo extrema.

La jóven estuvo contemplando con imponderable avidez aquella agua deliciosa de la que, por cada gota hubiera dado diez años de su vida.

Ansiaba acercarla á sus lábios como el febricitante el hielo que refresque su abrasada boca; pero le contenia el temor de beber en ella su deshonra.

Habia leido que en circunstancias iguales á las suyas, se habian valido otros del narcótico vertido en el agua para triunfar infamemente de la virtud de sus víctimas, y temió que el doctor se hubiese valido de aquel reprobado medio para conseguir sus infieus fines.

Pero su sed era cada vez mas fuerte. . . . cada vez mas intensa. . . .

Cierto es—pensaba la infeliz—que otros se han servido de los narcóticos; pero ¿quie-

re decir esto que todos hayan echado mano de ellos para triunfar de la virtud. . . . ? ¿Al lado de los primeros no habia otros mil casos en que habian remitido á los padecimientos y al tiempo la capitulacion de sus víctimas. . . . ? ¿Por qué no seria ella una de las últimas. . . . ?

Este raciocinio que halagaba su deseo y su necesidad, le infundió alguna confianza.

Ansiaba beber para refrescar sus abrasadas entrañas, que parecian devoradas por un fuego abrasador.

Hasta el dia anterior habian caido de noche fuertes aguaceros, y subiéndose á la ventana, provista de una taza que habia logrado ocultar, pudo satisfacer su imperiosa necesidad, despues de arrojar por la misma ventana el agua que contenia la botella, para que creyesen que la habia bebido.

Pero hacia ya dos dias que el cielo estaba sereno: dos dias que no acercaba á sus lábios el precioso líquido. . . .

Su lengua estaba enteramente blanca.

Sus labios pálidos y secos.

La jóven vaciló otro instante entre el te-

mor y la ligera confianza que le habia halagado; pero su sed era insoportable, y su mano, apoderándose violentamente de la botella, llenó el vaso del cristalino líquido.

El ruido que hacia el agua al caer aumentó su ansiedad y su deseo de satisfacer su imperiosa necesidad.

Tomó el vaso con avidez, y al sentir en sus dedos el frio que el agua le comunicaba al cristal, brillaron sus ojos de placer.

Anhelante y ciega fué á apurar el anhelado contenido; pero al llegarlo á los lábios, se detuvo asustada, herida otra vez por el temor de que contuviese su perdicion.

Entonces se presentó á su imaginacion la odiosa figura de Willey, con su frenético y maldecido amor, con toda la deformidad de su crimen y de sus bastardos deseos; el sentimiento y el dolor de su amante al verla envilecida; y por último, su vergüenza propia y su oprobio.

Pero era terrible renunciar al placer de calmar la sed que le consumia.

Tenia en su mano, cerca de sus lábios, el remedio á sus padecimientos fisicos.... Pa-

ra renunciar á la dicha de saciar su devoradora sed, no tenia mas que una sospecha, pero no una conviccion.... ¿Qué hacer...?

La necesidad empezó á triunfar de los recelos....

La jóven llevó á sus secos lábios el anhelado líquido....

La frescura del agua excitó mas su ansiedad....

Su razon declinó sus fueros al imperio de la exigente naturaleza....

¡La infeliz bebió....!

Pero como si despertase de repente al grito de su honor amenazado, detuvo el agua en la boca, y horrorizada de lo que le podria acontecer en caso de contener el agua algun narcótico, la arrojó al suelo sin llegar á tragar ni una sola gota.

—¡Antes morir que poner en peligro mi honor....!

Exclamó con resolucion heróica, y antes de que se viese obligada á sostener nueva lucha entre su necesidad y sus temores, quitó cuanto habia sobre la mesa, colocó ésta debajo de la ventana, puso sobre ella

una silla, y subiendo en ella arrojó á una pequeña pradera todo el líquido que contenia la botella.

Entonces dirigió los ojos hácia unas casas bajas que se descubrian enfrente, y á favor de la luna, descubrió á una hermosa mujer que se hallaba sentada en la puerta de su modesta vivienda.

La vista de una persona de su sexo, reanimó la esperanza de ser socorrida; y alentada con esta idea, bajó á coger la vela que ardía en la palmatoria, y poco despues se volvió á presentar con la luz en la ventana, haciendo señas de que tenia sed.

La mujer, que no era otra que la preceptora Amalia, al fijar la vista en la luz y en la jóven, corrió, como hemos visto en otro capítulo, á comunicar aquel acontecimiento á su vecina Elisa.

El lector sabe el interes que despertó en el noble corazon de la excelente maestra la presencia de la hermosa presa, y cómo se apresuró á proporcionarle el agua que le pedia.

La desdichada jóven, al recibir el crista-

lino líquido se apartó de la reja, y apuró de un solo trago cuanto tenia la botella, sintiendo renacer su fuerza y su vigor, como las secas flores recobran su lozanía y el brillo de sus preciosos pétalos al benéfico rocío de la aurora.

Satisfecha su primera necesidad, volvió á bajar la cuerda suplicando que le envasen mas agua, como lo hicieron, juzgándola ya loca.

La presa, al recibir por segunda vez el precioso don, lo vació en la taza que tenia oculta; y cuando vió que la preceptora, despues de despedirse de Elisa, se dirijia hácia su vivienda, volvió á bajar la botella, y dando las gracias por el inapreciable favor que se le habia hecho, bajó de la ventana antes que alguno entrara y la sorprendiera, quitó la silla, colocó la mesa en el sitio de costumbre, puso los platos en el órden que los habia dejado la carcelera, se sentó mas tranquila, comió alguna cosa, y remitió á Dios la defensa de su virtud.

La carcelera, entre tanto, habia abierto

el balcon que daba á la calle y permanecia en él en espera de alguna persona.

Era la misma noche en que el doctor Willey trató de deshacerse de su contrario Nuñez, cuando éste salió del concierto.

La ciudad descansaba en profundo silencio, las puertas de los zaguanes estaban cerradas, y luz ninguna se veia al través de las ventanas de los edificios.

El reloj mareó una hora avanzada, y la mujer hizo un gesto de impaciencia.

—¡Cuánto tarda el doctor!—dijo dirijiendo la vista á la esquina de la calle.—¡Si le habrá sucedido algo....! ¡Se encuentra tan retirado este barrio, y hay tan mala gente! ¡Y empeñado en venir tarde para que nadie le vea entrar á ver á su encarcelada....!

¡Pero hoy tarda mas que otras veces! ¡empiezo á temer una desgracia....!

El bulto de un hombre apareció en aquel momento al desembocar la calle.

La que esperaba abrió cuanto pudo los ojos para ver quién era.

El bulto se fué aproximando á paso veloz.

—¡El es....!

Dijo poco despues la que esperaba.

El hombre se acercó hasta llegar debajo del balcon, y se detuvo mirando á la que estaba en él.

—¿Eres Eugenia?

Dijo en voz baja desde abajo.

—Sí, señor Willey, yo que estaba con cuidado al ver que se tardaba vd. mas de lo acostumbrado.

—¿Están durmiendo todos los de la vecindad?

—Todos.

—¿Y la casera Doña Anita?

—Tambien la casera.

—Pues descuelga la escala para que suba sin que nadie advierta mi llegada.

—Allá va.

Dijo la mujer, y dejó caer una escala de cuerda despues de afianzarla en el balandal.

El doctor subió por ella con asombrosa prontitud, y penetró en la sala cerrando tras sí el balcon.

—¿Y la hermosa Luz?

Preguntó al entrar.

—En su prison.

—¿Le llevaste de cenar?

—Sí señor.

—¿Y echaste en el agua mas dosis de narcótico que otras veces?

—La que vd. mismo me señaló.

—Bueno: en ese caso hoy es imposible que salga fallido mi deseo.

—Lo mismo ha dicho vd. las noches anteriores, y lo cierto es que el narcótico no le ha hecho efecto ninguno; sin duda estaba acostumbrada á tomar ópio, ó su naturaleza es mas fuerte que la de todos.

—Muy bien puede ser lo primero.

—Pero ¿qué tiene vd. en la mano?—exclamó la carcelera fijando la vista en su interlocutor.—¿La trae vd. llena de sangre...! ¿Ha tenido vd. algun duelo? ¿Se ha tenido vd. que defender de algun asesino?

—Nada.... no es nada....—Contestó el doctor tratando de disimular su conmocion.—Voy al cuarto de la hermosa Luz, para ver si hoy soy mas feliz que los dias anteriores.

Y Willey, temiendo que le hiciese nue-

vas preguntas la curiosa mujer, se alejó, al instante, y se dirigió al cuarto de la desventurada presa, acariciando la esperanza de ver premiado su amor.

—¿De qué será esa sangre?—Pensó para sí la carcelera al ver marchar á Willey.—No; pues algo debe haberle pasado esta noche al doctor, porque no ha venido muy tranquilo. ¿Habrá tenido algun encuentro con algun enemigo personal, y le habrá matado....?

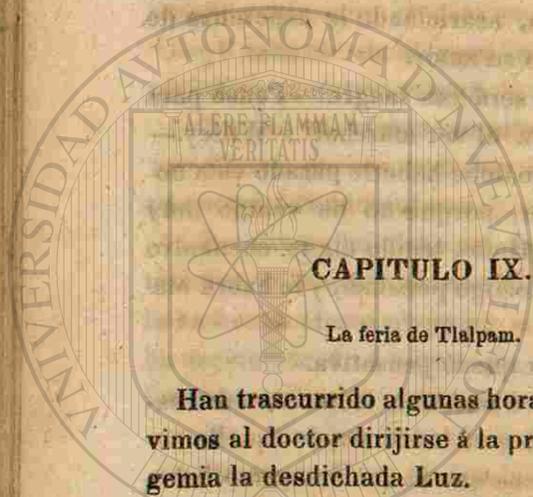
Y la mujer quedó pensativa.

En cuanto á nuestros lectores, todos saben que Willey no habia tenido aquella noche otra escena que la que él mismo habia dispuesto esperando á Nuñez en el callejon de Mecateros para asesinarle.

El lector vió allí vibrar un puñal y casi á la vez escuchó la detonacion de una pistola. ¿Qué habia, pues, sucedido?

El doctor, como acabamos de ver, llegaba á su casa sin haber sucumbido, y con la mano tinta en sangre.

¿Qué habia sido de Nuñez?



CAPITULO IX.

La feria de Tlalpam.

Han trascurrido algunas horas desde que vimos al doctor dirigirse á la prision en que gemia la desdichada Luz.

El sol del nuevo dia se habia presentado claro y esplendente.

Sus primeros rayos sorprendieron á D. Diego, al esposo de Elisa, revisando un plan de juego que habia concebido, segun él, para ganar siempre.

Despues arregló todo para su marcha, y dueño del dinero que acababa de entregar á su esposa un eriado de parte de la hermosa Clotilde, salió de su casa con el corazon

henchido de placer y de esperanza, se metió en un ómnibus, y acariciando en su imaginacion mil bellisimos proyectos para el porvenir, partió para Tlalpam, seguro del feliz éxito de su empresa.

Dejémosle, pues, caminando engolfado en un océano de risueñas ilusiones, y ocupémonos entre tanto en dar á conocer al lector el pintoresco sitio á que se dirige, y uno de los mas animados y deliciosos en los alegres dias en que nos encuentra nuestra historia.

Despues de Tacubaya, que debe considerarse como el Aranjuez de México, el pueblo de mas importancia de los que rodean á la hermosa capital del antiguo imperio azteca, es *San Agustin de las Cuevas*, que aun conserva el nombre primitivo de *Tlalpam*, que tuvo antes de la conquista, y que en mexicano quiere decir *tierra arriba*.

Su situacion es de las mas poéticas.

Hermosas haciendas donde se da en abundancia el trigo, el maíz y la cebada, se extienden á sus piés; riquisimas huertas, cubiertas de árboles frutales la engalanan; es-

paciosas calzadas, orilladas de frondosos álamos, le ponen en comunicacion con la grandiosa capital de México, y cristalinos manantiales de agua, como el llamado *Ojo del Niño*, la fertilizan.

Pero no es de su frondosidad ni de su deliciosa posicion de las que me voy á ocupar en este instante, sino del risueño aspecto que presenta en la Pascua del Espíritu Santo, en que se celebra una feria por espacio de tres dias, y en los cuales se traslada la poblacion entera de México á las rústicas casas de San Agustin, que dista cuatro leguas de la capital.

La feria de *Tlalpam* es acaso la única, en su especie, en el mundo. En ningun país, al menos que yo lo sepa, tiene lugar un espectáculo tan sorprendente y que despierte mas la codicia del menos afecto á los tesoros terrenos.

No es una feria como las que se celebran en las grandes naciones europeas adonde concurren los comerciantes, los campesinos y los fabricantes, unos con sus géneros, y con sus ganados otros, á vender sus mer-

cancias. Aquí es una feria donde solo es menester que le sople á uno la fortuna por un instante, para enriquecerse. Son tres dias destinados al juego, y en que el libro de cuarenta hojas es el árbitro del porvenir de muchas familias.

Desde los gobiernos vireinales le fué concedida á S. Agustin de las Cuevas, la feria que se celebra los tres dias de la Pascua del Espíritu Santo. En ella está permitido el juego, y las personas que en la ciudad no son capaces de arriesgar el valor de un garbazo al azar de una carta, aquí arriesgan algunas onzas por vía de pasatiempo, y por pagar tributo á la costumbre.

No hay un solo carruaje que esté ocioso en México desde el primer dia de Pascua: todos van á Tlalpam cargados de gentes de ambos sexos, sin distincion de clases, dispuestas á perder algo. Los dependientes, los amos, los propietarios, los artesanos, el bullicioso estudiante, el grave catedrático, los poetas, los periodistas, todo el mundo, en fin, se dirige con la esperanza en el corazon, á ese punto que halaga con el brillo

del oro que en sus mesas está dispuesto para el que sea favorecido por la suerte.

El camino está cubierto de un gentío inmenso que marcha, ya á caballo, ya en coche, ya en ómnibus, y no pocos de la clase pobre y alegre, en carretones entoldados con alguna frazada; pero todos alegres, contentos, saludándose á gritos al pasar, y cantando.

Al llegar al sitio deseado y desmontar del coche ó del caballo, el primer encuentro es el de multitud de ciegos, cojos, mancos y tullidos que le rodean á uno, le siguen y le acosan pidiendo con plañidera voz *una corta limosna por el amor de Dios*, que es el único dinero que emplea bien el hombre en aquel sitio de goees y de placeres, donde al lado de la humanidad feliz y gastadora, gime la doliente, enferma y miserable, que vive de la santa caridad.

Los carruajes se detienen á la entrada de la plaza, en que hormiguan en aquel momento millares de personas de todas clases, sexos y edades.

Allí centenares de indias venden todas

las frutas de todas las zonas, el mamey, la dulce chirimoya, la pera, el rico plátano, el coco, el oloroso pero, la delicada anona, y el exquisito mango.

En distintos puntos de la misma plaza, y debajo de maltratados sombreros, enfrente á una mesa cubierta con una frazada que sirve de carpeta, se ve aquí al rolero excitando la codicia de los incautos, ofreciendo treinta por uno; mas allá al del *imperial* prometiendo iguales halagadoras ventajas; en otra parte al del *carcamán*, que con los dados en un sucio cubilete de hojalata, grita con ronca voz mientras los mueve en su cetrina mano, *por elaco medio* (1), *por cuartilla un real*; y por do quiera multitud de banqueros de corto capital, que, al aire libre, y rodeados de amigos que fingen apostar para atraer á la gente del bajo pueblo, pues ninguna otra se acerca á estas mesas sino para observar, despluman á los cándidos pichones que atraídos por el cebo de

(1) Claco equivale á dos cuartos de España, y medio á un poco mas de un real de vellón.

la plata dejan cuanto llevan en las garras del gavilán.

Pero atravesemos por entre las multiplicadas mesas de tanto juego de azar, al rededor de las cuales se agolpa la clase menos acomodada, y penetremos en las casas principales de banca, en que noche y día, durante los tres días de Pascua, se juega sin cesar un solo instante.

Aquí todo es lujoso, imponente y régio.

Los salones están llenos de gente de fina educación, que no aparta la vista de las cartas que van cayendo sobre la mesa cubierta de onzas de oro: ni una queja, ni una palabra de disgusto sale de los labios de los jugadores; y solo interrumpe el sepulcral silencio que reina, el ruido del dinero que pasa del poder del banquero al del que ha apostado, ó del de éste al depósito de aquel.

Yo he contado muchos años veinte casas de banca, sobre cuyas mesas habia mas de dos mil onzas en cada una, con otras tantas de reserva, haciendo, entre todas, un total de ochenta mil onzas, ó lo que es lo mismo, un millon, doscientos ochenta mil duros, sin

contar las gruesas cantidades que para apostar llevan los concurrentes.

Pero ¿quién es aquel hombre de aspecto severo y de semblante pálido que está sentado cerca del que baraja, y que ostenta enfrente varios montones de onzas que acaba de pagarle en este instante el banquero?

Es Diego, el esposo de Elisa, que empieza á ver realizarse su dulce ensueño de grandeza.

En este momento le sonríe la fortuna.

Su plan no ha fallado hasta ahora, y si la inconstante diosa no le vuelve la espalda por espacio de media hora, como está firmemente convencido, pronto será dueño de todo el dinero que brilla encima de la tersa carpeta.

La voz del banquero gritó, "cinco y es ballo."

Diego puso al cinco cien onzas.

Un jóven de expresiva fisonomía que estaba detras de él apostando á la contraria, y que por lo mismo perdía, puso todo lo que tenia, al caballo.

Un venerable anciano, oculto entre la multitud de jugadores, observaba, hacia tiempo, á este jóven, sin apartar de él la vista, y profundamente conmovido.

El tallador corrió la baraja.

Todos fijaron los ojos con indecible afán en las cartas que iban saliendo, latiéndoles el corazón á cada una que empezaba á asomar.

En sus fisonomías, que eámbian á cada instante de expresion y de color, se ve marcada, unas veces el temor, ya la esperanza, ya el placer, ya la desesperacion.

Una de las cartas empezó á presentarse.

En aquel instante varios jugadores hicieron un gesto horrible, dejando oír algunos sonidos inarticulados.

El tallador, con imperturbable calma y voz llena, gritó:

—El cinco á la segunda.

El jóven se puso cadavérico; llevó la mano á la frente para quitarse el sudor, y el anciano le miró compadecido.

Diego unió á las onzas que tenia, las cien que acababa de ganar.

El jóven se registró los bolsillos con ansiedad.

—¡Nada...! ¡No tengo nada...!

Dijo para sí con desesperacion; y miró á todas partes con frenéticos y avarientos ojos.

Su fisonomía, que era hermosa, estaba contraída por la ira y el despecho.

Se conocia que aquel jóven no habia ido á Tlalpam con el sencillo objeto de divertirse, como lo hacen generalmente los que concurren á esa fiesta.

En su gesto, en los cámbios continuos de su semblante, en su intranquilidad, en su siniestra mirada y en su constante afán, se revelaba el jugador de profesion que no tiene mas amor ni mas pensamiento que el oro.

Y no se hubiera engañado quien esto hubiese creído.

Aquel jóven, era el mismo á quien vimos desesperado en casa de Duval vender el marco de oro de un retrato que rescató despues, y cuya pasion al juego habia causado la muerte de su amada esposa y de su

inocente hija, víctimas ambas de la miseria y de su abandono.

Si, era Ernesto, á quien el lector vió miserable y desesperado en Culhuacan en casa del padre Enrique.

Siempre que la suerte le era contraria, se proponia interiormente dejar el juego para siempre si una vez le sonreia la fortuna, pero estos propósitos nunca se cumplian. Cuando ganaba, nunca le parecia bastante la cantidad adquirida, y queriendo aumentarla algo mas, lo perdía todo.

Entonces se penia frenético, y se lamentaba de no haberse retirado á tiempo, y volvía al mismo propósito. Pero cuando la ociosidad es un hábito; cuando el vicio se ha arraigado en el corazon del hombre, de una manera profunda; cuando el pensamiento se ha extraviado con una idea que está siempre fija en él; cuando el alma ha renunciado á los fueros de la razon dejándose supeditar por las bastardas pasiones cuando el pudor y la vergüenza han desertado del individuo, y á los rectos principios de moral cristiana han remplazado los del

desórden y la licencia; cuando pesa sobre la conciencia un remordimiento terrible, acusador, constante y justo; cuando el hombre tiene que acusarse de haber causado la muerte de algun sér á quien tenia obligacion de amar toda la vida, no es posible que encuentre un momento de felicidad en la tierra; preciso es que ese hombre expie en el mundo parte de su enorme delito sufriendo un castigo proporcionado á su crimen, y no hay linaje de pena mayor ni mas terrible para un vicioso, que el vicio mismo.

Harto conocia Ernesto esta verdad; pero, á pesar de eso, entonces, mas que nunca se creia él con fuerzas suficientes para cumplir su propósito.

—¡Oh! si yo llegase á ganar una cantidad para vivir decentemente trabajando con ella—decia interiormente—no volveria á pisar ninguna de estas casas, donde el hombre, olvidando hasta los sentimientos mas tiernos de la naturaleza, se hace inferior á las mismas bestias. Pero ¡nada tengo....! ni hay ninguno tampoco de mis amigos

que quiera prestarme..... ¡Amigos...! ¡en el juego no hay amigos.....! no hay mas que seres ambiciosos, de corazon empedernido, codiciosos del dinero que uno lleva, que anhelan la ruina de aquel á quien estrechan la mano.....!

Y el jóven volvió á llevar la mano á los bolsillos; pero nada encontró.

De repente sus dedos tropezaron con un objeto, y su frente se iluminó con un rayo de esperanza.

—El siete y el rey.

Volvió á decir el tallador presentando otro albur despues de haber barajado perfectamente la baraja.

A aquella voz todos guardaron silencio.

Los puntos colpearon su dinero á la carta que eligieron.

Diego puso las doscientas onzas al siete.

El jóven que habia luchado con mil distintos afectos desde que sus dedos tropezaron con el objeto que acariciaba su mano dentro del bolsillo, dominado al fin por una especie de frenesí, lo sacó, y colocándolo sobre el rey, dijo:

—Vale diez duros.

El anciano, durante aquella lucha interior, se habia acercado al jóven y colocado á su espalda sin ser visto por éste.

—Se admite por los diez.

Contestó con calma el banquero despues de haber examinado la prenda y de haberse cerciorado de que valia doble.

—¡Corre!

Dijo el tallador.

—¡Esperad!—exclamó el anciano con terrible voz, apoderándose del objeto colocado sobre el rey.—¡Esta prenda no puede ser jugada....! ¡es la imagen de la mujer que dió la vida al infame que la juega....!

—¡Padre mio....!

Dijo aterrado el jóven Ernesto y reconociendo al anciano.

—¡Sí! ¡tu desgraiciado padre que ha tenido que emprender un viaje hasta México, para convencerse de lo que le contaban.... de lo que no podia creer.... de que su hijo era un criminal....! ¡el asesino de su tierna esposa y de su inocente hija....!

—¡Perdon, padre mio, perdon....!

Dijo horrorizado Ernesto.

—¡Sí.... te perdono....!—contestó conmovido el anciano.—¡Te perdono.... porque un padre no puede hacer otra cosa más, que perdonar á sus hijos....! Pero no puedo perdonar á los infames que se ocupan en corromper el corazón de la juventud, abriéndoles las puertas de sus abominables casas, donde los hombres se reúnen para robarse unos á otros lo que llevan.... lo que debieran consagrar al sustento de sus desgraciadas familias....!

El banquero que habia permanecido impasible, y que no era otro que Duval, volvió el rostro para reconvenir al que así se atrevia á insultarle.

El inconsolable padre á su vez iba á dirigirle la palabra; pero al clavar la vista en el rostro de Duval, se estremeció de sorpresa, y no pudo contener esta exclamacion: “¡Dios mio!” que se escapó de sus labios.

Duval, cuyos crímenes le hacian vivir temiendo siempre, recogió aquella exclamacion con terror y sobresalto; fijó la vista con

atencion en el que la habia proferido, pero por mas que llamó á la memoria en su auxilio, no pudo recordar haber visto otra vez sus faeciones.

Sin embargo, la sorpresa y la exclamacion del padre de Ernesto le hicieron creer que aquel hombre le conocia, y esto le inquietó sobremanera.

Pero todo esto fué instantáneo; rápido como la luz del relámpago.

El anciano sorprendió la conmocion que habia causado en Duval su exclamacion; pero dudando aún de su memoria, le echó otra mirada analizadora, y se alejó acusándole de haber arrastrado á su desgraciado hijo á la senda de la infamia y de los vicios, y dirijiendo á éste una mirada de reconvenccion y de piedad.

Ernesto quedó inmóvil, con los brazos cruzados, fijos los ojos en el suelo, la cabeza inclinada sobre el pecho, y sin atreverse á despegar los labios.

Pasado aquel instante de sorpresa, el tallador, que habia suspendido el albur, volvió á gritar.

—¡Corre!

Todos los puntos, olvidándose de lo que había pasado, fijaron la vista en las cartas.

Duval, inquieto por la palabra que se le había escapado al anciano al verle, é interesado, por lo mismo, en saber quién era, y de dónde, se levantó mientras los demás estaban entretenidos en ver correr el albur, y se acercó á Ernesto que permanecía mudo y quieto como una estatua.

—¡Vamos.... no hay que abatirse por tan poco....!—Le dijo tratando de halagarle para entrar en conversacion con él y saber lo que deseaba.—Su padre de vd. exagera las consecuencias de una pasion generalizada en todo el mundo. Siempre los viejos ven peligros donde no hay mas que un inocente pasatiempo.

En aquel instante gritó el tallador.

—¡El siete mozo....!

Ernesto se estremeció como si le hubiesen tocado con la máquina eléctrica.

Había puesto al rey, y hubiera perdido la imágen de su amorosa madre, á no hárselo quitado tan á tiempo el anciano.

Esto le hizo estremecer y pensar en su crimen.

—¡No....!— exclamó horrorizado, dirigiéndose á Duval.—¡Mi padre no exagera....! ¡El juego es un vicio detestable.... desorganizador.... criminal....! ¡y el jugador un infame.... el que envenena la existencia de sus honrados padres.... el verdugo de su familia.... el asesino de su esposa y de sus hijos....!

Y horrorizado de sí mismo, y como si el ruido del dinero y la voz del tallador fuesen los acusadores que le recordaban en aquel instante su criminal conducta, maldijo el dia en que se apartó de la senda de sus deberes, y salió precipitadamente á la calle echando una mirada de indignacion sobre la concurrencia.

Duval hizo una seña para que se acercara, á un hombre que sentado en una silla había estado preseneiando todo con la mayor imperturbabilidad.

El hombre se acercó, y Duval le dijo en voz baja:

—¿Ha visto vd., doctor, al anciano, pa-

dre de ese jóven que acaba de salir?

—Perfectamente.

Contestó Willey.

—Me interesa saber dónde vive: búsquele vd., pues, y no le pierda de vista; si toma un carruaje y se va á México, sigale vd. en el mio hasta ver en qué casa entra.

El doctor, sin detenerse un instante, salió á cumplir las órdenes de Duval, quien, aunque inquieto y sobresaltado interiormente, se volvió á sentar en la mesa de juego fingiendo la mas tranquila calma.

CAPITULO X.

Continúa la feria.

Era el tercero y último dia de la feria de Tlalpam.

La gente empezó á llegar de México al pueblo de la fiesta desde las tres de la tarde, hora en que los dueños de los almacenes y tiendas cierran, en ese dia, sus establecimientos, con objeto de que los dependientes disfruten del regocijo general.

Aun no habia la suficiente concurrencia de puntos en la casa de juego de Duval, y éste y el doctor, por lo mismo, dejando á cargo del director la banca, se paseaban en una pieza contigua, entregados á una conversacion interesante para ellos.

dre de ese jóven que acaba de salir?

—Perfectamente.

Contestó Willey.

—Me interesa saber dónde vive: búsquele vd., pues, y no le pierda de vista; si toma un carruaje y se va á México, sigale vd. en el mio hasta ver en qué casa entra.

El doctor, sin detenerse un instante, salió á cumplir las órdenes de Duval, quien, aunque inquieto y sobresaltado interiormente, se volvió á sentar en la mesa de juego fingiendo la mas tranquila calma.

CAPITULO X.

Continúa la feria.

Era el tercero y último dia de la feria de Tlalpam.

La gente empezó á llegar de México al pueblo de la fiesta desde las tres de la tarde, hora en que los dueños de los almacenes y tiendas cierran, en ese dia, sus establecimientos, con objeto de que los dependientes disfruten del regocijo general.

Aun no habia la suficiente concurrencia de puntos en la casa de juego de Duval, y éste y el doctor, por lo mismo, dejando á cargo del director la banca, se paseaban en una pieza contigua, entregados á una conversacion interesante para ellos.

—¿Es decir que nada ha dejado vd. por recorrer para encontrar á ese anciano?

Preguntó el primero.

—Nada; recorrí la plaza, las fondas, el palenque de gallos, asistí por la tarde al baile del Calvario, y por último, en la noche, al que se celebra en los Gallos, y en ninguna parte pude dar con él.

—De manera que se puede asegurar que no está ya en Tlalpam?

—Sin duda, ni en ninguna de las posadas de México tampoco; porque ayer marché á la ciudad y las recorrí dando las señas del individuo, y nadie le conoce, ni me dió razón de él.

—¿Es cosa extraña!

—Tal vez se habrá marchado á su pueblo, al cerciorarse de la conducta de su hijo, único motivo que le trajo, segun aseguró en su enojo.

—¡Ojalá sea así!

Contestó Duval pensativo.

—Pero ¿qué teme vd. de él? ¿Ha tenido vd. jamás otros negocios que los de fabricación de moneda?

—¿Yo?—dijo titubeando Duval;—no.... ningunos....

El doctor, con su vista perspicaz y excudriñadora, leyó en la conciencia de su interlocutor, y dijo para sí.

—Me oculta algun secreto;—y luego añadió en alta voz:—Siendo así, nada debe inquietarnos. Solamente nuestros correspondientes pudieran alguna vez llegar á sospechar algo; pero ese anciano, si no me engaño, no se cuenta en el número de ellos.

—Es verdad.

Contestó Duval siempre preocupado con una idea que le habia asaltado.

—Ademas de que no creo que será muy difícil informarnos de quién es.

—¿Cómo....! ¿ha encontrado vd. algun medio para conseguirlo?

Preguntó Duval pasando repentinamente de la reflexion á la alegría.

El doctor, que no perdía la mas ligera gesticulacion de su interlocutor, entreabrió los labios dejando ver en ellos una sonrisa maliciosa, y contestó con seguridad.

—¿Qué mejor medio que el juego? ¿Hay

jugador á quien le dure el arrepentimiento veinticuatro horas....?

—Ninguno.

—Pues bien, esas veinticuatro horas han pasado, y el hijo de ese anciano volverá á este sitio atraído por la sed del oro, y entonces podremos saber por él mismo, lo que tanto parece le interesa á vd.

—Tiene vd. razon: tal vez se encuentre ya en la sala de juego.

—Probablemente, y si aun no está, estoy seguro de que no nos hará esperar mucho.

—¡Dios lo quiera! porque cualquier cosa me sobresalta y me inquieta, temiendo que se descubra nuestro secreto, y que perdamos en un instante el fruto de tantos años de peligroso trabajo.

—En vd. está poner término á esas zozobras. Realicemos todo, abandonemos México, y busquemos en Europa los goces que nos brinda.

—¡Clotilde....! Esa mujer ha sido hasta ahora el valladar que se ha opuesto á mi partida. ¡Oh...! yo no podia vivir sin ella...! Sus desprecios y su resistencia han sido el

combustible poderoso que ha ido dando mayor fuerza al fuego de mi amor, hasta haberle convertido en una hoguera constante y devoradora....! Pero por fortuna ya está próximo el dia destinado por su padre para nuestro enlace; y tan luego como alcance la dicha de llamarla mia, partiremos juntos para Europa.

—¡Dios quiera que no se presente algun nuevo obstáculo!

—¿Obstáculo....? ¿Y cuál se puede presentar?

—No lo sé; pero temo que esa mujer sea el origen de nuestra desgracia: á ella y á su amante les protege el infierno.

—Así parece.

—El era dueño de un manuscrito, que segun la mercachifle Doña Anita, prueba la inocencia del padre de Leopoldo; y si ese manuscrito no consiguió la ex-brigadiera extraer de donde lo tenia guardado, como á vd. se lo prometió, puede sernos de fatales consecuencias.

—Es cierto.

—Y yo creo que existe en poder de su

temible rival de vd., porque á habérselo quitado la mercachife, ya hubiera venido á entregarle á vd. ese manuscrito, por el cual le ofreció vd. una buena gratificación.

—Tal vez no haya podido verme, porque caí herido á los pocos días.

—Pero en los que trascurrieron antes de esa desgracia, ¿había algun obstáculo?

—No, ciertamente.

—Pues bien: si existe en poder de Leopoldo, ¿quién quita que ese hombre, momentos antes de la ceremonia, se presente con el manuscrito al señor Landeta para convencerle de la inocencia de su antiguo amigo Cabrera, impida con este incidente el enlace de vd. con Clotilde, y logre, por último, alcanzar la mano de la jóven que adora?

—¡Es cierto....! y ese temor es el que me inquieta á todas horas.

—Si esto sucede, no le quedará al señor Landeta para con vd. mas que el lazo del reconocimiento á la generosidad estudiada que usó vd. con él devolviéndole los bienes que habia perdido; pero como desde esa

época ha dejado de jugar, y sus rentas y negocios le han dejado gruesas sumas de utilidad, que le ha ido á vd. abonando, fácil le será pagar lo poco que aun le debe, quedando así libre de todo compromiso.

—¡Oh! su vuelta al sendero de sus deberes ha empezado á trastornar mis planes. Pero nada debemos temer. Muy pronto tendré la dicha de llamarla á la mujer que adoro; y una vez dueño de su mano, nada nos detendrá en este país. No falta para la realización de mi deseo mas que el corto término de algunos días.

—Y sin embargo—repuso el doctor—mi présago corazón me anuncia que en esos pocos días vamos á tropezar con escollos terribles.

—¿Con Leopoldo?

—Tal vez. Ese hombre es temible si por desgracia tiene aún en sus manos las pruebas de la inocencia de su padre.

—¿Y si por fortuna cayeron en poder de Doña Anita?

—Entonces nuestro triunfo es seguro y nada hay que temer.

—Pues es preciso averiguar lo que ha pasado.

—¿Cómo?

—Marchando á ver á esa mujer, y preguntándole si se apoderó del cuaderno. ¿Le conoce vd., doctor?

—Yo no: me habló vd. de ese asunto pocos dias antes de que hiriesen á vd., pero no me indicó vd. quién era esa Doña Anita.

—Entonces vivia en la misma casa de D. Leopoldo; en uno de los cuartos inmediatos.

—¿Y vive aún allí?

—Lo ignoro.

—Pues yo me encargo de saberlo, preguntando á las vecinas por ella, pues su nombre y la circunstancia de ser mercachifle, deben darla á conocer á todos.

—Sin duda alguna.

—Confío en vd., doctor.

—Ya sabe vd. que á mí me interesa tanto como á vd. este asunto; así es que espero salir airoso de él.

—Corriente. Pero dejemos nuestra conversacion, y marchemos á la sala de juego

donde acaso estará ya el hijo de ese anciano que me importa saber quién es.

—Marchemos.

Dijo el doctor, y siguió á Duval al sitio en que estaba la *banca*, pensando cómo se informaria de si vivia aún la mercachifle en la calle de Tacuba, sin que Leopoldo, que habitaba la misma casa, llegase á saber que preguntaba por ella, y despertase sus sospechas.

¿Cuán lejos estaba el doctor al meditar en la manera de indagar dónde vivia sin hacerse sospechoso, que la mujer á quien buscaba era la misma que estaba de portera en la casa en que Luz gemia presa!

Y es que Willey nunca habia fijado la atencion en aquella mujer cuando iba á visitar á la hermosa Elisa á la calle de Tacuba, ni habia entrado en conversacion con ella nunca.

El doctor, cuando iba á ver á su cautiva Luz, entraba siempre de noche, y con mil precauciones, bien por el balcon en que le esperaba la mujer que hacia las veces de carcelera, y al cual subia por una escala

de cuerda, bien abriéndole ella la puerta, sin que lo supiese Doña Afita, para lo cual habia conseguido del dueño de la casa la licencia de tener una llave aparte.

Hé aquí, pues, explicada la causa de por qué no sabia que su portera, fuese la misma mercachifle á quien ahora necesitaba buscar.

Willey y Duval, como hemos dicho, entraron despues de la conversacion á que les vimos entregados, en la sala en que estaba la banca.

El concurso era ya numeroso.

Duval y Willey dirijieron la vista á todas partes, pero no vieron á la persona que buscaban.

Sin embargo, con la esperanza de que no tardaria, se sentaron á tomar parte en el juego.

Entre los *puntos* que mas notables se hacian por el oro que tenian delante, el principal era Diego, que con algunas alternativas, habia llegado á ganar hasta aquel momento, mil quinientas onzas, que las habia

dejado depositadas en la banca en que seguia jugando.

No se habia levantado de su asiento en los dos dias, mas que los instantes precisos para desempeñar las funciones necesarias á la vida.

El capital que tenia, era suficiente ya para hacer la felicidad de una familia; pero en lo que menos pensaba él entonces, era en su mujer y en sus inocentes hijas.

Mientras él exponia á una carta centenares de onzas, ellas perecian de necesidad en el rincon de su pobre casa.

¿Qué le importaban á él las miserias de los otros, ni cómo acordarse de ellas, si su corazon se saciaba, y su memoria estaba fija en un solo objeto, el oro....?

¿Qué amor puede tener á los objetos mas caros de la naturaleza, el hombre que deja las caricias de sus hijos, las dulces y cariñosas palabras de amor de su esposa, los goces de la familia y la tranquilidad del hogar doméstico, por la repugnante compañía de hombres viciosos y corrompidos, por la pesada atmósfera de una sala de juego en

que se respira con dificultad, y por la desesperacion y las palabras de ira de los que solo se han reunido para arruinarse mutuamente?

La sala entre tanto iba llenándose de gente que llegaba de la capital.

Millares de carruajes se detenian en la entrada de la plaza.

De uno de ellos saltaron en aquel instante varios jóvenes de elegante porte que se dirigieron inmediatamente á la casa de juego mas cercana, excepto uno de ellos que, menos ambicioso ó mas observador, se puso á pasear por la plaza poniendo cuidado en cuanto le rodeaba.

Este joven era Félix, el dependiente de Flan y supuesto primo de Soledad, que habia ido á Tlalpam con objeto de hablar al señor Duval sobre un asunto de comercio que le habia recomendado mucho su principal, y que era preciso despachar al siguiente dia.

Esperando, pues, la hora que creyó mas oportuna para desempeñar su comision, se acercó, sin otro objeto que el de distraerse

observando á las mesas en que la gente pobre se ocupaba en exponer á los juegos de azar, que al aire libre se celebraban, los ahorros tal vez de todo el año.

—Adios, chico:—oyó que le decia un joven elegante y de buen humor, á otro que se detuvo á comprar fruta.—¿Qué tal te han tratado?

—Como á todos: no me han dejado mas que este real que estoy empleando en comprar manzanas para depositar algo en el estómago, pues hasta el dinero que tenia destinado para comer lo he perdido.

—Igual cosa me ha sucedido á mí, aunque con la notable diferencia que á mí ni para manzanas me ha quedado.

—Pues si gustas de éstas, aquí las tienes.

—Sí, tomaré un par de ellas siquiera para entretener el hambre.

—Y encima tomaremos un trago.

—¡Hola! Eso es bueno; así podremos echar algo caliente al estómago. ¿Tienes vino, eh?

—No; pero podremos tomar agua, que nada cuesta, y aquí es buena.

—Excelente licor para tomarlo encima de las manzanas, y coger un cólera-morbo que nos lleve al otro barrio.

—Pues amigo, no queda otro remedio; conque vamos.

—No; suspendamos por un momento esa purga, que aquí llegan varios amigos, y puede ser que hayan sido mas afortunados que nosotros.

—¡Dios te oiga!

No bien habian acabado de decir estas palabras, cuando se acercaron á nuestros dos interlocutores cuatro jóvenes á quienes hicieron esta pregunta de costumbre en esos dias.

—¿Qué tal les han tratado á vdes?

—A mí, perfectamente, porque me han aligerado completamente del peso que llevaba en los bolsillos, y de balde, que no lo hacen así los recaudadores de contribuciones que le cobran á uno, por haberle desplumado, un tanto por ciento.

—Pues á mí me han dejado á la cuarta pregunta; esto es, pidiendo *el pan nuestro de*

cada dia dónosle hoy, que es la cuarta petición del Padrenuestro, y la mas interesante en estas alturas.

—Pues no he sido yo mas afortunado:—añadió otro;—porque he perdido hasta los dos pesos destinados al billete del carruaje, y tendré que hacer el viaje como el judío errante.

—¿Quién piensa en volver á México—añadió el cuarto—sin asistir primero por la tarde al baile del Calvario, y por la noche el que se dá en los Gallos, pasando alegremente las horas hasta el amanecer?

—¿Cómo quién? todos. Conque no tenemos para saciar el apetito ni para volver en coche, y habíamos de pensar en el baile!

—¿Por qué no?

—¿Y quién nos da para pagar la entrada?

—Yo.

—¡Hola!—dijeron todos con alegría y rodeándole:—¿Con que has ganado, eh? ¡Si eres el hijo de la dicha! ¡Y cuánto, cuánto?

—Hasta ahora, nada.

—¡Nada. . . .!

Exclamaron á la vez, sucediendo á la animacion de la esperanza el desconsuelo del desengaño.

—Pero ganaré, porque me ha dado, como dicen, *corazonada*.

—Bueno;—le dijo uno;—pero juega *chica*, porque se estaba haciendo *chica* cuando yo me quedé á la luna de Valencia.

—No;—le aconsejó otro;—juega mejor á la primera que salga.

—Yo creo—añadió un tercero—que lo mas acertado es jugar *lugar*.

—Para el que está de suerte—observó uno—las reglas son inútiles, pues á cualquiera carta que ponga, ganará.

—Es cierto. ¿Y cuánto es tu capital?

Le preguntó el primero.

—Dos....

—¿Doscientos pesos?

Le interrumpió el mismo sin dejarle acabar.

—No; dos....

—¿Dos onzas?

Exclamó el segundo atajándole tambien la palabra.

—No, hombre; dos....

—¿Dos pesos?

Preguntó el tercero con igual impaciencia.

—Tampoco; dos....

—¿Dos mil?

Exclamó otro frotándose las manos.

—Si no me dejais decir cuánto, nunca acabaré.

—Bien, ya te dejamos; habla.

Y le volvieron á rodear y á mirarle con interes, como el náufrago mira la playa que de repente se presenta á su vista.

—Es decir que estais empeñados en saber la cantidad?

—Sí.... sí: ¿cuánto?

—Dos reales.

Todos dejaron escapar una exclamacion de disgusto haciendo un gesto de desagrado.

—¿Dos reales....!

Dijeron despreciativamente.

—Sí, dos reales, que es cuanto me han dejado; pero ¿qué importa la cantidad?

—¿Cómo qué? Con dos reales no puedes

jugar albures, pues no se admite en ellos menos de tres pesos.

—No se juegan albures.

—Pues entonces ¿á qué juegas?

—Al imperial: seguidme, ya vereis, ya vereis cómo gano.

Y se dirigió hácia la mesa del *imperial*.

Félix, sin detenerse á ver el resultado del juego, siguió su paseo: visitó el palenque de gallos, donde tenian lugar unas tras otra las peleas de esos bravos animales, y en que se cruzaban gruesas sumas de dinero; en seguida recorrió algunas de las bellisimas huertas de la poblacion, y por último, fatigado por el calor y el cansancio, entró á una de las muchas neverias que en esos dias se improvisan por todas partes.

—¿Qué toma vd.—le preguntó un mozo que se acercó á él—de leche, de limon, de rosa, de fresa, de tamarindo, de zapote ó de lima?

—De limon.

—¿Vaso chico ó grande?

—Grande.

—Está muy bien, señor amo.

Félix, que se habia colocado en un rincón, junto á una cortina que servia de division á la pieza para hacer de ella dos departamentos, se puso á tomar tranquilamente su refresco, cuando oyó algunas palabras que despertaron su curiosidad, pronunciadas por algunas personas que debian estar, sin duda, junto á él, pero á las cuales no podia ver, porque mediaba entre ellas y él, la cortina divisoria.

—¿Y dónde dices que encontraron muerto á ese hombre?

Preguntó una voz de mujer.

—En la esquina del *callejon de Mecateros* enfrente de las *Cadenas*.

—¿Y era jóven?

—Jóven, y de muy buena figura; blanco, de pelo rubio, y bien vestido.

—¿Y de qué era la herida?

—De pistola.

—Tal vez tendria algun rival y....

—Eso creen muchos, que le mataron sorprendiéndole traidoramente.

—¿Y hace mucho de eso?

—Yo lo he sabido hoy; pero creo que el suceso no pasará de dos ó tres dias,

Félix se sorprendió sobre manera: aquellas señas correspondian perfectamente con Nuñez.

Hacia precisamente tres dias que habia tenido lugar el concierto, y que habia oido tiros hácia al callejon de Mecateros, poco despues de haber salido de la reunion el jóven que tanto habia llamado la atencion, pulsando el piano.

Felix, como todo hombre de hidalgo corazon, se conmovió profundamente al escuchar aquella fatal noticia.

Cierto es que pocos dias antes habia experimentado cierto desasosiego interior al ver que ocupaba aquel hombre un lugar preferente en el corazon de la hermosa Soledad; pero aquel sentimiento moria ante el deseo de la felicidad de la interesante jóven.

La dicha de ésta le interesaba mas que la suya propia; y al considerar en el golpe fatal que recibiria al saber la muerte del sér que vivia á todas horas en su mente, su

corazon se oprimió de profunda pena y de letal melancolía.

Félix aplicó con mas atencion el oido para ver si en efecto correspondian con Nuñez las señas que siguiesen dando de la víctima, y se convenció de que no podia ser otro.

Triste con la consideracion del pesar en que aquella noticia sumergiria á la sensible Soledad tan luego como llegase á sus oidos, iba á levantarse para desempeñar su comision con Duval y volver al lado de la hermosa jóven, cuando le detuvieron estas nuevas palabras, pronunciadas por las mismas personas.

—¡Siempre matan á los buenos: ¿á qué no matan al *dotor* Willey?

—¡Qué ganas tiene mi compadre Margarito de que se muera ó maten al *dotor*!

—¡Y no tengo razon, compadre D. Loreto? Si ese hombre de *al tiro se pela* con respeto á mujeres: ni nuestras novias están seguras con él: siempre que tenemos algun baile, allí está él platicando con la linda

Piés de Plata, mientras hace guiños á la *Tangos*, y pela el *jalisco* á la *Federacha*.

—¿Y qué hay con eso?—contestó ésta:—
¿No puede platicar con *quen le nazca*? La pena es para él, pues lo que nos dice nos entra por un oído y nos sale por el otro.

—¿*Quen sabe*.....! Al fin es de *futraque* y de *tiros largos*, y á las mujeres siempre les da por la *deciencia*; pero el día en que se me suba el *jumo* á las narices, le doy un *jierrazo* que le echo *juera* el *mondongo*.

—No diga vd. eso, compadre.

—¿Y por qué no?

—Porque es socio del señor Duval, por quien ganamos *harta* plata.

—Mas gana él por nosotros.

—¿Cómo!

—¿*Queren vdes., valedores*, que les diga lo que pienso?

—Sí.

—Pues en mi *conceuto*, los pesos que solemos conducir no son fabricados en ninguna casa de moneda de la nacion, ni los hace ningun empleado del gobierno.

—Pues ¿en dónde?

—En alguna de él.

—¿De Duval!

Félix prestó mayor atención á lo que hablaban.

—Sí.

—Pero ¿en qué se funda vd., compadre, para decir eso?

—Me fundo en que siempre nos entregan el dinero en el pueblo á donde vamos, de noche y con muchas precauciones, y salimos antes de nacer el día.

—Eso no tiene nada de particular.

—¿No?

—No.

—Pues bien, aquí para entre nosotros—añadió bajando la voz cuanto le fué posible, pero no tanto que no pudiese oír Félix lo que decía—como que soy *pico largo*, y queria salir de mis dudas, partí una vez un peso, y ví que lo de encima era plata y el corazon de cobre.

Félix se sorprendió.

—¡Vaya! esa seria una casualidad.... ¡hay tantos pesos falsos!

—Eso creí yo al *prencipio*; pero como al

siguiente viaje partí otro, y luego otro, y todos me salieron iguales, ya casi no me queda duda de que Duval es monedero falso.

Félix no quiso escuchar mas: aquellas palabras habian despertado en él sospechas que se propuso descubrir.

Las grandes compras hechas con tanta frecuencia por Duval sin detenerse en ajustar los géneros; la franqueza con que muchas veces adelantaba al señor Flan gruesas sumas de dinero sin exigir premio ninguno, y las periódicas remesas en metálico que recibia del interior, todo concurrió á hacerle creer en aquel momento que las palabras que acababa de escuchar, no carecian de fundamento.

Levantóse, pues, de su asiento, y dominado por la sospecha que se habia introducido en su alma, y por el sentimiento de la muerte del jóven que, en su concepto, no podia ser otro que Nuñez, se dirigió á des- empeñar la comision que le habia llevado á ver al señor Duval, resuelto á volver inmediatamente á México para descubrir lo

mas pronto posible la verdad, pero sin comunicarle nada al señor Flan, hasta no estar plenamente convencido de la verdad.

Al entrar en la sala de juego, tropezó con los mismos jóvenes que habia visto en la plaza, y que ahora salian llenos de alegría y de entusiasmo.

—¿Lo ven vdes. ahora?—decia el que se dirigió á jugar al imperial.—¿Ven vdes. cómo con la peseta gané treinta y seis de un golpe en el *imperial*, ó lo que es lo mismo, nueve pesos, y con los nueve pesos con que ya pude venir á jugar albures, he ganado cincuenta onzas?

—Es verdad.

—¿Y qué merecen vdes. ahora por haberse burlado de mi pronóstico, cuando dije que yo les proporcionaria el dinero para todos los gastos?

—Que nos lo dieses doble.

—Merecian vdes. que yo les dejase con el estómago vacío; pero no: vamos á comer todos, como entonces dije, opíparamente: despues iremos al baile del Calvario, en la

noche al de los Gallos, y mañana temprano á México, para desempeñar nuestras obligaciones, y no volver á jugar hasta el año entrante.

—Dices bien.

—Lo malo es que en el baile no estarán las dos jóvenes mas lindas de México.

—¿Quiénes?

—Clotilde y Luz.

—Cierto.

—¿Y por qué?

—Porque la primera está en visperas de casarse con Duval, y por lo mismo, triste y retirada de las diversiones, pues le hacen renunciar á Leopoldo; y la segunda se ignora á dónde la llevaron sus raptos.

—¿Pobre Leopoldo, y pobre Rafaell Pedro, señores, yo tengo un apetito indecible, y puesto que hay quien haya ganado y nos convide á comer, estoy porque obsequemos las necesidades del exigente estómago.

—Apruebo la proposicion.

Gritaron todos.

—Pues á comer á la fonda.

Exclamó el que habia ganado.

Y todos se encaminaron hácia la fonda.

En el mismo momento en que aquellos jóvenes salian llenos de contento y de satisfaccion, se veia en la mesa de juego un hombre con los ojos encendidos, con la desesperacion pintada en sus facciones, y con los lábios blancos y secos por la ira.

Tenia clavada la vista en una carta, á la cual habia apostado cuatrocientas onzas.

Aquel hombre casi no respiraba, temiendo atraer la carta contraria con su aliento.

Un sudor frio bañaba su frente.

Su boca se veia entreabierta por un impulso de temor y de esperanza.

Media hora antes, aquel hombre casi habia sido dueño de cuanto tenia la banca; pero la suerte le volvió la espalda, y no le quedaba de todas sus ganancias, mas que lo que acababa de apostar.

Su ansiedad era extrema.

A cada carta que salia, sentia impulsos de retirar su apuesta; pero la esperanza de que podia salir la suya le contenia, y dejaba correr el albur dominado siempre de los mismos impulsos.

Cada carta que empezaba á asomar, era un salto que le daba el corazon.

¡Oh....! aquel era un tormento inaudito que se prolongaba por lo mucho que se retardaba en decidir la suerte.

Aquel desgraciado era Diego; el esposo de Elisa.

La ambicion de desbancar, de llevarse hasta la carpeta, si hubiera sido posible, le habia obligado á continuar jugando cuando se encontraba con una ganancia de cerca treinta mil pesos.

Creyó que indudablemente se le iban á realizar sus bellos ensueños de grandeza, y dejándose dominar por su codicia, desafió á la fortuna que le volvió el rostro indignada de que abusasen de su condescendencia y de su favor.

Ciego entonces por la ira y el despecho de verse contrariado, duplicaba las apuestas con la esperanza de acertar un albur y recobrar lo perdido, pero sus ilusiones se desvanecian ante la realidad.

Todo lo fué perdiendo.

La suerte se declaró su enemiga, y lu-

char contra ella era coabyuvar á su propia ruina.

—¡Oh....! si llego á rehacerme de la cantidad de que ya era dueño, me retiré al instante á mi casa y no vuelvo á jugar en mi vida.

Decia interiormente en aquel momento en que el tallador iba corriendo la baraja.

Pero aquellas mismas palabras las habia dicho ya varias veces en aquel mismo dia, cuando miraba menguarse su capital; pero aunque tres veces se volvió á ver dueño de lo que habia poseido, otras tantas se olvidó de su propósito, y anhelando llevarse cuanto habia en la banca, llegó á verse por último en el caso extremo en que le acabamos de encontrar.

El albur entre tanto corria.

Era un cinco para un cuatro.

Diego iba al cuatro.

Sus ojos, fijos en la baraja, estaban inyectados por la sangre que se le agolpaba del corazon.

Su pecho estaba oprimido como por una plancha de hierro.

Su respiracion era desigual y agitada.

A cada carta que empezaba á asomar, su pupila se dilataba; la sangre suspendia su circulacion; una corriente fria helaba sus miembros, y un estremecimiento interno sacudia su naturaleza.

Nadie pronunciaba una palabra.

Un silencio sepulcral reinaba en la sala.

No se escuchaba mas que el ligero ruido de la baraja, que magistralmente corria el tallador, haciendo palidecer á cuantos rodeaban la fatal mesa.

Diego estaba demudado.

Casi convaliente aún de su enfermedad y de su herida; débil su cerebro por la excitacion nerviosa, originada por sus continuas noches de vigilia, su continua agitacion y su falta de alimento, presentaba un aspecto el mas imponente y desgarrador.

De repente clavó la vista con mas ansiedad en la baraja..... apareció el principio de una carta..... era, á no dudar, un cuatro ó un cinco..... la ansiedad era terri-

ble..... El tallador corrió..... ¡Era un cinco.....!

Diego se llevó la mano á la frente dándose una palmada; dejó escapar un gemido; se levantó de su asiento..... y salió á la calle con los ojos inyectados, con la corbata y el chaleco en desórden y frenético como un loco.

¡No tenia un real.....!

¡Lo habia perdido todo.....!

¡Ni aun contaba con la suma para tomar el billete del carruaje y volver á México.....!

En aquel momento, dos hombres montaban en un ómnibus que regresaba á la capital.

Uno de ellos era Félix: habia desempeñado su comision y volvia pensando en la muerte de Nuñez y en la manera de descubrir la realidad con respecto á la conducta del señor Duval.

El otro personaje era Willey, que al ver al esposo de Elisa en la imposibilidad de volver por entonces al lado de su esposa, trataba de aprovechar aquellos instantes

oportunos para alcanzar sus depravados fines.

La noche empezaba á tender su negro manto sobre la anehurosa tierra.

Las salas de las casas de juego estaban ya espléndidamente iluminadas.

Dentro de ellas se escuchaba el ruido del oro.

Fuera, la plañidera voz de los miserables mendigos que demandaban una limosna.

Por una puerta se veía entrar á los que iban llenos de risueñas esperanzas, halagados por el dulce ensueño de ganar.

Por la otra se veía salir á otros, tristes y desesperados.

La plaza estaba llena de estos últimos, que se dirijian al baile para tener siquiera donde pasar la noche, y estar al abrigo de la intemperie, mientras otros se agrupaban al rededor de los que montaban en coche, para ver si encontraban algun amigo que les pagase el viaje para volver á México, en tanto que no pocos se veian precisados á esperar la luz del dia, sentados debajo de

un sombrero, ó á volver á pié á la capital, haciendo una jornada de cuatro leguas, sin lastre en el bolsillo, ni en el estómago.

El ómnibus en que hemos visto entrar á Willey y á Félix, se disponia ya á partir.

En aquel momento llegó á aquel sitio Diego, el esposo de Elisa, pálido, con la corbata en desórden, con los ojos inyectados en sangre, y como fuera de sí, queriendo entrar en el carruaje.

Pero no tenia dinero.

El doctor, al verle, se cubrió para no ser descubierto, entre las muchas personas que ocupaban el ómnibus.

Su objeto era dejarle allí, para poder hablar á Elisa sin temor de ser sorprendido.

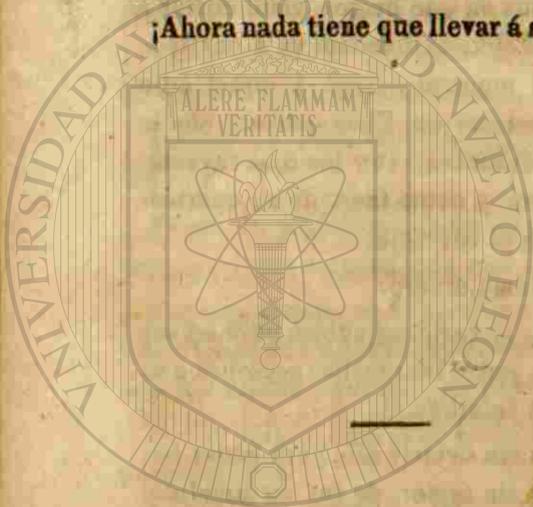
La oscuridad de la noche era ya completa.

El cochero subió en el pescante: dió el grito de "vamos," y mientras el carruaje partia velozmente, llevando á los individuos que habian penetrado en él, Diego, con los brazos cruzados, quieto en medio de la plaza como un insensato, ardiendo la frente y oprimido el corazon, pronunciaba palabras

incoherentes, como un desgraciado á quien ha abandonado la razon.

¡Hacia un momento que era dueño de muchos miles de duros!

¡Ahora nada tiene que llevar á su familia!



CAPITULO XI.

Una sorpresa.

—¿Tampoco esta noche vendrá papá á dormir á casa?

Decia la hermosa niña Julia á la infeliz Elisa, mientras su hermana Teresita tenia enlazado con uno de sus lindos brazos el cuello de su mamá, y extendia el otro dando la mano á su querida hermana.

—¿Tampoco, hija mia!

Contestó trismente la desdichada madre exhalando un suspiro.

—¿Y no sabes cuándo vendrá?

—No, Julita, no lo sé.... ¡tal vez mañanal Sí, yo espero que venga mañana.

incoherentes, como un desgraciado á quien ha abandonado la razon.

¡Hacia un momento que era dueño de muchos miles de duros!

¡Ahora nada tiene que llevar á su familia!



CAPITULO XI.

Una sorpresa.

—¿Tampoco esta noche vendrá papá á dormir á casa?

Decia la hermosa niña Julia á la infeliz Elisa, mientras su hermana Teresita tenia enlazado con uno de sus lindos brazos el cuello de su mamá, y extendia el otro dando la mano á su querida hermana.

—¿Tampoco, hija mia!

Contestó trismente la desdichada madre exhalando un suspiro.

—¿Y no sabes cuándo vendrá?

—No, Julita, no lo sé.... ¡tal vez mañanal Sí, yo espero que venga mañana.

—¡Tres días sin verte.! Esto debe entristecerte, ¿no es verdad, mamá...! ¡Y nosotras que no sabemos consolarte.! que no hacemos mas que aumentar tus penas, porque te desvives para que nada nos falte. mientras tú.

—¡Ah! ¡vosotras sois mi consuelo....! Sí, hijas mias;—exclamó estrechándolas contra su pecho con la emocion mas profunda de que es capaz el corazon de una madre.—Vuestro cariño, vuestra obediencia, vuestra ternura para conmigo, es la felicidad mayor á que puedo aspirar en la tierra...! ¡Aumentar vosotras mis penas...! ¡vosotras que sois el bálsamo de mis padecimientos. ¡vosotras que no teneis mas placer que estar á mi lado, como yo no tengo otra dicha mayor que estar con vosotras.! No, hijas mias. lejos de aumentar mis sufrimientos, henchís mi alma de una ventura sin límites, de un consuelo inefable y celestial.

—¡Oh.! ¡de veras, mamá.!

Exclamaron las dos niñas brillando en sus ojos la alegría mas inocente y pura.

—¿Podeis dudarle, hijas mias.?

—¡Ah.! ¡cuán dichosas somos al escuchar que conseguimos minorar con nuestro amor tus penas.!—Dijo Teresita.—Pero si es cierto lo que dices, ¿por qué veo desprenderse de tus ojos en este instante esas lágrimas que bañan tu semblante...? ¿Por qué lloras, madre mia.?

—¡Lloro de placer. de satisfaccion.... de ternura. de amor hácia vosotras....! Sí; estas lágrimas son de exceso de felicidad, de gratitud á Dios que se ha dignado darme por hijas, dos ángeles de pureza y de candor, de obediencia y de amor filial...!

—Pero nosotras solas—advirtió Julia—no podemos tranquilizar del todo tu corazon. Para conseguirlo falta una persona.

—¿Cuál, hija mia?

—Papá, que debe quererte mucho.

—Sí. ¡cómo os quiere á vosotras....!

—¡Pero es muy desgraciado, segun nos dijiste.! Va á trabajar para procurarnos todos los bienes, y solo encuentra reveses de fortuna. ¡Pobrecito.! Desde la úl-

tima noche que le vimos, le quiero mas. ¡Es tan bueno! ¡Aun siento sobre mi frente el beso que me dió al acostarme! ¡Es el primero que me ha dado! ¡Ah! ¿por qué se fué sin despedirse de nosotras?

—Quiso hacerlo.... pero estábais dormidas, y no quiso turbar vuestro tranquilo sueño....!

Exclamó Elisa enternecida, tratando de disculpar á su esposo, y de que conservase en el corazon de sus hijas el cariñoso lugar que corresponde á un buen padre.

—¿De veras?—dijo Teresita irradiando sus ojos de alegría.—¡Cuánto le quiero....! ¡cuánto le agradezco el que se acercase á nuestro lecho! ¡Oh! ¡lo que siento es no haber despertado en aquel instante para abrazarle y despedirme de él....!

—Igual pena tengo yo;—agregó Julia:—y lo peor es que se le agrega la de haber visto tan triste á la señorita Soledad, que ha venido á visitarte despues de tanto tiempo....

—¡Pobre Soledad!

Exclamó Elisa.

—¡Pobre? al contrario:—dijo Teresita.— ¡No tiene cuanto puede apetecer? Coche, lujo, abundancia, todo lo posee; nada le falta.

—No está la felicidad humana en las riquezas, hijas mias....! Poderosos hay llenos de dolencias físicas, que al pasar en doradas carrozas por junto á un infeliz jornalero, que lleno de salud y de apetito, tendido bajo la sombra de un árbol, devora el ordinario alimento, envidian su ordinaria comida, y darian todas sus riquezas por el bien inapreciable que disfrutan. La menor infelicidad, esto es, lo que llamamos felicidad en la tierra, está en la tranquilidad del espíritu, en la paz del alma, en las dulces satisfacciones del corazon. Las riquezas no son mas que un agente que contribuye á proporcionar algunos goces de comodidad en la vida, ó á hacer mas ligeros los padecimientos de nuestra peregrinacion en el mundo; pero no tienen poder, son ineficaces para sanar las dolencias del alma. Muchas veces es menos desgraciado el humilde labrador que cava la tierra desde que

sale hasta que se pone el sol, que el potentado sin ocupación que, hastiado de los placeres, eae en ese inconsolable indiferentismo, que equivale á la privacion de todos los goces, puesto que ninguno de ellos encierra atractivo para él.

—Pues yo siempre he creído que la persona que no necesita trabajar, era mas feliz que aquella que está obligada á ocuparse de algo, puesto que el trabajo es la maldición que echó Dios al hombre cuando le dijo: *comerás con el sudor de tu rostro.*

—Pues ahí se ve la gran sabiduría del Señor, hijas mías. Condenó al hombre á trabajar; y fué tan sábia la pena que le impuso, tan indispensable en la triste situación en que quedaba el mísero mortal perdida la gracia, en su tendencia al mal, que nada es mas grato al hombre honrado que el trabajo que robustece el cuerpo, despierta los sentidos, engrandece su alma, aviva su ingenio, le salva de los vicios, le hace es-
 endriñar los secretos de la naturaleza instruyéndole, y le proporciona nobles goces, tanto mas apreciables y llenos de encanto

y de atractivos, cuanto menos ha podido abusar de ellos. El castigo, pues, se ha convertido en una imperiosa necesidad que, cumplida, satisface y consuela. Sin esa pena, el hombre, aun cuando de nada careciese, viviria en el hastío que se origina de la ociosidad continua, sin saber qué hacer, arrastrando una vida de disgusto, una carga pesada, intolerable, una existencia monótona y desgraciada hasta bajar á la tumba. El mayor castigo que hoy se podría imponer al hombre, seria relevarle por completo de ese castigo que le impuso el Supremo Hacedor, al perder la fuerza de la gracia. Desde el mas rústico campesino hasta el mas poderoso monarca, todos buscan la ocupacion como un consuelo á la vida. Quien de nada carece, busca un entretenimiento para *matar el tiempo*, como suele decirse. La criatura faltó á su Criador, y el Criador, como sumamente justo, le hizo sentir el castigo; pero este castigo, como impuesto tambien por un Sér sumamente sábio y misericordioso, envolvía el bien social, la garantía de los buenos, la práctica

de las virtudes, el antemural á la corrupcion y á la inmoralidad que hubieran nivelado al género humano con las bestias, conduciéndole despues de una vida monótona y cansada á una eternidad de tormentos inauditos.

—¿Es decir que á Adan le impuso ese castigo?

—Sin duda alguna.

—¿Y por qué el castigo no acabó en él sin pasar con la culpa á sus descendientes? Y te pregunto esto, querida mamá, porque el otro dia oí decir á unos señores, que Dios era demasiado bueno para que la inocente familia de Adan pagase el pecado de su padre.

—Esos señores, hija mia, ignoraban lo que debian saber, y hablaban sin conocimiento de la verdad.

—¿Luego es justo que nosotros padescamos como él padeció?

—Nada hay mas cierto.

—¿Y no quieres explicarnos la razon que hay para que heredemos sus desgracias,

pues así podré responder á los que me arguyan en contra?

—Con mucho gusto: os lo voy á explicar con un ejemplo muy sencillo.

—Ya te escuchamos.

Y las dos niñas se acercaron cuanto les fué posible á la bondadosa madre.

—Supongamos que el monarca mas poderoso y benévolo de la tierra, impulsado únicamente del deseo de favorecer á un pobre desgraciado, le colma de favores, le eleva á los primeros puestos, y le nombra embajador de otra suntuosa corte, prometiéndole riquezas, favor y distinguidos honores si cumple fielmente con una mision noble, justa y patriótica que se le confia, mas de despojarle de todo, y aun castigarle, si en vez de desempeñar lealmente su cometido, se descarrila de sus deberes. Supongamos, ademas, que el favorecido tan liberalmente no tiene hijos, y que estando en posesion de su honroso cargo, en lugar de cumplir con las órdenes del monarca, las desprecia y las traspasa, despreciando á su favorecedor y hollando las condiciones

bajo las cuales le colmó de honores, perdiendo, como era justo, por su desobediencia, el alto destino y las riquezas, y volviendo á quedar en la misma miseria de que el favorecedor le sacó llevado de su excesiva bondad. Supongamos, por último, que despues de haber perdido, por su culpa, todo lo que aquel poderoso monarca con liberal mano le habia concedido, tiene una descendencia numerosa; ¿tendrá jamás esta numerosa descendencia derecho para quejarse del que á su padre habia favorecido, ni para reclamar los bienes que á su padre quiso conceder condicionalmente....? De ninguna manera. Los hijos nacieron cuando el que les dió la vida volvió á la miseria, no cuando era embajador; así es que solo heredaron su pobreza y no su esplendor. Adan fué expulsado del Paraiso por su culpa, y toda su descendencia, habida despues del pecado, por un órden natural, consecuencia de los mismos acontecimientos, al venir al mundo se encontró envuelta en la miseria, en la desgracia y los padecimientos, como que Adan ya habia perdido

para entonces todos sus bienes, y no tenia nada que dar á sus desventurados hijos.

—Ahora comprendo perfectamente—dijo Teresita—la causa justa que existe para que heredemos las desgacias y los trabajos.

—Y por eso no es posible la felicidad cumplida en la tierra—añadió la mamá;—porque Adan no la disfrutó despues de la culpa.

—No es extraño de esa suerte—advirtió Julia—que la señorita Soledad, á pesar de las comodidades que disfruta, tenga, como dijo mamá, alguna pena que la inquiete.

—Lo siento:—dijo Teresita;—porque ¡es tan buena con nosotros....! ¡Venir á vernos.... á ofrecer á mamá cuanto necesite...!

—Y que lo ofrece de corazon, hijas mias. Cuando era pobre, cuando era vuestra vecina, siempre venia á socorrer nuestra miseria.... á mitigar el hambre que os aquejaba....!

—Y hubiera seguido favoreciéndonos á no haberle asegurado y convencido que la

señorita Clotilde se habia hecho cargo de atender mensualmente á nuestra subsistencia.

—¡Oh! sí.... las dos se han conducido con nosotras de una manera admirable....! Si no por ellas tal vez me hubiera visto precisada á separarme de vosotras... á suplicar os admitiesen en el colegio de las Vizcainas, sin que en mi soledad tuviese quien me consolase, ni á quien estrechar contra mi corazón, como lo hago en este instante...!

Y Elisa, conmovida, y vertiendo algunas lágrimas, estrechó á sus queridas hijas contra su amoroso pecho.

—¡Separarnos de tí....!—exclamaron las dos niñas acariciándola,—¡Oh! ¡eso hubiera causado nuestra muerte....! ¡No lo recuerdes, mamá, porque nos entristeces....! Mas queremos morir á tu lado de miseria y de necesidad, que gozar, separadas de tí, de todos los bienes de la tierra....!

—¡Hijas mías....!

Pronunció Elisa; y no pudo continuar, porque la emocion y las lágrimas embargaron su voz.

¡Es tan grato para una madre verse amada tiernamente por sus hijos....!

Pobre, abandonada, por decirlo así, del hombre en quien habia creído encontrar el amor y la felicidad.... con un presente triste, y con un porvenir oscuro y amargo, la infeliz se embriagaba en el cariño de aquellos dos ángeles, que con su filial ternura embalsamaban las profundas penas de su alma....!

—¡Ya te has vuelto á poner triste!—Le dijo Julia.—¡Ya vez....? ¡Nunca vuelvas á hablarnos de separacion, mamá! Dios que nos quiere mucho, y al cual siempre rogamos por tu felicidad, nos ha concedido dos benévolas protectoras que nunca nos abandonarán en el mundo, Clotilde y Soledad! ¡No lo crees así, mamá? ¡No crees que te quieren como tú eres digna de ser querida, como te queremos nosotras....?

—¡Sí, hijas mías! Son dos virtuosas jóvenes en quienes Dios ha colocado los mas nobles sentimientos!

—¡Y por qué no hemos de esperar—ad-

virtió Teresita—que cámbie la suerte de nuestro desgraciado papá?

—¡Vuestro padre....!

Exclamó Elisa con sentimiento.

—¿No nos has dicho que salió con objeto de ver si alcanzaba lo necesario para atender á nuestras necesidades?

—¡Sí.... es verdad!

—¿Para no volverse á separar nunca de nosotras?

—¡Sí....! Teresita.

—¡Ah....! ¡Dios quiera que se realice su deseo....! Entonces, sí, que seremos felices, porque tú estarás contenta al verte rodeada de él y de nosotras, que estaremos pendientes de tus mas ligeros pensamientos....!

—¡Gracias, hijas mías....!

—Y obsequiaremos á nuestra excelente maestra Amalia, que con particular esmero nos educa, enviándole un regalo digno de ella y de nuestra gratitud!

—¡Teneis un bellissimo corazón!

—¡Cómo que la pobre está muy triste desde que no se presenta en la ventana la

loca....! Dice que le interesó sobremanera su simpática figura, y que teme que haya muerto ó que le hayan conducido á la casa de dementes.

—¡Pobre jóven!—exclamó Elisa.—¡Y á quién no interesan la hermosura y la desgracia?

—Es que nuestra querida preceptora aprecia á cuantas personas revelan un limpio corazón. ¿No has visto con qué placer estuvo durante la visita que nos hizo la señorita Soledad.... con qué gusto la escuchaba, y con cuánto regocijo la contemplaba?

—Sí; y ambas se han separado tristes y enternecidas, ofreciéndose una amistad íntima. Pero vosotras, hijas mías, teneis ya sueño, la noche está avanzada, y no quiero abusar de vuestro cariño deteniéndoos por mas tiempo á mi lado: podeis, pues, acostaros, mientras yo arreglo en la sala algunas cositas, para que mañana os levanteis á estudiar temprano.

—Como tú dispongas, querida mamá.

Elisa se levantó de donde estaba sentada, y se dirigió con sus dos hijas al sitio en que estaba la cama de éstas, separada de la suya por un biombo: las desnudó, les dió un beso en la frente, permaneció al lado de ellas hasta verlas entregadas á un profundo sueño; y despues de dirijirles una tierna y dulcísima mirada de compasion y de amor, salió á la otra pieza, dejando para que ventilase la alcoba, entreabierta la ventana hasta la hora en que ella se acostase.

La ocupacion que tenia que desempeñar era entregarse á sus cristianas oraciones.

Para que la luz de la vela no penetrase en la pieza en que descansaban Julia y Teresita, entornó la puerta, colocó el candelero sobre la mesita de pino, se acercó á un cuadro que representaba á la Virgen de la Soledad, se puso de rodillas ante la sagrada imágen, y empezó á elevar hasta el trono de la Madre del Salvador, una súplica ferviente y sentida.

Todo el vecindario descansaba de las fatigas del dia.

La noche estaba oscura como el porvenir del malvado.

Gruesos nubarrones encapotaban el cielo.

Las copas de los árboles que se elevaban en la pequeña pradera, se inclinaban mansamente al impulso del viento, dejando oír un siniestro y pavoroso ruido, producido por las hojas.

Elisa nada escuchaba.

Extasiada en su oracion, sus sentidos y sus potencias estaban en Dios.

En aquel momento apareció en el solitario patio un hombre, mirando cautelosamente á todas partes.

En sus ojos se veian pintados el recelo y la audacia á la vez.

Iba envuelto en un largo leviton, cuyo cuello lo llevaba derecho para ocultar su faz.

Un sombrero de ala ancha le bajaba hasta las cejas, envolviendo en sombras lo poco que le quedaba descubierto del rostro.

Un grueso baston de estoque sustentaba en la mano derecha.

Sus pasos eran largos; pero se detenía á

cada uno de ellos para observar si alguien se movía en aquel recinto.

—¡Nada.....!—dijo después de permanecer en observación un rato:—¡Nadie se mueve.....! ¡todos duermen....! ¡Ea, valor....! ¡tuya es la noche.....!

Y aquel hombre, conteniendo la respiración y marchando sobre las puntas de los pies para no hacer ruido, se fué acercando poco á poco, y como un fantasma, hácia la habitación de Elisa.

De repente se detuvo, y miró hácia atrás para ver si alguien le seguía.

En seguida dió otros pasos más, y llegó al sitio deseado.

Al acercarse, volvió á dirigir la vista á todas partes para cerciorarse de que estaba solo.

Convencido de ello, aplicó el oído á la puerta, y nada escuchó.

Entonces miró por la cerradura, y vió que había luz dentro.

Registró con la vista la pieza, y descubrió á Elisa arrodillada, orando fervorosamente.

Al verla, su corazón latió con violencia; sus ojos se inflamaron con el fuego de una pasión satánica, y en sus labios vagó una lábrica sonrisa.

—Está sola.

Dijo para sí con diabólica satisfacción.

De repente hizo un gesto de temor.

—¡Estará cerrada la puerta?

Pensó. En seguida, dominado por una irresistible impaciencia, empujó suavemente la puerta.

—¡Está abierta.....!

Exclamó para sí con indecible alegría.

Satisfecho de aquella favorable circunstancia, siguió empujándola cuidadosamente evitando hacer el menor ruido.

Elisa, que se hallaba de espaldas, nada advirtió.

El hombre, al ver que había suficiente espacio, asomó la cabeza, luego el pecho, y por último deslizó todo el cuerpo, penetró en la pieza sin ser visto, y cerró la puerta tras de sí con llave, guardándose ésta en el bolsillo.

El ruido de la cerradura sacó á Elisa de

su éxtasis religioso, y la hizo volver la cara.

—¡Dios mio....!—exclamó sobresaltada y levantándose precipitadamente:—¡Willey...!

Y quiso correr para penetrar en el cuarto de sus hijas.

Pero el doctor que habia previsto aquel movimiento, guardaba ya la entrada de la alcoba.

La afligida mujer corrió entonces hácia la que daba al patio, con objeto de pedir auxilio, pero la encontró cerrada.

—No puede vd. escapar, Elisa: está vd. en mi poder, y la menor voz que dé vd. será la sentencia de muerte de una de sus criaturas.

Elisa quedó aterrada con aquella terrible amenaza.

—¡Ah....! ¡qué intenta vd....!

Exclamó temblando y pálida como la muerte.

—¡Puede vd. ignorarlo, Elisa....? ¡Puede intentar el que ama con delirio, el que muere de amor, el que muere con los desprecios de la mujer que adora, puede intentar otra cosa, repito, mas que el fin de

sus padecimientos, de sus penas, de sus humillaciones, con el logro de una correspondencia que le vuelva la vida, la calma y la felicidad....?

—¡Oh! ¡me hace vd. estremecer....!

—Tengo en mi poder, hace tiempo, un papel que podria vengarme de sus continuos desprecios, si yo tratase de vengarme.... un papel que si cayese en manos de su esposo....

—¡No....! ¡no será vd. tan cruel que anhele aumentar la desgracia de una infeliz familia que en nada le ha ofendido....!

Dijo Elisa juntando las manos con una expresion de dolor indescribible.

—Pero no se trata aquí de venganza.... yo no he venido á amenazarla con él, sino á suplicar, á rogar, á pedirle una palabra de amor que me haga olvidar en un instante, todos sus desdenes, toda su ingratitud...! Una palabra de amor que, al hacerme sentir todas las dichas de la tierra, le haga á vd. dueña de ese mismo papel que hoy le sobresalta y le inquieta.

—¡Y cree vd. que mi sobresalto y mi in-

quietud cesarian con la posesion de ese papel, recibéndolo como pago de mi infamia? No, doctor: ya otra vez me ha hecho vd. esa horrible proposicion, y la he desechado indignada.... Entonces le dije á vd. que preferia los enojos y la cólera de mi esposo á la deshonor que vd. me proponia, y hoy, repito lo que entonces dije: "¡todo antes que mi amor....!"

Willey se mordió los labios.

—¿Es decir que no hay esperanza de que alcance por mi deferencia y sufrimientos, la correspondencia de su cariño?

—¡No....! ¡jamás....! ¡antes la muerte...!

Exclamó Elisa con una resolucion que hizo estallar la cólera de Willey.

—Pues bien, Elisa; lo que no han conseguido los ruegos y las consideraciones, alcanzará la fuerza

—¡La fuerza....!

Dijo sobresaltada la desdichada mujer, mirando hácia todas partes para ver si encontraba un sitio por donde huir de aquel hombre que le aterrorizaba.

Pero la puerta del patio estaba cerrada

con llave, y la de la alcoba se encontraba guardada por el doctor.

—¡Sí, Elisa; por la fuerza....!—exclamó éste con ronco acento:—Está vd. sola.... Diego se halla lejos de aquí.... imposibilitado de volver esta noche, porque todo lo ha perdido.... ¡Nada le puede á vd. salvar..... Está vd. en mi poder.... ¡y no saldré de aquí hasta no haber alcanzado la dicha, por tanto tiempo esperada....!

Y los ojos del doctor brillaron con el fuego de una pasion impura, encendidos como dos áscuas, y como queriendo salirse de sus órbitas: en su horrible semblante pintóse la lujuria, hincháronse las venas de su frente con la sangre impura que se agolpaba de su inflamado pecho, y á sus labios se asomó la lúbrica sonrisa del hombre enagnado en el miserable vicio de la lujuria.

Un grito de terror lanzó Elisa al conocer el peligro que le amenazaba.

Willey conoció que era el momento oportuno de vencer de su víctima; y sin darle tiempo á que volviese del terror que le dominaba, se dirigió á ella.

Un solo paso le separaba de Elisa, cuando se sintió agarrado por detras por un hombre que le sujetaba fuertemente de los brazos.

Aquel hombre habia entrado por la ventana de la alcoba en que dormian las niñas, y que, como hemos visto, habia dejado abierta la esposa de Diego.

El doctor no podia ver quien le sujetaba; hizo un movimiento para desprenderse, y lanzó un grito de rabia al ver que eran impotentes sus esfuerzos para conseguirlo, y que estaba sujeto y oprimido como por un tornillo de hierro.

Elisa ignoraba quien era aquel hombre... No recordaba haberle visto nunca, y temió que fuese un malhechor que habia penetrado con siniestros fines.

Sobrecogida de terror, y queriendo aprovechar aquel momento oportuno, iba á penetrar en la alcoba de sus hijas para pedir auxilio á la vecindad; pero le detuvo el ruido de una llave con que abrian en aquel momento la puerta.

El hombre que sujetaba al doctor, sor-

prendido á su vez por aquel ruido, aflojó sus manos, y Willey, advertido al instante de ello, hizo un fuerte impulso, se desprendió de él, penetró en la alcoba, y saltando por la ventana al patio, huyó á la calle, al mismo tiempo que se presentó en el umbral de la puerta, con los ojos encendidos de ira, despeinado el cabello, en desórden la ropa, y cubierto de polvo, el esposo de Elisa.

Esta, aunque inocente, quedó anonada al verle.

Diego arrojó sobre ella y el hombre que estaba á su lado, una mirada horrible.... rechinó los dientes.... dejó escapar de sus lábios una imprecacion espantosa.... sacó del bolsillo una daga.... se avalanzó á ellos....

Se oyó un grito....

Tras él se escuchó el ruido de un cuerpo que cae á plomo en el suelo....



CAPITULO XII.

Sentimientos del alma.

Al llegar de Tlalpam á México, los viajeros desmontaron del ómnibus, y se dirigieron á sus respectivas casas.

El doctor, deseando aprovechar el tiempo que Diego estaba ausente, marchó hácia la habitacion de Elisa, y mientras en ella tenian lugar los acontecimientos que dejamos apuntados en el capítulo anterior, Félix, dependiente de Flan, dió parte á su principal del resultado de la mision que habia llevado, aunque nada le habló por entonces del diálogo que por casualidad habia oido, y en el cual se le hacia aparecer á Duval como monedero falso.

Dejando, pues, para otra ocasion que él habia resuelto ya, la aclaracion de aquel asunto, se dirijió á ver á Soledad, temiendo que hubiese llegado á sus oidos la desgraciada muerte de aquel que, en su concepto, no podia ser otro que Nuñez, puesto que sus señas correspondian perfectamente con su cuerpo y su figura, segun pudo observar en el concierto la única vez que le habia visto.

Pero pronto conoció por las preguntas que le hizo, y por la conversacion que promovió la hermosa con respecto al hombre á quien no podia apartar de su memoria un solo instante, que ignoraba la noticia que él habia escuchado, y no quiso por lo mismo ser él quien desgarrase su corazon.

En aquel momento se presentó una criada anunciando que el señor Flan pedia licencia para pasar á ver á la señorita.

Soledad se sorprendió.

Era la primera vez que el señor Flan solicitaba una entrevista con ella.

—Dile que venga cuando guste.

La criada se fué y la jóven continuó.

—¿Qué tendrá que decirme? ¡No sé por qué me sobresalta esta inesperada visita...! ¿No sospecha vd. lo que la motivará, Don Félix?

—Sí; y aun creo adivinar la causa.

—¿Sí? ¡Y cuál es?

—Mi principal me ha hablado mil veces de vd., haciendo de sus virtudes los merecidos elogios, ponderándome la felicidad que conseguirá el hombre que tenga la fortuna de alcanzar su amor; y en mi concepto, la entrevista que solicita, no reconoce otro origen que el de una declaración amorosa.

Soledad se puso pálida.

—¿Será posible!

Exclamó afligida.

—Sin duda alguna. Pero nada debe vd. temer. El señor Flan tiene un corazón noble y generoso; sabe apreciar las altas virtudes como corresponde á todo hombre bien nacido, y no exigirá, si vd. le expone lo que pasa en su alma, que sacrifique vd. sus afectos al agradecimiento y á la compasión.

—Sí; le abriré mi corazón; le hablaré con

la franqueza que reclama la honradez, la amarga historia de mi vida; y si no consigo que desista de su intento, abandonaré el lujo de que me ha rodeado, para vivir en una humilde habitacion, acompañada de mis recuerdos y mis lágrimas....!

—¡Bien, Soledad, bien....!—Dijo Félix conmovido.—Y yo le seguiré á vd. como su leal y fiel amigo.... como su esclavo....

—¡Gracias, generoso Félix....!

Exclamó la jóven profundamente conmovida por aquel rasgo generoso.

—¡Adios, Soledad! La dejo á vd. antes de que llegue mi principal.

Y ambos jóvenes se separaron enviándose una mirada de ternura que revelaba los afectos mas puros del corazón.

Soledad quedó triste y sobresaltada, esperando al hombre á quien debía las atenciones de á un cariñoso padre.

Félix se fué con el corazón oprimido y sobresaltado.

Aquella entrevista solicitada por su principal no podia reconocer otra causa que una declaración amorosa.

Y esta idea le tenia en una inquietud violenta.

¿Por qué?

El mismo lo ignoraba.

Cuando al hablar de Nuñez, pocos momentos antes, la jóven le manifestó que nunca seria de otro que del hombre que hizo latir su corazon por la primera vez, y que si él la olvidaba, ella le amaria toda la vida, Félix quedó triste y abatido.

Ahora, la creencia de que el señor Flan aspiraba á la mano de la hermosa, le atormenta.

¿Es acaso que al meditar en la muerte de Nuñez cruzó por su pensamiento una esperanza que ahora se desvanece, temiendo que la puerta que se abria á la realizacion de un sentimiento desconocido, se cierre con la presencia de su principal?

Esto es lo que él mismo no acertaba á explicarse.

Félix anhelaba, es cierto, la felicidad de la jóven; pero tambien lo es que al imaginar que la memoria de Nuñez se podria borrar de la memoria de Soledad, cuando

llegase á saber que no existia, sintió cierta satisfaccion interna, dulce y balsámica, de que se horrorizó él mismo, espantado de haber podido dar entrada en su alma á ideas contrarias á los deberes sagrados del hombre.

—¿Luego no es mi amor desinteresado y noble....?—exclamó para sí, procurando alejar las ideas que le asaltaban.—Yo aspiraba, sin saberlo á su posesion, y tal vez me alegraba de que Nuñez hubiese muerto....! ¡Ah....! ¡no....!—agregó horrorizado con este pensamiento.—Eso seria un crimen que me atormentaria toda la vida! ¡Imposible, imposible....! ¡No he lamentado su muerte como si se tratase de un hermano....? ¡No he rogado á Dios mil veces porque le devolviese con su amor á Soledad, la dulce paz que le ha robado....?

Y Félix entró á su cuarto analizando los encontrados afectos de su alma, acusándose unas veces, y absolviéndose otras de los intimos sentimientos que abrigaba en su corazon.

—¿Pero si es cierto que mi cariño es sin-

cero como el de un hermano, y no egoísta como el de un amante—exclamó dejándose caer sobre una silla—¿por qué me tiene sin quietud, sin calma y sin placer esta entrevista de mi principal con Soledad....?

Y Félix sentía abrasada su frente y oprimido el corazón.

Tan pronto se levantaba de la silla, como se volvía á dejar caer sobre otra sin encontrar postura ni tranquilidad.

¿Qué pasaba entre tanto en la entrevista entre Soledad y Flan?

El capítulo siguiente contestará á la pregunta.

CAPITULO XIII.

Una declaración inesperada.

Don Felipe Flan tenía treinta y dos años de edad: era alto y bien formado; de ojos y pelo negros; de fisonomía dulce y expresiva; sus modales eran finos, y su manera de vestir, sencilla y elegante.

En todas las circunstancias de la vida conservaba un humor igual y uniforme.

En su semblante jamás se dejaba ver ese ceño adusto con que algunos principales se hacen odiosos á los que se encuentran y sus inmediatas órdenes, y alejan de sí la confianza y el cariño.

Por el contrario, era un hombre afa-

cero como el de un hermano, y no egoísta como el de un amante—exclamó dejándose caer sobre una silla—¿por qué me tiene sin quietud, sin calma y sin placer esta entrevista de mi principal con Soledad....?

Y Félix sentía abrasada su frente y oprimido el corazón.

Tan pronto se levantaba de la silla, como se volvía á dejar caer sobre otra sin encontrar postura ni tranquilidad.

¿Qué pasaba entre tanto en la entrevista entre Soledad y Flan?

El capítulo siguiente contestará á la pregunta.

CAPITULO XIII.

Una declaración inesperada.

Don Felipe Flan tenía treinta y dos años de edad: era alto y bien formado; de ojos y pelo negros; de fisonomía dulce y expresiva; sus modales eran finos, y su manera de vestir, sencilla y elegante.

En todas las circunstancias de la vida conservaba un humor igual y uniforme.

En su semblante jamás se dejaba ver ese ceño adusto con que algunos principales se hacen odiosos á los que se encuentran y sus inmediatas órdenes, y alejan de sí la confianza y el cariño.

Por el contrario, era un hombre afa-

ble y urbano, hijo de padres de escasa fortuna, pero que le habian dado una educacion esmerada, y que mas tarde, dedicándose al comercio, vió recompensados liberalmente sus afanes. Uno de esos hombres modestos y simpáticos que, con su honradez y actividad han sabido crearse una posicion distinguida, y que lejos de avergonzarse de su mediano origen, cifran, y con justicia, su mayor gloria en presentar las privaciones que han sufrido y los trabajos que han pasado durante sus mejores años, como las honrosas páginas de su intachable vida. Una de esas personas que no se han envanecido con los halagos de la fortuna, y que conservando su modestia y afabilidad y el respeto á sus padres que les dieron con su ejemplo el mejor capital que existe, el amor al trabajo y la honradez, llevan en su sencillez la simpatía de sus subordinados, en su franqueza el cariño de sus amigos, y en su benevolencia, el aprecio de la sociedad entera.

La honradez y la sencillez son los mejores timbres de nobleza que puede presen-

tar el individuo que aspire á la estimacion general.

Don Felipe poseía en alto grado estas dos bellas cualidades: reunia ademas, á una educacion esmerada, un corazon generoso que se revelaba en todas sus acciones.

Esta nobleza de sentimientos fué la que le dictó el filantrópico rasgo de proporcionar á la hermosa Soledad un lugar distinguido en su casa y todas las comodidades que contribuyen eficazmente á hacer agradable la vida.

Despues, aunque prendado de sus relevantes virtudes y de su rara hermosura, subordinó su amor á las precisas líneas del respeto, y aunque fino y obsequioso con ella procuraba en todos sus actos indicarla el preferente lugar que ocupaba en su corazon, jamás dejó escapar una frase que se pudiese interpretar por una declaracion, temiendo ser indiscreto en caso de que su alma se hallase ya ocupada con la imágen de otro venturoso mortal.

Pero aquel mismo silencio y aquel temor de que otro fuese ya dueño de su cariño,

fueron poderosos alicientes que aumentaron de una manera indecible su amor.

Abrasado por el fuego de su pasión, que fué creciendo á medida que iba descubriendo cada dia nuevas virtudes y nuevos atractivos, conoció que no le quedaba otro medio de poner término á sus padecimientos que revelar sinceramente los afectos de su corazón á la mujer que ocupaba á todas horas su pensamiento.

Tomada esta resolución, aun vaciló por mucho tiempo, hasta que por último eligió el momento en que nos encuentra nuestra historia.

Soledad le recibió con la amabilidad de una persona bien educada y agradecida, pero inquieta en su interior por el asunto que sospechaba le llevaba á aquel sitio.

—He solicitado esta entrevista—dijo D. Felipe despues de los saludos de estilo y de sentarse al lado de la jóven—no porque juzgue que la hora es la mas oportuna para ello, sino porque he querido aprovechar el instante en que me he creído con mas valor

para tratar de un asunto que importa la felicidad ó la desgracia de toda mi vida.

Soledad comprendió lo que entrañaba aquel introito, y se estremeció.

—¡Un asunto que envuelva su dicha ó su desgracia!

Dijo con voz entrecortada la jóven.

—Sin duda alguna.

—¿Y viene vd. á comunicarme negocio de tan alto interes?

—Le debe, en efecto, parecerle á vd. extraño; pero cambiará de opinion cuando sepa vd. que no se trata de negocios mercantiles, ni de interes pecuniario, ni de nada que tenga relacion con asuntos de comercio.

—Pues entonces....

Contestó titubeando la affigida jóven.

—¿Cree vd., hermosa Soledad, que los bienes de fortuna, por sí solos, bastan á hacer la felicidad del hombre?

—No señor, nunca lo he creído así.

—Hay en la vida de la criatura humana un sentimiento que no puede satisfacerse ni con todos los refinados placeres inventados por la adelantada sociedad de nuestro

siglo, ni con todos los goces que proporcionan los tesoros de la tierra. ¿Comprende vd. cuál es este sentimiento.....?

—Cualquiera de los mas nobles del alma: el de la virtud, el de la esperanza.... el de la conformidad....

—Hay otro.

—El de la tranquilidad de conciencia... el de la piedad....

Y Soledad se detuvo como si no recordase otro alguno.

—Tenga vd. la bondad de continuar....

—Tal vez el de la amistad.

—¿Y no halla vd. otro en el catálogo de los afectos íntimos y puros?

—No traigo á la memoria ningún otro.

—Pues bien, le recordaré yo á vd. el que ha dejado de nombrar, y que es sin duda el que mas dulce y despóticamente domina en todo el mundo y que se entroniza en el corazón de todos los individuos.

—¿Cuál?

—El amor.

—¿El amor!

—Sí, Soledad, el amor. ¿Hay alguno que

se haya sustraído de pagar tributo á su universal imperio?

Soledad guardó silencio.

—Extraño, sin duda, le parecerá á vd. mi lenguaje:—continuó D. Felipe al notar que la jóven permanecía callada.—Tambien á mí se me hace extraño expresarme así, porque es la vez primera que formulan mis labios palabras en sentido amoroso: sufría los tormentos de una pasión vehemente, y la callaba. Amaba con toda la fuerza con que el alma es capaz de amar, y temía confesar mi amor á la hermosa que me lo inspiraba, receloso de ofenderla. ¿Tan angélica y tan pura se ha presentado siempre á mis ojos.....! Sí; tan angélica y tan pura, que no he podido persuadirme de que exista en la redondez del mundo un solo hombre digno de aspirar á la dulce posesión del ángel que idolatro. Pero mi inquietud crecía, y aunque nada me prometiese de mi ningún mérito, confiaba mucho de su benevolencia, conocía las virtudes y generosidad de su noble alma, y descansando en

ellas, me he resuelto á romper un silencio que me oprimia el corazon.

Soledad no supo que responder: estaba convencida de que ella era la persona á que aludia, y pensaba que guardando silencio evitaria una declaracion que temia sobre manera.

—Pero vd. nada me dice, hermosa Soledad;—añadió Don Felipe.—¿Reprueba vd. acaso mi determinacion?

—Nada de lo que vd. dispone puede ser reprobado:—contestó con virginal modestia la jóven;—porque en todos los actos de vd. resaltan su buen juicio, su prudencia y su amabilidad.

—Mucho me lisonjea la buena opinion que de mí tiene vd. formada; pero temo que tenga vd. que mudar de parecer cuando llegue vd. á saber el nombre de la jóven que ha interesado mi corazon, y cuyo amor es el único bien, el bien supremo á que aspiro en la tierra.

—Sea cual fuese la persona en quien haya vd. puesto los ojos, lejos de ofenderse

por la preferencia que vd. le ha dado sobre todas las de su sexo, sabrá agradecer esa distincion con que vd. la honra.

—¿Y si yo solicitase algo mas que agradecimiento? ¿Si en vez de aspirar á su gratitud, tuviese la temeridad de aspirar á su amor?

Soledad se quedó sin saber que contestar: su situacion era cada vez mas difícil y embarazosa. D. Felipe añadió:

—¿No se digna vd. emitir su parecer con respecto á la respuesta que cree vd. alcanzaria?

—Para contestar á esa pregunta, seria preciso saber si el alma de esa jóven se mantenía libre aún del imperio de esa passion que hace poco decia vd. domina en todos los corazones.

—El deseo de adquirir ese conocimiento ha sido uno de los motivos que me han impedido á solicitar esta entrevista.

—¿Cómo!

—Porque vd., mejor que nadie, puede informarme del estado que guarda el alma de

la mujer que idolatro con todas mis potencias.

—¡Yo....!

—Sí; hermosa Soledad, porque esa jóven angelical, dechado de todas las virtudes, de todas las perfecciones y de todas las gracias; esa jóven que respeto y amo como se respeta y ama á los séres pudorosos, sin defecto y sin mancilla; esa jóven cuyo dulcísimo amor inundaria en un océano de dichas inefables mi existencia, convirtiendo el mundo en una mansion de bienaventuranza; esa jóven, es vd.... vd., en quien Dios ha reunido todos los tesoros que embellecen el alma y el cuerpo de la criatura.... ¡Ah.....! sepa, pues, yo de una vez lo que le espera á esta pasion que la belleza y los hechizos de vd. han despertado en mi pecho. Sepa yo si ese corazon, dotado de las mas nobles cualidades, ha permanecido retraido al vivo fuego del amor, ó si acaricia en su fondo la memoria de otro mortal que ha tenido la inefable dicha de alcanzar su angélica ternura.

Y D. Felipe esperó ansioso la respuesta:

sus ojos estaban fijos en el rostro de la hermosa aguardando que se abriesen sus virginales lábios.

Soledad, temiendo ofender con la verdad de sus sentimientos al hombre que le habia colmado de beneficios, y no pudiendo por otra parte contribuir á que alimentase una esperanza irrealizable, buscó las palabras mas dignas y agradables para eludir una contestacion categórica.

Pero esto no podia satisfacer las exigencias de un corazon verdaderamente enamorado.

Don Felipe habia hecho esfuerzos inauditos para dar aquel paso, y no podia retirarse sin saber el lugar que ocupaba en el alma del ángel de sus ensueños.

Las palabras de Soledad, lejos de destruir la duda que respecto á conseguir su amor abrigaba, no hicieron mas que prestarle mayor fuerza, y en consecuencia, avivar el deseo de salir de incertidumbres.

Resuelto, pues, como estaba á recibir una contestacion favorable ó un amargo

desengaño, contestó de esta manera á las dulces frases de la hermosa.

—Me son muy conocidos los finos principios de su educacion, su excesiva modestia y el virginal rubor de su alma pudorosa, para no estar firmemente persuadido de lo mucho que le costará expresar sinceramente los afectos de su corazon; pero estoy cierto de que sabrá vd. disculpar la pretension que tengo de saber si mi pasion puede aspirar á la dicha de verse correspondida, cuando sepa vd. que el conocimiento de la verdad era indispensable á la tranquilidad de mi alma.

—Quien obra siempre con la rectitud de vd. no necesita que le disculpen, puesto que está muy lejos de incurrir en culpa alguna.

—Mil gracias: es vd. muy bondadosa al juzgarme.

—No hago mas que hacer justicia á la rectitud de sus principios.

—Al menos mi mayor empeño ha sido siempre no separarme un ápice de la línea

que trazan la moral y la urbanidad al hombre en sociedad.

—Y estoy segura de que ha conseguido vd. su objeto.

—Me alegro de que á los ojos de vd. haya aparecido de esa manera.

—Y á los de cuantos tienen la dicha de tratar á vd.

—¿Y respecto á mi pasion....? ¿Ha encontrado una acogida tan favorable en el alma de vd. como mi comportamiento....?

—Puedo asegurar á vd. que merecer el amor de vd. me lisonjea en extremo.

—¡Oh!.... á mi me enloqueceria alcanzar de vd. su correspondencia, que es lo que anhelo, lo que codicio, lo que ambiciono en la tierra....! ¿Seré tan feliz que lo consiga....? Suplico á vd. que me responda con toda ingenuidad.... ¡Sí, yo se lo suplico con todas las veras de mi alma! ¿Me ama vd., Soledad?

—¡Ah!....! ¡D. Felipe!—exclamó la jóven tristemente:—¿Por qué exige vd. de mí la respuesta á esa pregunta?

—¡Habré adivinado!—Dijo D. Felipe con abatimiento:—¡Amará vd. acaso ya á otro!

—¡Qué adelantaria vd. con saberlo!

—¡Tal vez á Félix.... á su querido primo!

—No; le juro á vd. que no es á mi primo.

Exclamó rápidamente Soledad.

—¡Luego es á otro! ¡Ah! ¡se acabó mi esperanza! ¡Se acabó mi felicidad!

Dijo melancólicamente abrumado por el peso del dolor el señor Flan.

—Por Dios, D. Felipe, su afliccion de vd. me desgarrá el alma.... ¡Por qué me ha obligado vd. á romper el misterio que encerraba profundamente dentro de mi pecho!

—¡Era preciso! ¡yo no podia vivir atormentado continuamente por la duda! ¡Amaba á vd. con toda la pureza del que ama por primera vez, y necesitaba conocer lo que debia esperar de este amor! ¡Y ya lo he visto!—añadió profundamente conmovido:—¡pesar y lágrimas para el porvenir! ¡Pero no le culpo á vd. de mi desgracia! ¡Podia vd. conocer mi amoroso anhelo cuando el temor habia enmudecido mi lengua,

en tanto que otro se anticipaba á mi declaracion?

—No; no ha sido su silencio de vd., D. Felipe.... ¡Mi desgraciado amor es anterior á la apreciable amistad de vd!

—¡Desgraciado amor ha dicho vd!

Exclamó D. Felipe asombrado con aquellas palabras y conmovido por la manera melancólica con que habian sido pronuciadas.

—Sí señor.... ¡y muy desgraciado!

Y los ojos de Soledad se cubrieron de lágrimas.

Don Felipe, que un momento antes se creyó el mas desgraciado de los hombres, olvidándose en aquel instante de sus penas, solo trató de consolar á la mujer que habia destruido su esperanza. ¡Tan generoso era su corazon, y tan puro su amor hácia aquella jóven, cuya felicidad anhelaba como la suya propia.

—Pero.... ¿en qué consiste esa desgracia?—Preguntó con bondadoso interes:—¡El jóven á quien ama vd....?

—¡Me ha olvidado!

Contestó Soledad sin dejarle acabar.

—¡Olvidarla á vd. despues de conocerla!

—¡Sí, D. Felipe!

—¡Imposible!

—Y sin embargo, nada es mas cierto!

—¿Ha existido algun motivo para ello?

—Ninguno de mi parte.

—¿Y de la suya?

—Lo ignoro!

—Y sin embargo, le ama vd!

—Si él se ha olvidado de sus juramentos, ¿debo yo imitar su falta?

—¡Oh! no sé qué responder á esa pregunta.... ¡amo á vd. tanto!

—Vd., D. Felipe, es acreedor por los distinguidos favores que se ha dignado dispensarme, y por las atenciones de que me ha colmado, á que yo le abra mi corazon con la franca confianza con que lo haria con un hermano.

—¡Gracias!

—Vd. me trajo á su casa sin conocerme; sin saber los antecedentes de mi vida; sin preguntarme siquiera nada sobre ella ni sobre mi familia.

—Me bastó ver á vd. para leer en su rostro las virtudes de su alma, y no hice mas que cumplir con un deber.

—Y yo me creo obligada á cumplir hoy con el mio, revelándole á vd. quién soy, y las causas que concurrieron para conducir-me á la vida oscura en que vd. me encontró; pero ante todo, me veo precisada á suplicarle me conceda un favor.

—¿Cuál es?

—Prométame vd. antes que me lo concederá.

—Empeño mi palabra de obsequiar su voluntad.

—De perdonar una superchería que hasta hoy he sostenido con vd. y con el público; pero una superchería con la que á ninguno ofendia ni dañaba, y que era, sin embargo, la salvaguardia de mi honra.

Don Felipe quedó sorprendido de aquellas palabras. Acababa de oir de los labios de aquella mujer á quien habia calificado de ángel purísimo y sin mancha, que su corazon, para él hasta entonces cándido y

sincero, habia sido capaz de abrigar una superchería, y temió ya que ésta envolvese alguna falta que empañase el limpio brillo de que él habia revestido la honra de aquella jóven de celestial belleza. Sin embargo, la dulce y púdica mirada de sus serenos ojos, el virginal rubor que á sus mejillas se asomaba al escuchar cualquier palabra amorosa, y el indefinible encanto de su fisonomía, argüían una alma sin mancha, libre de los defectos que aquejan á la humanidad.

Inclinado por su benevolencia á juzgar por el libro, pocas veces infiel, de la fisonomía, y alarmado al mismo tiempo por el temor que habian infundido en su pecho las palabras de la jóven, contestó despues de un instante de duda y de silencio.

—He dado mi palabra de obsequiar la peticion de vd., y la cumpliré sea cual fuere.

—Le agradezco á vd. infinito esa deferencia, y hablaré con la sinceridad y la franqueza á que es vd. acreedor por su generosidad.

—Escucho á vd. con impaciencia.

—Hay en la historia de mi vida una página terrible y dolorosa, que la desgracia escribió con candente buril en el libro de sus víctimas.

Don Felipe sintió oprimírsele el pecho con la horrible idea de encontrar algun borron en la conducta de su protegida, y contestó con marcada inquietud y doloroso temor:

—¡Oh! ¡será posible!

—Sí, señor Flan;—continuó la jóven con profunda tristeza.—El nombre que llevo, revela suficientemente las vicisitudes que deben haber combatido mi existencia, pues no es el mismo con que fuí conocida en la casa de los autores de mis dias.

—¡Será cierto!

—Sí, D. Felipe; mi verdadero nombre es Adela. Mi mano estaba destinada á un jóven de relevante mérito por sus virtudes y su talento; pero el destino que se habia propuesto amargar mi existencia, dispuso que la noche vispera del dia en que se de-

bia celebrar nuestra union, y hallándome de visita en casa de una amiga, me anunciase que me buscaba una de mis criadas, diciendo que bajase al momento porque en mi familia habia ocurrido una gran novedad. Yo me despedí inquieta; bajé lo mismo; entré sin reflexionar en un carruaje que me esperaba en la puerta y dentro del cual habia una mujer á quien por la oscuridad no pude distinguir, pero que me figuré fuese una de mis criadas. Sin embargo, no bien acabé de sentarme y de cerrar ella la portezuela echando á correr el coche, cuando ví que aquella mujer me era desconocida; pero no bien me preparaba á dirigirle una pregunta, cuando me ví sujeta fuertemente por uno de sus hercúleos brazos, mientras vibraba con el otro sobre mi pecho un puñal, amenazándome con la muerte si gritaba. Era un hombre disfrazado con el traje de mujer.

—¡Qué infamia!

Exclamó exaltado de indignacion D. Felipe.

—Aterrada y sorprendida caí desmayada,

y cuando volví en mí, me encontré en una pieza lujosamente amueblada, sin puertas, sin balcones ni ventana alguna, con un espacioso tragaluz de hermosos vidrios en el techo, por donde recibia de dia inmensa claridad; un lecho con rico pabellon; un gran espejo que se alzaba desde cerca del suelo al techo; una mesa pequeña sobre la que ardia un hermoso quinqué; en uno de los ángulos un lavamanos con preciosa aljofaina de porcelana de China: embutido en la pared un pequeño estante con libros, y colocadas con simetría una docena de sillas de caoba forradas de damasco carmesí, haciendo juego con un mullido sofá que completaba el adorno de mi prision.

Sin embargo, aquellos objetos, lejos de tranquilizarme, me causaron un horror y un espanto indecibles.

Ellos me dieron á entender toda mi desgracia, porque revelaban que el autor del inícuo rapto no habia tenido por objeto la cantidad que pudiese adquirir por mi rescate, sino el atentar contra mi honor y mi felicidad.

Sobresaltada con esta terrible idea, desgarrada el alma por verme separada del hombre que era el bello ideal de mi existencia, del sér á quien debia haberme unido al siguiente dia, ausente de mis queridos padres que tal vez moririan de pesar al recibir la fatal noticia de mi desaparicion; sola, abandonada y sin defensa.... ¡Ah! ¡yo creí morir de sentimiento y de dolor, y hubiera reventado de pena, sin duda, mi oprimido pecho, si las lágrimas, ese bálsamo consolador del infortunio, no hubieran venido á darle alivio y expansion! Sumergida en un mar de llanto y de tristes reflexiones me encontraba, cuando oí un ligero ruido hácia el lado en que se hallaba el espejo: sobrecogida de espanto, dirijí los ojos hácia él, y ví que giraba hácia dentro sobre su izquierda: la idea de huir por allí y salvarme vino de repente á ocupar mi mente; pero apenas la habia concebido, cuando el espejo volvió á quedarse en su lugar, dando entrada á un hombre de toscos modales y de vulgar aspecto.

Aunque vestia el traje de la gente del

campo, reconocí en él al mismo que, disfrazado de mujer, me sorprendió en el coche.

—Señorita—me dijo con la dulzura que le permitia su ronca voz—aunque debo aparecer á los ojos de vd. como un monstruo, por haberle arrancado con engaño del seno de su familia, pues no niego haber sido yo el que se valió de un disfraz femeníl para sorprenderla, no he cometido esta accion impulsado por mis instintos, sino por obedecer á un hombre que salvó la vida de mi madre, que ha sido despues mi favorecedor, y á quien he jurado servir lealmente. Yo suplico á vd., por lo mismo, que no me conserve rencor, y que me perdone la accion que me he visto obligado á cometer.

La manera con que fueron dichas estas palabras, y la sinceridad que se reveló en su semblante al pronunciarlas, me tranquilizaron un poco.

Yo veía en las facciones de aquel hombre algo de noble; y aun la misma accion criminal que acababa de cometer, advertí que reconocia por origen el reconocimiento, aunque mal aplicado, por desgracia.

—¿Me guarda vd. mala voluntad, señorita? Dijo viendo que yo guardaba silencio.

—No señor; antes le compadezco á vd., porque obra vd. contra sus generosos sentimientos.

—Es cierto; ¿pero qué quiere vd? Le juré á ese hombre servirle en cuanto me pidiera, y no puedo faltar á mi palabra.

—Las promesas son sagradas—le contesté tratando de inclinarle á mi favor y adquirir mi libertad—en tanto que no se apartan de la moral; pues lejos de ser meritorias es un crimen cumplirlas cuando se daña al inocente. ¡Ah! ¡qué bienes le resultan á él de mi desgracia.... del dolor de mis desventurados padres.... de la desesperacion de mi amante.... de mis lágrimas....!

—Lo ignoro, señorita; pero lo que sí sé es, que por mucho que me duela de vuestro llanto y de vuestras penas, nunca dejaré de servir lealmente á mi favorecedor.

—¿Y quién es ese hombre que se goza en mi dolor? ¿qué ha dispuesto que padezca

eternamente! ¿En qué le he ofendido? ¿Qué pretende de mí?

—Tengo órden de no responder á ninguna de las preguntas que se me hagan. Vea vd., pues, si anhela cenar ó se le ofrece algo, en tanto que él llega.

—Nada.... absolutamente nada.... Puede vd. retirarse cuando guste.

El hombre hizo una inclinacion de cabeza, se dirigió al espejo, tocó un resorte, y desapareció detras de él.

Yo volví á quedar abatida y sobresaltada. Comprendia demasiado mi crítica situacion, y adivinaba el objeto de aquel inicuo raptó.

Sin defensa.... entregada á mis débiles fuerzas.... ignorando el sitio donde me hallaba.... ¡Oh! ¡yo no sabia qué hacer....!

En tan terribles circunstancias, mi corazon vislumbró una esperanza.... un defensor.... un compañero.... ¡Dios!

¡Ah! ¡yo levanté los ojos al cielo, caí de rodillas, y llena de ferviente fuego y de viva fé imploré su excelsa proteccion!

Aquella súplica reanimó mi desfallecido

espíritu.... creí que el Eterno respondía favorablemente á mi ruego, y quedé mas tranquila.

No atreviéndome á desnudarme, ni á meterme en mi lecho, me senté en una silla, donde pasé la noche en sobresaltado insomnio....

Así llegó la luz del nuevo día, y con ella el hombre encargado de mi custodia, conduciéndome el desayuno.

—Aun no viene mi protector—dijo colocando el chocolate sobre la mesa;—debía haber llegado anoche, pero una ligera indisposición, un dolor de cabeza, unido á una molesta calentura, le han impedido salir de México.

—¿Luego estoy fuera de la capital?

Exclamé asombrada.

—¿Soy un imprudente!—dijo mi carcelero mordiéndose los labios.—¿Nunca puedo hacer las cosas como se me ordenan!

—¡Ah! sí....—continuó yo:—¡Me lo anuncia el silencio que reina por todas partes! ¡Estoy abandonada del mundo entero y bajo el poder de un malvado....!

El hombre no respondió, y salió dejándome el desayuno.

Cuando volvió al medio día con la comida, le ví triste, pensativo y sério.

Dejó todo sobre la mesa, me echó una mirada escudriñadora, y desapareció sin despegar los labios.

Aquel cambio me hizo estremecer. ¿Reconocía por origen nuevas órdenes recibidas, y que él temía ejecutar, ó acaso un medio seguro de no ser indiscreto?

Yo lo ignoraba; y en esta duda crecían mis temores, y mis súplicas á Dios y á la Virgen!

El temor había desterrado de mis ojos el sueño, y aquella noche, lo mismo que la anterior, la pasé en continua vela, esperando de un momento á otro la llegada del autor de mis desgracias.

Pero nadie se presentó.

La luz del nuevo sol, y de otros seis consecutivos, vino á alumbrar mi prisión sin otra novedad que el aumento de sequedad y de mal humor de mi silencioso carcelero.

El sétimo, al llevarme el desayuno, entró muy triste y abatido.

Yo temblé porque temí que tenía que comunicarme algo desagradable para mí; le miré recelosa, y guardé silencio.

Después de colocar el chocolate sobre la mesa se puso enfrente de mí, cruzó los brazos, y se quedó contemplándome, esperando, sin duda, á que yo le dirijiese la palabra; pero yo permanecí muda, cada vez mas temerosa y sobresaltada.

—Tal vez no llegará vd. á conocer al hombre que, amándola entrañablemente, dispuso que la condujesen á este sitio.

Exclamó con profundo sentimiento, viendo que yo permanecía callada.

—¡Cómo!

Dije sorprendida, y mal disimulando mi alegría.

—Sí; la ligera indisposicion se ha convertido en horroroso tífus, y no tengo esperanza de que se salve.....!

Entonces comprendí la causa de la tristeza y severidad que habia notado en mi carcelero los dias anteriores.

El peligro en que se encontraba la vida de aquel á quien habia jurado servir lealmente, le tenia afligido y de mal humor, mientras yo miraba aquella circunstancia como un marcado favor que la Providencia me dispensaba.

Sin embargo, hice un esfuerzo para disimular mi alegría, temiendo atraerme la enemistad de aquel hombre que me habia tratado hasta entonces con una deferencia y un respeto, extraños en una persona encargada de la odiosa comision de carcelero.

—Bien sé—añadió después de un instante de silencio—que la noticia que á mí me llena de consternacion, á vd. le debe ser agradable: lo conozco: vd., lejos de anhelar que viva ansiará su muerte, porque su muerte equivaldria á recobrar su libertad; pero yo que he recibido de él inmensos beneficios; yo que por él vivo en la abundancia; yo, aunque compadezco las penas de vd., las prefiero á la desgracia de mi protector.

Diciendo esto se despidió de mí, y salió

dejándome asombrada de su franca manera de proceder.

Ocho dias pasé de esta misma suerte.

El rostro de mi carcelero era el barómetro fiel que me indicaba el estado del enfermo, vertiendo en mi alma la alegría su tristeza, y su contento la amargura y el terror.

Una mañana le ví entrar risueño y alegre.

Mi corazón se estremeció dentro del pecho de una manera que hacia difícil mi respiración.

—¡Estaba aliviado sin duda!

Interrumpió D. Felipe con afán.

—Algo mas que eso: ¡estaba convaleciendo! Desde entonces no tuve un instante de quietud.

Aunque estaba persuadida de que la convalecencia del tífus es larga y delicada, cada dia, cada hora, cada instante, esperaba la llegada del autor de mi raptó, y vivia en continuo sobresalto.

¡El menor ruido que escuchaba, me hacia estremecer y temblar, como la hoja en el árbol.

¡Oh....! ¡aquella era una agonía continua!

¡Mi alma estaba atribulada como la del infeliz sentenciado á muerte!

¡La memoria de mis queridos padres y de mi desdichado amante, era mas viva y tierna en aquellos supremos momentos en que me encontraba sola en el mundo y amenazada de un peligro horrible....!

Así pasé otro mes de agonía y de tormentos, sin mas consuelo que mis lágrimas.... lágrimas con que amasaba el pan que comia, y que se mezclaban con el agua que acercaba á mis lábios.

Mis ojos, cansados de llorar, se enfermaron, y mi salud empezó á quebrantarse notablemente.... ¡Ah! esto, lejos de entristecerme, fué para mí satisfactorio. Yo rogaba á Dios que me quitase la vida antes que permitir que me arrebatasen mi honra.

Por fin se me anunció una mañana, que al siguiente dia llegaria el hombre, causa de mi desgracia.

Yo quedé aterrada y sin aliento al escuchar aquella fatal nueva.

A la hora de comer me sorprendió ver entrar con la comida á una mujer extranjera.

—Ha marchado á México, mi hijo, y no debe tardar—me dijo:—Aquí tiene vd. la comida; y por si se le ofrece á vd. algo, yo volveré mas tarde.

Por la noche, al traerme la cena, la ví entrar sobresaltada.

—¡Mi hijo no parece!—exclamó con marcada inquietud:—¡Oh! ¡estoy temblando...! ¡Hay tanto malvado en los caminos! ¡y como traía dinero...!.

—¡Se inquieta vd. por la tardanza de un hijo!—Le dije yo con amargura.—¡Ah! ¡señora! vd. que es madre... vd. que experimenta en este instante el pesar que causa el temor solo de una desgracia... considere vd. ¡cuál será el desconsuelo y la profunda tristeza que desgarrará el alma atribulada de los que me dieron el sér, al verse despojados de la hija da su corazón, en quien cifraban toda la ventura de su vida! ¡Mida vd. por su tormento, el que sufrirán los au-

tores de mis dias! ¡Ah! ¡ya que por fortuna existe en vd. ese purísimo sentimiento maternal, lleve al corazón de mi amorosa y atribulada madre, el consuelo que desea vd. para sí misma, y que yo pido al cielo le conceda cariñoso!

Y la estreché la mano para decidirla en mi favor y tuviese piedad de mis lágrimas.

Aquella mujer pareció conmoverse con mis palabras; me miró tiernamente, y la ví estremecerse.

¡Ah! ¡yo creí que Dios tocaba en aquel momento su corazón para salvarme, y la supliqué me volviese al seno de mi familia.

—¡Eso no puede ser!—exclamó retirando su mano de la mia, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma.—Comprendo como nadie las penas que desgarrarán el pecho de la mujer que le dió á vd. la vida, pero su consideración no me hará olvidar jamas mi obediencia. Siento los males que pesan sobre vd., pero no puedo remediarlos. ¡Pero mi hijo que no llega!—Agregó fijando los ojos en la esfera del reloj que estaba sobre

la mesa.—¡Oh! ¡su tardanza me preságia alguna gran desgracia!

—Tal vez se habrá quedado en México. Contesté yo tratando de que ella continuase hablando, para ver si descubria algo con respecto á lo que habian pensado hacer conmigo.

—No; sabe que me quedo sola, y nunca se queda fuera de casa. Debió llegar á las cinco, y son ya las doce de la noche.... ¡Ah! voy á ver si desde el balcón que dá al campo escucho el galope de su caballo.

Y la mujer salió precipitadamente.

Al despuntar la aurora de la mañana siguiente, escuché gran ruido de caballos, voces de algunas personas, y el agudo llanto de una mujer.

Me puse en pié sobresaltada, y apliqué el oído á la pared hácia donde el ruido se escuchaba; pero no pude entender nada de lo que fuera se hablaba.

A poco escuché claramente los pasos de una persona que se acercaba precipitadamente, y exhalando frecuentes lamentos.

Esto me sobresaltó sobremanera.

Un estremecimiento general sacudió todos mis miembros.

Mi corazón saltaba dentro del pecho con fuerza extraordinaria.

De repente oí el ruido como de un resorte cerca de mí.

Dirijí asustada los ojos hácia el sitio de donde salia, y ví moverse el espejo.

Yo me estremecí de espanto.

Un sudor frio, como el de la muerte, bañaba mi frente.

Mi respiracion era violenta y penosa.

Mi vista estaba fija en el espejo.

Este giró lentamente sobre su izquierda, y en seguida penetró llorando la extranjerá, diciendo:

—¡Han traído herido á mi hijo....!

Y llena de afliccion y de lágrimas, abrió una alacena secreta que yo no conocia, sacó de ella un pomito con alguna medicina, y se dispuso á salir.

Yo que en todo aquel tiempo que pasó rápido como una exhalacion, medité en lo que hacer debia; y no viendo otro medio para salvarme que la fuga, que entonces

me parecia menos difícil, por hallarse herido mi carcelero, me resolví á hacer una atrevida tentativa; y cuando la extranjería hizo girar el espejo para marcharse, yo me lancé precipitadamente á la salida.

—¡Oh! ¡no saldrá vd!—me decia impidiéndome la fuga, y luchando conmigo que me agarré de ella para detenerla:—¡En vano son todos sus esfuerzos!

Yo que conocia la superioridad de fuerza física de mi contraria, empecé á dar voces pidiendo auxilio.

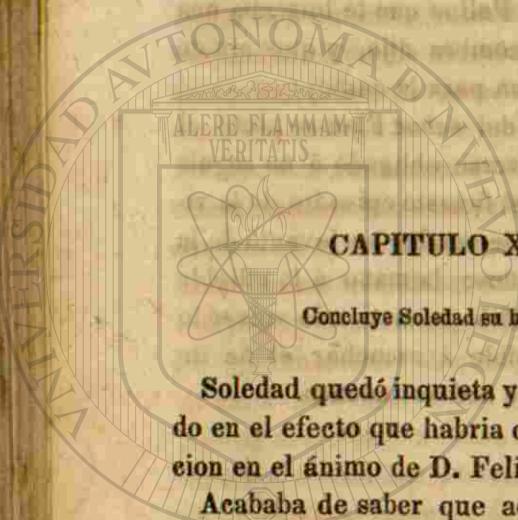
—¡Infeliz....!

Exclamó llena de furia aquella mujer; y tapándome con una de sus manos la boca, con la otra amenazaba ahogarme, teniéndome asida de la garganta y oprimiéndome contra la pared.

¡Oh! yo quise gritar, pero no pude.... Me faltaba la respiracion.... mi rostro se puso morado.... mis ojos se inyectaron de sangre.... y no pudiendo desprenderme de la mano que me ahogaba, caí como muerta al suelo exhalando un quejido espantoso.

A este punto de su historia llegaba la hermosa Soledad, cuando entró un criado anunciando á D. Felipe que le buscaba una persona, cuyo nombre dijo, y que era de alta consideracion para la casa.

En el rostro del señor Flan se pintó el sentimiento de verse obligado á no seguir escuchando aquel funesto episodio de la vida de la jóven que amaba; se levantó de la silla, alargó cariñoso la mano á la afligida hermosa, y se salió prometiendo volver lo mas pronto posible á escuchar el fin de aquel interesante acontecimiento.



CAPITULO XIV.

Concluye Soledad su historia.

Soledad quedó inquieta y triste, meditando en el efecto que habria causado su relacion en el ánimo de D. Felipe.

Acababa de saber que aquel hombre le amaba con todas las veras del alma; que aspiraba á su mano como al único bien que existia sobre la tierra, y temia que, dominando en su pecho el deseo á la razon, se creyese desairado y ofendido con la ingénu confesion de sus afectos.

Sin embargo, al lado de este alarmante pensamiento, se levantaba dulce y consolador otro, que, por generoso y noble, se aso-

ciaba mas íntimamente á los leales sentimientos de su alma sin manecilla.

Este pensamiento era que, en D. Felipe, cuyo franco corazon le era altamente conocido, dominaria acaso la generosidad, sobreponiéndose esta virtud á todas sus aspiraciones, y aun á su mismo amor.

¡Habia recibido de su generosa mano tantas pruebas de abnegacion y de sincera amistad, que casi consideraba como un crimen el haber dado entrada á cualquiera otra idea de dureza y de severidad!

—Sí;—se decia á sí misma:—su alma es incapaz de ningun afecto que lleve el desconsuelo y la pena al corazon de sus semejantes: su pecho es magnánimo como el de un buen padre; sus sentimientos elevados y tiernos hasta la sublimidad, y sus ideas de justicia, invariables y rectas como las que forman el principal atributo de la diosa Témis. Sí; estoy cierta de que respetará mi dolor y mi infortunio; de que la sinceridad de mis palabras con respecto á su amor, no menguarán en nada su cariño y su benevolencia. Pero si me equivoco, si

por desgracia la debilidad humana supera en él á los sentimientos de generosidad, entonces me cabrá la satisfaccion de haber cumplido con un deber; de haber descargado mi conciencia de una superchería que me avergonzaba. Dejaré esta casa donde he vivido en la abundancia, y habitaré como antes, un humilde cuarto, donde solo Félix que me comprende, sorprenderá mis lágrimas y mi melancolía.

Dos golpecitos dados á la puerta en aquel instante, vinieron á sacarla de sus meditaciones.

—¿Quién llama?

Preguntó con dulce y conmovida voz.

—¿Se puede entrar?

Contestaron desde afuera.

—Dígnese vd. pasar, D. Felipe.

—Estaba impaciente por escuchar el fin de la historia comenzada:—dijo el señor Flan entrando y ocupando el asiento que poco antes habia dejado:—Así es que, no bien se ha marchado la persona que interrumpió la relacion en el punto mas interesante, he venido á tener el gusto de escu-

char de sus lábios la conclusion de ella, si es que vd. se digna complacerme continuándola.

—Con suma voluntad y placer voy á tener el gusto de obsequiar el justo deseo de vd.

—Mil gracias por su buena disposicion.

Soledad, para traer á la memoria todos los acontecimientos, y colocarlos en el órden en que debia relatarlos, meditó un momento.

Don Felipe se dispuso á escuchar atentamente.

Habia sospechado que la afliccion de la extranjería, la herida de su hijo, y los gritos y lamentos escuchados por la jóven, habian sido meditados, para que ésta, creyendo fácil salvarse, intentase la fuga, diese lugar á que se travase una lucha con su carcelera, y al verla privada de sentido, penetrase su inéu raptor á despojarla para siempre de su honor.

Esta idea le tenia inquieto y sobresaltado.

Soledad, despues de haber meditado un

instante, continuó de esta manera su interrumpida historia.

—Al caer á tierra por la falta de respiracion y casi estrangulada por la férrea mano de mi carcelera, exhalé un hondo gemido, y creí llegado el último instante de la vida! Pero no sucedió así: al rodar al suelo y verme libre del horrible nudo que oprimia mi garganta, me sentí renacer á la vida, y viendo que mi carcelera se disponia á salir cerrando la puerta, me agarré fuertemente de sus piés impidiéndole andar. Entonces la ví levantar desesperada el pomo para romperlo sobre mi cabeza y matar me acaso; pero cuando se disponia á descargar el golpe, aparecieron un jóven y una venerable anciana de fisonomías francas y simpáticas, seguidos de dos criados que preguntaron lo que sucedia.

—¡Ah! ¡sálveme vd. caballero! ¡sálveme vd. señora!—exclamé yo afligida:—¡No me dejen vdes. aquí! ¡Me tienen cautiva! ¡Anhela mi deshonor!

—Nada tema vd., señorita;—contestó el jóven arrancándome de los brazos de la ex

trangera, y conduciéndome al lado de la respetable anciana que le acompañaba.— Si en efecto necesita vd. de nuestro apoyo, puede vd. contar desde ahora con él. ¿No es verdad, madre mia?

Añadió dirijiéndose á la anciana.

—Sin duda alguna.

Contestó la venerable mujer estrechándose contra su corazon para tranquilizarme.

—¡Ah! ¡gracias!

Exclamé yo viendo abierto el cielo de mi felicidad, y en breves palabras les conté la manera con que fuí arrebatada del lado de mi familia.

La indignacion del jóven y de su anciana madre hácia mis raptores fué inmensa.

—¡Señora!—le dijo el primero á la que se empeñaba en retenerme en su poder— hemos salvado la vida de su hijo de vd., y no queremos entregarle al brazo inexorable de la justicia. Cuide vd. de él, y siembre en su corazon principios mas rectos y generosos.

En seguida salimos de la casa que estaba oculta y aislada en un pequeño bosque retirado del camino, á un lado de Tlalnepantla.

Allí nos esperaba un coche tirado por ocho mulas, en que hacian su viaje mis salvadores, acompañados de otros dos mozos mas que estaban á caballo, y perfectamente armados.

—Nosotros vamos á Querétaro;—me dijo la señora:—Salimos de México á las tres de la mañana para llegar á las diez á Cuautitlan. Desde esta poblacion, si á vd. le parece, escribiremos á su familia el feliz encuentro que hemos tenido, para que envíen por vd. al momento.

Llena de placer y de reconocimiento les dí las gracias por su generosidad y benevolencia, subimos al carruaje, y echamos á andar seguidos de los cuatro criados que marchaban á caballo.

Durante la travesía, me contaron que, habiendo oido algunos lamentos, violentaron el paso de las mulas para llegar al sitio en

que se oían: que al estar en él, vieron revolcándose en su sangre á un hombre, el cual, despues de decirles que por despojarle de algun dinero que llevaba habian tratado de asesinarle tres ladrones que le asaltaron, suplicó que le condujesen á su casa, como lo hicieron, dejando el coche en el camino, y desmontando dos de los criados para llevarle: que al colocarle en su lecho y disponerse á partir, oyeron los gritos de socorro que yo dí, á los cuales acudieron, teniendo el gusto de salvarme.

Yo volví á darles las gracias; y acariciando la consoladora idea de que muy en breve tendria el inefable placer de volver al lado de mis queridos padres, y de escuchar las palabras de amor del hombre que era el bello ideal de mi porvenir, llegamos al pequeño pueblo de Cuautitlan.

No bien desmontamos del coche, nuestra primer diligencia fué escribir á mis padres, y enviar la carta con uno de los criados de mis salvadores, que pudiera responder satisfactoriamente á las preguntas que indudablemente le habian de hacer.

Mi inquietud era extrema.

Mi imaginacion me presentaba el gusto, la alegría, las lágrimas de consuelo que los autores de mis dias verterian al recibir la feliz noticia.

Veía á Nuñez, al sér que idolatraba, sonreír de dicha, informarse anhelante de mi salud, de la mas insignificante de mis palabras, besar los caracteres trazados por la convulsa mano de la mujer destinada á ser su compañera en el penoso viaje de la vida, y no pudiendo contener su impaciencia por verme, pedir un caballo, montar en él, y partir en el momento corriendo en alas del amor y del deseo, á inundarme de abrazos y de caricias.

Don Felipe sintió un desasosiego indecible al esenchar las últimas palabras de Soledad.

La amaba; y aunque es cierto que su alma era generosa y noble, no por esto se podia exigir de él sacrificios que excedieran á la débil naturaleza humana.

Era hombre, y era indispensable que pagase tributo á las flaquezas de todo aman-

te, aunque al fin venciese en él la genesidad á todo otro afecto.

La jóven, á su vez, conmovida por los recuerdos que despertaban al sonido de sus palabras, sintió agolparse á sus hermosos ojos algunas lágrimas, que despues de temblar un instante en sus prolongadas pestañas como las gotas del rocío sobre el pétalo de la flor, rodaron suavemente por sus purísimas megillas, como fieles intérpretes de su grato dolor y de sus tiernas memorias.

Don Felipe leyó en cada una de aquellas lágrimas el poema de eterno amor grabado en el tierno corazon de aquel ángel de pureza y de sensibilidad; poema en que se leía en armoniosa rima, el nombre del venturoso amante que hizo latir por primera vez, y para siempre, el pudoroso seno de la hermosa: idilio amoroso esteriotipado en el alma, y del cual no era ya dable arrancar los caracteres del sentimiento impreso, ni colocar otro alguno que le sustituyera.

Convencido de esta verdad, y respetando la firme constancia del hechicero sér que

idolatraba, hizo un esfuerzo supremo para avasallar sus sentimientos amorosos; supeditó el deseo de ser correspondido, á los fueros de la razon, y ahogando en su pecho hasta la mas ligera emanacion apasionada del alma, contestó con melancólica ternura.

—¡Ah! sí.... la impaciencia de vd. debia exceder los limites de la ponderacion como que esperaba vd. el bien supremo de la vida.

—¡Y sin embargo, mi esperanza se desvaneció como un bello sueño al tronido de la tempestad; como los lindos colores que matizan las pintadas alas de la mariposa al contacto de los calientes dedos; como el porvenir del niño que sonrie á las caricias maternas, y desaparece al duro golpe de la cortante segur de la implacable muerte!

—¿Será posible!

—Sí; D. Felipe: el criado volvió sin que las cartas fuesen abiertas.

—¿Cómo.....!

—Mis padres habian abandonado la ciu-

dad despues de haber vendido varias casas que en ella tenian.

—¡Pero no dejaron dicho, por si acaso vd. parecia, el sitio á que partian?

—¡Nada! ¡absolutamente nada!

—Eso es inconcebible en unos padres á quienes se deben suponer nobles y elevados sentimientos.

—¡Ah! ¡tal vez mi infame raptor se valdria de medios reprobados para hacerles creer que yo habia desaparecido por mi libre albedrio! Si.... á la infamia, acaso agregaría la calumnia; y donde existia una mujer desgraciada y perseguida, no vieron mas que una hija infame y criminal!

Y Soledad dejó caer su bellísima cabeza sobre el pecho, agoviada con el peso del dolor y del infortunio.

Los recuerdos de una época de felicidad y de ventura, la memoria de sus queridos padres, el sentimiento nacido de la creencia de que su anciana madre la juzgase impura, todo esto, unido á la sensible idea de la infidelidad y desprecio de su amante, le prensaron el corazon, y llevaron á sus ojos

el llanto de los afectos mas íntimos, sumergiéndola en un océano de tiernas, pero amargas meditaciones.

D. Felipe conmovido por la actitud melancólica de la hermosa jóven, se olvidó del profundo amor que le habia inspirado, para no acordarse mas que de consolarla en su extremo dolor.

—Tranquilícese vd., hermosa Soledad:— Le dijo con fraternal cariño, tomándola una mano que ella abandonó sin temor, leyendo en la sinceridad del hombre que le habia colmado de beneficios.—Tranquilícese vd. Sensible es que una lengua maldiciente haya emponzoñado la existencia de los autores de sus dias haciéndoles dudar de la virtud de su desgraciada hija; pero Dios que lee en el fondo del corazon de vd. . . . que ve su inocencia y sus padecimientos, recompensará liberalmente sus penas y sus desgracias.

—¡Pobres padres míos!

—¡Y nada llegó vd. á saber del hombre á quien estaba consagrada su mano?

—¡Nada! ¡No me quedaban en el mundo

otras personas que se interesasen por mí, que mis salvadores! Al verme afligida y abandonada, la excelente anciana trató de consolarme; me dijo que desde aquel instante me consideraba como hija suya; y continuamos nuestro viaje hasta llegar á Querétaro, en donde su hijo, que no era otro que D. Félix, tenia una gran tienda de comercio.

Allí, para evitar malignas conjeturas y sospechas del vulgo murmurador, convenimos en que pasaria por una sobrina suya; y así, tranquila y obsequiada vivi, hasta que atacada mi excelente protectora de una aguda enfermedad, bajó al sepulcro, dejándome recomendada á su buen hijo. ¡Yo lloré la muerte de aquella virtuosa señora como se llora la pérdida de una madre. . . .!

¡Habia sido tan buena para conmigo. . . .!

—¡Y quién no es bueno con la virtud personificada?

Exclamó D. Felipe, prendado de los nobles sentimientos de su sensible interlocutora.

Soledad, dominada por su sentimiento, y

sin fijar la atención en las palabras de D. Felipe, continuó:

—A esta sensible pérdida, pronto siguió otra terrible desgracia, pues no parece sino que las desventuras son cobardes, y andan siempre unidas para atacar simultáneamente al hombre!

—¿Y qué desgracia fué esa?

—Don Félix, llevado de su hidalgo corazón, había fiado sumas considerables á dos personas de su mismo giro, las cuales, metiéndose en otras empresas aventuradas, y no pudiendo salir airoso de ellas, quebraron, arrastrando en su ruina al hombre que les había favorecido.

Don Félix sintió la pérdida de su bienes; mas por mí, á quien se creía en la sagrada obligación de favorecer, que por él mismo.

Animado del noble sentimiento de cumplir con la última voluntad de la mujer que le dió la vida, me dijo que pensaba venir á México, donde fácilmente encontraría una colocación que le proporcionase los medios de atender á mis necesidades.

—¡Oh!—exclamó D. Felipe arrebatado de entusiasmo:—Ahora le quiero como nunca le he querido.

—Venimos, pues, á México; alquilé una humilde, pero aseada habitación; halló un excelente destino en la recomendable casa de vd. donde ha permanecido hasta hoy tratando de corresponder á la generosidad del mejor de los amos. Yo, temiendo nuevas persecuciones de mi incógnito enemigo, y sospechando que mi raptor podría dar conmigo, cambié mi nombre de Adela por el de Soledad, y no salía de mi casa, sino los días de oír misa, y eso muy temprano, para evitar un desgraciado encuentro. Esta es mi historia, D. Felipe. Ahora que conoce vd. el secreto de mi corazón, juzgará si soy acreedora á su desprecio, ó digna de su compasión!

—¡Oh! ¡la felicidad de vd. me interesa aun mas que la mía propia! ¡Amaba á vd. ahora, ¡la amo y la respeto! ¡También los sacrificios tienen su recompensa y su placer! ¡Yo hago el sacrificio de mi amor, y mi alma experimenta las delicias que propor-

ciona el cielo á toda buena accion! ¡Desde hoy vivirá vd. en mi casa, como si fuese vd. una hermana.... una hija....!

—¡Gracias! ¡gracias, D. Felipe!

Exclamó enternecida la hermosa, y las lágrimas de la inmensa gratitud que reboaba el pecho, rodaron por sus mejillas.

—¡Y no ha vuelto vd. á ver á Nuñez?

—¡Si señor! ¡le he visto otras dos veces!

Y Soledad le contó cuanto el lector conoce ya.

—¡Oh! ¡es inconcebible ese cambio! No; yo indagaré dónde vive; le veré, le hablaré, sabré la causa que abriga para este rompimiento.... tal vez sea una calumnia....

—¡Si ¡mil veces he llegado á sospechar que le han indispuerto contra mí!

—Pronto lo sabré. ¡Adios, hermosa Soledad, adios! Ponga vd. su confianza en el cielo.... Perdone vd. el disgusto que le haya causado mi inoportuna declaracion amorosa, y donde temia vd. acaso encontrar un amante egoista, no vea vd. desde hoy mas que un amigo sincero, dispuesto á sacrificarse por su felicidad.

Y D. Felipe, profundamente conmovido, salió de la pieza al pronunciar estas palabras.

Al cruzar el corredor se encontró con Félix.

—Acabo de saber, le dijo, lo que sufre por su amor la desgraciada Soledad.

—¡Cómo!

Exclamó sorprendido el dependiente.

—Si; acabo de escuchar de su boca la parte mas triste de su vida, su rapto, la manera con que vd. la salvó de la casa en que esperaba de un momento á otro su deshonra; la generosidad con que vd. y su anciana madre la cuidaron; sus sacrificios por ella; el justo motivo para darse el título de primos y cambiar el nombre de Adela por el de Soledad; en una palabra, todo cuanto tiene relacion con su existencia.

—¡Dios mio!

—Nada debe vd. temer, D. Félix: lo que vd. ha hecho, le ensalza á mis ojos, y le hace digno de mi consideracion y de mi amistad. Yo la amaba; soñé en la felicidad

de ser correspondido; pero desperté á la realidad y al convencimiento de que no puede ser feliz conmigo.

—¡Ni con nadie en la tierra!

Contestó Félix con sentimiento.

—¿Ignora vd. que existe un hombre á quien ama?

—Lo sé; y por lo mismo conozco que ya no puede ser feliz en el mundo.

—¿Y por qué no? ¿Porque ese hombre le ha olvidado? ¿Porque una calumnia acaso le ha hecho renunciar á la mujer mas pura y mas hermosa que cobija el limpio pabellon del cielo?

—¡No señor!

—Pues, ¿por qué causa?

—Porque ese hombre.... ¡ha muerto asesinado....!

Pronunció en voz baja D. Félix.

—¡Asesinado....!

Exclamó D. Felipe; y él y su leal dependiente se estremecieron.

Entre tanto la hermosa Soledad, henchida de placer por el buen resultado que habia alcanzado su ingénuo confesion, se di-

rijó al sitio en que guardaba el retrato del hombre que idolatraba; tomó en sus delicadas manos la preciosa miniatura; fijó amorosa en ella sus azules ojos, humedecidos de tiernas lágrimas; lo estrechó contra su palpitante corazon; y volviéndole á mirar enternecida, exclamó con acento conmovido y mas dulce que el murmurio de la brisa: "¡Yo te perdono tu ingratitud! ¡Te amo á pesar de tus desprecios.... de tu crueldad... de tu olvido....! ¡Ah! ¡Dios te haga tan feliz como tú me haces desgraciada! ¡Núñez! ¡Núñez! ¡Tuya, ó de nadie....!



CAPITULO XV.

Mi felicidad por su honra.

¿Quién es esa joven, hermosa como el pensamiento de la felicidad, melancólica y dulce como el recuerdo de nuestros primeros años, de cuyos hermosos ojos se desprenden algunas brillantes lágrimas que van á caer sobre los cortos renglones trazados en un perfumado papel de color amarillo claro que en su blanca mano sostiene abatida?

Cualquiera al contemplarla rodeada de celestial belleza, de indefinibles gracias y de mágicos hechizos, la creeria la encantadora Psiquis, cifra y compendio de toda humana belleza en el cuerpo, tesoro de ino-

encia, candor y sensibilidad en el alma, de quien el mismo Amor fué ciego admirador y rendido amante.

Pero ¿por qué llora? ¿Por qué baña su apacible rostro ese misterioso llanto que anubla el limpio sol de su angelical mirada? ¿Será por desgracia cierto que *es la desdicha estrella de la beldad?*

¡Ay! ¡la desdicha es la estrella de la humanidad entera! ¡la triste herencia de los afligidos descendientes de Adan!

Sino que entre los numerosos miembros de la gran familia racional sobre la cual pesa la amarga carga del infortunio, el sér que mas padece y sufre es la mujer; ángel de resignacion y de pureza; flor trasplantada de los célicos pensiles de los bienaventurados al desierto arenal del mundo para embalsamar la triste vida del hombre, inclinando melancólica su corola al recio soplo de crudo vendabal desprendido de los senos de la intriga y de las exigencias de una sociedad egoista.

Si; esa mujer llora; y llora.... ¡porque es mujer! esto es, porque es sensible, obedien-

te y tierna; porque abriga en su corazón una pasión noble, profunda, inconmensurable; y subordina ese gran sentimiento del alma, á la gratitud!

Ama á un sér que se abrasa en su mismo fuego; que sufre al par que ella; que es su vida, su esperanza, su anhelo; y sin embargo, avasalla todos los afectos, por no manifestarse desagradecida á los beneficios del hombre que le ha cuidado con el esmero de un buen padre, y que desaprueba su amor.

¡Padece y llora para no hacer padecer y llorar al que le dá el dulce título de hija!

Un hombre hubiera roto los lazos de todas las consideraciones, posponiéndolas á los derechos de su voluntad; pero la mujer, cuyo pecho es el templo del cariño, de la gratitud y de la sublime abnegación de sí misma, rara vez se resuelve á contrariar á las personas que le han dispensado beneficios! No arroja de su pecho al sér que idolatra; pero espera á que su constancia, sus lágrimas y su obediencia, alcancen de los que se oponen á su sentido cariño, el dul-

ce consentimiento que ponga feliz término á su amorosa pena y sus desdichas!

¡Rasgo sublime de virtud con que la mujer se enaltece á los ojos del hombre mismo que la quisiera ver menos obediente á su familia; pero que, cuando ha alcanzado su mano, ve en aquella obediencia la mas segura garantía de su fidelidad!

La melancólica jóven que nos ocupa, estaba lánguidamente sentada en una elegante silla colocada detras de las flotantes cortinas que velaban las limpias vidrieras de una graciosa puerta con vista á un delicado y primoroso jardín alfombrado de exquisitas flores.

El sol, envuelto en un trono de purpúreas nubes, descendía magestuosamente en alas de las horas, á otro lejano hemisferio, bañando con los últimos rayos de su moribunda mirada, los aéreos contornos de la interesante jóven.

Sobre el flotante ropaje de finísima gasa blanca de seda, embellecido con ricos y graciosos adornos, que vela las redondas formas de su esbelto cuerpo, resbala en lu-

cientes cambiantes la vespertina luz crepuscular que, dudando penetrar por entre los ligeros pliegues de las candidas cortinas, suaviza el encendido color que el astro principal le envía, comunicando al celestial semblante de la hermosa, esas misteriosas tintas que espiritualizan el rostro de las vírgenes de Murillo.

Una graciosa guirnalda de flores mas blancas que las candidas azucenas, descansa sobre el ondulado cabello que vela su poética cabeza, como símbolo de la pureza de un corazón virginal y sin mancha,

Un exquisito hilo de perlas preciosas, cerrado por una cruz de brillantes, trabajada con sorprendente maestría, rodeaba su redonda y nevada garganta, airosa como la del cisne al cruzar las dormidas ondas del apacible lago.

Al contemplarla tan triste y tan hermosa, mostrando en su elegante y rico traje los bienes de fortuna que de felicidad le faltaban al alma, el adorno en su tocado y las lágrimas en sus dulces ojos, se la hubiera creído á la inconsolable diosa de la

hermosura, á la hechicera Venus llorando la muerte de su querido Adonis, despues de recoger el último suspiro de su pecho.

La hermosa jóven, queriendo encontrar un lenitivo á sus penas, levantó su lánguida cabeza, separó con su blanca mano la candida cortina que velaba la vidriera, y paseó su melancólica mirada por el florifero jardín vertiendo sobre los pliegues de su elegante vestido abundante llanto, como descorre la vaporosa Aurora el nubífero pabellon que vela su esplendente carro, para dirigir á la tierra su celestial mirada, derramando de sus amantes ojos las dulces lágrimas que vierte por la muerte de su hijo á manos del poderoso Aquiles; lágrimas de amor y de ternura que los mortales denominamos rocío.

—Flores en que he leído hasta hoy la triste historia de mi amor!—exclamó conmovida la jóven:—¡compañeras y mudas confidentes de mis penas y de mis lágrimas! ¡páginas sagradas de mi cariño que acariciaban las perfumadas auras! ¡inclinad al suelo vuestras lucientes corolas! ¡inclinadlas

desde este día en que vuestra inseparable amiga y cuidadora os envía su última mirada....! Si; ¡la última! porque mañana acaso, no le será permitido á esta pobre mujer fijar sus llorosos ojos en los caros objetos que recuerden á su alma dolorida los instantes de soñada felicidad, y los dulces acentos consagrados al ser en quien cifraba su risueño porvenir y su ventura....!

Y no pudo continuar.

El llanto nubló sus ojos, y los suspiros ahogaron la voz en su garganta.

Céfiro inquieto bate sus aromáticas alas y murmura entre las flores el suspiro de la hermosa, y sube, envuelto entre el perfume de las plantas, hasta el nítido pabellón del cielo, llevando vagaroso en los ligeros pliegues de su aérea vestidura las melancólicas palabras de la jóven.

Tristes parecen discurrir las poéticas fuentejillas del jardín por el alfombrado descenso, y asocian su melancólico mormullo al de las sonantes hojas de los sauces que se inclinan á la tierra simbolizando el dolor y la melancolía.

Las pintadas flores que poco antes ostentaban el esmaltado brillo de sus delicados pétalos en vistosos grupos de fragantes exhalaciones, ahora, lánguidas y tristes, inclinan sus apacibles corolas, dominadas por el seductor desmayo del astro que se oculta en una tumba de oscilantes nubes, teñidas de rosicler y grana.

Al rededor de un apacible estanque se levantan pintorescos, en duplicado círculo, los vistosos y aromáticos naranjos, sobre cuyas verdes copas, depositan las auras las ligeras partículas del dormido lago en que han mojado sus vaporosas alas, reflejando en sus brillantes gotas la misteriosa luz del crepúsculo, y evaporándose en el éter, en cuajadas perlas transparentes que vagan errantes por la atmósfera.

La hermosa jóven contempló el sentimiento de la naturaleza, y exhaló un suspiro.

Una mujer que abría en aquel momento la puerta vidriera que comunicaba con la sala, recogió aquel suspiro que envolvía la

página mas amarga de la existencia de la hermosa.

—¡Pobre Clotilde!—Dijo para sí la mujer quedándose en el umbral, y mirando con cariñosa compasion á la bellissima jóven.—¡Es muy desgraciada! ¡Ni siquiera me ha sentido llegar!

Y se quedó contemplándola tristemente, y en religioso silencio.

La jóven alzó los ojos al cielo en ademan suplicante, brilló en ellos una trasparente lágrima que rodó á poco por su pálida mejilla, para dar lugar á otra y otras que brotaban del corazon, y continuó pensando.

—¡Todo acabó para mí! ¡A mi alma pura y amorosa envuelve la tristeza con su mas negro velo, y ni un rayo de dulce esperanza penetra en el fondo de mi atribulado corazon....!

Y la hermosa guardó silencio: inclinó la cabeza sobre su agitado pecho, y fijó sus humedecidos ojos en el blanco papel que en la mano sostenia

—¡Pobre Leopoldo! ¡me ama!—continuó diciendo:—¡Estos versos, única prenda su-

ya que no me han arrebatado, me revelan el profundo y acendrado cariño de aquella alma que vivifica la mia! ¡En ellos me dice que sea feliz! ¡Feliz! ¡Ah! ¡cómo puede ser feliz quien mira el imposible de su dicha! ¡Quién puede ser feliz cuando le separan para siempre del objeto que ama, y le encadenan al sér que destroza su corazon!

No! ¡ya no hay felicidad para mí sobre la tierra! ¡El llanto y el dolor me acompañarán constantemente! ¡Tenia en el mundo dos séres cuyo recuerdo embalsamaba la amarga hiel de mi existencia! Estos dos séres eran tú y mi tierna amiga.... mi dulce protectora Inés.... ¡Ahora ya solo me queda uno! ¡Inés! sí; ella sola; ¡porque desde mañana tu recuerdo podria manchar mi honra!

La mujer que parada en el umbral escuchaba, se llevó el pañuelo á los ojos para enjugarse algunas lágrimas!

La sombra que al levantar la mano se dibujó en la pared, llamó la atencion de la jóven que dirigió lánguidamente la vista hácia la puerta.

—¡Ah! ¿Es vd. mi excelente protectora? Exclamó sonriendo dulce y tristemente.

—¡Yo, sí, Clotilde; tu madre, tu amiga que padece porque te ve padecer!

Y se acercó lentamente hácia la jóven; la tomó una de las manos que estrechó con cariñoso afán contra su pecho, imprimió en su serena frente un beso maternal, y se sentó á su lado dejando leer en su apacible rostro toda la bondad, toda la ternura, toda la sensibilidad de una alma noble y bondadosa.

—¿Qué tienes, hija mia; qué tienes?—Le preguntó la hermosa Inés conmovida por el llanto que asomaba á los dulces ojos de Clotilde:—¿Por qué te entregas sin consuelo al dolor que envuelve con un velo de tristeza tu angélico semblante?

—¡Y me lo pregunta vd., madre mia! ¿No sabe vd., lo mismo que yo, que se acerca el momento terrible de renunciar á lo que mas amaba en la tierra.... á lo que mas amo aún....! ¿No me ve vd. adornada para consumir el sacrificio mas horrible que se puede exigir de una pobre mujer! ¡el sacri-

ficio de unirse al hombre á quien nunca ha amado; á quien no ama; á quien nunca podrá amar! ¡Soy la triste Vestal á quien no se consulta su voluntad; de quien se dispone; á quien se le adorna para conducirle á que pronuncie unos votos que rechaza su corazón! ¡votos que se ve precisada á cumplir religiosamente para que la sociedad no la sepulte en el desprecio, como sepultaba en vida, en horrendo sepulcro, á la desdichada Vestal que faltaba á unos juramentos, arrancados por la violencia y el poder!....

—¡Ah! ¡sí! ¡tienes razon, hija mia! ¡Pero no llores, no llores, por tu vida, que tus lágrimas me destrozan el corazón!

—Ayer aun el mundo se me presentaba envuelto en una atmósfera risueña, alumbrada con la consoladora luz de la esperanza! En alas de la perfumada brisa me era permitido recibir los dulces recuerdos que me enviaban en sus célicos perfumes las esmaltadas flores que acarició en un tiempo venturoso, la respetuosa mano de mi amante: veía hundirse el sol llevando en los pliegues de sus nítidos falgores una dulcísima

esperanza; pero esta esperanza renacia risueña y engalanada con el seductor ropaje de una nueva ilusión al presentarse el astro rey en el Oriente al despuntar el día, y mi existencia se deslizaba en ese inmenso océano de dudas y de esperanzas, de temores y de mágicos ensueños que hacen oscilar en sus encontradas olas los tristes días de la vida, presentando para consuelo á lo lejos el faro de la felicidad. Pero hoy que el viento de la realidad ha deshecho el dulce hechizo que velaba mi porvenir; hoy que no veo ante mis ojos mas que el próximo término de mi escasa dicha, y en lontananza el oscuro horizonte de mis futuras penas; hoy que veo hundirse con ese melancólico sol que me alumbra, el último átomo de mi esperanza; hoy nada me queda sino el recuerdo del bien pasado, y la amargura de un porvenir de sinsabores y tormentos, amargo fruto que brotará de la fatal union que va á decidir esta noche, dentro de breves horas de mi suerte.

—Es preciso, hija mia, no renunciar todavía á la esperanza.

—¡He esperado tanto tiempo!

—¿Y si Leopoldo se presentase antes á poner en manos de mi hermano el manuscrito que revela el digno comportamiento de su padre, acusado injustamente?

—¡Oh! ¡imposible, madre mia! Ese documento desapareció para siempre, y con él mis ilusiones.

—Sin embargo, es preciso esperar.

—¡Yo nada espero ya! ¡Dentro de un instante solo seré la víctima sacrificada á la voluntad del hombre que me ha servido hasta hoy de padre: dentro de un instante solo guardaré lágrimas para el sér que he idolatrado con todas las veras de mi alma! ¡Madre, madre querida!—añadió arrojándose llorosa en los brazos de la compasiva Inés:—¿qué haré para arrancar de mi corazón el profundo sentimiento que me ahoga? ¡Ah! ¿por qué la muerte no viene en alas de mi deseo á cortar el hilo de mi triste vida, antes de que el hombre que horror me inspira, me conduzca á las gradas del altar...?

Y las lágrimas embargaron su voz.

—La compasiva Inés estrechó la mano de

la hermosa con maternal efusion de amor, y le besó en la frente con profunda emocion, sin poder proferir la menor palabra de consuelo.

La sensible Clotilde, tiernamente conmovida por el acendrado cariño de su hermosa protectora, inclinó su poética cabeza sobre el pecho de su leal amiga, depositó en él algunas amargas gotas de su llanto, y exhalando un suspiro que aligeró su pecho del enorme peso de la pena, añadió con acento enternecido y dulce.

—¡Qué será de mí, madre mia....! ¡qué será de mí, separada para siempre del hombre que era el bello ideal de mi existencia, y unida por toda una eternidad al sér que, en vez de cariño y ternura, me inspira horror y espanto....!

—¡Oh! si Leopoldo viese lo que padeces, estoy segura de que atropellaria todos los respetos.

—¡Leopoldo Leopoldo!—exclamó la jóven levantando con triste abatimiento la cabeza, y dejando ver en sus anegados ojos la expresion del sentimiento y del dolor:—

¡Ah! él ha cumplido sus juramentos con lealtad siéndome fiel hasta el último instante, y esperará que yo cumpla con los míos. ¡El querrá probar la fuerza de mi voluntad, y se habrá propuesto dejarme en libertad para resolver de mi porvenir! ¡Es tan generoso y delicado! ¡El no anhela mas que mi felicidad y mi ventura, y quisiera proporcionarme estos dos beneficios aun á costa de su vida! ¡Sí; él se condenaria á un llanto eterno por proporcionarme la tranquilidad y la ventura que á él le faltan! ¡Cuántas veces me ha dicho, “Clotilde, á tu bien y á tu ventura sacrificaría hasta la felicidad de poseerte!” ¡Y en premio de estos generosos sentimientos, nada conservo de él; nada me han dejado de él! ¡Me han quitado hasta los bellos cuadros de flores que me hablaban á todas horas de su amor! ¡Todo me lo han arrebatado á instancias de ese infame Duval! ¡Solo me quedan de él estos sentidos caracteres trazados por su mano para celebrar en época de mas esperanza mi cumpleaños! ¡Caracteres que no aparto de mi corazon y que á todas horas leo y

baño con mi llanto, y que no me he atrevido á mostrárselos á nadie. . . . ni á vd. misma, temiendo que se califique de puerilidad lo que es un eco del sentimiento del alma!

—¡Ah! ¡qué mal conoces mi corazón, hija mía! ¡Ignoras que yo guardo en el fondo de mi pecho el encendido fuego de una pasión vehemente como la tuya? ¡Has olvidado que el dulce alimento de mi vida es el recuerdo del ser que amo, y que una flor suya, una sola palabra trazada por su mano, son de mayor precio para mí que todos los tesoros de la tierra! ¡Ah! ¡yo sé lo que valen esos renglones en que el alma bebe todo el cariño, todo el amor, todos los pensamientos del alma del ser idolatrado! ¡Nada hay pueril para el que adora, cuando viene de las manos de la persona amada!

—¡Es verdad, madre mía! ¡Vd. que ama, comprende los tiernos afectos que dominan el corazón de la infeliz mujer, y no puedo perdonarme el haberle ocultado los breves renglones en que esprime el hombre que idolatro, los nobles sentimientos que atesora!

—¡Ah! leéme los. Los que se encuentran lejos de su patria no tienen otro placer que el de hablar á todas horas del país en que se han deslizado los días felices de su juventud: los que estamos separados del objeto amado, nos complacemos en escuchar las palabras de amor dirigidas á una amiga, porque despiertan en nosotros afectos dulcísimos que embalsaman la atmósfera de nuestra vida, encendiendo en nuestro pecho la ya extinguida luz de la esperanza!

—¡Sí; voy á leerlos por la última vez porque me es lícito leerlos mientras mis labios no pronuncian el terrible juramento de fidelidad á otro hombre! ¡Es una sencilla poesía, pero llena de unción y de verdad para mí! Escúchela vd., madre mía, y dígame vd. si no debo llorar la pérdida del ser que en su abnegación y su ternura revela un alma celestial y pura.

—Te escucho con atención, hija mía.

Clotilde se enjugó el llanto que velaba su vista; fijó sus hermosos ojos en el humedecido papel que sostenía en su blanca mano, y leyó con voz conmovida los siguientes

tes versos, dictados por el sentimiento del verdadero amor.

Clotilde bella, en tu día
es la luz del sol fulgente
mas hermosa;
y en los rayos que te envia
va diciendo tiernamente:

"Sé dichosa."

El arroyo cristalino
que las flores va besando
placentero,
se interesa en tu destino,
y te dice murmurando:

"Yo te quiero."

Los peces que en su ventura
van cruzando ondas de plata
de alto precio,

dicen al ver tu faz pura
que en las linfas se retrata:

"Yo te aprecio."

Y el jazmin y la azucena,
y la adelfa y dulce poma,
que no eximo,

en la atmósfera serena
dicen al lanzar su aroma:

"Yo te estimo."

Los canoros ruseñores,
al venir de tu voz pura
al reclamo,
con sus picos trinadores,
anhelando tu ventura
dicen: "Te amo."

Y la brisa, el manso viento,
y la luna, el mar profundo
van en coro,
repitiendo en dulce acento
por los ámbitos del mundo:

"Yo te adoro"

Y á esa voz del orbe entero
va tambien mi voz unida
y enlazada;

ella dice, yo te quiero;
sé feliz toda tu vida
y adorada.

Y mi voz por valle y monte
va tu nombre enaltecendo,
niña hermosa;

y al pasar el horizonte,
marcha el eco repitiendo:
"Sé dichosa."

Sé dichosa, con dulzura,
digo yo cual tierno amante
que te adora;

y la brisa que murmura
me responde en el instante:
"¡Sufre y llora!"

Y abatido, de amor lleno,
busco alivio entre las flores
á mi llama;
y responden, de su seno
exhalando mil olores:
"¡Sufre y ama!"

Y demando al sol del día
calme el dardo poderoso
que me hiere;

y en los rayos que me envía,
me responde silencioso:
"¡Sufre, y quiere!"

Busco entonces el consuelo
en el rayo que la luna
fiel riela,

y responde á mi desvelo
y al dolor que me importuna:
"¡Sufre y vela!"

Y la brisa, el mar hirviendo,
y la luna, el sol fecundo
con su llama,
van diciendo tristemente
por los ámbitos del mundo:
"¡Sufre y ama!"

Sufro y amo, sí, querida;
mas sufriendo es venturoso
quien te adora;
si eres tú feliz, mi vida,
que me diga el mundo odioso.
"Sufre y llora."

Clotilde acabó de leer, y se quedó con los
ojos fijos y anegados en lágrimas sobre el
papel.

Inés leyó en aquel llanto y en la melau-
colía que velaba el dulce rostro de la jóven,
el intenso dolor que desgarraba su sensible
pecho.

—¡Pobre Leopoldo!—exclamó con voz balbuciente que indicaba la profunda emoción de que estaba poseida.—¡Cuán digno se muestra de tu amor en esos cortos renglones, dictados por la pasión más pura!

—¡Ah! ¡gracias, madre mía, por la buena acogida que da vd. á sus tiernas palabras! ¡Solo vd. se interesa por mí en mi desgracia!

—¡Es porque yo también soy desgraciada como tú....! porque amo como tú, y como tú también temo perder al hombre que juzgué ya muerto.... que vive.... pero cuyo paradero ignoro!

—¡Oh! Sin embargo, á vd. no le obligan á pronunciar sagrados juramentos que sean el continuo tormento de su existencia. Pero yo que no puedo desobedecer al hombre que me ha servido de padre....

—¿Y si ese hombre llegase á desistir de su empeño?

—¡El! ¡No lo espere vd., madre mía!

—Yo tengo más confianza que tú.

—¿Será posible? ¡Ah! ¡y cómo?

—Estoy resuelta á hablar á mi hermano con toda la energía que presta la razón,

para obligarle á desistir de ese fatal enlace con Duval.

Y al decir esto tiró del cordón de la campanilla.

Una criada se presentó en el instante.

—Dí á mi hermano que deseo hablarle; que le espero aquí y que me haga favor de venir á verme.

La criada salió sin detenerse.

El corazón de Clotilde latió con violencia.

—¡Ah! ¿qué piensa vd. hacer, madre mía?

—Pienso aprovechar los cortos momentos que quedan: decirle todo lo que sufre tu corazón; lo desgraciada que serás si se empeña en llevar á cabo ese enlace, fecundo en tormentos, con un hombre cuyos antecedentes ignoramos; y si es preciso....

—¡Ah! ¡siento pasos!—Exclamó Clotilde poniéndose pálida como un difunto.—¡Sin duda es el señor Landeta! ¡Estoy temblando, y no quisiera presenciar esta entrevista.

—Bien; entra á tu aposento, querida hija, y yo te diré el resultado de nuestra conferencia.

—¡Gracias, señora, gracias! Dios coloque

en los lábios de vd. las palabras mas persuasivas que conjuren la tormenta que me amenaza.

—Yo confio en la justicia que nos asiste.

—Yo tambien confiaria en ella, si fuese apoyada con el manuscrito que revelaba la inocencia del padre de Leopoldo; pero no me puedo entregar á esa dulce esperanza, cuando á nuestras palabras se oponen las intrigas de un malvado adulator.

—Pero mas que las intrigas de un malvado, puede el cielo, y en él espero en este instante. Vete, pues, hija mia, y déjame obrar libremente.

—¡Adios! ¡Adios, madre mia!

La jóven abrazó á su tierna protectora, y ésta imprimió un ósculo de amor en el bello rostro de su hija adoptiva que penetró en su alcoba enviándole una mirada de intensa gratitud.

El sol entre tanto se habia ocultado en occidente, y la noche tendió su negro velo sobre la tierra.

Inés se acercó á una mesa en que estaba un lujoso quinqué; sacó una cerilla de una

preciosa cajita, y la estancia quedó á poco iluminada.

Los pasos de un hombre que se acercaba se oyeron en aquel instante.

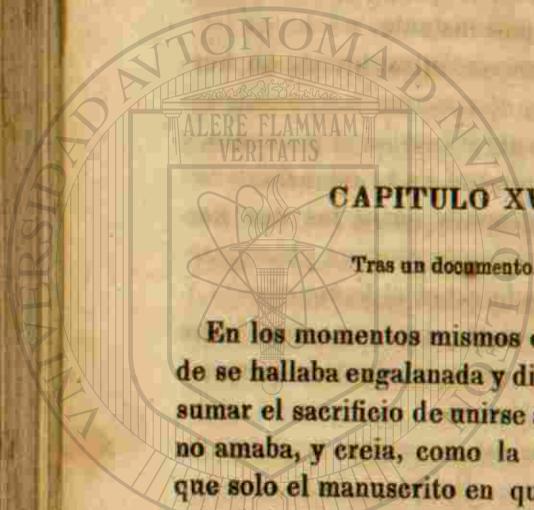
Inés reconoció en ellos los de su hermano.

La puerta se abrió casi en el momento, y D. Emilio se presentó en la estancia.

¿Qué pasó despues entre los dos hermanos?

Mas adelante lo sabrá el lector.

Por ahora le suplicamos nos siga á otro sitio en donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.



CAPITULO XVI.

Tras un documento.

En los momentos mismos en que Clotilde se hallaba engalanada y dispuesta á consumir el sacrificio de unirse al hombre que no amaba, y creía, como la hermosa Inés, que solo el manuscrito en que se patentizaba la inocencia del padre de Leopoldo, hubiera podido hacer cambiar de resolución á D. Emilio, dos hombres, embozados en oscuras capas, bajaban por el Puente de la Merced, y se dirigían hácia la estrecha calle de Manzanares.

El sol se había ya ocultado, y la noche extendía su negro velo sobre la ciudad.

El sereno acababa de encender los tres

únicos faroles que, con poco y mal aceite, pretendían, aunque en vano, alumbrar con su escasa y opaca luz los montones de basura que se encontraban de trecho en trecho, los sucios caños y los profundos hoyos que amenazaban de continuo las piernas de los transeuntes.

Nuestros dos embozados que habían caminado un largo trecho en el mayor silencio, se detuvieron en la esquina del oscuro callejón de Veas, que está á la derecha y en que se encuentra el primer farol que alumbraba la larga calle de Manzanares.

—¿Por aquí, doctor?

Dijo uno de ellos disponiéndose á torcer por el expresado callejón de Veas.

—No: es mejor que continuemos derecho, porque esas calles, señor Duval, aun están más en tinieblas que la que llevamos.

—Pues bien; guíe vd. que es conocedor de estos rumbos.

—Entonces, adelante.

—Pero ¿está vd. seguro, señor Willey, de que esa Doña Anita se mudó de la calle de Tacuba?

—Segurísimo; como que me lo dijo una señora llamada Doña Cruz, á quien encontré en la escalera cuando fuí á preguntar por ella.

—¿Y fué tambien la misma vecina la que le dijo á vd. que estaba de portera en la casa á que me conduce vd?

—Sin duda.

—¿Y cree vd. que se halle en poder de Doña Anita ese cuaderno?

—Yo no sé mas, sino lo que vd. me dijo; esto es, que le ofreció á vd. entregárselo antes de la fatal noche en que fué vd. herido.

—¡Oh! si está en manos de la antigua mercachifle, nada temo: es la única prueba que pudiera presentar Leopoldo abogando la inocencia de su padre, segun se me ha asegurado, y no pudiéndola presentar esta noche, que es la dispuesta para mi enlace con Clotilde, el triunfo es mio.

—Y mio tambien, porque así podremos marcharnos á Europa, á gozar de los tesoros que aquí nos cuestan indecibles sobresaltos.

Y Duval y Willey continuaron su camino sin pronunciar una palabra, y recatando el rostro con el embozo para no ser conocidos.

Al llegar enfrente á la capilla de Manzanares, que está á la izquierda, y en que se ostenta el segundo farol, llamaron, sin advertirlo, la atencion de un hombre que venia por la otra acera.

—¿Me equivocaré, ó son ellos?—Dijo para sí el nuevo personaje haciendo alto y observándoles.—La estatura y la manera de andar me indican que no me equivoco. Pero ¿qué vendrán á hacer por este barrio...? nada bueno seguramente. ¡Oh! pues yo deseo saber á dónde se dirijen, y desengañarme si son ellos.

Y nuestro hombre que venia hácia el centro de la ciudad, retrocedió marchando detras de Willey y de Duval, pero á regular distancia para no ser visto de ellos.

Los dos embozados, bien ajenos de pensar que iban seguidos de un hombre que les observaba, dejaron á la izquierda el callejon de la Pulquería de Palacio, á la derecha el de Manzanares, pasaron el de Su-

sanillo en que está el último farol, y continuaron su camino cruzando un laberinto de plazuelas y callejones, cuyos nombres ignoran aun los mismos que viven en ellos.

—¿Nos falta mucho aún para llegar?

Preguntó uno de ellos.

—No, ya estamos muy cerca.

El hombre que los seguía y que pudo oír aquellas palabras, reconoció en la voz de ambos individuos á Duval y Willey.

—No me habia engañado!—dijo para sí.—Pero ¿qué vendrá á hacer por este rumbo Duval, cuando esta misma noche debe celebrarse su union con Clotilde? ¡Oh! averiguemos.

Y el hombre continuó marchando detras de aquellos dos malvados.

De repente se detuvieron Willey y Duval en una esquina.

El individuo que les seguía hizo lo mismo, embutiéndose, por decirlo así, en una puerta para no ser visto.

—¿Ve vd.—dijo el doctor á Duval—aquella casa que tiene un piso alto?

—Sí.

—Pues allí vive Doña Anita: marche vd., pues, solo, para no despertar sospechas, que yo le espero á vd. aquí para que despues obremos como convenga.

El hombre, que habia oido claramente aquellas palabras, no quiso esperar mas, y mientras el doctor y Duval hablaban, él se deslizó entre las sombras, y se dirigió hácia la casa de la antigua mercachifle.

—¡Oh!—dijo para sí mientras caminaba á toda prisa.—La puerta aun debe estar abierta, y escondido y aplicando el oido á la cerradura de la llave, podré saber lo que Duval tiene que hablar con Doña Anita.

Y no bien habia acabado estas palabras cuando llegó á la expresada casa.

La puerta, como lo habia pensado, aun estaba abierta.

Nuestro hombre se escondió detras de ella.

Poco despues vió llegar á Duval, llamar á la puerta de la habitacion de Doña Anita, asomarse ésta para ver quién llamaba, hacer entrar en el cuarto al novio de Clo-

tilde, y cerrar en seguida la puerta de la vivienda.

El personaje que todo lo habia observado, dejó entonces su escondite y se acercó á la puerta sobre las puntas de los piés, aplicó el oido á la cerradura de la llave, y se puso á escuchar lo que dentro del cuarto hablaban.

A los pocos instantes de estar oyendo, se pintó en su semblante la sorpresa, dejó escapar una ahogada exclamacion de alegría, y salió precipitadamente á la calle, sin esperar á que terminase la entrevista de Duval y Doña Anita, y se perdió en las calles que conducen al centro de la ciudad.

Willey, entre tanto, esperaba impaciente á Duval.

Un cuarto de hora despues éste, se acercaba demostrando en su semblante la satisfaccion y el contento.

—¿Qué hay?

Le dijo el doctor.

—Lo que deseábamos.

—¿Cómo?

—Que el manuscrito cayó en poder de Doña Anita.

—¿Y se lo ha dado á vd?

—No; pero me ha dicho que se lo pida á Doña Cruz, á la cual se lo dió á guardar.

—¡Magnífico!

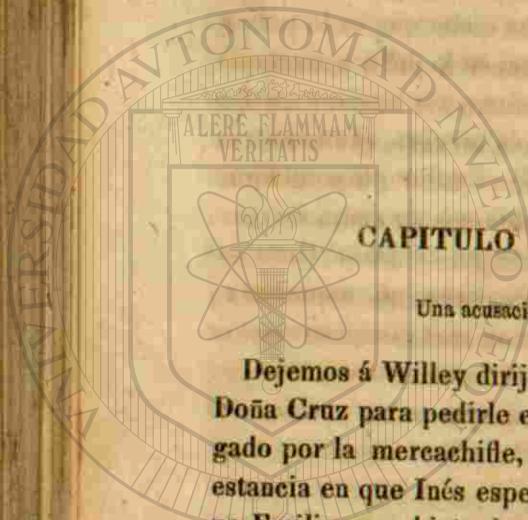
—Por lo mismo es preciso que mientras yo voy á casa de D. Emilio para celebrar mi union con Clotilde, vd. se dirija á la calle de Tacuba, pida vd. á Doña Cruz el cuaderno, y me lo lleve vd. inmediatamente.

—Voy corriendo.

—No se olvide vd. que es mi padrino de casamiento y que le estoy esperando con impaciencia.

—Todo se hará con la mayor prontitud.

Y Willey y Duval se separaron, dirijiéndose, aquel á casa de Doña Cruz, y el segundo á la de D. Emilio donde iba á unirse con la mujer que amaba.



CAPITULO XVII.

Una acusacion.

Dejemos á Willey dirijiéndose á casa de Doña Cruz para pedirle el cuaderno entregado por la mereachife, y volvamos á la estancia en que Inés esperaba á su hermano Emilio con objeto de que desistiese del empeño de unir á Clotilde con Duval.

El señor Landeta, como hemos visto en otro capítulo, se presentó á su hermana en el instante en que ésta acababa de encender el quinqué de la pieza en que se hallaba.

Don Emilio dió las buenas noches, y dirijiéndose hácia Inés con fraternal franque-

za, le dijo con la dulce afabilidad propia de una persona de fina educacion:

—Me han dicho que deseabas hablarme, hermosa Inés.

—Sí, Emilio: deseaba pedirte un favor.

—Tendré verdadera satisfaccion en servirte: ¿qué podria yo negarte el dia en que va á unirse nuestra querida hija con uno de los hombres mas ricos y generosos de la ciudad?

—Precisamente la causa que reconoce tu excelente disposicion para complacerme, es la que yo te agradeceria desapareciese.

—¿Cómo! ¿Anhelas que no se verifique la union de Clotilde con Duval?

Exclamó Landeta dejando ver en su rostro pintados la sorpresa y el disgusto.

—Siempre me has oido expresarme de la misma manera con respecto á ese enlace, del cual no brotará otra cosa que la eterna desgracia de la hermosa jóven, cuyo porvenir te propusiste que fuese muy feliz.

—¿Y qué mas bello porvenir se le puede presentar á Clotilde, que las riquezas, el amor y el fausto, que le brinda la mano del

hombre que reúne á una fortuna inmensa un amor que raya en frenesí?

—¿Y crees tú que las riquezas satisfacen las exigencias de un corazón enamorado? ¿No daría Duval todas las que posee, por una mirada de cariño de la mujer que ama?

—Sin duda.

—Luego las riquezas, bienes materiales y perecederos, no pueden llenar ese íntimo sentimiento, todo espiritual, desinteresado y puro, que desciende del cielo sobre el alma, como el benéfico rocío cae de la nubífera techumbre al romper el alba matutina.

En el rostro de D. Emilio se marcó un gesto de indignación: su entrecejo se replegó imprimiendo á su fisonomía un aspecto severo; encapotó sus ojos bajo sus pobladas cejas, y mirando á su hermana con aire de reconvención le dijo.

—Veo que piensas con la irreflexión de una niña, y no con la solidez que en otros asuntos te caracteriza. ¿No ama Duval á Clotilde con todas las veras de un alma apasionada? ¿No le obligará este amor á ser

tierno, obsequioso, fino, atento y respetuoso con ella; á complacerle en cuanto desee, á satisfacer sus mas ligeros caprichos, puesto que la fortuna le ha prodigado sus bienes con mano franca y generosa? ¿Y estas atenciones y esta deferencia y estos obsequios, no inclinarán su corazón al agradecimiento, que solo dista un poco de la amistad y del amor?

—Es que yo no creo que ese amor que tú le concedes, existe en el corazón de Duval.

—¿Cómo!

—En el corazón de ese hombre, yo no veo mas que un capricho, un deseo, un empeño de alcanzar á todo trance la mano de la mujer que le mira con repugnancia, el afán de triunfar de un rival á quien odia. Ha hecho de este delicado asunto una cuestión de amor propio, cuyo lauro se ha propuesto alcanzar. Satisfecho ese capricho, la desconfianza nacida del convencimiento de que no posee el cariño de la mujer á quien han sacrificado, engendrará los zelos, el disgusto, y tal vez el odio hacia su triste y desgracia víctima. Sí, Emilio, tú que tienes

mas motivo que yo para conocer el corazón humano, no podrás menos de convenir en que mis temores están basados en la sana razón y en la justicia.

—Yo no sé otra cosa sino que no pensamos de la misma manera; y que tu oposición sistemática á este enlace, es de todo punto inconveniente.

—¿Es decir que piensas llevar á todo trance esta unión adelante?

—Sí; y se verificará, como está dispuesto, esta noche en la capilla que da al jardín.

—¡Imposible! Tú no querrás ser la causa de la desgracia de nuestra inocente protegida.

—Lo exige su bienestar y tu reputación. Exclamó Emilio con severidad, marcando las últimas palabras y dirigiéndole una mirada de reconvención.

—¡Mi reputación. . . !—contestó Inés admirada:—¿qué quieres decir?

—Quiero decir, hermana mía, que las lenguas maldicientes interpretan siniestramente nuestras mas ligeras acciones, y que traducen tu resistencia á este enlace, no

por cariño leal y desinteresado de amiga generosa, sino. . . .

—Acaba.

Dijo Inés con el semblante demudado y pálido.

—Hay quien se atreve á sospechar que es. . . .

—¿Qué?

—Tu hija.

—¡Mi hija!

Exclamó Inés tapándose el rostro con ambas manos.

La cortina que velaba la puerta por donde vimos desaparecer á Clotilde antes de que entrase D. Emilio, se movió ligeramente.

—Sí; tu hija.

Inés dejó escapar una exclamación profunda de dolor, y su semblante se cubrió de un encendido carmin.

—Sí, hermana mía:—continuó D. Emilio con dignidad mezclada de compasión.—se empieza ya á murmurar de esa obstinación tuya, y se pone en duda tu honor. . . .

Inés tembló al pensar que Clotilde les

estaba escuchando desde su cuarto, y la consideracion de que aparecia criminal á los ojos de aquel ángel de virtud, cuyo aprecio estimaba mas que su vida, le hizo pensar en lo que se debia á sí misma, y le dió fuerzas para salir de su sorpresa y abatimiento, y levantar con altivez la cabeza y fijar con severidad la vista en los ojos de su hermano.

Este se quedó sorprendido de aquella mirada serena y firme que solo se dirijen cuando se tiene la seguridad de una conciencia limpia.

Inés leyó lo que pasaba en el corazon de D. Emilio, y tratando de conservar el lugar digno que hasta entonces habia tenido en el tierno corazon de Clotilde, á quien juzgaba atendiendo á cuanto allí pasaba, exclamó:

—¡Con que el mundo ha llegado á interpretar siniestramente mi acendrado y desinteresado cariño hácia Clotilde!

—Sí, por desgracia.

—Pero ¡qué motivo?....

—Se habla de amores que yo ignoraba;

con un tal Ricardo; se confronta la fecha de éstos con la edad de esa jóven; se hace mérito de haberla encontrado expuesta á la puerta de nuestra casa; se traduce de demasiado interesado tu cariño hácia Clotilde, y todo esto mina por su base tu reputacion que yo quiero que se conserve pura.

Inés quedó confundida y como herida de un rayo.

Habia ocultado á su hermano sus amores con Ricardo en la época en que soñaba ser feliz, y su sorpresa, al verle instruido de ellos, le dejó anonadada.

Pero aquella sorpresa que la condenaba fué instantánea

Su corazon recobró bien pronto toda su energia, y levantando con dignidad la cabeza, dirijió con tono de reconvencion estas palabras á D. Emilio:

—¿Y tú has podido escuchar esa ofensa á la familia, sin castigar al que tal injuria ha osado proferir?

—Es que nadie se ha atrevido á decírmela directamente: he llegado á saber que las gentes se ocupan en acusarte, y nada mas;

pero esto es bastante para que yo trate de unir á esa jóven con el hombre que le he elegido, exigiendo de tí, que tengas la suficiente abnegacion para manifestarte indiferente á ella.

—¡Indiferente....!

Exclamó Inés con el acento de la mayor amargura.

—Es preciso: tu honor y mi reputacion lo exigen.

—¡Y quién puede poner en duda la una ni atacar la otra, sino ese mismo hombre á quien destinás la mano de Clotilde? Sí; nadie mas que Duval: Duval, que ya otra vez tuvo la osadía de interpretar mi cariño hácia la jóven de una manera poco digna, y que despues, para vengarse sin duda de mi oposicion y arrancar mi consentimiento, ha creido conveniente ponerme en la dura alternativa de acceder á su deseo ó de manifestar que me ligan á Clotilde otros sentimientos que el de la amistad y el cariño.

—Yo no sé de dónde ha tomado origen esa voz: solo sé que tu reputacion y la mia

pueden padecer, y que esto es preciso evitar á todo trance. Por lo mismo, espero que estarás mas dócil dentro de un momento, y que tú serás la primera en hacer entender á Clotilde la conveniencia de este enlace, y que procurarás se verifique dentro de un instante, como está dispuesto. Tienes suficiente talento para conocer la fuerza de mis razones, y nada tengo que añadir ni que escuchar. Adíos, querida Inés;—añadió tomandole cariñosamente la mano:— Sabes que te amo con todas las veras de mi alma. No me acuses, pues, de severo ni de injusto: mi resolucion conoce hoy una causa justa, por mas que alcance yo que la maldicencia es la que empieza á tener la osadía de hincar su enconado diente en tu virtud sin mancha. Lejos de acusarme, compadéceme, pues, hermana mia.

Y salió de la pieza dirijiendo á su afligida hermana, una mirada de cariñosa compasion.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Inés al mirarse sola:—¡Han llegado á poner en duda mi honor....! ¡Oh! ¡este golpe es mas

terrible que todas mis anteriores desgracias....!

Y la hermosa quedó profundamente abatida.

—¡Madre mia... madre mia!—Dijo en aquel instante Clotilde saliendo de su cuarto y abrazando á la bondadosa mujer que padecía por su causa.—Estoy resuelta á unirme al señor Duval.

—¡Clotilde, Clotilde mia...! ¿has escuchado...?

—Todo, madre mia; y mi resolucion es irrevocable: su honra de vd. antes que mi felicidad. La oposicion de vd. á este enlace ha dado origen á injuriosas sospechas, y es preciso destruirlas en su cuna.

—Pero ¿tú crees en ellas?

—¡Ah! ¡nunca, madre mia! Yo no creo si no en vuestra virtud; en que es vd. la mas apreciable, la mas buena de todas las mujeres, en su inocencia y en su amor hácia mí....!

—¡Gracias, gracias!—Exclamó Inés abrazando con afán á la jóven y colocando en su frente un beso de gratitud.—Veo que

nada he perdido en tu estimacion y en tu aprecio, y esto me vuelve la calma y la felicidad.

—¡Perder, cuando es mas grande que nunca mi amor hácia vd!

—¡Oh! tú no sabes Clotilde todo el consuelo que vierten en mi corazon esas palabras.

—Como vierten las de vd. en el mio al escuchar que le proporcione ese bien.

—¡Cuán buena eres!

—Pero yo quiero, madre mia, que nadie vuelva á ofender á vd. con suposiciones indignas, y para realizar este deseo, es preciso que se celebre inmediatamente mi union con Duval, como está dispuesto.

—Pero ese es un sacrificio terrible para tí.

—¡Y qué importa? ¿No ha hecho vd. mil y mil por esta desgraciada? Sé que la pena acabará con mi vida... que no podré sobrevivir á la desgracia de renunciar para siempre al amor de Leopoldo.... al hombre que idolatro con todo mi corazon....!

Pero ¿qué importa mi vida cuando se trata de la tranquilidad, de la honra de vd., madre mia?

—¡Ah! ¡eres un ángel, Clotilde, un ángel de virtud y de abnegación!— Dijo Inés inundándola de besos y de cariñosas lágrimas:—

Pero no; jamás permitiré que labres por tí misma las cadenas de tu infelicidad! ¡jamás!

—¡Sobreviviré tan poco á mi fatal enlace, madre mia, que mis tormentos termirán muy pronto por fortuna!

—Pero no mis penas por tu muerte.

—Las penas se dulcificarán con las lágrimas; pero el veneno de la deshonor, lejos de dulcificarse con el tiempo, cobra erces martirizando sin descanso la existencia que se arrastra entre el desprecio y la befa de la sociedad. Sé que es vd. víctima de una infame calumnia; pero esa calumnia solo se conjura y se destruye permitiéndome unirme al hombre á quien saben aborrece vd. mas que yo misma.

—¿Y Leopoldo? ¿qué será de Leopoldo desde el momento que pertenezcas á Duval?

—¡Leopoldo! ¡Leopoldo!

Exclamó Clotilde con voz conmovida y vertiendo abundantes lágrimas.

—¡Podrás abandonarle, desgarrar su corazón, y condenarle á perpétuo llanto?

—¡Oh! ¡madre mia, madre mia!

Y la jóven no pudiendo continuar, porque los suspiros embargaban su voz, estrechó entre sus manos la de su bienhechora, humedeciéndola con sus lágrimas.

Inés, profundamente conmovida acercó contra su pecho á la afligida jóven, acarició su finísimo cabello, fijó en su apacible rostro una dulcísima mirada, y le dijo con tierno y cariñoso acento.

—No llores, hija mia: nunca permitiré que sacrifiques tu felicidad y la del hombre que amas, á mi reputacion y mi buen nombre. Si la sociedad me calumnia y me rechaza, tendré al menos tu cariño y tu amor que me recompensarán liberalmente mis desgracias. Pero tú ¿qué tendrás si te unes al hombre que detestas, y ves morir de tristeza al que forma el encanto de tu vida? Ni siquiera el estéril placer de mis dulces

palabras, porque Duval te alejaria de mi lado.

—¡Es verdad! Pero cuando todo eso me falte, cuando á mis solas llore la ausencia de las personas mas caras á mi corazon, me quedará siquiera una incomparable satisfaccion.

—¿Cuál?

—La de haber salvado la honra de la mujer que me ha colmado de beneficios, que ha sido mi amiga; ¡mi madre!

—¡Tu madre....! Sí.... tu madre.— Exclamó echándole las brazos la bondadosa Inés:—¡Por qué he de privarme de la dicha de que me des ese hermoso nombre?

Y las dos se abrazaron con la mas viva emocion de amor.

El reloj dió en aquel momento una hora, y Clotilde se estremeció.

—¡Adios, madre mia!—dijo levantándose:—ha llegado el instante crítico del sacrificio. ¡Adios! y si algun dia llegase Leopoldo á echarme en cara el paso que doy... dígame vd., se lo ruego, el esfuerzo que me cuesta! dígame vd. que solo he amado á él

en el mundo.... que le amo aún.... que el deber sagrado de salvar la honra de vd. me ha conducido al altar.... ¡al altar que me separa de él! ¡de él que ha sido el bello ideal de mi porvenir.... mi felicidad.... mis esperanzas.... mi amor! ¡Dígame vd. que en vez de acusarme de infiel y de perjuración, me llame infeliz y desgraciada.... y que me compadezca!

Y desprendiéndose de los brazos de su protectora que enternecida y anegada en llanto la estrechaba contra su pecho, se alejó de aquel sitio, y penetró en su alcoba inconsolable y derramando un torrente de lágrimas.

En aquel mismo momento, un criado de la casa, marchando con sigilo, abria cuidadoso la puerta del jardin á un hombre que iba embozado hasta los ojos.

—¿Llego á tiempo?

Preguntó en voz baja y con misterio el de la capa.

—Sí señor.

—Pues toma tu gratificacion, y condúcame al sitio convenido.

El criado cerró la puerta del jardín sin hacer ruido, y caminando sobre las puntas de los piés, se dirigió, seguido del embozado que marchaba con las mismas precauciones, hácia una puerta gótica bastante alta; la abrió con mucho cuidado, y penetró en una capilla, iluminada entonces por una lámpara.

—Aquí puede vd. ocultarse.

Le dijo indicándole una especie de sacristía.

—Pero ¿no entrará nadie en ella?

—Nadie.

—Perfectamente.

Dijo el embozado penetrando en el sitio señalado.

—Ahora, hasta luego: suplico á vd. que nadie llegue á saber que yo le he abierto á vd. la puerta.

—Pierde cuidado.

—Adios: oigo ruido: sin duda se acercan.

Y desapareció dejando al hombre que había conducido, entregado á la inquietud y á sus meditaciones.

CAPITULO XVIII.

En la capilla.

Cinco personas se encuentran reunidas en una brillante y bien adornada sala: dos bellísimas mujeres, vestidas lujosamente, dos caballeros con traje negro cortado á la moda, y un sacerdote de aspecto venerable que revela en sus nobles facciones la pureza de una alma evangélica.

En el apacible y hechicero rostro de la mas jóven de las mujeres, se ven pintados el dolor, la resignacion y el sentimiento.

En el de la de mas edad, aunque jóven aún y hermosa como la primera, se retratan la gratitud, el cariño y el pesar.

A sus bellísimos ojos, velados por el tin-

El criado cerró la puerta del jardín sin hacer ruido, y caminando sobre las puntas de los piés, se dirigió, seguido del embozado que marchaba con las mismas precauciones, hácia una puerta gótica bastante alta; la abrió con mucho cuidado, y penetró en una capilla, iluminada entonces por una lámpara.

—Aquí puede vd. ocultarse.

Le dijo indicándole una especie de sacristía.

—Pero ¿no entrará nadie en ella?

—Nadie.

—Perfectamente.

Dijo el embozado penetrando en el sitio señalado.

—Ahora, hasta luego: suplico á vd. que nadie llegue á saber que yo le he abierto á vd. la puerta.

—Pierde cuidado.

—Adios: oigo ruido: sin duda se acercan.

Y desapareció dejando al hombre que había conducido, entregado á la inquietud y á sus meditaciones.

CAPITULO XVIII.

En la capilla.

Cinco personas se encuentran reunidas en una brillante y bien adornada sala: dos bellísimas mujeres, vestidas lujosamente, dos caballeros con traje negro cortado á la moda, y un sacerdote de aspecto venerable que revela en sus nobles facciones la pureza de una alma evangélica.

En el apacible y hechicero rostro de la mas jóven de las mujeres, se ven pintados el dolor, la resignacion y el sentimiento.

En el de la de mas edad, aunque jóven aún y hermosa como la primera, se retratan la gratitud, el cariño y el pesar.

A sus bellísimos ojos, velados por el tin-

te de la melancolía, ojos dulces y apacibles que no aparta un solo momento de la jóven sensitiva, asoma de vez en cuando una lágrima de dolor que se apresura á enjugar con el blanco pañuelo que sostiene en su torneada mano, antes de que alguno llegase á advertir que lo secaba.

Sin embargo, esto no era fácil.

La vista del mas anciano de los dos caballeros, se fijaba con frecuencia en las angélicas mujeres, con un interes y una ternura que contrastaban con la mirada severa del otro, en cuyo aspecto duro y desapacible se traslucian el temor, la inquietud y la ira.

Solo el respetable sacerdote permanecía tranquilo y retirado, ocupado en rezar algunas páginas de un humilde breviario.

Un silencio sepulcral reinaba en toda la sala.

La mas profunda tristeza velaba los semblantes de los cinco personajes; y á no ser porque el blanco y vaporoso trage de la jóven contrastaba con el pesar impreso en todas las fisonomías, cualquiera hubiese

creido que en aquel sitio tenia lugar la triste escena de un duelo.

Parecia que la melancolía, la desgracia y el pesar, se habian disfrazado por ironía con el ropaje del placer y del contento.

—Mucho tarda el doctor, señor Duval.

Dijo rompiendo el silencio el mas anciano de los caballeros.

—Sí, señor Landeta:—contestó el interpelado procurando disimular su inquietud.—Tal vez alguna ocupacion imprevista y urgente le habrá impedido venir á la hora convenida.

—Yo lo siento—advirtió D. Emilio—por el padre Enrique, por este digno sacerdote á quien estamos robando un tiempo que tal vez lo tendria dispuesto para cumplir con otras obligaciones de su ministerio.

—No estén vdes. mortificados por mí, señores:—contestó el ministro del altar con la mayor dulzura:—mi deber es permanecer donde soy necesario, sin contar el tiempo que transcurre.

Y continuó leyendo.

—Si á vd. le parece—dijo Landeta diri-

jiéndose á Duval—podemos, puesto que el padrino no se presenta, diferir la ceremonia para otro dia.

En el rostro de las dos hermosas brilló la alegría.

—De ninguna manera:—contestó Duval.—Retardar un dia mas la ceremonia, seria condenarme á un siglo de indecibles tormentos.

Y Duval dirijia á cada instante la vista hácia la puerta para ver si entraba Willey.

Pocas horas antes, como el lector ha visto en otro capitulo, se habian dirijido por la calle de Manzanares, envueltos en sus capas, hácia la casa de Doña Anita, para saber si se habia apoderado del cuaderno.

Despues los vió detenerse en una esquina; quedarse en ella al doctor esperando á Duval á que volviese de visitar á la antigua mereachifle; á poco reunirse, y por último, separarse, marchando el doctor á casa de Doña Cruz, donde Doña Anita habia dejado el cuaderno, segun le dijo Duval, y á éste en direccion al edificio en que vivia Clotilde, donde debia efectuarse su casamiento.

Pero habian trascurrido ya dos horas desde ese momento, y Duval no sabia á qué atribuir aquella tardanza.

¿Habia tenido lugar algun contratiempo?

Si Duval hubiera visto que habian sido seguidos por un hombre, como lo vió el lector, y que aquel hombre que habia escuchado parte de la conversacion de ellos, desapareció de repente antes de que se separaran, sin duda que se hubiera alarmado con aquella tardanza, creyéndola originada por algun lazo puesto por el misterioso personaje; pero Duval nada vió, y por lo mismo no abrigaba ningun sério temor que le sobresaltase.

La tardanza de Willey la atribuia á no haber encontrado á Doña Cruz en su casa, y á haberla tenido que esperar.

¿Y era cómo él se imaginaba?

¿Nada, en efecto, le habia sucedido á Willey?

¿El hombre á quien vimos en Manzanares seguir al doctor y á Duval, escuchar su conversacion y desaparecer luego, no era

ninguno de los muchos enemigos ocultos que tenia Willey?

¿No era ninguno de tantos ofendidos, y en cuyo corazon hubiese despertado los zelos con su conducta poco respetuosa con las mujeres que tenian amante ó esposo?

¿No habia despertado el deseo de venganza en el corazon de ningun hombre del bajo pueblo, como habia despertado en D. Margarito, el amante de la Federacha?

Mas adelante lo sabremos.

Lo único que podemos decir es, que Duval estaba impaciente con aquella tardanza, que solo bendecian interiormente Inés y Clotilde.

—Pues no parece—dijo D. Emilio despues de un gran rato viendo que el doctor no llegaba.—Tal vez se haya enfermado de repente y no pueda venir.

—Entonces me hubiera enviado un recado dándome parte de su indisposicion.

Advirtió Duval.

—Es verdad. O tal vez haya sido llamado á última hora por algun enfermo de gravedad.

—Puede ser muy bien.

—De esa manera, ¿no le parece á vd., como antes dije, que suspendamos la ceremonia hasta mañana?

Inés y Clotilde se dirijieron una mirada de esperanza.

—Al contrario:—exclamó Duval:—yo le suplico á vd. que no se retarde un solo momento.

—¡Cómo!

—Suplicándole á vd. se digne servir de padrino.

Las dos hermosas palidieron de espanto.

—Si vd. cree que el señor Willey no se dará por ofendido, por mí no hay inconveniente.

—Cuento desde ahora con su beneplácito—Exclamó Duval.

—Siendo así, podemos dirijirnos á la capilla.

Contestó D. Emilio levantándose de su asiento, y dando el brazo á su hermana.

Duval iba á ofrecer el suyo á Clotilde, cuando se presentó el doctor.

—Llega vd. á buen tiempo:—le dijo Landeta cediéndole el honor de acompañar á Inés:—le iba ya á usurpar á vd. sus derechos.

Duval se acercó con disimulo á Willey, y le dijo al oido.

—¿Encontró vd. á Doña Cruz?

—Sí.

—¿Y el cuaderno?

La presencia de D. Emilio, que se aproximó á ellos, impidió contestar al doctor.

—¿Vamos, señor Duval?

Dijo Landeta poniéndose á su lado.

—Vamos.

—Y á vd., señor doctor, tengo la honra de cederle el derecho que le iba á usurpar por su tardanza: á vd. le corresponde dar el brazo á la madrina.

Y D. Emilio cedió á Willey la honra de acompañar á su hermana.

Esto impidió que el doctor y Duval se hablasen.

—Marchemos, pues.

Exclamó Duval, tratando de no retardar

ni un solo instante su felicidad; y rebosando satisfaccion, ofreció su brazo á la hermosa Clotilde que, al apoyarse en él, se estremeció de horror.

Pálida, temblando y comprimiendo los suspiros que intentaba exhalar su angustiado pecho, bajó á la capilla, que los criados habian iluminado profusamente.

Clotilde tembló al acercarse al altar, como tiembla el tímido cervatillo á la vista del lobo devorador que ha de destrozarle.

Inés le miraba con cariñosa compasion, y como ella temblaba tambien al considerar en los terribles votos que le obligaban á pronunciar, sin ver que desgarraban su alma.

Entre tanto el padre Enrique se habia vestido, y colocándose con su libro enfrente de los que debian enlazarse para siempre, les dijo que se diesen la mano derecha.

Duval alargó la suya con impaciencia y satisfaccion, viendo próximo el instante anhelado por él.

Clotilde extendió tímidamente su torneada mano; pero al sentir el contacto abrasa-

dor de la del hombre que aborrecia, quiso retirarla espantada, pero no pudo: la de Duval le habia asido con tal fuerza, que era imposible separarla.

Entonces la infeliz dirijió á la amorosa Inés que la contemplaba con el cariño y el dolor de una madre, una de esas dulcísimas miradas suplicatorias que envía el ánima afligida en sus instantes de tribulacion demandando piedad, socorro y compasion á las personas que se interesan por su suerte.

Aquellas dos angélicas mujeres se comprendieron, y los ojos de la una y de la otra se cubrieron de lágrimas.

Pero aquel llanto era ya estéril.

El paso estaba dado, y era imposible retroceder.

Clotilde se acordó en aquel momento de Leopoldo, y el corazon se le oprimió dentro del pecho.

¡Sufria horriblemente!

La infeliz le amaba como nunca le habia amado, y se veia obligada á renunciar á él para siempre!

Esta idea que no se apartaba un instante

de su memoria, le habia afectado de una manera profunda que quebrantó su salud.

Su cabeza ardia con los sintomas de la fiebre, mientras su corazon se hallaba helado con el frio del terror.

Sin embargo, permanecia serena y resignada, resuelta á consumir el sacrificio por salvar la honra de su protectora.

Era el ángel de la gratitud vindicando el limpio nombre de la Caridad y destruyendo la calumnia que en alas de la murmuracion amenazaba emponzoñar la limpia atmosfera que respiraba su bienhechora.

El padre Enrique, despues de haber leído las obligaciones que cada uno de los cónyuges iba á contraer, se dirijió á Duval preguntándole si tomaba por esposa y compañera á la jóven Clotilde.

—Sí.

Contestó con voz firme y robusta el digno socio del doctor, irradiando de alegría y de satisfaccion sus ojos.

La jóven se estremeció como el reo al escuchar la sentencia de su muerte.

El ministro del Señor se dirigió á Clotilde, y le hizo la misma pregunta.

La desdichada expósita miró á todas partes afligida, titubeó un instante, se puso pálida como la muerte, y no pudiendo resistir á la opresion aguda que lastimaba su pecho y le quitaba la respiracion, apoyó su lánguida cabeza en el hombro de la tierna Inés que estaba á su lado, sin que los fuertes y violentos latidos de su corazon le permitiesen contestar.

Duval se mordió los labios de impaciencia.

Landeta temió una negativa que manifestaria que habia violentado su voluntad.

Willey disimuló su enojo; y el sacerdote, interpretando á rubor y miedo natural lo que no era sino una indisposicion fisica, originada por la afeccion moral, la volvió á preguntar con la mayor dulzura, si recibia por esposo y compañero al señor Duval.

Clotilde levantó su abrasada cabeza, volvió á mirar á todas partes triste y afligida: pero viendo que no quedaba otro medio de salvar la honra de su protectora sino unién-

dose al hombre que detestaba, iba á responder afirmativamente, cuando salió un jóven precipitadamente de la sacristia, llevando un cuaderno en la mano, y pronunciando agitado estas palabras:

—¡Esperad, esperad!

Los ojos de todos se fijaron en el nuevo personaje con singular asombro.

—¡Nuñez. . . .!

Exclamó Inés, no siendo dueña de reprimir su alegría.

—¡El mendigo de S. Angel.

Dijo á su vez Duval mordiéndose los labios y reconociendo al pordiosero que le pidió limosna en el átrio de la iglesia.

—Sí; hoy el salvador arcángel es de la honra y la inocencia, y causa de tu impaciencia, el mendigo de San Angel.

—Pero ¿qué significa esto?

Preguntó Landeta absorto de lo que pasaba y sin comprender el sentido de aquellas palabras.

—Esto significa—respondió Nuñez poniendo en manos de D. Emilio el cuaderno

ensangrentado de que se apoderó la noche en que fué herido—que el Supremo Juez no deja jamás de premiar la virtud, aunque antes haya puesto á prueba los quilates de ella; que la inocencia triunfa al fin de la maldad, y que las densas nieblas de la impostura se desvanecen ante la luz de la verdad, como los negros vapores que se elevan de la tierra á los fulgentes rayos del sol abrasador. Un solo abtáculo se oponía al enlace del mas recomendable de los hombres con su hija adoptiva de vd.: ese abtáculo que era la mancha que se creía empañaba la limpia honra que distinguió siempre el apellido de los Cabrerías, desaparece con la lectura de este cuaderno abogado sincero de la virtud y acusador del verdadero criminal.

—¡Gracias, Dios mio, gracias....!

Exclamó Clotilde arrojándose en los brazos de Inés y sintiéndose desfallecer por la emoción de excesivo placer que embargaba su alma.

Don Emilio se puso á leer el cuaderno en las páginas que le señaló Nuñez.

En el rostro de Duval se pintaron la rabia y la desesperación.

El doctor dirijió á Nuñez una mirada terrible y amenazadora.

Y el padre Enrique comprendió lo que pasaba.

—¡Oh! ¡qué acabo de leer!—exclamó Landeta manifestando un intenso regocijo.—¡Mi amigo, mi buen amigo Cabrera es inocente! ¡Ah! ¡apenas puedo creer en la felicidad que me causa esta satisfacción!

Aquella manifestación de placer llevó la esperanza al corazón de Inés, que estrechó contra su pecho á Clotilde.

—Pero ¿quién nos responde—advirtió Duval—de la autenticidad de ese manuscrito? ¿quién nos asegura que lo que contiene no es una invención fraguada con el fin de sorprender la buena fé de vd. y destruir el enlace que constituye mi felicidad?

—¡Cómo!—exclamó Nuñez.—¿Sería vd. capaz de suponerme autor de una superchería?

—Yo no he tratado de inferirle á vd. esa

ofensa; pero puede vd. haber sido tambien sorprendido y....

Landeta vaciló con esta observacion. Sin embargo, su corazon, siempre noble, estaba inclinado á la indulgencia y al perdon.

—Bien—advirtió Nuñez;—yo no quiero que se dé crédito á la verdad que me acompaña; pero sí suplico al señor Landeta que suspenda, porque lo creo prudente, una ceremonia en que se atropella la voluntad de la mas recomendable y virtuosa de las jóvenes, hasta persuadirse de mi impostura ó de mi lealtad.

—Esa observacion—contestó D. Emilio—la encuentro muy prudente, y prometo acatarla.

Clotilde envió una mirada de tierna gratitud á aquel hombre á quien amaba como á un padre, y que le volvia á abrir las puertas de la esperanza.

—Vea vd., señor D. Emilio—dijo Duval con mal reprimido enojo—que aquí solo se trata de alargar el plazo por algun infame que abriga siniestras miras, y que ese retardo puede ser perjudicial á todos.

—Conozco, señor Duval, la justicia de la impaciencia de vd.—contestó Landeta;—pero vd. convendrá en que seria un acto injustificable el de un padre que se expusiese á pasar por injusto y tirano, por no esperar unos cuantos dias para la aclaracion de un asunto como el presente.

—Ni yo—añadió el digno sacerdote—podria bendecir una union para la cual he visto con asombro alguna repugnancia en una de las personas contrayentes; en la mas débil, y á quien por lo mismo me encuentro en el caso de proteger.

Duval se puso blanco como el papel.

Inés y Clotilde se miraron con ternura, y se estrecharon la mano con indecible placer.

—Igual deber me acompaña como hombre y como padre:—exclamó Landeta;—y le suplico al señor Duval, que por su parte, tenga la bondad de obsequiar el deseo de todos.

Duval disimuló la rabia y el encono que le devoraban, y contestó dejando asomar á sus lábios una sonrisa forzada.

—Tengo suma satisfaccion en complacer á vdes.

Clotilde, afectada por las encontradas y terribles emociones que en el espacio de breves instantes habian combatido su alma, no tuvo fuerzas para resistir la profunda y grata sensacion que embargó su pecho al escuchar aquellas palabras, y cayó sin sentido en los brazos de Inés que la estrechó contra sí, impidiendo que cayese en tierra.

Landeta y el sacerdote acudieron en su auxilio.

Duval, aprovechando aquel instante de confusion, se acercó al doctor y le dijo al oido:

—¿No me dijo vd. que habia ido por el cuaderno?

—Y es cierto.

—¿Pues cómo se encontraba en poder de ese hombre?

—Porque fué por él momentos antes que yo, segun me dijo Doña Cruz.

—¡Momentos antes!

—Sí señor, momentos antes, y fingiendo un recado de Doña Anita.

—¡Ah! ¡nos ha perdido ese hombre!

—Bien le decia yo á vd., que el cielo protege á Leopoldo.

—Pues es preciso que le reciba el infierno en sus abismos.

—¿Cómo!

—Escuche vd.

Y Duval pronunció algunas palabras al oido de Willey.

—Está muy bien.

Dijo el doctor despues de oirlas.

—Confio en la osadía y talento de vd.

—No dejaré burlada su esperanza.

Y el doctor desapareció sin que nadie advirtiese su salida.

—¡Dios mio.... Dios mio!

Exclamó con lánguida y débil voz Clotilde, volviéndo de su parasismo.

—¿Qué tienes, hija mia?

Le preguntó Inés besándola en la frente.

—¡Oh! la felicidad me ahoga.... siento oprimido el corazon, y que mi cabeza se abrasa....

—¡Ven, ven á tu cuarto, querida Clotilde.

de;—le dijo D. Emilio dándole el brazo para que se apoyase en él:—¡Nada temas!

Y la jóven, admitiendo el favor de D. Emilio, se dirigió despacio y devorada por la calentura, hácia sus habitaciones.

Nuñez que acompañaba á la hermosa Inés, al entrar en la sala notó la desaparicion del doctor, y bastó á su viva comprension esto, para que sospechara que se fraguaba algun crimen.

Una sonrisa de satisfaccion infernal que sorprendió en los lábios de Duval, le afirmó en su creencia: entonces ya no quiso perder un instante, tomó el sombrero que habia dejado sobre una silla, y se dispuso á salir.

—¿Nos deja vd. tan pronto?

Le preguntó Inés.

—Tengo ese sentimiento, pero me es indispensable: mi deber reclama mi presencia en otra parte.

Y despidiéndose con una finura y franqueza distinguidas, salió á la calle pronunciando estas palabras:

—Yo sabré á donde á ido ese doctor; y si algo intenta sabré estorbárselo.

Y Nuñez, acariciando en su mano la pistola que le regaló D. Juan la noche del concierto, y que llevaba en el bolsillo, tomó, sin titubear, el rumbo de la casa de D. Rafael.

Sabia que en ella estaba Leopoldo, y sospechó que se intentaba algo contra éste último, en el momento en que saliese á la calle.

Ya ve, pues, el lector, que Nuñez no habia muerto, como lo imaginó Félix al oír en la nevería de Tlalpam, las señas que daban de un jóven que se habia encontrado asesinado en el callejon de Mecateros.

Lejos de eso, parecia que Dios velaba por la existencia de aquel jóven, eligiéndole de instrumento para que triunfase la virtud.

El fué el mismo que el lector vió seguir á Duval y á Willey, cuando éstos se dirijian á casa de Doña Anita, y quien habiendo oído, oculto detras de la puerta y escuchando por la cerradura, la conversacion entre Duval y la mercachifle, corrió á ver á Doña

Cruz de parte de su amiga, para que le entregase el cuaderno que suspendió la union de Clotilde con Duval, presentándose en la capilla en el momento en que la jóven iba á consumir su sacrificio.

Nuñez, pues, habia detenido el golpe que hubiera desgarrado el corazon de su amigo Leopoldo y emponzoñado la existencia de la mujer que amaba.

Duval disimuló, como hemos visto, su ira, y habló en secreto algunas palabras con Willey, quien desapareció al instante, y tras el cual vimos salir tambien á Nuñez.

Suspendida de esta manera la ceremonia, Duval se dirigió á su casa maldiciendo su destino, y Clotilde penetraba en su lecho, presa de una terrible fiebre, originada por la terrible lucha de afectos que habian combatido su corazon en la capilla, y que alarmó sobremanera á la desventurada Inés.

CAPITULO XIX.

Consecuencias del juego.

Para caminar en nuestra historia con el órden y claridad que el escritor no puede prescindir de guardar por ningun motivo, y para enlazar los mas ligeros detalles de manera que marchen unidos y eslabonados como partes que concurren á formar el asunto, preciso es que retrocedamos algun tiempo de nuestra historia, y nos traslade mos al último dia de la feria de Tlalpam.

El lector recordará la noche aquella del último dia en que Willey, impulsado por una pasion satánica y criminal, y despues de bajar del ómnibus en que vino de Tlalpam, penetró en casa de la hermosa Elisa,

Cruz de parte de su amiga, para que le entregase el cuaderno que suspendió la union de Clotilde con Duval, presentándose en la capilla en el momento en que la jóven iba á consumir su sacrificio.

Nuñez, pues, habia detenido el golpe que hubiera desgarrado el corazon de su amigo Leopoldo y emponzoñado la existencia de la mujer que amaba.

Duval disimuló, como hemos visto, su ira, y habló en secreto algunas palabras con Willey, quien desapareció al instante, y tras el cual vimos salir tambien á Nuñez.

Suspendida de esta manera la ceremonia, Duval se dirigió á su casa maldiciendo su destino, y Clotilde penetraba en su lecho, presa de una terrible fiebre, originada por la terrible lucha de afectos que habian combatido su corazon en la capilla, y que alarmó sobremanera á la desventurada Inés.

CAPITULO XIX.

Consecuencias del juego.

Para caminar en nuestra historia con el órden y claridad que el escritor no puede prescindir de guardar por ningun motivo, y para enlazar los mas ligeros detalles de manera que marchen unidos y eslabonados como partes que concurren á formar el asunto, preciso es que retrocedamos algun tiempo de nuestra historia, y nos traslade mos al último dia de la feria de Tlalpam.

El lector recordará la noche aquella del último dia en que Willey, impulsado por una pasion satánica y criminal, y despues de bajar del ómnibus en que vino de Tlalpam, penetró en casa de la hermosa Elisa,

resuelto á alcanzar por la fuerza lo que no podria ser obra de la voluntad de la mujer que le odiaba.

No habrá olvidado tampoco que en el momento mas crítico para la infeliz en que no podia salvarse de su infame perseguidor, se presentó un hombre que, penetrando por la ventana del cuarto en que dormian Julia y Teresita, asió fuertemente al doctor por los brazos, quien, por estar de espaldas, no pudo ver la persona que le sujetaba.

Elisa, como entonces dijimos, ignoraba quién fuese aquel hombre que detenía á su perseguidor, y temiendo fuera otro malvado, se dispuso á penetrar en el cuarto en que dormian sus inocentes hijas, cuando el ruido de la llave con que abrian la puerta la detuvo.

El hombre que tenia asido al doctor, preocupado con aquel ruido, dejó de sujetar al malvado, como entonces vimos, dando lugar á que éste huyese por la ventana cuando se presentó en la pieza Diego, con el rostro desencajado, en desórden la ropa y el cabello, y cubierto de polvo y de sudor.

El esposo de Elisa que acababa de perder en Tlalpam cuanto habia ganado pocas horas antes, y que venia ciego de cólera, lanzó, como vimos entonces, una furiosa mirada sobre el hombre que al lado de su mujer se hallaba, y sacando un puñal, se precipitó con él sobre el desconocido.

Un grito sordo se oyó en seguida, y tras él, el ruido de un cuerpo que cayó en tierra.

A este punto llegábamos, cuando nos vimos obligados á ocuparnos de otros personajes, dejando pendiente la conclusion de aquella escena de que ahora voy á ocuparme.

El hombre que se encontraba allí, que habia sujetado al doctor, y contra el que esgrimíó el arma Diego, era.... Nuñez, que habiendo ido á visitar á la preceptora Amalia, y oyendo, al salir, ruido extraño en la habitacion de Elisa, penetró por la ventana sospechando alguna desgracia.

El que lanzó el grito y cayó al suelo, era Diego que, trastornado su cerebro desde la última apuesta en que perdió todo cuanto tenia, y dominado por la cólera, se vió aco-

metido de una excitacion nerviosa que le hizo caer sin sentido.

Núñez se apoderó del arma; la guardó en el bolsillo, corrió á levantarle, y desvaneció los recelos de Elisa diciéndole quién era, y la casualidad que le habia obligado á entrar, creyéndola amenazada de ladrones.

Elisa se tranquilizó, y ambos pusieron todos los medios para que volviese de su parasismo Diego.

Este se estremeció de nuevo; abrió los ojos; dirigió una mirada extraviada fija y espantosa á Núñez, y con acento terrible le preguntó.

—¿Quién eres?

—Soy....

—Sí;—le interrumpió Diego incorporándose y sin dejarle acabar:—te conozeo; tú eres el que me ha ganado en Tlalpam cuanto tenia.... una inmensa fortuna.... porque yo era ya rico.... ¡sí; bastante rico! Pero ahora me desquitaré.... porque vienes á jugar.... ¿no es verdad?

Elisa quedó aterrada al escuchar aquellas palabras.

Núñez comprendió que el cerebro de aquel hombre habia sufrido una funesta alteracion.

—Sí;—continuó Diego rechinando los dientes y apretando los puños;—yo te iba á matar porque creí que no querias seguir jugando.... Pero ahora soy tu amigo.... ¡jugaremos y te ganaré! Sí; te ganaré, porque es preciso que te gane para llevar á mi mujer lo que habia separado para ella.... ¿Conoces tú á mi mujer? ¡Es muy buena! ¡sí; muy buena! ¡Yo le atormento mucho á la infeliz cuando pierdo; pero á pesar de eso le amo.... y ella me perdona! ¡Pobre Elisa!

—¡Diego.... Diego!—Exclamó anegada en llanto la desventurada esposa y estrechándole la mano:—¿Ya no me conoces? ¡Qué te ha pasado! ¿qué ha sucedido? ¡cuéntame.... cuéntame!

Diego clavó los ojos en Elisa y la miró de hito en hito y con el mayor asombro como tratando de reconocerla.

La desventurada esposa concibió alguna

esperanza de que volviese de su enagenación mental.

—¿No me conoces, Diego? Mírame.... soy Elisa.... ¡tu desventurada Elisa que estaba cuidadosa de tí.... que te esperaba con ansia!

—Sí.... te conozco.... te conozco muy bien ahora.

Dijo Diego como trayendo á la memoria una idea satisfactoria.

—¿De veras?

Exclamó trasportada de gozo aquella mujer que olvidaba el abandono y las ofensas de su esposo cuando le veia sufrir y padecer.

—Sí; repitió Diego;—tus facciones las tengo grabadas en mi mente: tú eres la mujer del hombre que me ha arruinado! de aquel por quien he perdido cuanto tenia.... Pero, mírale.... aquí está.... voy á volver á jugar con él, y le ganaré.

Elisa lanzó un grito al ver desvanecida la esperanza que habia concebido, y no pudo contener su llanto.

—Vamos, no hagas caso;—dijo el esposo de aquella infeliz dirijiéndose á Nuñez;—tu mujer llora como la mia porque vas á jugar: ¡todas las mujeres lloran cuando sus maridos juegan!

—¿Y no es mejor que la consolemos, y que dejemos el juego para otro dia?

Se atrevió á decirle Nuñez tocándole con cariño sobre el hombro.

—No.... porque mañana no vendrias.

—Te doy mi palabra.

—¿De veras?

—De veras.

—Júralo.

—Lo juro.

—Bien; esperaré; pero has de traer todo el dinero que me has ganado.

—Todo.

—¿Y no se opondrá tu mujer?

—No se opondrá.

—¿Y por qué no hemos de jugar ahora? [®]

—Porque es ya tarde, y es preciso descansar para tener despejada la cabeza.

—Dices bien; á mí me pesa como si tu-

viere dentro de ella plomo; marcha, pues, pronto, que aquí te espero.

Núñez se levantó, pero no se atrevió á salir.

Temia dejar sola á aquella mujer con un hombre que en un arranque de locura, podía atentar á su vida y á la de las dos inocentes criaturas que descansaban en el cuarto contiguo.

Elisa adivinó el noble sentimiento de su salvador, y le envió una mirada de gratitud.

—¿Por qué no te vas?

Gritó con impaciencia Diego viendo que Núñez permanecía quieto.

—¡Váyase vd. por Dios! ¡Nada temo: el cielo me acompañará! Le doy á vd. las gracias por el trabajo que se ha dignado tomar, y nunca se borrará de mi pecho tan generosa acción.

—No he hecho mas que cumplir con un deber de humanidad, señora; y me parece que para llenar cumplidamente ese deber, aun debo permanecer aquí; pues dejar á vd. sola, sería exponerla á una desgracia.

—No, no lo crea vd.: se ha calmado mucho.... ¡Váyase vd!

—¿Por qué no obedeces á tu mujer? ¿No te dice que te vayas?

—Sí; pero yo temo que tú no me esperes.

Contestó Núñez concibiendo una idea que creyó eficaz para alcanzar que Diego se entregase al descanso.

—Te doy mi palabra.

—No; no me voy hasta no haberme asegurado de que no puedes salir; de que estás durmiendo. Entonces me iré para volver con mucho oro para jugar.

Diego se puso á pasear por la pieza con los ojos desencajados y á largos pasos, exclamando con regocijo.

—¡Mucho oro.... mucho oro! ¡Ah! sí.... yo se lo ganaré.... voy á dormir para pensar despues.

Y dominado por la idea de ganar, penetró en su cuarto, se arrojó vestido sobre el lecho, y poco despues dormia profundamente.

Debilitado su cerebro á consecuencia de

la herida que recibió en S. Angel, y de su mal método de vida, habia perdido el juicio con la última apuesta que le vimos hacer en la casa de juego de Tlalpam.

Recorrió aquel pueblo como un furioso; y no teniendo dinero para pagar el asiento en el carruaje, hizo el viaje á pié, llegando á México cubierto de polvo, de sudor y en extremo cansado.

Dominado por la fatal idea del juego, y proyectando la manera de *ganar siempre*, se dirigió á su casa afanoso de adquirir algo para venderlo y poner su importe al azar de una carta.

Dueño de una llave que él tenia para entrar á cualquier hora de la noche sin molestar á su esposa y á sus niñas, abrió con ella la puerta en el instante en que nadie le esperaba, presentándose de la manera que le hemos visto, y dando lugar á que el doctor Willey se fugase por la ventana.

Como su cabeza estaba trastornada, aunque su primer movimiento fuese de celos, facilmente despues se confundieron sus

ideas, y al volver de su accidente nervioso, solo le representó su imaginacion el objeto que mas le habia impresionado; el hombre que le habia ganado lo que ya contaba como suyo.

—El cielo le ha traído á vd. á mi casa, caballero;—dijo Elisa á Nuñez viendo dormir tranquilamente á su esposo:—El sueño tal vez le volverá la calma que ha huido de su corazon.

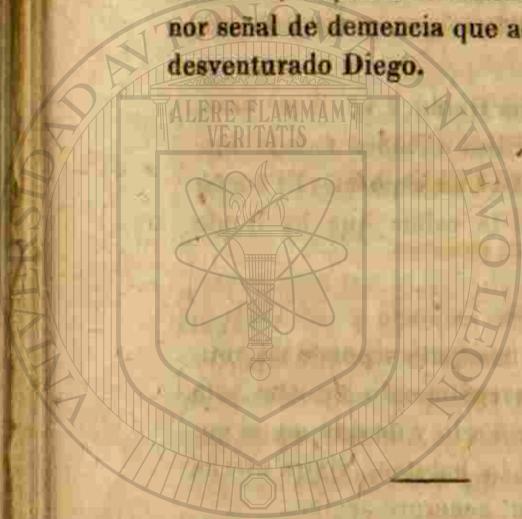
—Así lo espero.

—Sí; ya estoy tranquila y puede vd. retirarse, con el convencimiento de que esta casa le pertenece á vd., y de que en el corazon de los que la habitan, vivirá eterna la memoria de tan generosa accion.

Nuñez se despidió ofreciendo volver al siguiente dia, y poco despues se dirijia á su casa pensando en la dolorosa escena que acababa de presenciar, y en las terribles consecuencias del juego.

Elisa se acercó á su esposo, y al verle profundamente dormido, se retiró al sitio en que estaban los dos ángeles de su amor;

se puso de rodillas; oró un instante á Dios, y se sentó en una silla junto á las inocentes criaturas, dispuesta á defenderlas á la menor señal de demencia que advirtiese en el desventurado Diego.



CAPITULO XX.

La separacion.

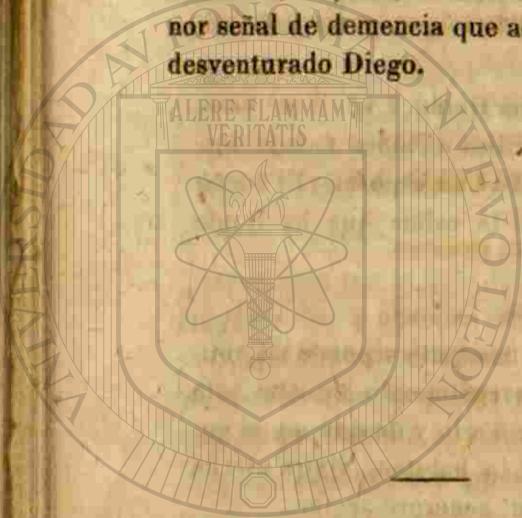
Sentada en una pequeña y ordinaria silla de pino, y en medio de dos criatura hermosas como dos radiantes estrellas, yace una hechicera mujer de humilde, pero limpio trage, abatida y sin consuelo.

Es Elisa.

En su apacible y celestial semblante se extiende dulcemente el suave tinte de la melancolía: de sus rasgados ojos se desprenden algunas lágrimas que trata de ocultar á los dos ángeles que le rodean, para no desgarrar sus sencillos y tiernos corazones.

Sin embargo, Julia y Teresita han sorprendido aquel llanto, y conmovidas se

se puso de rodillas; oró un instante á Dios, y se sentó en una silla junto á las inocentes criaturas, dispuesta á defenderlas á la menor señal de demencia que advirtiese en el desventurado Diego.



CAPITULO XX.

La separacion.

Sentada en una pequeña y ordinaria silla de pino, y en medio de dos criatura hermosas como dos radiantes estrellas, yace una hechicera mujer de humilde, pero limpio traje, abatida y sin consuelo.

Es Elisa.

En su apacible y celestial semblante se extiende dulcemente el suave tinte de la melancolía: de sus rasgados ojos se desprenden algunas lágrimas que trata de ocultar á los dos ángeles que le rodean, para no desgarrar sus sencillos y tiernos corazones.

Sin embargo, Julia y Teresita han sorprendido aquel llanto, y conmovidas se

acercan cuanto les es dable á su desventurada madre, tratando de consolarla con sus caricias.

Las tres guardan el mas profundo silencio, y dirijen, al menor ruido que escuchan, asustados sus ojos á la puerta de su alcoba, fuera de la cual se miran, y que se encuentra cerrada con llave.

De repente se oyó un grito y un golpe terrible, dado contra la cerradura, y las tres se abrazaron con espanto, y fijaron temblando y con horror la vista en la puerta.

—¡Miserables.... abran pronto!

Gritó Diego con ronca voz desde adentro.

Elisa hizo un movimiento para levantarse; pero aquellas dos criaturas, en cuyos semblantes estaba pintado el terror, la detuvieron diciendo:

—¡No.... no, mamá.... no le abras.... no le abras, porque nos mataría....!

—¡Sí; y os mataré porque me habeis encerrado!

Exclamó dando una furiosa patada en el suelo Diego, que se hallaba dentro de la alcoba.

Julia y Teresita volvieron á arrimarse á la afligida Elisa, que temblaba como ellas.

—Ya lo oyes, mamá.

Dijeron, pálidas como un cadáver, las tímidas criaturas sin apartar los espantados ojos de la puerta.

Y tenían motivo para estar dominadas por el miedo y el terror.

¿Por qué?

Vamos á decirlo.

Diego se habia quedado profundamente dormido, despues que Nueñez, para no contrariarle en su delirio, le prometió que iria á jugar al siguiente dia.

El lecho de Diego estaba en el mismo cuarto que el de sus inocentes hijas que ignoraban la triste escena que habia tenido lugar, y una cortina de indiana servia de pared divisoria.

Elisa, temiendo que su esposo se viese acometido otra vez de su ataque de enajenación mental, no se atrevió á acostarse, y se quedó sentada junto al lecho de sus hijas, velando el sueño de aquellos dos tiernos ángeles.

Así pasó toda la noche.

Era ya el amanecer, cuando oyó que Diego despertaba.

Elisa inquieta y temerosa, y conteniendo la respiración, aplicó el oído, y dirigió la vista hácia el sitio en que se encontraba el lecho de su esposo, y que, como hemos dicho, estaba velado por una cortina.

A poco oyó que su esposo pronunciaba á sus solas algunas palabras entre dientes que no pudo comprender, pero que le alarmaron.

¿Había recobrado la razón, ó era presa aún de su enagenación mental?

Elisa se hallaba en esta incertidumbre.

De repente oyó que Diego se había levantado de la cama.

Esto le hizo fijar la vista con mas afán en la cortina, con dirección al sitio en que estaba el lecho.

Oyó pasos.

A poco todo quedó en silencio.

Pasado un instante vió moverse poco á poco la cortina.

Elisa se estremeció, y no apartaba los ojos de ella.

Estaba temblando.

Un sudor frio discurría por todos sus miembros.

De repente vió asomar una mano agarrando la cortina.

Después vió descorrerse ésta.

Y en seguida asomar la cabeza de Diego que, quieto detras de la cortina, y después de haber recorrido con la vista todo el cuarto, fijó los ojos inyectados en sangre en su esposa, de una manera terrible.

Elisa tembló de espanto.

En aquella mirada y en aquella actitud estaba leyendo el trastorno en que seguía la razón de Diego.

Este dejó asomar á sus labios una sonrisa irónica que hizo estremecer á la desgraciada Elisa.

A la sonrisa, sucedió á poco la ira que se retrató en su semblante.

Elisa temió por sus tiernas hijas, y se inclinó hácia ellas como para resguardarlas con su cuerpo, como cubre con sus alas á

sus tiernos polluelos la tímida gallina á la presencia del sangriento gavilan.

Pero aquel acto de cariño maternal, hizo estallar la rabia del desgraciado Diego.

Trastornada como estaba su razon, y preocupada con la idea de que le habian prometido volver á jugar, creyó que Elisa, á quien confundió con el que le habia hecho la promesa, trataba de ocultar el dinero que él habia perdido, y arrojando una exclamacion espantosa, se arrojó sobre su esposa para apoderarse de lo que guardaba.

Elisa dió un grito, se puso de pié en el instante, y á las voces de "¡socorro!" dadas con el mas intenso afan, despertaron asustadas Julia y Teresita de su tranquilo sueño, y al ver á su mamá de pié junto al lecho de ellas, impidiendo que se acercase Diego á maltratarlas, arrebatado por su locura, corrieron hácia la puerta que daba al patio para abrirla.

Por fortuna habia amanecido ya, y á los gritos de la afligida madre, pudieron acudir algunos vecinos, y el infatigable Nuñez

que, cuidadoso de la situacion critica en que habia dejado á Elisa, acudia en aquel momento á saber por la salud de Diego.

Este, al ver entrar un hombre, se avalanzó sobre él con indecible furia.

Nuñez necesitó de toda su fuerza y serenidad para resistir aquel ataque, y mientras auxiliado de otras personas conseguia sujetar al desgraciado Diego, Elisa se retiraba á la pieza contigua con sus dos afligidas criaturas, que se asian á ella con la fuerza que da el temor de la niñez.

Nuñez logró al fin dominar al frenético Diego, y dejándole encerrado dentro de la pieza, manifestó á la atribulada esposa lo conveniente que seria conducir á la casa de dementes á aquel hombre, si no queria exponer la vida de sus tiernas hijas, y aun la suya propia.

Amalia que tambien habia acudido á las voces dadas por su amiga, apoyó esta idea con juiciosas reflexiones.

—¡Ah! no:—exclamó Elisa:—¡yo no debo separarme del hombre á quien estoy uni-

da....! Mi obligacion es cuidarle.... atenderle.... velar por él á todas horas!

Pero estos nobles sentimientos fueron combatidos como infructuosos, estériles y aun perjudiciales en aquellas circunstancias.

Amalia le hizo comprender que en el reducido local de que podian disponer, sin los recursos pecuniarios que son indispensables para atender á una larga enfermedad y proporcionar al enfermo los alimentos propios y las medicinas eficaces, nunca recobraría la razon su esposo: que en la casa destinada á los desgraciados que habian tenido la desdicha de perder el juicio, además de la sana ventilacion y capacidad de ella, se encontraria asistido eficazmente por un excelente facultativo que estudiaria detenidamente su enfermedad; alimentado cual lo exigia su triste situacion, y vigilado siempre por los mozos del establecimiento para que no atentase contra su propia vida.

Elisa contestó, dando por causal de su resistencia el sentimiento de separarse del

padre de sus hijos. Pero al fin, vencida por las juiciosas observaciones de su leal amiga, temerosa de la vida de sus tiernas criaturas, y persuadida de que en el estado de pobreza que le rodeaba no podía proporcionarle ninguna de las cosas indispensables que influyesen al cobro de la razon perdida, accedió á los deseos de la amable preceptora, y Nuñez partió en el mismo instante á practicar las diligencias necesarias para que fuese admitido Diego en el establecimiento destinado á los dementes, á donde se ofreció conducirle él mismo dentro de un coche.

Elisa estrechó contra su pecho á Julia y Teresita al considerarlas sin padre; y cuando Amalia se retiró á su habitacion lo mismo que todos los vecinos que habian acudido á sus voces, se dejó caer en la ordinaria silla que ocupaba, ocultando el dolor del alma impreso en su semblante y las lágrimas que brotaban del prensado corazon. ®

Pensaba que ya no tardarian en llegar por el hombre que fué en otro tiempo el encanto de su vida, su primer amor y su

ventura, y esto la tenia inquieta, triste y sin consuelo.

¡Triste y deleznable humanidad! ¡cómo se desvanecen tus risueñas ilusiones y tus dorados ensueños!

Aquella mujer que al abrir por la primera vez al amor su sensitivo pecho, miraba en el dulce objeto que habia hecho latir su corazon, el principio de una felicidad sin guarismo, el bello ideal de impercederas perfecciones, de interminable ternura, de cariño y de pasion, el adorado sér, á cuyo lado se deslizaria su vida con la dulzura de la luz que resbala sobre el tranquilo lago; aquella mujer que esperó en la union conyugal un paraíso en donde los años volarian en alas del placer con la suavidad con que las flores exhalan sus perfumes; que esperó beber en cada palabra de la persona amada un poema de amor; en cada caricia un cielo, y en sus tiernas miradas las delicias de los ángeles; aquella mujer que en sus miríficos delirios amorosos deificara al hombre que le brindaba un oasis de eternal ventura, ahora, deshecha la encantada pers-

pectiva que velaba la triste realidad, solo descubre al severo desengaño complaciéndose en presentarle el negro fondo de lo cierto, en donde beba la amarga esencia de las cosas.

El implacable tiempo, con su aliento abrasador, ha marchitado las pintadas hojas de las flores, dejando solo las punzantes espinas: el limpio cielo de la felicidad se ha velado de oscuras y borrascosas nubes, y bajo las seductoras formas del amante, se ha presentado un corazon ambicioso, sediento de oro, iracundo y despiadado.

¡Miserable condicion humana!

Pone el hombre su cariño en las cosas perecederas del mundo que le deslumbran, que le fascinan; se desvela, se afana por adquirir las, halagado por su seductora apariencia, y cuando las posee, cuando es dueño de ellas y las examina... entonces se admira y se avergüenza de haber tributado su admiracion á un bello fantasma sin mérito real y positivo.

Pensar en la perfectibilidad de los seres humanos, es un dulce delirio, una ilusion,

un sueño; y el hombre ó la mujer que hacen del sér amado un ángel celestial, no son mas que unos ilusos soñadores que palparán su insensatez al entrar en el terreno del análisis y despertar á la realidad.

Elisa habia soñado como sueñan todos en la juventud; pero su sueño habia durado un instante.

Sin embargo, aunque fué sensible para su alma el terrible desengaño, y donde esperó encontrar un fiel apreciador de su acendrado cariño, solo encontró un desgraciado fanático por el juego, no por esto dejó de creerse feliz á su lado.

Habia visto, es cierto, cubrirse de punzantes zarzas y de maleza el delicioso oasis en que juzgó vivir eternamente; pero aún conservaba de aquel oasis dos bellísimas flores que embalsamaban su vida, que la inundaban de placer, que la hacian feliz.

Estas dos flores eran Julia y Teresita. ¿Cómo no amar, pues, al sér á quien debian su existencia?

Sí; Elisa no podia olvidar las deliciosas

horas que habia pasado al lado de aquel hombre antes de que la funesta pasion al juego hubiese ido á interrumpir su felicidad. Traia á la memoria aquella época feliz de la vida en que, tierno y amoroso, galante y deferente, estudiaba la manera de satisfacer sus mas ligeros deseos, de agrardarla siempre.

¡Ambos entonces se habian jurado un amor eterno.... no separarse jamás! ¡Y sin embargo, ella le alejaba de su casa!

Elisa se acusaba á sí misma de cruel y desnaturalizada, por haber accedido al parecer de los que le habian aconsejado que entregase á su esposo al cuidado de manos mercenarias, y se proponia no separarse de él ni que le sacasen de su casa, aun cuando tuviese que constituirse en su cuidadora y esclava.

—¡No; no le abandonaré en su desgracia! ¡La que disfrutó de sus beneficios cuando le sonreia la fortuna, debe participar de sus desgracias en la adversidad!

Se decia interiormente.

Pero este noble propósito venia por tier-

ra cada vez que un grito ó un golpe de furor se escuchaba en la puerta de la alcoba, haciéndolas estremecer.

Entonces temblaba por la vida de sus adoradas hijas, las estrechaba contra su pecho, y se resolvía al sacrificio de que alejasen de su lado á su desgraciado esposo.

—¡Huyamos, mamá!—Dijo asustada Teresita viendo que los golpes se repetían, amenazando tirar al suelo la puerta:—¡Huyamos á casa de nuestra preceptora!

—¡No tengais miedo, hijas mias.... estad aquí; no le dejemos solo á vuestro desdichado padre!

Y Elisa se enjugó una lágrima.

—¡No; tienes razon! ¡No le debemos dejar ahora que padece! ¡Perdóname, mamá, si el miedo me hizo proferir esa palabra!

—¿Y por qué se encuentra en ese triste estado, madre mia?

Preguntó Julia con el candor de la niñez.

—¡Porque la miseria ha extraviado su razon.... porque en vez de poderos proporcionar el regalo y la abundancia, ha perdido cuanto poseía!

—¡Ah! ¡es por nosotras! ¡porque nos ama! ¡porque pretendia vernos felices y contentas!—Dijo Teresita:—¡Pobre padre mio! ¡cuán digno es de nuestro amor y de nuestra compasion!

—Sí, Teresita, es vuestro padre; y aunque no reconociese su delirio origen tan noble, debíais quererle y compadecerle, como le quiero y compadezco yo.

—¡Siempre.... siempre, madre mia!

Y las tiernas criaturas enlazaron con sus torneados y pequeños brazos el lindo cuello de su mamá, formando las tres un grupo seductor.

En aquel momento se escuchó el ruido de un carruaje que se aproximaba.

Elisa separó dulcemente su cuello de los redondos brazos de sus cariñosas hijas, y aplicó sobresaltada el oido.

El coche se detuvo de repente en la puerta del zaguan.

Elisa se estremeció, y se puso pálida como si la sangre se le hubiese coagulado en las venas.

—¡Qué tienes, mamá?

Le dijo Julia notando su sobresalto y palidez.

—¡Nada.... nada!—contestó levantándose la desdichada esposa:—¡Vienen ya por vuestro padre.....!

—¡Por él.....! ¿Y quién?

—Un amigo..... el hombre que llegó á defendernos esta mañana... el señor Nuñez.

—¿Y á dónde quiere llevarle?

—A..... á.....

Y Elisa no tuvo valor para pronunciar el nombre del hospital.

—¿Fuera de México? ¿Al campo?

—Sí..... hijas mías..... á un sitio donde podrá recobrar la razon para volver á vuestro lado á vivir tranquilo..... á no pensar mas que en vosotras..... en su familia!

—Y en tí..... ¿No es verdad, mamá? ¡Ah, qué dichosas seremos entonces!

Y las dos tiernas niñas besaron la mano de su afligida madre, humedeciéndola con sus angélicas lágrimas.

Nuñez se presentó en aquel instante por Diego, y poco despues llegó Amalia para

acompañar y consolar á su desdichada amiga.

Nuñez se acercó á la puerta, y dió un golpe en ella.

—¿Quién es?

Respondió Diego desde adentro con acento brusco y espantoso.

—Yo:—contestó Nuñez;—el que te ganó ayer, y viene, como quedó, á ver si quieres ir á jugar con él.

—¿Y por qué me has encerrado aquí, miserable?

Exclamó apretando los dientes y rechinándolos con fuerza.

—Para que no te marcharas sin esperarme.

—¡Ah! ¿conque lo hiciste por eso?

Preguntó mas tranquilo Diego.

—Por eso precisamente. Dime, pues, si estás de humor de venir conmigo á una casa de juego donde tengo todo el oro que te gané, y mucho mas.

—Estoy dispuesto; pero abre.

Elisa y sus dos niñas temblaron al ver que Nuñez se disponia á abrir la puerta.

—Nada teman vdes.: la creencia de que va á jugar ha calmado su furia, y ya solo piensa en el juego.

Al concluir estas palabras dió vuelta á la llave, y se presentó Diego, lívido, desgarrada la ropa, y mirando con espanto á todas partes.

Nuñez le tendió la mano, y manifestando una alegría intensa por haberle encontrado, le dijo.

—Ya ves que he cumplido mi palabra, y que vengo á buscarte para que marchemos á jugar.

—Sí; veo que eres hombre de pundonor. ¿Y cuánto oro tiene la casa á donde me llevas?

—Tres mil onzas.

—¡Tres mil onzas!—exclamó Diego sonriendo de placer:—¡Ah! las ganaré.... sí; las ganaré para traérselas á mi mujer.... á mis hijas.... Vamos.

Elisa no pudo contener un suspiro que oprimía su corazón.

Las dos tiernas criaturas al escucharla, prorrumpieron en llanto.

Diego volvió la cara, y como si hubiese recobrado el conocimiento y la razón, se acercó á su esposa, y tomándole con cariño una mano le dijo.

—¡No llores, vida mia! Ahora voy á ganar.... sí; á ganar para tí.

Y abrazando á Julia y Teresita, añadió.

—¡Adios, hijas mias.... adios! No aflajais á vuestra pobre madre con vuestros sollozos.... Pronto volveré lleno de riquezas, para que seais vosotras y ella tan felices como mereceis.

Y dándoles un beso en la frente, se apoyó en el brazo de Nuñez, y salió diciendo.

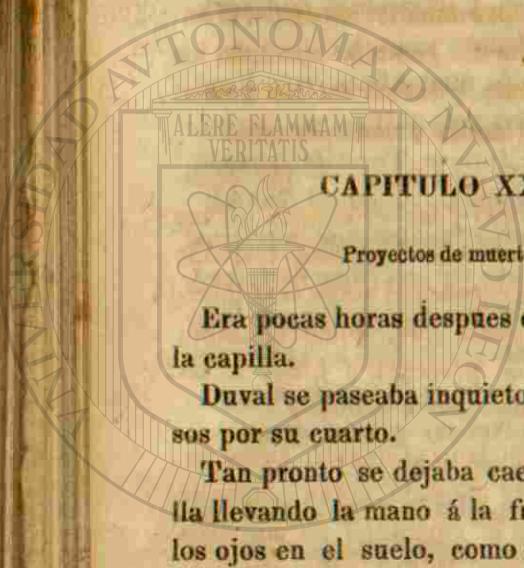
—Vamos á jugar.

Nuñez envió una mirada compasiva á los seres que quedaban envueltos en el dolor.

Poco despues se escuchó rodar el coche.

Elisa exhaló un grito desgarrador.

Julia y Teresita corrieron á abrazarla; y Amalia cayó de rodillas, pidiendo á Dios por el consuelo de aquella desolada familia.



CAPITULO XXI.

Proyectos de muerte.

Era pocas horas despues de la escena de la capilla.

Duval se paseaba inquieto y á largos pasos por su cuarto.

Tan pronto se dejaba caer sobre una silla llevando la mano á la frente y fijando los ojos en el suelo, como se levantaba y recorria la estancia con una agitacion violenta.

La luz de un quinqué, colocado en una mesa rinconera, enviaba su claridad por todos los ángulos de la pieza, bañando el severo rostro del personaje que nos ocupa, en que estaban pintados el odio, el temor, la inquietud y la desesperacion.

Al cruzar la pieza de un extremo al otro, se detenia con frecuencia como dominado de un terrible pensamiento; arrugaba el entrecejo, exhalaba un gemido, apretaba los puños fuertemente, y levantaba los ojos al cielo en actitud de ira y desesperacion.

Parecia uno de esos hombres que enenagados en el vicio y los crímenes, luchan á sus solas con el remordimiento, tratando de arrojar de su corazon el noble sentimiento de la conciencia que, como acusador inexorable se les presenta á todas horas para acibarar sus inícuos placeres.

Habia encomendado al doctor, como hemos visto en otro capítulo, algun asunto de importancia que le comunicó en voz baja en la capilla, y que Willey salió ofreciendo desempeñarlo fielmente.

¿Y aquel asunto será acaso de muerte?

¿Habia mandado derramar la sangre de algun inocente, y la idea de un crimen cometido le inquietaba?

Pero no; no era el remordimiento, ese toque celestial que en alas de la fe viene á

echarnos en cara nuestro delitos y á señalarnos nuestros deberes, el que agitaba en aquel instante su espíritu.

No disfrutaba ya la felicidad de recibir esos secretos consejos que le arrancan al hombre del abismo en que está próximo á despeñarse.

Su corazón connaturalizado con el crimen, había llegado á ese grado de indiferencia y de insensibilidad en que Dios deja á la criatura cuando despues de continuos avisos, se obstina en desoir los gritos de la conciencia que no es otra cosa que la voz de su Criador.

Eran su ambición, su temor de perder en un solo día lo que á fuerza de maldades había adquirido, quienes originaban su intranquilidad.

—¡Oh! ¡estoy perdido!—exclamó pegándose una palmada en la frente:—hay días fatales en que parecen citarse todos los males para caer como terribles acreedores de la humanidad, sobre el que menos los temía! Ese maldecido mendigo que se ha interpuesto esta noche en mi camino para

destruir el enlace que ambicionaba con toda mi alma.... esa irresolucion en D. Emilio aplazando mi felicidad para un tiempo indefinido.... y por último, lo que acabo de presenciar en casa de Flan.... ¡Oh! ¡sí; estoy perdido sin remedio! ¡Y este doctor que no viene! ¿Habrá dejado de ejecutar mis órdenes?

Y sacó el reloj para ver la hora.

Luego se aproximó á la puerta, aplicó el oído, y exclamó dando una patada en el suelo.

—¡No parece!

Y se puso á pasear de nuevo en la estancia.

De repente se oyeron los pasos de alguno que se acercaba precipitadamente.

Duval se detuvo en medio de la pieza conteniendo la respiración para cerciorarse de la verdad.

Entonces percibió claramente la veloz marcha de alguien que llegaba; brilló en sus ojos la alegría; desarrugó el entrecejo, y volvió á dirigirse á la puerta cuando ésta se abrió, presentándose pálido, cubierto de

sudor, y agitado, el doctor, mostrando en el puño de su camisa algunas manchas de sangre.

—¿Ha muerto Leopoldo?

Preguntó con impaciencia Duval.

Willey se dejó caer en una silla sin poder responder por la extrema agitación en que llegaba.

—Dígame vd., ¿ha muerto?

Volvió á preguntar Duval.

El doctor tomó un poco de aliento, y respondió.

—No.

—¿Vive!

Exclamó Duval rechinando los dientes y dejando ver en sus ojos la ira y la desesperación.

—Sí; vive.

—¿No estaba donde yo le dije á vd?

—Sí estaba.

—¿Y no le esperó vd. á que saliera?

—Le esperé.

—¿En sitio bueno y acompañado?

—En un sitio oscuro y solitario de un callejon estrecho, de donde podia verlo sa-

lir de casa de Rafael, y acompañado de tres amigos míos, armados todos de espada y de puñal.

—¿Amigos leales?

—Tres de los que trabajan en nuestra oficina de moneda falsa.

—¿Extranjeros?

—Extranjeros.

—¿Los que acompañaron á vd. al rapto de Luz.

—Los mismos.

—Pues entonces, ¿cómo vive Leopoldo? ¿cómo no le han obligado vdes. á que vaya á dar á Dios cuenta de su alma?

—Porque....

—¿Ha tenido vd. miedo de matarle!

Dijo con acento de reconcentrada ira Duval.

—¿Miedo para matar...!—contestó Willey con sonrisa irónica:—¿Miedo yo para matar!

—Pues entonces....

—Es que no nos han dejado matarle.... es que á ese hombre le defiende el diablo bajo la forma de otro hombre.

—¿Otro?

—Sí; ese maldito mendigo que se presenta en todas partes como nuestra conciencia; que destruye todos nuestros planes, y contra quien no hay poder humano que le venza. El impidió se llevase á efecto el rapto de Clotilde la noche aquella en que hirió á vd. en el jardín; él, quien me insultó en el baile, y se libró de la muerte hiriéndome, como hoy, la mano, y haciéndome huir; él, quien al ir á alcanzar de Elisa mi ardiente deseo hace algunas noches, se apareció de repente impidiéndome realizar el bien que anhelaba; él, quien hoy se ha presentado con el cuaderno en la capilla para estorbar vuestro enlace; y él, en fin, el que hace un instante ha impedido la muerte de Leopoldo.

—¿Pero cómo ha sido eso?

—Lo ignoro. Solo sé, que cuando se acercó Leopoldo al sitio en que estábamos ocultos y se levantaron los brazos de los cuatro para herirle, nos vimos de repente acometidos por un hombre que se presentó allí sin que sepamos por donde; que dándome un tajo en la mano, me obligó á soltar el pu-

ñal, y que acuchillando á los cuatro con un ímpetu indecible, nos puso en precipitada fuga, sin darnos tiempo á volver de nuestra sorpresa.

—¡Oh fatalidad!

—Por fortuna ninguno de mis compañeras ha caído en poder de él, y hemos podido retirarnos antes de que al ruido acudiese la justicia, y pudiesen conocernos.

—¡Oh! todo se conjura hoy contra mí:— exclamó con acento desesperado Duval:— Sí, todo; y solo falta á este golpe el otro mas terrible que nos espera.

—¿Cómo!—dijo alarmado Willey:—¿hay algo que temer?

—Mucho: estamos á un paso de ser denunciados como monederos falsos.

—¿Será posible!

Exclamó el doctor poniéndose pálido como un difunto.

—Sí.

—Pero ¿cómo...? hable vd.

—Sabe vd. que esta mañana hice al señor Flan un pago de diez mil pesos.

—Sí; y se me olvidaba obsequiar á los conductores.

—Ese obsequio podrá quedar para otro día. Hoy lo que necesitamos para no perecer en un cadalso, es que deje de existir esta misma noche el señor Flan, que ha descubierto la mala ley de la moneda que le entregamos, que nos acusará sin duda ante el gobierno, y que éste, despues de confiscarnos los bienes, nos haga morir pública é ignominiosamente.

El doctor se puso pálido y tembló de horror: el temor hizo desaparecer el cansancio que poco antes le impedia moverse; y levantándose súbitamente, preguntó:

—Pero ¿está vd. cierto de que Flan conoce nuestro secreto?

—Segurísimo. Iba, despues de la desagradable escena de la capilla, á comunicar le un asunto, y penetré en su despacho sin que nadie advirtiese mi llegada: cuando entré, estaba de espaldas á mí, y no pudo advertir mi llegada: yo le iba á dirigir la palabra; pero me contuve al ver que, armado de un martillo y de un instrumento cortan-

te, se ocupaba en partir pesos que sacaba de las talegas que yo le habia enviado.

—¡Oh! ¡sucedió lo que yo temia!

Dijo Willey pálido y sobresaltado.

—¡Es una desgracia terrible!

—Sí; estamos perdidos.

—Solo hay un medio para evitar que hable.

—¿Cuál?

—¿Y vd. me lo pregunta?

—Su muerte: ¿no es así?

—Cierto.

—Su muerte esta misma noche durante su sueño, antes de que se comuniquen con ninguno.

—Seria la única manera de salvarnos.

—Y nos salvaremos.

—Despues de lo que acaba de suceder con Leopoldo, no abrigo esa confianza.

—Es que á Leopoldo se trataba de asesinarle en la calle, donde se va con el temor de ser sorprendido de la justicia, y con D. Felipe no hay este peligro.

—Es verdad.

—Si las combinaciones mejor dispuestas

vienen á tierra cuando hay que ejecutarlas en las calles públicas, no sucede lo mismo con aquellas que tienen lugar sin temor á que seamos sorprendidos. ¿No tiene vd. un ejemplo en el rapto de la hermosa Luz?

—Sí, sí, es cierto.

—Su muerte es, pues, indispensable, y yo me encargo de ejecutarla.

—¡Ah! es el único medio de salvarnos.

—No hay otro: si pasa esta noche, mañana estamos perdidos.

—Lo comprendo así.

—No hay, pues, que titubear.

—Pero ¿cómo penetrar hasta su alcoba sin ser visto?

—Me ocurre la manera de conseguirlo.

—¿Sí? ¿de qué manera?

—La casa contigua á la suya, es de vecindad; en ella hay cada ocho días, baile de suscripción, y hoy precisamente es uno de ellos.

—¿Y eso de qué puede servirnos para llevar á cabo nuestro objeto?

—Déjeme vd. acabar y lo sabrá vd.

—Escucho.

—He dicho que hay bailes de suscripción, y que hoy se da uno. Comprado, pues, un billete, puedo asistir á ese baile; subir sin ser visto á la azotea cuando juzgue que es hora á propósito; pasar de ella á la de Flan, y descender á su habitación que está retirada de los cuartos que ocupan los demás; poner término á su vida, y volver á entrar en el baile sin manifestar alteración, y permanecer en él hasta el siguiente día para no despertar sospechas.

—Pero ¿olvida vd. que la azotea del señor Flan está cuidada por un enorme perro de presa que con sus ladridos pondrá en movimiento á todos los criados?

—También tengo previsto ese inconveniente, y la manera de vencerlo.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente.

—Es un animal feroz.

—Le quitaremos su ferocidad antes de que pueda avisar con sus ladridos.

—¿De qué manera?

—¿Ignora vd. que soy médico?

—Pero....

—Arrojándole, sin presentarse á él para que no ladre, un pedazo de carne.

—¿Envenenada, no es esto?

—No; porque la justicia al ver muerto al perro, sospecharia que el asesino habia penetrado por la azotea.

—Es verdad.

—Y á nosotros nos conviene que las sospechas recaigan sobre otro.

—¿Sobre quién?

—Sobre Félix.

—Pero ¿cómo?

—La carne, en vez de envenenada, contendrá una exacta cantidad de narcótico; de manera que cuando se lleguen á practicar las diligencias y averiguaciones que en semejantes casos se usan, el perro haya vuelto de su profundo sueño.

—Comprendo.

—La justicia, no encontrando de esta manera rastro ninguno que la indique haber penetrado en la casa un hombre, recelará de los que en ella habitan, y yo haré de modo que las sospechas caigan sobre el dependiente.

—¿Pero de qué suerte?

—Ese es mi secreto.

—Bien.

—¿Le agrada á vd. mi plan?

—No puede ser mas feliz.

—Me alegro.

—Ahora solo falta que la ejecucion sea pronta.

—¡Oh! lo que es este golpe será seguro.

—Igual cosa me dijo vd. del dispuesto para Leopoldo, y sin embargo....

—Allí temia ser sorprendido: estaba á merced del primero que llegase á pasar por la calle: aquí, logrando penetrar en la casa, estoy á cubierto de las miradas de todos, dueño del campo, y libre para herir á toda mi satisfaccion.

—¡Oh! la confianza de vd. reanima la mia que empezaba á desaparecer.

—Estoy seguro del buen éxito.

—Bien; pero que sea antes de amanecer.

—Cuando todos los que habitan la casa duerman profundamente.

Dijo el doctor disponiéndose á salir.

—Nos va en ello la fortuna y la vida.

—Con la muerte dejaré aseguradas ambas cosas.

—Entre tanto yo veré á los conductores; hablaré con los dos socios que tienen que volver á nuestra clandestina fábrica, les diré que no acúen mas moneda; que recojan cuanto existe en el laboratorio, y despues saldremos del país para vivir tranquilos.

—Es toda mi ambicion.

—Que se realizará muy pronto.

—Permanecer mas tiempo cuando nos cercan tantos peligros, seria una imprudencia que podria costarnos muy cara.

—Por lo mismo es preciso que lemos con seguridad este golpe.

—Repito que respondo del éxito.

—Bien; yo entre tanto iré, como he dicho, á dar las órdenes necesarias para que todo se recoja.

—Perfectamente:—dijo Willeyando la mano á Duval:—Ahora parto á desempeñar la empresa que se me ha encargado: hasta mañana.

—Adios. Una palabra nada mas.—Añadió Duval deteniendo al doctor.

—¿Cuál?

—Es preciso que mañana temprano, vaya vd. á visitar á Clotilde, porque la dejamos algo indispueta á resultas de la terrible escena de la capilla.

—Siempre esa mujer que nos ha de ser funesta!

—Es encargo que me hizo D. Emilio al despedirme de él: teme que las emociones hayan afectado su corazon, y desea que la vea un facultativo. ¿Permitiremos que éste sea D. Rafael, el amigo de D. Leopoldo, á quien sin duda llamarian si vd. faltase?

—De ninguna manera. ¿Y es de cuidado la indisposicion?

—No; pero puede servirnos para ganar tiempo, y ver como podemos apoderarnos del cuaderno y hacerlo desaparecer. ®

—¿No es mas acertado que nosotros desaparezcamos del país antes?

—Yo no puedo irme sin Clotilde.

—No olvide vd. que una pasion fué la

causa de que su hermano de vd. Francisco Picaluga muriese en un patíbulo.

—¡Silencio!—dijo Duval mirando con recelo hácia todas partes:—que no sepan que llevo ese apellido.

—No tenga vd. cuidado: respeto el pacto que hicimos al asociarnos.

—No hay que olvidarlo, pues; y marehad á disponerlos para que desaparezca de la lista de los vivientes ese D. Felipe que puede denunciarnos.

—Parto al momento: adios.

—Adios.

Y Willey desapareció, mientras Duval se quedó pensativo y receloso en medio de la pieza.

CAPITULO XXII.

Una escena sangrienta.

—Tenia vd. razon, D. Félix:—decia paseándose por el almacen D. Felipe Flan la misma noche en que Duval y el doctor habian resuelto su muerte.—Duval es un monedero falso; un infame que ha enriquecido defraudando al público. Cien pesos he partido sacándolos de distintas talegas, y todos tienen el alma de cobre.

—Es preciso—dijo Félix—denunciar este escandaloso hecho á la justicia ahora mismo, para que sea aprehendido antes de que llegue á traslucir la menor cosa.

—No; porque eso seria condenarle á perecer en un cadalso; y aunque me ha enga-

causa de que su hermano de vd. Francisco Picaluga muriese en un patíbulo.

—¡Silencio!—dijo Duval mirando con recelo hácia todas partes:—que no sepan que llevo ese apellido.

—No tenga vd. cuidado: respeto el pacto que hicimos al asociarnos.

—No hay que olvidarlo, pues; y marehad á disponerlos para que desaparezca de la lista de los vivientes ese D. Felipe que puede denunciarnos.

—Parto al momento: adios.

—Adios.

Y Willey desapareció, mientras Duval se quedó pensativo y receloso en medio de la pieza.

CAPITULO XXII.

Una escena sangrienta.

—Tenia vd. razon, D. Félix:—decia paseándose por el almacen D. Felipe Flan la misma noche en que Duval y el doctor habian resuelto su muerte.—Duval es un monedero falso; un infame que ha enriquecido defraudando al público. Cien pesos he partido sacándolos de distintas talegas, y todos tienen el alma de cobre.

—Es preciso—dijo Félix—denunciar este escandaloso hecho á la justicia ahora mismo, para que sea aprehendido antes de que llegue á traslucir la menor cosa.

—No; porque eso seria condenarle á perecer en un cadalso; y aunque me ha enga-

ñado, aunque ha abusado de mi confianza y ha hecho traicion á mi amistad, no trato ni de perderle ni de perjudicarlo, sino de que repare en lo posible el daño que ha causado, comprometiéndose á responder á las reclamaciones que á mí se me dirijan.

—Muy noble, muy digno del hidalgo corazón de vd. es ese rasgo; pero no creo que Duval corresponda jamas á esa generosidad: por el contrario, temo que abusando de ella, continúe explotando con otros esa mina, ya que con vd. le es imposible, siendo vd., sin intentarlo, cómplice en los males que sobrevengan á las personas que por su causa se arruinen.

—Pero denunciarle tambien, seria convertirse uno en verdugo.

—Cortar un miembro gangrenado para que se salve el resto del cuerpo, es un deber de conciencia.

Flan se quedó meditando sobre las observaciones que acababa de hacerle su dependiente. Buscaba en su imaginacion otras que oponer y que pudieran conciliar su no-

ble anhelo con el bien general, y no encontraba ninguna que satisficiese su deseo.

Conocia, por otra parte, que si el delito se llegaba á saber por una de aquellas circunstancias que Dios prepara para castigar al matvado, le creerian cómplice de Duval, y sufriria, como él, la deshonra y tal vez una afrentosa muerte.

Este pensamiento le hizo estremecer.

Callar era comprometer su buen nombre y su vida.

Descubrir la verdad, era sentenciar á muerte á un hombre.

Lo primero le estremecia; lo segundo repugnaba á los nobles sentimientos de su humano corazón.

Inquieto, y fluctuando entre estos dos polos de encontradas ideas, no acertaba qué partido tomar.

—¡No sé qué hacer!—exclamó por fin.—

Conozco que lo mas en armonía con la justicia, seria abrazar el parecer de vd., pero....

—Señor, nadie como vd., sabe que ante la imperiosa voz de la justicia debe enmudecer todo otro sentimiento.

—Sin duda.

—Pues bien, toda consideracion con el hombre que ha hollado los mas sagrados deberes, seria contrario al bien de la sociedad: la tranquilidad y el respeto que á ésta debemos consagrar, nos ordenan que pongamos en conocimiento de la autoridad lo que pasa, y el fallo de la justicia le releva á vd. de toda responsabilidad.

—Conozco que debo acatar los principios rectos basados en el bien procomunal: mas diré: estoy resuelto á arrancar la careta al hipócrita que comercia con la buena fe del hombre honrado; pero no quiero que sea en esta noche, dejémoslo para mañana.

—¡Para mañana!

Dijo poco satisfecho Félix.

—¿No le parece á vd. bien?

—¿Y si mañana fuese tarde?

—¡Tarde! ¿y por qué?

—¿Qué sé yo!

—Nadie sabe este secreto mas que nosotros dos, y ninguno, por lo mismo podrá revelárselo á Duval.

—Sea como vd. quiere; pero yo no esperaria á mañana.

—¿Qué importan algunas horas mas ó menos?

—El tiempo que se deja libre á un criminal es de peligro para el honrado ciudadano, blanco de sus asechanzas.

—Vamos, D. Félix, deje vd. que por hoy duerma tranquilo ese hombre, y arreglemos estos papeles para ir á descansar, pues ya es la media noche.

Y Flan y su fiel dependiente, se pusieron á ordenar algunas cuentas y cartas que estaban sobre el escritorio.

El buen corazon del primero habia, pues, triunfado; pero D. Félix decia muy bien: el menor retardo en la denuncia podia serles perjudicial, como en efecto lo era.

En aquel mismo momento en que el generoso D. Felipe buscaba los medios de no perjudicar á un malvado, el doctor, aprovechándose de la confusion del baile á que habia asistido, y ayudado de una escala de cuerda, habia subido á la azotea: desde allí habia arrojado un gran trozo de carne al

enorme perro que cuidaba la de la casa de Flan, y poco despues descendia, sin hacer ruido y sin ser visto, al sitio en que debia perpetrar un crimen.

Todo estaba en silencio.

El formidable mastin dormia profundamente, gracias al narcótico que habia tomado en la carne.

La oscuridad era completa y favorecia al criminal.

El doctor, al descolgarse, quedó un instante quieto y receloso, mirando á todas partes con sobresalto.

Llevaba un traje oscuro para confundirse en las sombras, y sus piés los llevaba calzados con zapatos de goma para no hacer ruido.

Despues de haber observado en silencio y convencerse de que nadie le veía, se dirijió sobre las puntas de los piés, agachado y conteniendo la respiracion, hácia un cuarto que él estaba seguro ser la alcoba de su anhelada víctima, segun las señas recibidas de Duval.

Al llegar á la puerta, miró atentamente

por la cerradura de la llave para ver si algo descubria; aplicó despues el oido, y permaneció así un rato: en seguida levantó el picaporte con mucho tiento, empujó la puerta con suavidad, y brilló en sus ojos la alegría al encontrarla abierta.

Receloso entonces, sacó un puñal, abrió lo preciso únicamente la puerta; deslizó por ella el cuerpo; penetró en el cuarto; volvió á cerrar la puerta, y conteniendo la respiracion y caminando sobre las puntas de los piés, avanzaba poco á poco hácia el lecho, llevando extendido el brazo izquierdo para ir tocando los objetos, y levantado el derecho, armado del puñal, para descargar el golpe.

Demudado por el pavor natural que se apodera del hombre por valiente que sea al ir á cometer un crimen; abriendo cuanto le era posible los ojos, creyendo que de esta manera conseguiria ver en la oscuridad lo que buscaba; pálido y desencajado el rostro, avanzaba paso á paso y se detenia con frecuencia para escuchar la respiracion del ser que se proponia sacrificar.

De repente tocó la mano de su brazo izquierdo que, como hemos dicho, lo llevaba tendido, con el lecho que buscaba.

Al creer llegado el instante de cometer el asesinato, se estremeció, dominado por el temor de errar el golpe, dando lugar á que el acometido se defendiese.

Cauto por este pensamiento, fué llevando poco á poco la mano, y vió con sorpresa que el lecho estaba vacío.

Entonces temió haber equivocado el cuarto.

Sin embargo, las señas correspondían perfectamente con las que le había dado Duval.

¿Estaría equivocado éste?

Willey se disponía á salir al corredor para cerciorarse.

Pero el ruido de voces de dos personas que se acercaban, le hizo permanecer quieto.

Aplicó el oído y dijo para sí.

—¡Estoy perdido! Son D. Felipe y su dependiente los que llegan.

Sobresaltado con aquel contratiempo, no

sabía qué partido tomar, si presentarse á ellos fingiendo un negocio de Duval, ó tomar la fuga aun á riesgo de que le conociesen.

Ambas cosas podían comprometerle.

¿Qué hacer? Las voces se oían cada vez mas cerca.

Los pasos sonaron en el corredor.

Ya no era tiempo de huir ni de presentarse.

Flan y Félix estaban ya á corta distancia del cuarto.

Iban á verle.

Pero en aquel momento precisamente en que se creyó perdido, vino á iluminar su pensamiento una idea inspirada por el genio del mal.

Podía esconderse debajo del lecho y arrancar la vida á su víctima cuando se retirase el dependiente.

El doctor obedeció á esta inspiración satánica, y se ocultó debajo del lecho, cuando D. Felipe abría la puerta del cuarto, bien ageno de pensar que en él le esperaba un hombre que atentaba á su existencia.

—¿Va vd. ya tranquilo, D. Félix?

Dijo D. Felipe sacando un fósforo y encendiendo una vela de esperma que estaba en una mesita junto á la cabecera de la cama.

—Todo lo contrario; estoy tan receloso, que creo no he de poder dormir ni un solo instante.

—Consulte vd. con la razon, y ella le hará á vd. ver que no hay motivo para negarse al descanso.

—Eso es cuando se trata de individuos poco ofensivos; pero cuando hay que hárselas con hombres sagaces y osados, entonces, en vez de á la razon, ocurriria yo á la prudencia, á todo lo que puede suceder por inverosimil que parezca.

—Eso seria llevar el recelo hasta la exageracion.

—Confieso mi debilidad.

—Vamos, bájese vd. á su cuarto á dormir, y mañana daremos los pasos convenientes á nuestro asunto.

—Como vd. guste: Adios; buenas noches.

—Buenas noches, D. Félix.

El leal dependiente se alejó inquieto y pensativo: D. Felipe cerró la puerta de su cuarto, se acercó á la mesa, y creyéndose solo, se puso á rezar de rodillas como tenia de costumbre antes de acostarse, ante una imágen del Crucificado.

El doctor sintió impulsos de salir y arrojarse sobre él sin darle tiempo para defenderse.

La ocasion era oportuna.

Don Felipe estaba de espaldas á Willey, y éste podia herirle libremente.

El doctor empuñó con fuerza el puñal, y acarició su aguda punta sonriendo horriblemente.

Flan, sin sospechar que estaba tan cerca de la muerte, seguia sus oraciones.

Willey, se arrastró por el suelo como una culebra para no hacer ruido, asomó la cabeza, y armado de la terrible arma, se dispuso á salir para asesinarle alevosamente.

Don Felipe hizo un movimiento para ponerse en pié.

Willey creyó haber sido sentido, y preparó el puñal, resuelto á salir y matarle á todo trance.

Pero el señor Flan no habia escuchado nada: habia acabado sus oraciones, y se ponía en pié sin volver la vista al sitio en que estaba el asesino.

Este, al comprender que no habia sido descubierto, volvió á esconderse debajo de la cama, aplazando la muerte de su anhelada victima para el momento en que estuviere entregado á un profundo sueño.

Tomada esta resolucion, que juzgó la mas prudente, procuró contener en tanto le era posible la respiracion, y esperó inquieto el momento deseado.

Don Felipe, despues de leer algunas páginas del Kempis que tenia sobre la mesa, se desnudó, se metió en el lecho, tranquilo con su conciencia, apagó la luz, y poco despues se encontraba entregado á un dulce y profundo sueño.

Willey se sonrió con satisfaccion.

Nada tenia ya qué temer.

Los criados de la casa tenian retiradas sus habitaciones de aquel sitio, y ademas, descansaban sin recelo.

El momento, pues, era oportuno.

—¡Ya duermel!—dijo para sí el doctor.—
Es preciso que despierte en la eternidad!
Y salió arrastrándose y sin hacer el mas ligero ruido.

Entonces levantó la cabeza, aplicó el oido para escuchar hácia qué lado salia la respiracion de Flan; se puso en pié; buscó luego con la mano el lado del corazon de aquel honrado comerciante, levantó el brazo derecho, armado del agudo puñal, y poseido de una furia satánica, descargó el terrible golpe sobre la víctima, que solo lanzó un ahogado grito al sentir el frio del hierro matador traspasar su ardiente corazon.

El doctor, temiendo que á aquel grito acudieran los sirvientes y D. Félix, se lanzó á la puerta, dió dos vueltas á la llave, abrió precipitadamente, y sin quitar el puñal que habia clavado en el pecho de D. Felipe, se avalanzó á la escala que habia dejado puesta; subió por ella á la azotea en

el instante en que el formidable mastin volvia de su profundo sueño; pero sin fuerza aún para moverse ni para ladrar; de allí pasó á la de la casa en que era el baile, y poco despues entró en la sala con la mayor tranquilidad, sin que nadie hubiese notado su falta.

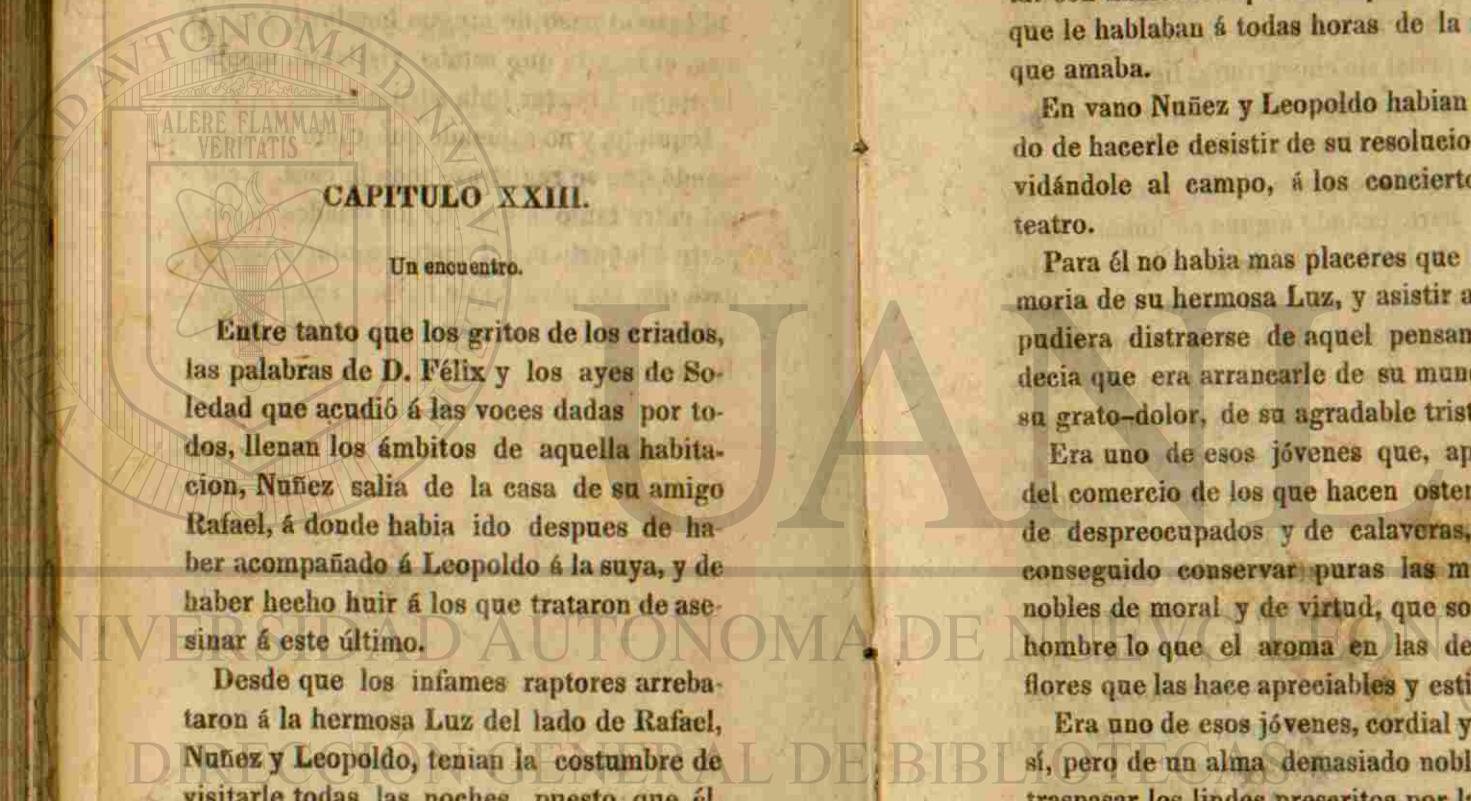
Al grito lanzado por D. Felipe, acudió D. Félix, que aun no se desnudaba, y que estaba en su cuarto arreglando algunos papeles; penetró en el aposento de su principal que estaba á oscuras; le preguntó qué se le ofrecia, y viendo que no le respondia, encendió la vela, y al acercarse al lecho, descubrió el horrible espectáculo de un asesinato.

Don Félix se arrojó sobre el ensangrentado cuerpo de su principal; le arrancó el puñal que tenia clavado en el corazon, arrojó al suelo el arma enrojecida; abrazó el cuerpo de la victima para ver si aun alentaba... ¡pero le encontró frio y sin vida.....!

Horrorizado y conmovido, empezó á dar voces llamando á los criados, que acudieron al lugar de la sangrienta escena.

Corrió, acompañado de algunos, á la azotea para ver si por allí habia penetrado el asesino; pero no encontró señal ninguna que indicase el paso de ningun hombre, y ademas, el mastin que estaba vigilante, servia de apoyo á borrar toda sospecha.

Inquieto, y no sabiendo qué juicio formar, mandó que se registrase toda la casa, y envió entre tanto á uno de los criados á dar parte á la justicia del triste acontecimiento, para que sin pérdida de tiempo acudiese la autoridad y tomase razon de aquel horrendo asesinato.



CAPITULO XXIII.

Un encuentro.

Entre tanto que los gritos de los criados, las palabras de D. Félix y los ayes de Soledad que acudió á las voces dadas por todos, llenan los ámbitos de aquella habitacion, Nuñez salia de la casa de su amigo Rafael, á donde habia ido despues de haber acompañado á Leopoldo á la suya, y de haber hecho huir á los que trataron de asesinar á este último.

Desde que los infames raptos arrebataron á la hermosa Luz del lado de Rafael, Nuñez y Leopoldo, tenian la costumbre de visitarle todas las noches, puesto que él, dominado por una invencible melancolía

desde la desaparicion de su amada, se habia encerrado en su cuarto, sin querer tratar con nadie mas que con aquellos amigos que le hablaban á todas horas de la mujer que amaba.

En vano Nuñez y Leopoldo habian tratado de hacerle desistir de su resolucion convidándole al campo, á los conciertos y al teatro.

Para él no habia mas placeres que la memoria de su hermosa Luz, y asistir adonde pudiera distraerse de aquel pensamiento, decia que era arrancarle de su mundo, de su grato-dolor, de su agradable tristeza.

Era uno de esos jóvenes que, apartado del comercio de los que hacen ostentacion de despreocupados y de calaveras, habia conseguido conservar puras las máximas nobles de moral y de virtud, que son en el hombre lo que el aroma en las delicadas flores que las hace apreciables y estimadas.

Era uno de esos jóvenes, cordial y alegre sí, pero de un alma demasiado noble para traspasar los lindes prescritos por la moral y por los deberes que impone la fina socie-

dad al que desea ser bien recibido en su escogido círculo.

Jamas confundió la afabilidad con la familiaridad, ni la franqueza con la grosería.

Era jovial sin chocarrería; ligero á veces, pero sin superficialidad; instruido sin pedantería, y modesto sin afectacion.

Le gustaba el trato de los jóvenes de su edad; pero cuando alguno se tomaba la libertad de hablar mal de las mujeres, salia en defensa de esa dulce mitad del género humano, manifestaba lo injusto que era el hombre en sus ataques, el respeto que se debía consagrar á ese hechicero sér, sujeto á nuestro capricho, lleno de virtudes, de cariño y de abnegacion; hacia juiciosas comparaciones entre la vida libre del hombre que la calumniaba y la vida oscura, humilde, sujeta y recogida de la que era blanco de sus tiros; y concluía por probar que la mas mala de las mujeres, tomada la palabra en el sentido general, era mejor que el mas bueno de los hombres.

La desaparicion de Luz no tuvo fuerzas para hacerle cambiar de opinion. Pudo in-

fluir sí, en la mutacion de su carácter, pero no de sus principios.

De jovial y alegre, se hizo triste y retirado: de franco y comunicativo, callado.

Al principio de la pérdida de la jóven destinada á ser su esposa, habia recorrido en compañía ya de Leopoldo y ya de Nuñez, todas las calles de la ciudad con la esperanza de encontrarla; pero cuando la luz de esa esperanza se extinguió entre los engaños del tiempo como se oculta al naufrago el salvador fanal que le señala el puerto, entre las hinchadas olas que por todas partes le cercan, su espíritu desmayó del noble aliento que hasta entonces le habia animado, y se dejó dominar por una voraz tristeza que iba consumiendo poco á poco su vida.

Resuelto á no frecuentar la sociedad, solo salia de su casa para cumplir con sus deberes religiosos y con los de su noble y humanitaria profesion de médico.

Aislado del trato de los hombres y encerrado en su dolor, la mayor parte del dia lo pasaba en transmitir á un cuaderno los tier-

nos sentimientos de su alma expresados en bellas poesías que luego las leía derramando sobre ellas un torrente de lágrimas.

De la casa, pues, de este recomendable joven salía Nuñez y se dirigía á la suya, cuando al torcer la esquina de la calle de Vanegas y Hospicio de S. Nicolás, vió cruzar á paso veloz á un hombre embozado en su capa que, sin reparar en él, siguió su camino.

—¡Es él!—Dijo Nuñez para sí siguiéndole atentamente con la vista:—¡Sí; no hay duda! su modo de andar, su aire.... su estatura, y lo poco que le he podido ver del rostro.... Sí; es el hombre de la barba larga.... el que falsificó las libranzas.... el que perdió al padre de mi amigo Leopoldo.... el que tiene en ignorada y estrecha prision al desgraciado amante de Inés. ¡Ah! esta vez no se escapará de mis manos....

Y Nuñez echó á andar tras aquel hombre que iba á paso acelerado.

Dominado por la noble idea de vindi-car el honor de la familia de su fiel amigo, destruir el obstáculo que se oponía á su enla-

ce, salvar al hombre que gemía en un encierro, y purgar la tierra de un monstruo, se propuso no perder de vista al autor de tantos males.

Entre tanto el hombre de la barba larga continuaba su marcha por calles lúgubres y retiradas.

Nuñez le seguía á regular distancia para no ser visto y despertar sospechas.

El embozado cruzó la plazuela de la Santísima, siguió la calle del mismo nombre, torció luego á la izquierda entrando en la de la Alegría, dejó á la izquierda la calle de los Pajaritos, pasó el Puente de la Soledad, avanzó por la calle de igual denominación, dejando á la derecha el callejon de Lecheras, y el del Limon y á la izquierda el del Puente de S. Márcos y de la Santa Escuela, llegó frente á la iglesia de la Soledad de Santa Cruz, se dirigió por el Cuadrante de la Soledad, y torciendo á la izquierda por el Puente del Rosario, entró en la desierta, oscura y espaciosa plazuela de S. Lázaro, que se halla al fin de la po-

blacion, por la puerta que da al camino de Veracruz.

Núñez sintió muchas veces impulsos de atajarle el paso en aquel sitio por donde no pasaba una alma; pero se contuvo otras tantas, creyendo que así podría descubrir algo importante: el sitio en que gemia el amante de Inés.

La plazuela estaba envuelta en densas tinieblas.

En su inmensa extension no se descubria ni un farol que alumbrase el desigual y arenoso suelo que pisaba.

Grandes montones de basura, formando cerros, obstruian en varias partes el paso, y aumentaban la oscuridad, imprimiendo un aspecto sombrío y pavoroso á aquel sitio á todas horas lúgubre y triste.

El sombrío hospital de S. Lázaro, de arquitectura sólida, pero sin elegancia y respirando tristeza, se levantaba solitario á orillas del hediondo canal que lame sus antiguos cimientos; edificio que parece exhalar por los poros de sus rojas piedras, fétidos y mortíferos miasmas; separado del resto de

la ciudad, como lo están los desgraciados individuos que gimen dentro de sus largas salas y en los asquerosos lechos en que descansan sus llagados cuerpos (1).

Sobre la cornisa de la azotea de este asilo de la caridad y sobre la humilde y pequeña torre de su humilde iglesia, se veian multitud de hediondos zopilotes, (2) sacudiendo de vez en cuando sus negras alas, y como atraídos por el mal olor que en aquel sitio se respira.

El hombre de la barba larga anduvo como sesenta varas de la plazuela, é inclinándose á la izquierda, se detuvo enfrente de una puerta sobre la cual se veia en letras grandes, pintadas de azul, este letrero: "*Quinta.*"

Entre esta puerta y otra que estaba cubierta de un débil techo de tablas, perteneciente á un tendejon que en aquel momento

(1) Hoy solo existe el edificio y la iglesia: los enfermos fueron enviados al hospital de S. Pablo en tiempo de la administración de D Benito Juárez en 1864.

(2) Pájaro de México; especie de grajo muy grande, negro y mayor que el cuervo, que se alimenta de inmundicias y de animales muertos.

estaba cerrado, se veía un poyo en que algunos transeuntes suelen sentarse á tomar algun ligero alimento que han comprado en el expresado tendejon.

El misterioso hombre que nos ocupa, tocó á la puerta de la "Quinta" con ríeios golpes; y poco despues se abrió aquella, dejando ver un largo patio con muchos cuartos de uno y de otro lado, cada cual con su correspondiente número, y en el fondo, enramada y árboles que indicaban un campo de recreo.

Núñez, persuadido de que allí no podia vivir aquel hombre, sino que le conducian negocios secretos, se propuso esperarle, y se sentó en el poyo de la tienda, resuelto á apoderarse de él cuando saliese, presentarle á la justicia para que indagase el objeto que le habia conducido á aquel sitio, y salvar en seguida al desgraciado amante de Inés á quien creyó que tendria encerrado en algun punto de aquella casa.

El embozado entre tanto habia atravesado el largo patio, lleno de miserables viviendas á uno y otro lado, y penetró en un ter-

reno cubierto de árboles, hortaliza, algunas flores, arbustos y enramada.

Por en medio de este campo pasaba un arroyo, á cuyas orillas se encontraban colocadas con simetría, anchas losas en que las lavanderas, que por aquel rumbo viven, suelen acudir á lavar la ropa.

Junto á estos lavaderos se descubria un espacio de terreno cubierto de verde yerba, en que estaban clavadas un número considerable de largas estacas, provistas de cordeles, atados de una á otra, en que se colocaba la ropa lavada para secarla al sol.

El de la barba larga cruzó estos lavaderos; dejó á su derecha un estanque medio arruinado donde un tiempo se bañaban caballos, y llegó á una casita pequeña, pintada de blanco, que se levantaba en el ángulo izquierdo, al terminar la quinta.

Al verse allí, alzó los ojos, y vió que habia luz dentro de la pieza; subió una pequeña escalera que quedaba descubierta, y tocó á la puerta.

—¿Quién llama?

Preguntó una voz de hombre desde adentro.

—Poderosa Témis.

Contestó el de la barba, como contestó en San Angel la noche en que le siguió el mendigo.

No bien acabó de pronunciar aquellas palabras, cuando se oyeron pasos de alguno que se acercaba precipitadamente dentro de la habitacion.

La puerta se abrió casi al mismo tiempo, y el misterioso personaje penetró en la pieza.

—¿Qué ocurre?

Preguntó sobresaltado el que había abierto la puerta, y que era uno de los personajes que el lector tuvo ocasion de conocer en la casa que escaló Nuñez en San Angel.

—¿Están ahí los demas compañeros?

—Sí señor.

—¿Durmiendo?

—Sí señor: como hemos de salir antes de rayar el alba, se han acostado, y yo solo me he quedado esperando á vd. para ver si tenia algo que disponer.

—Ya nada: solo que no me ensillen el caballo.

—¿Cómo!

—Porque ya no salgo mañana.

—¿Se queda vd?

—Sí; me detiene un asunto de suma importancia.

—Está bien.

—Se marcharán vdes. solos, por ahora, y yo les iré á encontrar dentro de algunos dias.

—¿Y qué debo hacer al llegar?

—Aquí tiene vd. las instrucciones:—dijo el de la barba larga, entregándole un papel doblado:—Obre vd. como en ese escrito ordeno.

—Así lo haré.

—¿Y el preso Ricardo?

—Perfectamente asegurado en nuestro palacio subterráneo.

—¿Firme en su propósito de no acceder á mis proposiciones?

—Terco y testarudo como siempre.

—Está bien; el se amansará.

—¿Y qué conducta debo seguir con él?

—La misma que se ha observado hasta aquí. Veremos despues lo que hacemos con él. Por ahora parta vd. al rayar la aurora y yo me presentaré allí dentro de pocos días.

—Está muy bien. Pero siéntese vd.: estaba tomando el café, y si vd. gusta tomarlo....

—Bien, tomaré una taza, y mientras le daré á vd. algunas instrucciones que juzgo convenientes.

—Corriente.

Y ambos penetraron en una sala pequeña con pavimento de madera, y se sentaron junto á una mesa de pino sin pintar que habia en medio.

Núñez, entre tanto, esperaba inquieto en la solitaria plazuela.

El deseo de apoderarse de aquel hombre le tenia inquieto, y los instantes que transcurrian se le hacian siglos.

De repente cruzó por su mente una idea que le sobresaltó sobremanera.

Pensó que aquel malvado podia salir acompañado de algunos compañeros, y de

jar burladas las esperanzas que habia concebido.

Núñez tenia un valor á toda prueba, manejaba la espada, de que siempre iba provisto de noche, como era costumbre en México en aquella época, con admirable destreza; pero conocia que intentar detener á muchos, seria hacer estéril sacrificio de su vida.

Esta idea le hizo levantarse del poyo que ocupaba, y ponerse á pasear enfrente á la puerta en que esperaba, meditando en lo que debia hacer.

Casi se arrepentia de no haberle atajado el paso antes de que hubiese entrado en la quinta.

Muchas veces pensó que lo mas prudente seria dar parte al alcalde mas inmediato, para que procediese á la aprehension del criminal; pero otras tantas renunciaba á esta idea, temiendo se ausentase ínterin él se dirijia en busca de la autoridad.

Por otra parte, conocia que, permanecer allí, solo, era exponerse á que, si se presentaba acompañado y le conocian, le ase-

sinaran impunemente, puesto que ninguno transitaba por la lúgubre plazuela.

Núñez, pues, no sabía qué resolución tomar.

De repente oyó dentro del patio los pasos de alguno que se acercaba á la puerta.

Núñez no dudó que sería el hombre que esperaba, y temiendo que saliese acompañado, se retiró á toda prisa del sitio que ocupaba, y se ocultó detras de uno de los montes de basura que se encontraban intermedios entre la calle del Puente del Rosario y la que desemboca en la de los Siete Príncipes, únicas que podía tomar para dirigirse á la ciudad.

Casi al mismo tiempo que se colocaba en acecho, se abrió la puerta de la Quinta, y se dejó ver el hombre de la barba larga, solo.

El corazón de Núñez saltó de placer dentro del pecho.

Veía próximo el momento de apoderarse de aquel malvado, causa de la mancha que pesaba sobre la honra de su amigo Leopoldo.

do y de las lágrimas de la protectora de la hermosa Clotilde.

Ni por un momento le asaltó el temor de que él podía acaso sucumbir á los golpes de la espada del que se proponía atacar.

Entre tanto el de la barba larga avanzaba sin recelo, aunque llevando siempre desvainada la espada debajo de la capa, por ser aquel sitio peligroso de noche.

La oscuridad era completa.

El silencio que reinaba por todas partes, sepulcral.

Solo de vez en cuando se veía interrumpido por el fatídico aleteo de los negros zopilotes que guarnecian la larga y pavorosa azotea del miserable hospital de S. Lázaro, y el pequeño campanario de la humilde iglesia.

De repente el embozado se detuvo.

Dirigiendo la vista hácia el monte de basura á que estaba próximo, creyó ver la sombra de un hombre, y se desembozó para defenderse en caso de ser acometido.

Núñez que advirtió aquel movimiento que le indicaba haber sido visto, no quiso

esperar mas tiempo, y salió á su encuentro blandiendo su temible espada.

El de la barba, al ver el arma con que le acometian y á un hombre solo, conoció que no era un asesino que salia con intento de despojarle de lo que llevaba, sino algun enemigo personal que trataba de quitarle la vida en buena lid.

Sin embargo, pronto conoció que su contrario no intentaba matarle, pues no le tiraba estocadas peligrosas, sino acertados golpes, con objeto de desarmarle.

Esta conviccion le hizo recobrar toda su serenidad; y confiado en la intencion que habia traslucido en su acometedor, le dirigia furibundas y terribles estocadas, que Nuñez las quitaba con una destreza y facilidad admirables.

Sin embargo el hombre de la barba larga, no era un enemigo despreciable.

Su brazo era vigoroso, y sus golpes diestros y al fondo.

Nuñez sintió penetrar en su cuerpo la punta de la hoja de su contrario, y lanzó un quejido.

—¡Mis erimenes! ¡Y cuáles son esos?

—Tú lo sabes lo mismo que yo, y en el cuaderno que es tu principal acusador, están formulados.

—¿En el cuaderno?

—Si; en el cuaderno. Muy lejos estabas yo de pensar que el inicuo héroe que figura en ese manuscrito, fuera el Duval que disputaba á mi amigo Leopoldo la mano de la virtuosa C^otilde. ¿Y sabes tú quién es ese miserable mendigo á quien negaste una limosna, le heriste, y que ahora te tiene en su poder?

—¿Y qué me importa á mi saberlo?

—Mas de lo que te parece, para atormentarte.

—Nada temo.

—Pues ese miserable mendigo es....

—Acabad, y dejadme de una vez.

—Es.... el dependiente de la casa de D. Manuel Turon, de Guadalajara, en donde cobrastes las libranzas falsificadas, en nombre del señor Cabrera, padre de mi amigo Leopoldo.

—¿Qué oigo!

—Sí.

—¿Y qué me importa que lo seas?—Exclamó Duval con desprecio, inspirado por una idea salvadora para él:—¿Qué me importa que conozcas todos mis crímenes, si no tienes poder para perderme?

—La justicia, á la cual voy á entregarte yo mismo ahora, lo tendrá para purgar la tierra de un monstruo.

Dijo Nuñez soltándole del cuello y dejándole que se pusiese en pié.

—¿La justicia!—Dijo Duval con tono burlesco:—Te guardarás muy bien de conducirme ante ella.

—¿Por qué?

—Porque el día en que los que llamas mis cómplices supiesen que yo estaba en poder de los magistrados, en ese día perecería al golpe del puñal ó del veneno, el amante de Inés, de esa mujer á quien tanto aprecias y que dispensa singular protección á Leopoldo.

Nuñez se puso blanco como un papel.

Conocía toda la fuerza de aquella amenaza, y tembló.

Creía á Duval capaz de los mayores crímenes, y no dudó de que realizaría su promesa si le ponía en manos de la justicia.

Sin embargo, conociendo que manifestar temor equivaldría á quedar desarmado ante aquel hombre criminal, trató de ocultar sus recelos, y revistiéndose de una calma y serenidad que estaba muy lejos de disfrutar, contestó con voz segura y fuerte.

—Pero los tribunales le obligarán á vd. á que descubra el sitio en que se ocultan sus infames socios, y á revelar sus nombres.

—Los tribunales tendrán poder para mandar que me quiten la vida, pero no para denunciar á mis compañeros, que vengarán mi sangre con la sangre de Ricardo: del padre de Clotilde.

—¿Cómo! ¿Cree vd. que ese hombre sea...

—El padre de Clotilde.... ¡el seductor de Inés...!

—Las pruebas.

—Cuenta vd. los años que lleva de pertenecerme y la edad de esa jóven, que es el vivo retrato de la bella Inés.... Busque vd. las causas de ese cariño, que la hermana de

D. Emilio profesa á Clotilde.... y vd. con vendrá en que, indicios tan vehementes, equivalen á pruebas irrecusables.

—¡Dios mío! Pero no, no puede ser....
¡Vd. es un impostor! La virtud de Inés es pura y acrisolada.

—No tengo empeño en persuadir de lo contrario.

Dijo Duval con la mayor indiferencia.

Núñez se quedó pensativo, meditando sobre lo que acababa de oír.

—¿Sería verdad lo que sus oídos habían escuchado?

La indiferencia y aplomo de aquel malvado inducían á creerle.

Núñez empezó á temer que Duval tuviese razón.

—¡Tanto influye sobre nuestro ánimo la palabra, aun del mas desconceptuado de los hombres, cuando se dirige á atacar la honra de la mas justificada de las personas!

—¿Y qué me importa á mí—pensó interiormente—que sea cierto lo que dice Duval? Si Clotilde es, en efecto, hija de Inés, mayor motivo para procurar su dicha y sal-

var al hombre que gime en oscura prision.

Duval que leía en el silencio y la fisonomía de su interlocutor los pensamientos que ocupaban su mente, le dijo:

—Ya ve vd., pues, señor Núñez, que con delatarme no conseguiría vd. otro cosa que la muerte de mi cautivo, y cubrir de luto el corazón de tres personas que aprecia vd. con toda el alma. Si vd. me entrega á la justicia, ¿qué adelantaría con descubrir el sitio en que oculto á Ricardo? ¿Me salvaría con decirlo, de la muerte? No: luego si me habían de quitar la vida de todas maneras, que sea castigando al que es causa de mi sentencia.

—¿Es decir que vd. no teme presentarse al Eterno, manchado con la sangre de nuevas é inocentes víctimas?

—Solo sé que la venganza está antes que la eternidad.

—Pues bien, no trato de perder á vd.: le dejo á vd. en libertad y le prometo no hablar nada de lo que ha pasado, si me asegura vd. por su parte, dejar libre al desventurado amante de Inés, y renuncia vd. para

siempre á la posesion de la mano de la hermosa Clotilde.

—No soy yo el que debo recibir condiciones, sino quien debe imponérselas, y terminantes.

—¿Cómo!

—Sí; le juro á vd. que si revela á nadie la menor cosa que pueda comprometerme, ese dia dejará de existir Ricardo.

—¿Es decir que me amenaza vd?

—No, no hago mas que tomarme la libertad de hacerle una advertencia. Adios: nada tengo que agregar á lo dicho: sois dueño de todos mis secretos, pero yo soy dueño de la vida del padre de Clotilde.

Y sin cuidarse de la ira que devoraba interiormente á Nuñez, se dirigió á levantar la espada que se hallaba á algunos pasos de él, la guardó en la vaina, y se alejó hácia el centro de la ciudad sin que su contrario osase detenerle por temor de que realizase sus terribles amenazas.

—¡Oh! ¡el infierno proteje á ese malvado!—Exclamó Nuñez vendándose una ligera herida que habia recibido en el brazo:—

Habia recibido una herida, y la sangre empezaba á correr de ella.

Su contrario, alentado con aquella ventaja, y creyendo ya seguro el triunfo, le acometió con mas vigor.

Nuñez, enardecido á su vez con el dolor de la herida, redobló sus golpes sobre su antagonista, quien no pudiendo pararlos con la prontitud que eran dirigidos, empezó á perder terreno, acosado siempre de Nuñez, cuya espada era un molinete que amenazaba á todas partes á la vez.

Batiéndose en retirada marchaba el de la barba, y sin poder hacer pié en ninguna parte, cuando sintió que saltaba el acero de su mano, yendo á caer á larga distancia de él.

Nuñez le habia desarmado.

Espantado, y temiendo que le quitase la vida, trató de huir, pero tropezando con una enorme piedra que estaba detras de él, cayó al suelo de espaldas, exhalando una imprecacion.

Pero no solamente era de la espada de

la que se vió despojado, sino que al caer en tierra, se le desprendió de su rostro la larga barba que le cubria, y que hacia imponente su faz.

Núñez se lanzó entonces sobre él, y al asirle del cuello y fijar los ojos en su contrario, exclamó lleno de asombro:

—¡Duval!

—¡El mendigo!

Dijo á su vez el vencido, rechinando los dientes con furor.

—Sí; el miserable mendigo á quien negaste una limosna en el átrio de la iglesia de S. Angel; el miserable mendigo con quien tropezaste la noche en que te dirijias á visitar á tus cómplices; el miserable mendigo que te siguió hasta la maldecida casa en que le heriste; el miserable mendigo que se apoderó del manuscrito de la víctima que tienes en tu poder hace muchos años; el miserable mendigo que esta noche destruyó en la capilla tus proyectos de union, y el que ahora está resuelto á entregarte al brazo de la justicia, revelando tus crímenes.

Pero el cielo pondrá término á sus horrendos crímenes.

Y Núñez quedó un instante quieto, asombrado del descubrimiento que acababa de hacer y pensando en la conducta que debía observar.

Le parecia imposible que no hubiese reconocido hasta entonces en Duval al hombre de la barba larga que falsificó las libranzas, haciendo caer un borron de infamia sobre el padre de Leopoldo.

Cierto es que cuando se presentó á cobrarlas era casi al espirar la tarde; que Núñez solo le señaló el sitio en que estaba el principal que debía pagarlas, y que la poca claridad que habia en aquel instante en el almacen, apenas permitia examinar detenidamente las facciones.

Ademas, Duval era de escasa ceja, y cuando se disfrazaba con su larga barba, que era al oscurecer y en las noches que andaba en alguna intriga, se pegaba unas cejas espesas y perfectas que hacian imposible reconocerlo.

Núñez, sin embargo, se acusaba de poco

perspicaz, y disgustado y triste con el resultado que habia tenido su empresa, se dirigió á su casa discurriendo el modo de vencer de aquel hombre sin comprometer la vida del amante de Inés.



FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TERCER TOMO.

CAP. I.— <i>La maestra de escuela</i>	2
CAP. II.— <i>¿Está loca?</i>	36
CAP. III.— <i>La casa del jugador</i>	63
CAP. IV.— <i>Los dos artistas</i>	86
CAP. V.— <i>La Meditacion</i>	102
CAP. VI.— <i>El Concierto</i>	143
CAP. VII.— <i>Despues del concierto</i>	214
CAP. VIII.— <i>La prision</i>	230
CAP. IX.— <i>La feria de Tlalpam</i>	254
CAP. X.— <i>Continúa la feria</i>	273
CAP. XI.— <i>Una sorpresa</i>	307
CAP. XII.— <i>Sentimientos del alma</i>	332
CAP. XIII.— <i>Una declaracion inesperada</i>	339
CAP. XIV.— <i>Concluye Soledad su historia</i>	376
CAP. XV.— <i>Mi felicidad por su honra</i>	398
CAP. XVI.— <i>Tras un documento</i>	423
CAP. XVII.— <i>Una acusacion</i>	430
CAP. XVIII.— <i>En la capilla</i>	447
CAP. XIX.— <i>Consecuencias del juego</i>	467
CAP. XX.— <i>La separacion</i>	481
CAP. XXI.— <i>Proyectos de muerte</i>	500
CAP. XXII.— <i>Una escena sangrienta</i>	516
CAP. XXIII.— <i>Un encuentro</i>	532

